Nazanín Armanian / Martha Zein

No es la religión, estúpido

Chiíes y suníes, la utilidad de un conflicto

A FONDO



Nazanín Armanian / Martha Zein

No es la religión, estúpido

Chiíes y suníes, la utilidad de un conflicto

A FONDO




akal

Akal / A Fondo

Nazanín Armanian y Martha Zein

No es la religión, estúpido

Chiíes y suníes, la utilidad de un conflicto



El imaginario social construido desde la década de los ochenta está plagado de perversiones ideológicas: desde el pensamiento único, que aboga por la imposibilidad de cuestionar el capitalismo, hasta el inevitable choque civilizatorio entre Oriente y Occidente, que mantiene que los musulmanes del mundo se unirían para destruir la civilización judeocristiana. Si bien es cierto que no se ha dejado de pensar al margen del capitalismo, también lo es que los musulmanes se matan entre sí por miles en Iraq, Afganistán, Siria, Yemen, Libia, Egipto…

Aunque se intenta imponer la idea de que esas matanzas y guerras responden a un conflicto religioso, el que enfrenta a chiíes y suníes, *No es la religión, estúpido* demuestra que la conflagración desencadenada surge de un elaborado plan del Pentágono para reconfigurar el mapa político de Oriente Próximo, amplificado posteriormente por el pulso que sostienen las elites de las cuatro potencias regionales –Irán, Arabia Saudí, Israel y Turquía– por aumentar su periferia de seguridad y por controlar las ingentes reservas petrolíferas y de gas de la región, las rutas comerciales terrestres y marítimas, y, finalmente, dominar el mercado entre Asia y Europa. La religión se revela así como la tapadera para guerrear por intereses económicos, tanto de Oriente como de Occidente.

Nazanín Armanian, profesora de Relaciones Internacionales en la UNED, analista política especializada en Oriente Próximo, periodista, escritora y traductora, ha publicado una docena de títulos entre los que cabe destacar *El viento nos llevará. Antología de la poesía moderna persa* (2001), *Robaiyat de Omar Jayyam* (traducción, 2002) y *Kurdistán, el país inexistente* (2005).

Escribe regularmente en *Público,* donde aborda cuestiones de geopolítica en su blog «Punto y seguido».

Martha Zein lleva 25 años narrando la vida desde los márgenes. Narradora, cineasta, escritora y comunicadora, es especialista en desvelar los entresijos del poder narrativo y desactivar aquellos relatos nocivos y engañosos que proceden del poder institucional. Entre otros libros es autora, junto con Azadé Kayaní, de *Entre coronas y turbantes. La mujer en el país de los ayatolás* (1998) y *Sólo las diosas pasean por el infierno. Retrato de la mujer en los países musulmanes* (2002).

La presente obra constituye su cuarto ensayo conjunto, después de *Irán: la revolución constante* (2012), *El islam sin velo* (2009) e *Irak, Afganistán e Irán. 40 respuestas al conflicto*

de Oriente Próximo (2007).

Diseño de portada
RAG

Director de la colección
Pascual Serrano

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4531-1



Territorios suní y chií.

PRESENTACIÓN

Hace más de diez años, en el sur del Líbano, un dirigente de Hezbolá (chií) me intentaba convencer de que los comunistas y los islamistas debíamos unirnos para luchar contra el imperialismo. Yo le respondí que fueron los islamistas los que se aliaron en Afganistán con EEUU para combatir el comunismo de la Unión Soviética y el de los propios afganos. Indignado, el de Hezbolá me aclaraba que su corriente islámica no tenía nada que ver con la de los talibanes afganos (wahabíes). Efectivamente, hoy en el mundo musulmán están combatiendo a sangre y fuego los chiíes contra los suníes, aunque ambos se sigan uniendo para combatir a la izquierda.

La tesis de este nuevo libro de la colección A Fondo que tiene entre sus manos es que diversos dirigentes, potencias imperialistas y grupos económicos y empresariales han llevado a la confrontación y a la guerra a los musulmanes bajo la excusa de la discusión sobre la sucesión de Mahoma. De ahí el título, *No es la religión, estúpido. Chiíes y suníes, la utilidad de un conflicto,* que intenta mostrarnos que el origen de este combate de islam contra islam no es el islam. Sus autoras nos aportan suficientes conocimientos, antecedentes e información geopolítica para demostrarlo. Al igual que el enfrentamiento entre chiíes y suníes, que se acusan mutuamente de herejes, y que inspira esta obra, todas la guerras en las que aparece un elemento religioso poseen como elemento fundamental otros intereses geopolíticos y de control de recursos o mercados, pero en las cuales se consigue movilizar a los combatientes, carne de cañón, al grito de su Dios.

Gracias al trabajo de nuestras autoras conocemos cómo en Siria se han dado las condiciones de una tormenta perfecta para que confluyan muchos intereses geopolíticos, el emergente protagonismo de Rusia, las negociaciones secretas –y los atentados– entre los gobiernos, las connivencias entre el ejército israelí y algún frente de Al Qaeda, el difícil equilibrio del pueblo kurdo que siempre termina en el suelo, el porqué de la

guerra en Yemen o la represión en Baréin, el caos en el que han quedado Iraq, Afganistán o Libia tras su paso por el tamiz de la «liberación» de las bombas de la OTAN. Y, sobre todo, entenderemos los intereses de potencias regionales como Turquía, Irán o Arabia Saudí.

Sin embargo, hay algo que no se puede negar: aunque muchos líderes religiosos y creyentes no compartan la doctrina de la violencia y el enfrentamiento contra el otro porque consideran que la existencia de Dios tiene como objetivo proteger al ser humano de la violencia y las adversidades, a lo largo de la historia de la humanidad, ha sido en su nombre el modo más eficaz y efectivo para invadir, colonizar, esclavizar y masacrar a otros pueblos. Las cruzadas cristianas contra los musulmanes, la Guerra de los Treinta Años entre cristianos en Europa, las guerras entre católicos y protestantes calvinistas en Francia, la evangelización para colonizar América, la Rebelión Taiping en China, el conflicto árabe-israelí, los atentados del 11-S y todos los que han ido llegando.

Efectivamente, como dicen nuestras autoras, no es la religión la razón (o sinrazón) de las guerras. Probablemente sin religión los intereses de los diferentes gobiernos, potencias y grupos económicos fuesen los mismos, pero es con el uso de la religión y en su nombre como llevan al matadero a miles de seres humanos. Y es con la coartada de la religión con la que nos quieren hacer creer a los demás que no existen intenciones y provechos miserables –incluidos los de nuestros gobiernos y las empresas de nuestro entorno– en todas esas guerras y conflictos.

Para poder comprender el uso –y abuso– de la religión necesitamos remontarnos hasta siglos atrás. Si, además, se trata de regiones del mundo y creencias que nos resultan ajenas a los europeos, se hace necesario todo un ejercicio de desencriptación cultural –o encriptación a la nuestra–. Los primeros capítulos del libro se dedican a ello, sólo así podemos entender el mundo musulmán de hoy. Creo sinceramente que contamos con dos autoras privilegiadas: Nazanín Armanian, de origen iraní, y Martha Zein, de origen alemán. Las procedencias perfectas para desencriptar y encriptar. Ambas conocen a la perfección Oriente y Occidente, el islam y el cristianismo. Este es el cuarto libro que escriben juntas. Y además, como mujeres, son las adecuadas para desencriptar los patriarcados inherentes a todas las religiones.

Otro elemento que Armanian y Zein nos descubren gracias a los antecedentes que nos exponen, es el paso de un mundo dividido entre socialismo y capitalismo durante la Guerra Fría a un mundo mucho más complejo, más confuso y, lo que es peor, mucho más irracional. Tras la caída del bloque socialista, el predominio capitalista ha intentado imponerse mediante el manejo de la parte más supersticiosa y tenebrosa del ser humano: la intolerancia religiosa, el desafecto a la vida mediante la creencia en la inmortalidad. Nuestras autoras nos descubren sociedades y grupos que un día creyeron en valores racionales, solidarios y redistributivos y ahora han sido empujados al culto fanático, la guerra santa y la intransigencia a lo diferente. Un empuje al que no ha sido ajeno Occidente. Con su soberbia, su xenofobia, su saqueo de recursos naturales, su intervención en conflictos locales, su negocio de las armas, su imposición de gobernantes satélites…

Es verdad, no es la religión. Pero ha sido la mezcla de intereses capitalistas materiales y de miserias religiosas supraterrenales las que están sembrando de dolor y muerte al mundo musulmán. Por eso yo, que soy menos respetuoso que las autoras, puedo decir que maldigo las dos cosas.

Pascual Serrano

INTRODUCCIÓN

Hace unos cuarenta años, antes de que el tramposo y simplista término «mundo musulmán» se convirtiera en un recurso fácil tanto para los fundamentalistas islámicos como para el imperialismo a la hora de perseguir sus objetivos geopolíticos, en los países «musulmanes» nadie preguntaba a nadie si era chií o suní, ni siquiera si era musulmán o no. En Estados multiétnicos y multirreligiosos como Irán, Iraq o Líbano, las minorías religiosas vivían en paz en áreas urbanas que llevaban el nombre de sus religiones (barrio judío, suní, armenio). Cuando se mezclaban con el resto en las grandes ciudades, su indumentaria, su acento o su nombre transmitían la pertinente información respecto a su credo religioso; preguntar por su fe se hubiera considerado una ofensa y una falta de respeto a la tierra e historia compartidas. Convivían, abundaban los matrimonios mixtos, tal como refleja la existencia de términos como *«sunshi»,* por ejemplo, referido a la pareja formada por fieles de las dos corrientes principales del islam.

En este pasado tan próximo del que ya pocos hablan, quienes dirigían los principales partidos, organizaciones y países del Oriente Próximo y el norte de África eran musulmanes laicos, cristianos y marxistas.… Hacían evidente que los lazos nacionales y étnicos trascendían la identidad religiosa y nadie se escandalizaba por ello: el partido Baaz había sido fundado por el cristiano Michel Aflaq; los dos destacados líderes palestinos, George Habash y Nayef Hawatmeh, eran cristianos; el que fue primer ministro de Irán durante doce años, Abas Hoveida, profesaba la fe bahaí, actualmente ilegal y perseguida.… En este país, que desde 1979 es una teocracia chií, hubo en 1923 un ministro comunista, Soleyman Mirza Eskandari, cuando hoy los comunistas son condenados a muerte por ser «ateos» y por querer poner en «común» la propiedad, un bien sagrado en las cosmovisiones semíticas, cuya superioridad doctrinal es defendida frente a otras religiones.

Doctor Taqi Arani (1903-1940), fundador del Partido Comunista de Irán, asesinado en la prisión del régimen de Reza Pahlevi[1].



El peso de la religión hoy es tal que hasta es capaz de bautizar una geografía al margen de fronteras, valles y montañas. El «mundo musulmán» es el único espacio geográfico del planeta que lleva el nombre de una religión, un término que abarca 53 países del mundo, repartidos entre Asia y África, aunque no sea precisamente la seña de identidad de quienes en él habitan: malayos, turcos, persas, kurdos, árabes…… entre casi un centenar de grupos étnicos.

Hasta hace apenas medio siglo, el sectarismo era una excepción histórica; irrumpió por primera vez, con fuerza, en 1978, en las fronteras de la Unión Soviética. Se trata de una suma aparentemente casual de tres acontecimientos: la creación y movilización de los yihadistas suníes afganos desde Pakistán, EEUU y Arabia Saudí; la entrega del liderazgo de la revolución democrática y espontánea iraní al ayatolá Jomeini desde París, y el ascenso de un cardenal derechista polaco llamado Karol Józef Wojtyła, quien había colaborado con la CIA[2] en el desmoronamiento de la URSS desde Polonia promoviendo los disturbios dirigidos por el ultracatólico Lech Wałęsa.

La humanidad contemplaba entonces el derrumbe de la Unión Soviética, lo que implicaba un cambio de paradigma en el nuevo orden mundial que afectaba al equilibrio de fuerzas en Oriente Próximo. La aparición de la religión en política no era casual, formaba parte de una doctrina bélica conocida como el «choque de civilizaciones», un término acuñado por el politólogo estadounidense S. P. Huntington. Esta nueva percepción de la política internacional subrayará las singularidades sectarias como una herramienta al servicio del pulso por el poder hegemónico en esa región del mundo.

En pocos años este paisaje público y político se ha ido llenado de sotanas, turbantes, y hiyabes; palabras rescatadas del Medievo como «infiel», «apóstata», «hereje», «yihad» o «martirio» invaden las narraciones oficiales y los medios de comunicación, y la humanidad, con votantes, consumidores, empresarios, mercenarios y desterrados incluidos, comparte sus relatos. Se trata de un camino que hoy desemboca en la polarización de los dogmas hasta el punto de crear dos teocracias, crecidas a destiempo y en oposición: la República Islámica de Irán, chií, y la Arabia Saudí, suní. Ambas potencias se presentan como abanderadas de dos centros del islam y su enfrentamiento por la hegemonía en la zona se convierte, de la mano de

la religión, en una lucha por una supervivencia que va más allá de la vida y de la muerte. Ambos países, ambas corrientes, se enfrentan a los desafíos de los tiempos modernos y a las amenazas que brotan desde las entrañas de su imaginario, las de sus propias realidades como nación y las alimentadas por los intereses que proceden de fuera.

El llamado «dilema de seguridad» alimenta una espiral de violencia y dolor entre Irán y Arabia Saudí y sus áreas de influencia. En su afán por proteger sus fronteras y su poderío, los temores de uno, ante las amenazas percibidas, aterran al otro, lo que aumenta la sensación de inseguridad de forma exponencial que en términos reales genera una peligrosa carrera armamentística. La historia ha demostrado que el futuro puede encontrarse en el pasado. ¿Existe la posibilidad de que estas dos potencias protagonicen un conflicto tan largo y devastador como la Guerra de los Treinta Años que, en la Europa del siglo XVII, protagonizaron los Estados que se presentaban partidarios de la Reforma o de la Contrarreforma dentro del Sacro Imperio Romano Germánico, ocultando su verdadera intención de alcanzar la hegemonía europea?

El epítome de este nuevo relato de la política internacional es la aparición del llamado Estado Islámico, grupo terrorista suní, cuyo sentido existencial es exterminar a los chiíes. No sólo ellos, sino también la comunidad internacional parecen haber olvidado que, para todos los grupos «islamistas», la liberación palestina del yugo israelí ha sido tradicionalmente su principal prioridad, lo que evidencia que se desvía la mirada de la verdadera naturaleza de los conflictos actuales, que por un lado es una lucha de clases y, por otro, el pulso entre las potencias regionales y mundiales por recursos y nuevas zonas de influencia. Otro ejemplo de esta forma de narrar el mundo es el que protagoniza el gran muftí de Arabia Saudí, Abdulaziz al Saud, quien ha declarado que el Hezbolá chií libanés no es el «Partido de Dios» (significado en castellano del nombre de esta organización) sino de Satanás, lo que sirve como muestra del odio que pueden sembrar los líderes político-religiosos del islam en las últimas décadas para crear una esfera de poder que les satisfaga. Los chiíes, por su condición de ser minoría religiosa dentro del islam, nunca han atacado al sunismo como tal sino a los países que, en nombre del sunismo, les agreden. Por ejemplo, la teocracia chií iraní apunta a la teocracia saudí no por sus creencias sino por su política exterior; más allá de la retórica que

utilice, Arabia Saudí es aliada de EEUU en la zona y es capaz de llegar a un acuerdo con Israel para debilitar a Irán. No hace falta más que mirar el pasado para tomar conciencia de que la religión no es la clave. Durante la guerra de la coalición liderada en 2003 por EEUU contra el Iraq de Sadam Husein, los ayatolás chiíes iraníes miraban con agrado aquella agresión deseando el final de un Husein que se había atrevido a invadir Irán en 1980.

No es cierto que estas dos potencias persa-chií y árabe-suní estén predestinadas a enfrentarse, pues, antes de la instalación de la teocracia chií en el poder en Irán en 1979, las dos monarquías cooperaban estrechamente contra las fuerzas progresistas de la región. Las ambiciones irreconciliables han llevado a ambos países a expandir los conflictos a otros Estados de Oriente Próximo de forma más o menos directa, patrocinando grupos y milicias afines que les permitan salvaguardar sus fronteras y áreas de influencia.

Se trata, pues, de intereses geoestratégicos. Si el pulso entre Teherán y Riad toma las dimensiones actuales es porque son dos relevantes reservas mundiales de energía. Son ellas el eje de las alianzas internacionales de los países interesados por su crudo en esta era del pico del petróleo, que tienen en cuenta que la energía es clave para la seguridad de cualquier nación. Las potencias mundiales necesitan sus bienes, no sólo por ambición sino por supervivencia, lo que genera todo tipo de estrategias, desde alianzas cambiantes a agresiones de todo tipo. Esto explica que en la actual guerra contra Siria, EEUU y Europa compartan frente con los jeques saudíes en su voluntad de acabar con el Gobierno de Bashar al Asad, mientras Rusia y China cooperan con Irán para impedírselo. Se trata de alianzas dinámicas y cambiantes que las diferencias religiosas son incapaces de explicar. Si ambos países llegaran a entrar abiertamente en guerra, los terribles conflictos actuales se convertirían en un riña infantil, pues no sólo salpicaría a potencias internacionales con gran poder económico y armamentístico; la descomposición de las fronteras de los Estados de la zona llevaría a un caos mortal para millones de personas desesperadas que desde hace años viven sometidas a una violencia descontrolada.

El lema «es la economía, estúpido» que acuñó James Carville, estratega de la campaña electoral de Bill Clinton durante las elecciones de 1992, necesita, en este contexto, un particular giro: «no es la religión, estúpido».

[1] Más información disponible en [http://ketabestan4u2iran.blogfa.com/post/45].

[2] «El papa colaboró con la CIA contra la URSS, según un libro de un investigador del *Watergate*»; Reuters, *El País,* 17 de septiembre de 1996, disponible en [http://elpais.com/diario/1996/09/17/internacional/842911211_850215.html].

I
UNA TRAYECTORIA INTERMINABLE

LOS CUATRO PRIMEROS PASOS DE UN CONFLICTO POCO RELIGIOSO

Este breve repaso de la historia de los conflictos de Oriente Próximo anteriores al siglo XX, encabezados por iraníes, árabes y turcos, muestra hasta qué punto el eje central de tales enfrentamientos ha sido el control sobre algo tan poco religioso como la apropiación de los bienes materiales ajenos y el pulso por aumentar la influencia de su dominio en la región. El objetivo de este libro es comprender el papel instrumental de la religión al servicio de los citados objetivos, y cómo, bajo el manto del reclamo del sunismo y el chiismo, los países principales que profesan la corriente mayoritaria del islam, el sunismo, se agrupan bajo el paraguas de Arabia Saudí, mientras la solitaria República chií de Irán recurre a otros discursos (como la lucha antioccidental, preocupación por los desheredados, etc.), no sólo para sobrevivir como una minoría del 10-15 por 100 del «mundo musulmán», sino para extender su influencia en las tierras suníes e incluso «cristianas» de América Latina o África.

Irán, «la tierra de los arios», es el nombre que hace unos 3.000 años se dio a un vasto territorio que luego fue el Imperio persa. Llegó a incluir, desde el 550 a.C. hasta el 651 d.C. (casi once siglos), desde el norte de Grecia hasta el río Indo y el río Amu Daria, los territorios que hoy incluyen, además de Irán, a Afganistán, parte del Turkmenistán, Iraq, Tayikistán, los emiratos del golfo Pérsico, Yemen, Israel, Líbano, Jordania, Egipto, Libia, Turquía, Armenia, Creta y Chipre y parte de Grecia. Para su población, el país siempre se ha denominado Irán (que no Persia, nombre de una de las provincias) y esta denominación se recuperó en los organismos internacionales a petición del monarca Reza Pahlevi en 1935. Con su propuesta, Pahlevi pretendía identificarse con la época «gloriosa» del

Imperio persa preislámico, aunque también era un guiño a las fuerzas nazis y su apología de la «raza» aria.

Hoy llama la atención que aquel Imperio persa desdeñara las actuales tierras de Arabia Saudí. No las unieron al Imperio por ser una región inhóspita, desolada y carente de atractivo alguno. Estos rasgos tan poco gratificantes serán precisamente los que protegerán a los árabes de la conquista de sus vecinos imperiales. Así, los persas cometieron un error que lamentarán más adelante por dos motivos: el primero, que las tribus beduinas árabe-musulmanas que destruyeron su imperio en el siglo VII procedían precisamente de estos desiertos; el segundo, que el oro negro oculto bajo sus arenas les causará más de un quebradero de cabeza cuando comience el siglo XXI.

Durante esos casi once siglos se produjeron cuatro acontecimientos que determinarían el destino de esos dos Estados que hoy se denominan Arabia Saudí e Irán y que están sumidos en un encarnizado conflicto *interislámico:*

1. Transcurre el año 325 d.C. y el monarca persa Sapor II (309-379), de religión mitraísta, conquista Mesopotamia, Siria, las islas del golfo Pérsico, la Iberia caucásica y Armenia, con poblaciones cristianas que entonces estaban bajo el dominio del Imperio romano de Oriente. Esta expansión territorial de Irán explica hoy ciertas «extrañas alianzas», como las establecidas entre la actual teocracia chií iraní con la República «cristiana» de Armenia contra la República «chií» de Azerbaiyán, nación aliada de Turquía e Israel y socia de la OTAN.

2. Tres siglos después, en el año 613, Abul Qasim Mohamad ibn Abdalah, en español Mahoma (570-632), empieza a predicar el islam («la sumisión»), cuyas enseñanzas, según el Corán, se corresponden con las atribuidas a Abraham, Moisés, Jesús y otros *profetas* semitas. Estos referentes responden esencialmente a las tradiciones de los pueblos y las culturas que habitaban o rodeaban la península arábiga. Entre las propuestas de Mahoma estaba elevar el puesto de Alá (la posible divinidad de la luna[1] y una de tantas deidades de los árabes) en la jerarquía de los dioses, de modo que no sólo se convirtiera en el creador supremo, sino en el único. Para empezar, el nombre de su padre, Abdalah, significa «esclavo de Alá», lo que indica la devoción familiar por este dios. Sus adeptos se llamarán *musulmanes* («obedientes, sometidos, sumisos» a Alá). Sorprende que en los

documentos arqueológicos de la burocracia del Imperio persa –que dominó varias regiones de Arabia entre los años 614 y 628– o en los del Imperio bizantino no se haya encontrado ninguna mención sobre el surgimiento del movimiento religioso bajo el nombre del islam en Hiyaz, la región histórica del noroeste de la península de Arabia, ni a su líder Mohamad (Mahoma). Esta palabra, «mohamad», aparece tan sólo cuatro veces en el Corán: tres de ellas como sinónimo de «alabador», y la cuarta como nombre propio. Sin embargo, en el Corán el nombre de Jesús aparece en 25 ocasiones y el de María, su madre, es recordado 34 veces, además de dedicarle un versículo entero; de la hija del Profeta, Fatima, no hay referencia alguna. Esta ausencia de datos arqueológicos plantea algunos interrogantes sobre la naturaleza del movimiento islámico y sus propuestas religiosas, políticas y sociales, que están fuera del debate de este libro, por lo que nos basaremos en la historia oficial del islam y su desarrollo.

3. En el 630 Mahoma reúne tropas y conquista La Meca, unificando a las tribus dispersas por las grandes urbes de Arabia en torno a la doctrina político-religiosa del islam. Así, pone los cimientos del primer Estado árabe de la historia, cuyo fin era garantizar la supervivencia de aquella confederación de tribus cercada por poderosos imperios como Persia, Bizancio e India. Sus tropas conquistarán toda la península arábiga, incluido Yemen, un principado del Imperio persa. Es cuando Mahoma envía un mensaje a Cosroes II, el emperador de Irán (desde el 590 hasta su muerte en el 628), recomendándole convertirse al islam si quería permanecer en el poder. Esta invitación no concordaba con el versículo 32:3 del Corán[2], que afirma que Dios envía un profeta concreto a cada pueblo en concreto, ni con el versículo 14:4, que dice que «No mandamos a ningún enviado que no hablara en la lengua de su pueblo, para que les explicara con claridad». Sin embargo, el dios Ahura Mazda (al que el libro sagrado de los árabes-musulmanes reconoce a sus fieles con el término «Mayus»[3]) ya había enviado al profeta Zaratustra, de habla persa, para los iraníes al menos 1.200 años antes que Mahoma. En cuanto a la segunda afirmación, el nuevo mensajero de Dios no sabía persa, ni turco, ni otras lenguas de los pueblos que fueron invadidos y sometidos, lo que implica que era incapaz de «explicar con claridad» lo que Alá deseaba transmitir. Por lo que se puede deducir que el islam, cuyos consejos y leyes responden a las tradiciones y vivencias árabes, no nace como una religión universal, ni podría tener tales

pretensiones, puesto que aquel pueblo desconocía la existencia de otras civilizaciones, ignoraba sus necesidades y aspiraciones en Japón, Perú, o en el reino de suiones o de visigodos, lo mismo que sucede con el judaísmo. Por tanto, no se trataba de una guerra religiosa del islam contra el mazdeísmo, mitraísmo y budismo iraní. Tampoco era una lucha de clases regional encabezada por el jefe del nuevo Estado árabe y los reyes persas, de hecho ambos contaban con el respaldo de la aristocracia de sus territorios. La respuesta de Cosroes II fue un rotundo «No». El monarca de Irán consideraba al líder árabe un simple, aunque ambicioso, jefe tribal… hasta que conoce su estrategia: Mahoma se dedicará a minar el Imperio persa por dentro, empezando por Yemen, ofreciendo al gobernante yemení, Badhan, permanecer en el poder a cambio de aceptar el islam. Badhan se someterá y declarará esta religión el credo oficial de Yemen, tierra de la reina de Saba.

4. Mahoma fallece en el 632. Los llamados *ahl a sunnah* («pueblo de tradición» o suní) nombran al aristócrata Abu Bakr para sucederle, enfrentándose a la oposición de una minoría que aboga por otorgar el califato a Ali, primo y yerno del Profeta, considerando que la transmisión del poder es un derecho familiar. A estos se les llamará *chiat al Ali* («partidarios de Ali») o chiíes[4]. Este fue el origen de una fractura que acabaría por convertirse en una escisión irreconciliable.

LA INVASIÓN SUNÍ DE PERSIA Y SUS RAZONES

Tres años después del fallecimiento de Mahoma, las tropas árabe-islámicas suníes empiezan una serie de guerras de conquista, desde Mesopotamia (hoy Iraq, el corazón del Imperio persa) hasta algunas provincias del Imperio bizantino, norte de África, la península ibérica y las islas Filipinas. Uno de los primeros reinos en caer en sus manos es el persa. Las tropas árabe-musulmanas del califa Omar ibn al Jatab invadirán sus territorios desde Mesopotamia, provocando la lenta desintegración del decadente Imperio persa de la dinastía Sasánida, que luchará durante los dos siglos posteriores para expulsar a los ocupantes árabes del país.

Entre los motivos que tienen los árabe-suníes para iniciar estas invasiones militares destacan:

1. Desviar la atención sobre la crisis interna que padecía el nuevo Gobierno islámico con sede en Siria, creando un enemigo exterior y exhortando a miles de jóvenes inactivos a apuntarse a unas guerras que miraban con mucha expectativa e ilusión; la «justicia para los desheredados» que había prometido el islam. A cambio, se les ofrecía una compensación económica, que consistía en quedarse con cuatro quintas partes del botín conquistado y entregar la quinta –llamada *jums*– «a Alá, al Enviado y a sus parientes, a los huérfanos, a los pobres y al viajero» (Corán, 8:41). Invadir un país próspero, de grandes recursos naturales, tierras fértiles y caudales de agua (pues incluían el Éufrates y el Tigris, entre otros ríos), rentables minerías, una industria de manufacturas muy desarrollada, etc., suponía toda una tentación.

2. Fortalecer al ejército con una milicia compuesta por desheredados, excluidos y pobres, que realmente no tenían nada que perder y sí mucho que ganar. Los incentivos económicos les propiciaban la fuerza necesaria para confrontar al enemigo, por eso el reparto del botín se convirtió en el centro de atención de numerosos textos de referencia, como la sura de los beneficios:

> Si te consultan acerca (del reparto) del botín. Diles: «(La decisión sobre) el reparto del botín es competencia de Alá y de su Enviado». Tened, pues, presente a Alá, resolved las divergencias entre vosotros y obedeced a lo que disponen a Alá y su Enviado, si (de verdad) sois creyentes.

En otro versículo, esta misma sura explica:

> (¡Creyentes!) Sabed que de todo el botín de guerra que os llevéis, una quinta parte pertenece a Alá, al Enviado y a sus parientes, a los huérfanos, a los pobres y a los viajantes sin recursos. (Esto es un precepto para ejecutar y para demostrar) que de verdad habéis creído en Alá (8:41).

Los soldados tenían, además, el derecho de colonizar las tierras fértiles de Irán y sus aguas. No habían inventado nada nuevo, los judíos habían hecho las mismas guerras, en menor dimensión, con las mismas intenciones, incentivos y banderas, en busca de oro, plata, mujeres y ganado: «Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel» (1 Samuel 17:45). Para estas corrientes religiosas no existía contradicción entre sus valores morales y sus intereses: el mismo dios que divulgaba la

espiritualidad también patrocinaba los conflictos armados y la matanza de la población civil.

3. Acabar con las guerras intestinas fomentadas por una aristocracia adinerada descontenta por la crisis económica, capaz de alentar los conflictos en las comunidades de beduinos nómadas y comerciantes. La clase alta árabe de Hiyaz pretendía acceder a nuevos recursos económicos, así como a una gran red comercial que le permitiría entrar en los mercados de India, China, Europa y África desde Irán. Obviamente, también soñaba con dormir en los palacios de los emperadores persas y apoderarse de los tesoros de Irán.

4. Acabar con el caos generalizado, que era aprovechado por los bandidos y piratas que atacaban las caravanas terrestres y marítimas extranjeras en su paso por los diferentes caminos de la Ruta de la Seda, algunos de los cuales atravesaban Arabia y el mar Rojo. Esta insostenible inseguridad había hecho que las caravanas dejaran de utilizar la ruta arábiga, desplazando la que hasta entonces había sido la principal ruta del comercio internacional con Oriente, la que unía Persia, India, Siria, China y el Imperio romano, a un nuevo trazado. Este factor estratégico intensificó la pobreza y la desesperación entre la población árabe, que se puso a buscar agua y tierras verdes fuera de sus fronteras.

5. Liberar a los «hermanos» semitas de Mesopotamia, que estaban sometidos al yugo de los persas, anunciando el nacimiento del «panarabismo».

6. Contar con la fuerza de una nueva ideología aglutinadora que anunciaba el triunfo seguro de las tropas por la venia de Alá, y no sólo sobre los «enemigos», sino sobre cualquier pueblo por conquistar.

7. La creencia en la inmortalidad. Tanto si mataban como si morían en combate, habrían ganado una vida confortable en el «otro mundo»: «Y no digáis de quienes son muertos por la causa de Alá “están muertos”, por el contrario están vivos, pero vosotros no lo percibís» (Corán 2:154). La filosofía del martirio se sostiene sobre el imperativo de cumplir la voluntad de Alá.

LOS PIES DE BARRO DEL IMPERIO

Las razones del ejército invasor no explican el derrumbamiento persa. Los motivos del colapso del que fuera el primer imperio universal de la humanidad son complejos. Para empezar, los oficiales de su ejército, forjados en las guerras contra Roma y Grecia, habían otorgado escasa importancia a las desorganizadas milicias árabes. Su soberbia les impidió prepararse psicológicamente ante un enemigo desharrapado, pobre y fragmentado, llegado de las arenas del desierto, que parecía incapaz de vencer con sus dagas y espadas al poderoso ejército persa.

Por otro lado, las interminables guerras de Irán contra el Imperio romano de Oriente (602-628 d.C.) habían provocado profundos descontentos en el pueblo y deslegitimado a sus gobernantes. La corte vivía muy alejada de la realidad de sus súbditos. Las supersticiones marcaban la pauta en las tomas de decisiones. Si los astrólogos del reino pronosticaban que el emperador y su Imperio gozarían de una larga vida, ¿para qué preocuparse? Evidentemente, la bola de cristal falló, al igual que la convicción de que Irán era una tierra divina, invencible y protegida por Ahura Mazda, la deidad suprema del zoroastrismo.

El persa era más un Imperio cultural que militar, que apenas tenía una ideología o religión que permitieran cohesionar a la población de aquel vasto Imperio ante el enemigo. El centro mantenía unos lazos débiles con la periferia, lo que multiplicaba la disgregación. A ello se suman los continuos conflictos religiosos entre mitraístas, maniqueos, cristianos, budistas, etc. Una desunión que se agravará con el despotismo de los sacerdotes mazdeístas contra los otros credos.

Además, el deterioro económico generalizado y la subida de los impuestos para financiar las guerras interminables hicieron que los súbditos se rebelaran contra sus gobernantes. La población no tenía motivos para sacrificar su vida para defender el país. Simplemente, dejaron que los invasores hicieran su trabajo. No resulta difícil de entender; algo parecido sucedió cuando las tropas de EEUU invadieron Iraq en 2003, ¡hasta los partidos progresistas de Iraq apoyaron a los imperialistas para librarse de Sadam Husein!

Hubo otro factor: los mensajes lanzados por los árabes sobre la igualdad, la justicia y la defensa de los desheredados y los oprimidos confundieron a diferentes sectores descontentos de la sociedad iraní. Poco tardaron en darse cuenta de que la «igualdad» a la que se referían era la igualdad en sumisión

religiosa ante Alá, que no igualdad ante la ley, y que el término de «oprimidos» se otorgaba a quienes eran perseguidos por sus creencias religiosas y no por haber sido aplastados por los poderes político-económicos.

Otros motivos: los invasores aplicaron la estrategia del terror y la tierra quemada, saqueos, matanzas, violaciones (las mujeres formaban parte del botín de guerra tanto en el islam como en el judaísmo)… «Sólo las mujeres y los niños, los animales y todo lo que haya en la ciudad, todos sus despojos, tomarás para ti como botín. Comerás del botín de tus enemigos, que el SEÑOR tu Dios te ha dado» (Deuteronomio 20:12-14) y «¡Profeta! Hemos declarado lícitas para ti a tus esposas, a las que has dado dote, a las esclavas que Alá te ha dado como botín de guerra» (Corán 33:50).

Se trataba de convertir la guerra por los recursos en una guerra religiosa, utilizando la fuerza de la fe, y para ello se cuidaron hasta los pequeños detalles, por ejemplo las apariencias: la imagen de los mandatarios árabes, con sus sencillas sotanas, contrastaban con el lujo de los gobernadores persas al que estaban acostumbrados los iraníes. Algo parecido sucedió con el modesto modo de vestir del ayatolá Jomeini cuando entró en Irán en 1979, en comparación con la túnica de piedras preciosas del sah y su Trono del Pavo Real de valor incalculable. Más de uno se quedó en las apariencias, considerando a Jomeini como el representante de la inexistente teología islámica de liberación.

Así pues, para el pueblo persa la llegada del islam, en un principio, no era precisamente una mala noticia, se les ofrecía como una salida posible auspiciada por la lógica de que el enemigo de tu enemigo es tu amigo. No resulta sorprendente que con la muerte del emperador Cosroes II en 628 se desmoronase el Estado, y el Imperio se sumiera en el caos y la guerra civil. Las disensiones en el seno del poder fueron el último clavo para el ataúd del Imperio.

IRÁN SERÁ ISLÁMICO, ADEMÁS SUNÍ. EL *INTERMEZZO* PÉRSICO

Los pueblos iraníes despertarán de su sueño secular convertidos en esclavos en medio de las masacres, realizadas por los invasores, y el pillaje. Ante su mirada atónita, los conquistadores impusieron su sistema político, su religión islámica, su escritura y hasta su forma de vestir. Al ver que no eran transmisores de la idea de «justicia y hermandad» que tanto habían proclamado, los iraníes formaron grupos de resistencia armada. Razones no les faltaban; a la humillación que implicaba dejar de ser habitantes del Imperio para convertirse en esclavos, se unió la pesada carga de dos impuestos: el llamado *jazya,* un impuesto per cápita, que el islam exige a las únicas minorías religiosas reconocidas en el Corán como son el judaísmo, el cristianismo y el zoroastrismo (el resto de las religiones no pueden existir), y el denominado *jaray* (tributo) que tenían que pagar los campesinos no árabes. El rechazo de estas medidas tributarias producirá levantamientos en los principados iraníes, lo que hizo que la islamización del país tardara varios siglos en producirse y que la arabización (la imposición de los modos de vida de los árabes a decenas de grupos étnicos) tampoco sea como el invasor deseaba.

Además, el islam se dividió en dos corrientes religiosas, lo que provocó enfrentamientos entre pares, para beneficio de los persas. En el año 656 se acusa a Ali ibn Abi Talib (600-661), primo y yerno de Mahoma, de estar implicado en el asesinato del tercer califa del islam, Uthman. Esta acusación será el inicio de las guerras interislámicas, dando lugar a la aparición de chiíes y suníes.

En esta primera guerra islámica destacó la batalla del Camello (*Jamal* en árabe), acaecida el 4 de diciembre de 656 cerca de Basora entre los seguidores del califa Ali y los de una mujer, Aisha, la última esposa del mismísimo Profeta. Aisha presenciará el devenir de los combates a lomos de su camello, de ahí el nombre de la batalla. La joven viuda de Mahoma acusaba a Ali de matar al califa. Desde esta fecha hasta el año 873, los once imanes (santos) del chiismo serán asesinados, por espada o por veneno, a manos de suníes.

Mientras tanto, el pueblo persa invadido va adquiriendo una identidad colectiva cada vez más cohesionada. La lengua persa (de origen indoeuropeo) se convierte en el siglo IX en la bandera del nacionalismo iraní gracias al trabajo del poeta Abolqasem Ferdousi y su obra maestra *Sahname («El libro de los reyes»).* De tono abiertamente antiárabe, este

libro rescata la lengua persa del arabismo al tiempo que recupera la mitología milenaria iraní y sus antiguos credos mazdeísta y mitraísta.

En estas mismas fechas la decadencia del Imperio árabe-islámico se hace aún más evidente. La corrupción económica abarca todas las caras de la moral, tal como dan fe los vastos harenes donde miles de mujeres secuestradas sobrevivían hacinadas.

Bajo el califato suní-árabe de los Abasíes (750-1258), se mantuvieron en Irán los principados autonómicos, que preservarán la esencia cultural de la nación conquistada. Este largo periodo, cuyo rasgo distintivo es el resurgimiento del espíritu nacional iraní con ropaje religioso (¡no se permitía otro!), ha sido denominado «*intermezzo* Pérsico» por el iranólogo ruso Vladimir Minorsky[5] (1877-1966). El término hace referencia a un periodo de la historia entre el declive del dominio de los árabes Abasíes y el surgimiento de varias dinastías iraníes, si bien suníes, en la meseta iraní.

A partir del siglo IX, el pueblo iraní consigue expulsar a los árabes del poder. En gran parte de las regiones del país se instauran dinastías que izan la bandera nacionalista persa, como la búyida (chií) o la corasmia (suní), un Imperio de habla persa que dominó los territorios del actual Pakistán, Afganistán, Uzbekistán, Kazajistán y Jorasán. Los generales turcos también mueven ficha en este tablero: se hacen con el control del califato de Bagdad al tiempo que luchan entre sí para conseguir el cargo de emir *al umara* («comandante en jefe»). Así es como entra en la escena el tercer actor actual de las batallas de Oriente Próximo, los turcos, quienes acabarán por desplazar a los árabes del tablero.

En 1071, el iraní de origen turco Alp Arslan, de la dinastía Selyúcida, levanta un nuevo Imperio, que incluirá las regiones situadas entre el Amu Daria, el golfo Pérsico y el mar Mediterráneo, una vez que derrota al Imperio bizantino. Después de su victoria, siembra de colonos turcomanos la región de Anatolia –la parte asiática de la actual Turquía–, turquizándola.

Pero varios siglos antes de estos acontecimientos, en 1169, Salahedin (Saladino), un kurdo fanático suní, dirige las tropas sirias hacia la conquista de Egipto y se convierte en *malik* («rey»). Una de sus principales decisiones será abolir el califato fatimí chií para proclamar el sunismo como religión oficial de la tierra de los faraones. Salahedin se convertirá en el baluarte de las guerras con devoción religiosa, la yihad, que llevará a cabo con el

mismo fervor que si fueran un principio del islam. En 1187 consiguió derrotar a los cruzados en Palestina, conquistando Jerusalén.

Hoy, los chiíes egipcios (que llegaron a gobernar El Cairo de 969 a 1171 y fundaron la Universidad de al-Azhar) representan menos del 2 por 100 de los cerca de 80 millones de egipcios, de mayoría suní, y constituyen una minoría perseguida y discriminada. La citada universidad es en estos momentos la máxima autoridad de la enseñanza del sunismo del mundo, promulgando la corriente doctrinal de los Hermanos Musulmanes.

Los chiíes, mientras, pasarán a vivir en la clandestinidad. Con la voluntad de separar la autoridad mundana de la espiritual, optarán por aislarse del poder político hasta la futura aparición del imán Mahdi, el duodécimo y último santo del chiismo.

EL VAIVÉN DE LOS CHIÍES

En el año 1501 el Irán suní se convierte al chiismo por decreto real. Fueron los guerreros de esta corriente, liderados por Ismael I (Azerbaiyán, 1487-1524), de las tribus azeríes de la cofradía sufí Qizilbash (los «Cabezas Rojas», por el color de sus turbantes), quienes tomaron el poder en Isfahán, y fundaron la dinastía Safávida, que significa «de orden sufí», una espiritualidad marcada por el mitraísmo y el mazdeísmo, y que se oponía al fundamentalismo islámico.

Ismael I, hijo de un místico y de la princesa Martha (nieta de la griega Teodora, hija de Juan IV de Trebisonda[6]), será quien proclame el chiismo como la religión oficial de su Estado. Ismael I se convirtió en el guía espiritual de los alavíes, corriente islámica que eleva a Ali a la categoría divina. Para ello, tuvo magnas razones de índole política:

1. Recuperar la grandeza de Irán, la que ostentaba antes de las invasiones extranjeras.
2. Retomar el control de los principados díscolos ubicados en el territorio iraní, forzando una cohesión religiosa entre sus habitantes.
3. Marcar una rígida frontera con el principal enemigo de Irán, los turco-suníes del Imperio otomano. Para ello creará una identidad distintiva en su nuevo Imperio combinando identidades: la iranidad con el chiismo. Frente a

los Estados vecinos turco-suní y árabe-suní, se distinguirá por ser iraní-chií. A partir de ese momento, los gobernantes fusionarán el romanticismo místico del sufismo con la exaltación nacionalista persa que aspira a recuperar para Irán el dominio sobre las rutas comerciales en toda Asia Central, Transoxiana y Asia Menor.

En esta misión no dudaron en trazar alianzas con los europeos con tal de derrotar a los turcos. Abas I el Grande (1571-1629) decidirá congraciarse con los reyes cristianos europeos y enviará a Europa una misión diplomática, que en España será recibida por el rey Felipe III. Uno de los integrantes de esta comitiva será Uruch Beg, que con el tiempo se convertiría, posiblemente, en el primer chií que se catolizó. Conocido como el Don Juan de Persia, fue, además, el cronista de aquel viaje por Rusia, Italia y Francia, entre otros. Don Juan de Persia fue asesinado en 1604 durante una pelea callejera en Valladolid.

Una vez cohesionada la nación bajo el paraguas del chiismo, los Safávidas reclamarán el Cáucaso y Mesopotamia, entrando en guerra con los otomanos suníes. El resultado se hace evidente en 1639: el Tratado de Qasr e Shirin[7] pone fin a cerca de 150 años de conflictos por disputas territoriales entre ambos Estados. Fruto de este acuerdo es repartirse el Cáucaso: la Armenia oriental, el este de Georgia, Daguestán y Azerbaiyán serán para Irán, y el oeste de Georgia y la Armenia occidental serán dominios turcos.

En este periodo, el conflicto principal en la región de Oriente Próximo sucederá entre los otomano-suníes y los iraní-chiíes; los árabes quedarán sometidos al dominio turco.

Casi un siglo después, en 1736 esta aparente lucha suní-chií da un giro interesante: Nader Sah (1688-1747), guerrero de origen azerí y fundador de la dinastía Asfárida en Irán, suspende el chiismo como religión oficial del país y niega su condición de corriente independiente dentro del islam para declararla como la quinta escuela del sunismo, junto con las escuelas hanafí, malikí, hanbalí y shafií.

El objetivo de Nader Sah fue instaurar la paz entre las dos potencias regionales. Evidentemente se toparía con la resistencia del alto clérigo chií, que prefería mantener su existencia y su poder. Por otro lado, el pacifismo no era precisamente una de las virtudes del rey Nader: tras expulsar a las

tropas ocupantes rusas y otomanas en los territorios iraníes, emprende la conquista de Turkmenistán e India en 1738-1739, de ahí que se ganara los apodos de Napoleón iraní y el Último conquistador de Oriente.

Nader será recordado por su extrema crueldad durante la invasión de la India, donde masacró a miles de personas y saqueó los tesoros del país, entre ellos uno de los diamantes más grandes del mundo, el Darya-ye Noor («Mar de Luz»), de 182 quilates, el del Koh-i Noor («Montaña de Luz») y también el Trono del Pavo Real exhibido por Mohamad Reza Pahlevi durante su coronación como sah, en 1967.

Será el ayatolá Jomeini quien, después de que la Revolución iraní derrocase en 1979 a Reza Pahlevi, sitúe al clero chií al frente del poder político por primera vez en la historia de Irán. Ante el asombro y las protestas de los ulemas chiíes, instaurará una figura nueva y muy polémica en el chiismo: *wilayat faqih* («tutela del jurista islámico»). Esta figura creada por él, inexistente hasta entonces en la tradición chií, y por él representada, concentrará en su persona todos los poderes, el militar, económico, político y el jurídico, quien además se proclamará representante de Mahdi, el mesías del chiismo, desaparecido en el siglo IX, hasta su llegada.

Entre Nader y Jomeini habrán pasado casi 250 años marcados por importantes cambios en el mapa político del mundo. Para empezar, la desintegración definitiva de Imperio otomano. Antes del fin de la Primera Guerra Mundial, el 16 de mayo de 1916, el británico Mark Sykes y el francés Georges Picot firman el Acuerdo Sykes-Picot, creando una nueva arquitectura geopolítica al repartirse los territorios del Imperio otomano entre Francia y Gran Bretaña, las dos superpotencias del momento. Estos países europeos diseñarán nuevos Estados que hoy, en su centenario, desmontan. No habrá un gran Estado árabe –lo dividirán entre Iraq, Siria, Palestina y Arabia Saudí–, y de lo que queda formarán a Turquía, Bulgaria, Rumanía y Grecia, entre otros. Los kurdos y los armenios se quedarán sin un Estado propio. La Primera Guerra Mundial estará marcada no sólo por la desintegración del Imperio otomano, sino también por el nacimiento de la Unión Soviética (URSS), república laica que transformará el rostro social del planeta, forzando al resto de países a incluir los derechos de los trabajadores en sus legislaciones.

La Segunda Guerra Mundial estará coronada por el nacimiento del bloque socialista, que amplía la influencia de Moscú hasta el Este de Europa. La creación de Israel y la ocupación de las tierras palestinas es otro de los acontecimientos que marcarán las pautas de la lucha chií-suní en el «mundo musulmán».

Ya con el ayatolá Jomeini en el poder, las estrategias geopolíticas cambian a nivel mundial una vez más en 1991, año en el que desaparece la URSS y avanza el liberalismo económico y el militarismo imperialista en las regiones de influencia soviética. La humanidad asiste al inicio de un nuevo orden y discurso unilateral liderado por Washington.

En el año 2011 habrá una nueva reconfiguración del mapa del mundo: las llamadas Primaveras árabes, unas auténticas, otras falsas, servirán para destruir grandes Estados árabe-suníes como Libia y Siria, y el resurgimiento de Moscú bajo la dirección de Vladimir Putin que, sin ser el heredero de la URSS, intenta acabar con el unilateralismo de EEUU y recuperar su zona de influencia histórica, unas veces en alianza con los suníes y otras con los chiíes-iraníes.

[1] «La luna», en la cultura de los habitantes de la península arábiga (al igual que en Persia), era de sexo masculino, mientras el sol es del sexo femenino. *Al ilah* era el nombre genérico del dios lunar.

[2] «Él la ha inventado. ¡No! es la Verdad venida de tu Señor, para que adviertas a un pueblo al que no ha venido monitor alguno antes de ti. Quizá, así, sean bien dirigidos.»

[3] Palabra árabe de origen persa, *mogh,* que es el nombre dado a los sacerdotes mitraístas. La leyenda de los «Reyes magos» llegados de oriente en el Evangelio pretende justificar la santidad del Niño Jesús, a quien visitaron aquellos «Sabios» cuya religión dominaba el Imperio romano.

[4] Sobre las diferencias entre el sunismo y chiismo, véase el siguiente capítulo.

[5] V. F. Minorsky, *Encyclopaedia Iranica,* disponible en [http://www.iranicaonline.org/articles/minorsky-vladimir].

[6] «El Imperio persa safávida», disponible en [https://stefancampillo.wordpress.com/tag/persia/].

[7] Nombre de una ciudad kurda en el Kermanshah iraní que significa «palacio de Shirin», en persa y kurdo. Shirin significa «dulcinea» y fue el nombre de la esposa de Cosroes II, el emperador sasánida.

II
LA ESCISIÓN ENTRE CHIISMO Y SUNISMO

LA LUCHA POR EL PODER POLÍTICO ROMPE EL ISLAM

Si se pregunta a algún occidental qué es el chiismo, es probable que responda de manera inmediata «la rama radical del islam». Sin embargo, llevar al extremo del fanatismo una doctrina no responde sólo a un impulso o a una simple convicción ideológica. Se trata de una respuesta determinada por las circunstancias sociales en las que se desarrollan y aplican dichas ideas, por las personas que lideran el grupo y sus percepciones personales, y por la base teórica en la que se enraízan sus tesis, que, más allá de las interpretaciones, justifican tal radicalización, dando lugar a este complejo fenómeno.

Etimológicamente el término chií procede de la palabra árabe *shi'a* (partido, grupo) que, aplicado a una persona, significaría «miembro de un partido» o «partidario» e incluso «militante». En la aleya 15 de la sura 28, el Corán se refiere a uno de los seguidores de Moisés como uno de sus *shi'as:*

> …y halló en ella a dos hombres riñendo; uno era partidario suyo y el otro adversario. Su partidario le pidió socorro contra su adversario, y Moisés le aporreó y le ultimó.

En otro texto, Abraham es presentado como un *shi'a* de Noé:

> Por cierto que entre sus seguidores estaba Abraham (Corán, 37:83).

Said Nafisi, cronista iraní, recoge en su libro *Historia social de Irán* la existencia de, al menos, 37 grupos *shi'as,* en su sentido de «partidarios, seguidores», como los zaydíes o los chiíes de Muawiya ibn Abi Sufian.

Sólo después de la rebelión de los jariyíes[1] el termino *shi'a* fue aplicado exclusivamente a aquellos que permanecieron fieles a Ali bin abu Talib (*ca.* 600-661), por lo que pasaron a llamarse *shi'at Ali* («partido de Ali»). Este grupo defendía la preeminencia de Ali, primo y yerno de Mahoma, al frente

del poder, pues no sólo legitimaba la continuidad del califato en la familia del Profeta, sino que, además, era uno de sus primeros discípulos.

Estamos ante un caso recurrente en la historia de la humanidad: los *shi'at Ali* se enfrentaban a un problema sucesorio. Cuando Mahoma fallece en junio del año 632 no había establecido ninguna pauta sobre cómo decidir su sucesión al frente de la recién instaurada Estado-comunidad árabe-islámica. Para los «futuros» chiíes el asunto tenía una clara y única respuesta: el heredero era Ali y, para refrendarlo, recordaban un acontecimiento sucedido ocho días después de la Fiesta del Sacrificio en un lugar del desierto llamado Gadir Jum durante su emigración entre La Meca y Medina en el 632, diez años después de la hégira. Mahoma, levantando el brazo de su primo, recuerdan, clamó ante numerosas personas: «Para quien yo haya sido su amigo y protector, Ali será su amigo y protector».

Donde los chiíes veían un nombramiento en toda regla, los suníes apenas consideraban esa afirmación como una demostración de la cercanía que sentía Mahoma por Ali. Sin embargo, los primeros insistían en que no era un simple discípulo: primo y hermano de leche del Profeta, al quedarse huérfano, fue recogido por Abdalah, el padre de Mahoma. Además, él fue el primer varón en abrazar el islam, y lo hizo cuando era adolescente. Por todo ello, las palabras del enviado de Alá no podían ser un mero cumplido.

Sin negar estos vínculos, los suníes rechazan la intención de que aquel líder de la comunidad quisiera convertirle en su heredero, y lo hacían con los siguientes argumentos: el propio Ali no defendió su candidatura en el consejo tribal que decidía la cuestión de la sucesión. Además, él era demasiado joven (tenía unos treinta años) para ocupar un puesto que solía ser exclusivo de los veteranos y notables árabes. Por otra parte, no contaba precisamente con la simpatía de los diferentes sectores de la sociedad árabe, quizá debido a la presencia de familiares de víctimas de las batallas en las que había participado.

Aquel conflicto de tinte político en realidad albergaba una trama socioeconómica, de «lucha de clases»: los defensores de la vía tradicionalista representaban a los sectores aristócratas de la comunidad de la Arabia en crisis, mientras que los desfavorecidos (esclavos y comerciantes arruinados, entre otros) apoyaban a Ali con la esperanza de que cambiara el orden social establecido y defendiera sus derechos. Así fue como las dos ramas se fueron distanciando de forma radical.

ALI, EL NACIMIENTO DE UN MITO

No había llegado el momento del triunfo de los excluidos, de modo que en ese desacuerdo inicial los tradicionalistas suníes se convierten en la referencia del islam oficial. Los próceres de esta corriente optarán por mantener el *statu quo,* el sistema oligárquico de califato, que adaptarán a los preceptos del Corán, y por unir en la figura del dirigente el poder político y el religioso.

Este primer Estado islámico fue gobernado por Abu Bakr (632-634), un importante comerciante de Arabia, uno de los suegros de Mahoma, padre de su última esposa, Aisha, su amigo y hombre de confianza. Este califa (término árabe que significa «sucesor») y los tres que le siguieron serán apodados como los Bien guiados. Se trata de Omar ibn al Jatab, otro suegro de Mahoma, padre de Hafsa, que gobernó entre 634 y 644; Uthman ibn Affan, califa entre el 644 y el 656, poderoso y rico mercader de la familia Omeya, y doble yerno del Profeta, pues fue esposo de Roqaya y, tras la muerte de esta, de Umm Kulthum, su hermana pequeña. El cuarto fue Ali, cuya figura enarbolarán los chiíes, quien tuvo que esperar unas dos décadas para que llegara su turno, convirtiéndose así en el tercero de los califas y el cuarto en el orden de sucesión.

El hecho de que Ali se negara a luchar contra la decisión de los jefes tribales árabes le otorgó la fama de líder resignado, legalista, paciente, diplomático, honrado, leal (a Mahoma y al islam), ascético, contrario a la exhibición de la opulencia por parte de los califas… Todo eso es Ali para los chiíes. Sin embargo, sus seguidores se negaron a reconocer a todos aquellos notables que le alejaron del poder en nombre de la tradición, y se declararon sus opositores.

Frente a los suníes, para quienes cualquier musulmán miembro de la tribu de Quraysh puede dirigir la comunidad islámica siempre que sea buen musulmán, los chiíes defendían que la persona que debía estar al mando de esa sociedad debía ser un descendiente directo de Mahoma, o sea, de su hija Fatima, que contrajo matrimonio con Ali.

Los cinco años que Ali administró el poder son considerados por sus seguidores como un ejemplo del reinado de los pobres, de la rectitud y la justicia. Por él apostaban los desheredados de Arabia y los antiguos

esclavos que denunciaban los abusos del poder y la corrupción de las autoridades de turno. De ahí que los chiíes de izquierdas consideren que, con Ali, nació el socialismo islámico. Argumentan que estaba a favor de la sociedad islámica sin clases, que predicaba el reparto de las riquezas y luchaba contra la discriminación social, como asegura el libro *Nahj al Balaqa («Vía de la elocuencia»),* una compilación de citas, sermones y discursos atribuidos a este primer santo del chiismo y recogidos por Sarif al Razi (1016), uno de los maestros de esta corriente de la Escuela de Bagdad. En él se desprende la fidelidad del líder por los principios éticos y morales y su sentido de la justicia económica. Una de las frases incluidas en el libro, «no se levanta un palacio sin antes haber derruido las casas de los humildes», se convirtió en la bandera de la lucha por los desheredados. Tal es el fervor que genera en sus admiradores, que algunos sectores llamados *Ali-al.lahi* («Ali es Alá») le han elevado a la categoría divina.

Por supuesto, Ali contaba con detractores. De hecho tuvo que luchar contra ellos en varias ocasiones. Ya en el siglo VII de la era cristiana (siglo I del calendario musulmán) tuvo lugar la primera guerra civil, la primera *fitna* («disturbio»): Aisha, la viuda del Profeta, no consideraba a Ali digno de liderar la comunidad y le implicaba en el asesinato de Uthman, el califa de los Omeyas. El vencedor de esta guerra fue Ali, que perdonó a quien fue la esposa preferida de Mahoma.

La segunda guerra emblemática, la de Nahrawan, se libró contra los jariyíes. En ella murieron muchos militantes de este sector de los musulmanes. Con el paso del tiempo, dichos enfrentamientos se volverían en contra de Ali, que moriría asesinado en el año 661 por la estocada envenenada de Ibn Muljan, un jariyí, en venganza por la matanza de Nahrawan. Su mausoleo, en la ciudad iraquí de Nayaf, es uno de los lugares sagrados de los musulmanes chiíes.

DE HUSEIN, «EL PRÍNCIPE DE LOS MÁRTIRES», A BARACK HUSSEIN OBAMA

Ali muere asesinado en un momento convulso y su descendencia, por tanto, cobra una gran importancia. Sus defensores cifran todas sus

esperanzas en Hasan, el hijo mayor, sin embargo su insistencia en la transmisión hereditaria del poder será en vano: Hasan ibn Ali (625-670), nieto de Mahoma y el segundo santo del chiismo, no será nombrado califa por los suníes.

Al ver la imposibilidad de derrotar al poderoso ejército del principal aspirante al califato, Muawiya Omeya (602-680), Hasan opta por renunciar al poder debido a la falta de apoyo popular. Por esta decisión será recordado como un hombre débil tanto por sus opositores como por algunos chiíes. A partir de ese momento se acuñará el término «chiíes hasaníes» (reacios a combatir) en el seno del chiismo, para calificar a aquellos que aprueban su actitud «no bélica». Antes de su renuncia Hasan había realizado un referéndum en el que postulaba: «Muawiya nos ha convocado a (una guerra) en la que no hay ni honor ni justicia. Si queréis la vida mundana, aceptaremos tener esta espina en el ojo, y si queréis la muerte, entregaremos nuestra vida en la senda de Alá».

En respuesta, los hombres allí presentes gritaron «nosotros elegimos la vida, el vivir»[2]; esta respuesta debería resonar en quienes hoy creen que «los musulmanes» no piensan más que en matar y morir.

Hasan, pues, «no encontró a nadie que quisiera ir a la guerra»[3]. Él mismo confiesa que «si hubiéramos ido a la guerra, no hubiera quedado vivo ninguno de nosotros». Una «paz táctica» y la renuncia a empuñar las armas no significan hacer las paces con el enemigo[4], defienden aún hoy los que abogan por la «paz hasaní» ante una parte de los chiíes que desaprueban su renuncia.

En el año 680 el gobernador Muawiya muere en Damasco, con lo que queda abierta, de nuevo, la cuestión de la sucesión al califato. Años antes Hasan había muerto envenenado, según la tradición chií quizá a manos de una de sus esposas y por incitación de los Omeyas. Es ese momento cuando su hermano menor, Husein (626-680), recibe la invitación de los habitantes de Kufa (Iraq) para que vaya a liderarlos. Husein acepta el desafío y abandona Hiyaz, Arabia, rumbo hacia Kufa junto con su familia y cerca de un centenar de fieles. Alertado, el entonces gobernador de Siria e hijo del difunto Muawiya, Yazid, pide a Husein que jure fidelidad al califato mientras envía a su ejército para intimidarle.

El nieto del Profeta y su séquito sufrirán una emboscada en el desierto de Kerbala sin que los habitantes de Kufa fueran a socorrerlos. A pesar de

estar en las orillas de Éufrates no tienen acceso al agua, ni a alimentos. Después de interminables días sometidos al hambre y la sed, el campamento es asaltado y sus integrantes «musulmanes» son masacrados por sus correligionarios. Por supuesto, el héroe muere en la batalla: Husein fue decapitado y su cabeza, llevada como trofeo a Damasco y exhibida por todo el territorio, haciendo gala de la «pedagogía del miedo».

La respuesta a esta forma de imponer el terror fue el nacimiento del mito, la epopeya que convertirá a Husein en el «Príncipe de los mártires». Se trata de la Ashura, que significa «Décimo», por suceder el día 10 del mes de Muharram del calendario árabe-islámico. El nieto del Profeta se convertiría así en símbolo del martirio para los chiíes: moría sin doblegarse ante sus enemigos.

Desde entonces el debate queda en el aire: ¿qué debía de hacer Husein como responsable de la expedición? ¿Rendirse ante la gran desigualdad entre sus efectivos y los del ejército contrario? ¿Aceptar la rendición de forma táctica, para luego seguir luchando? ¿Fue un error de táctica o debía ir hacia su destino, sacrificándose por unos ideales político-religiosos e inmortalizar la idea del martirio? Se trataba de la confrontación entre un centenar de fieles, incluidos mujeres y niños, contra miles de soldados de los Omeyas. Una batalla claramente desigual.

Para una parte de los chiíes, la acción de Husein se convirtió en un ejemplo de valentía, de fidelidad hacia el pacto con Alá y sentó el precedente de morir por la causa. Se autodenominarían «chiíes huseiníes revolucionarios», que apuestan por presentar esta batalla hasta el martirio como un ideal justo y respetuoso con los fundamentos del islam. Frente a ellos están los partidarios de su hermano mayor, Hasan, que pactó con los Omeyas en busca de una salida pacífica, lo que le convirtió para otro sector de chiíes en símbolo de sabiduría y diplomacia. Sus partidarios se autodenominarían «chiíes hasaníes reformistas» y defienden alcanzar pactos en aquellos momentos en los que carecen de suficiente poder como para derrotar al enemigo.

No se trata de una división trasnochada o antigua sino contemporánea. En Irán, cuando la dictadura del sah empezó a tambalearse (en 1978), el ayatolá Kazem Sariatmadari, que no tenía discrepancias con Pahlevi, se presentará como seguidor de la línea de Hasan, mientras que Jomeini se decantará por su hermano, Husein. Las connotaciones de este hecho

histórico serán absolutamente relevantes para los seguidores de ambos religiosos. La vertiente ganadora, como todos saben, fue la de Jomeini, lo que significa que es la opción de Husein la que llega al poder. Es así como se refrenda el hecho de «sacrificarse por la causa». Aun así, tal división no impide que los líderes de esta corriente alternen ambas estrategias en sus escenarios políticos. Aunque Hasan y Husein son santos del chiismo, en aquel siglo representaban a la corriente dominante del sunismo. Por lo que el martirio (*«Shahada»* en árabe) es un acto de sacrificio al que recurren también los suníes de hoy en día.

En otro escenario, y ya en el siglo XXI, los defensores del presidente de EEUU intentarán ocultar durante ocho años su nombre completo: Barack Hussein Obama. Quizá pensaran que para la opinión pública estadounidense «es peor tener ascendientes musulmanes que africanos». Pocos habrían oído antes el nombre de Barack pero Husein…¡Remitía nada menos que a Sadam Husein! Pues bien, precisamente Barack Hussein Obama y el presidente iraní Hasan Rohani, ambos con el nombre de los nietos de Mahoma, sellaron en julio del 2015 el acuerdo nuclear, evitando una batalla entre EEUU e Irán que sería la madre de todas las guerras. Esta vez, ambos firmaron la paz. La facción contraria a estas negociaciones del Gobierno acusará al presidente Hasan Rohani de capitulación y le tildarán de «chií hasaní».

LA ASHURA Y EL CULTO AL MARTIRIO

En la conmemoración de la Ashura, los chiíes recuerdan el asesinato de Husein ibn Ali en una de tantas batallas que libró contra otros grupos de beduinos que componían la comunidad musulmana de Arabia. El asesinato de este nieto de Mahoma acabará de forma definitiva con cualquier posibilidad de acercamiento político entre los dos «partidos» del islam.

La exaltación de la conmemoración de la Ashura, al principio de escasa dimensión y repercusión, en una región en continuas grandes guerras, tendrá lugar sólo después de que los Safávidas (1501-1722) tomen el poder en Irán y conviertan el chiismo en la religión oficial del Estado, celebrando a lo grande y de forma espectacular y llamativa este evento como una gran manifestación nacional-religiosa, útil para diferenciarse de los suníes en el

gran Imperio de los otomanos. Se convertirá en una particular «Semana Santa» chií en la que Husein, igual que Cristo, pasa hambre, sed y torturas. Durante la ceremonia los chiíes, vestidos de negro, caminan descalzos, se infligen heridas en la cabeza con una daga y en el torso desnudo con unas cadenas, todo ello al ritmo de los tambores de guerra, emulando los sufrimientos de Husein.

A partir del siglo XIX la conmemoración de este martirologio se completa con una representación dramática denominada *ta ziye* («duelo teatral»), en la que los cronistas narran sobre lo sucedido en aquel campo de terror. La pieza está representada por actores callejeros, la ejecutan al aire libre o en los *hoseiniyes,* centros religiosos bautizados con el nombre del mártir. Durante la representación se reparten refrescos «benditos» hechos con semillas naturales y platos de comidas especiales consideradas *nazri* («ofrenda»), con las que algún creyente pide un favor a Alá o le da las gracias por haber sido realizado su deseo.

La fuerza de esta pasión es tal que los musulmanes iraníes dirigidos por el ayatolá Jomeini –que quizá se identificaba con Husein– insistían en que la Revolución del 1979 era el Kerbala donde el sah hacía del califa Yazid, y quienes morían en esta batalla eran mártires e iban al cielo. El mismo símil religioso volvió a utilizarse durante la guerra contra Iraq, entre 1980-1988; entonces Sadam Husein era tachado de ser otro Yazid, mientras que las tropas iraníes eran bendecidas por el Príncipe de los mártires.

Es evidente, pues, que la muerte de Husein en Kerbala no es una celebración más sino el símbolo de una actitud fuertemente arraigada que considera el martirio como un valor, adoptado por los chiíes como una seña de identidad. Para los suníes, que también respetan la figura de Husein porque al fin y al cabo lleva la sangre del profeta Mahoma, el martirio tiene también especial relevancia, aunque no hay una postura única. Por ejemplo: el jeque Mohamad Tantawi, rector de la Universidad de Al Azhar, considerado una de las máximas autoridades del mundo suní, redactó una *fatwa* («edicto religioso»), en noviembre de 2001, que condenaba el acto de los suicidas sin excepción. Pocos días después fue contestado por diferentes autoridades del «mundo musulmán», quienes apelaban unánimemente a la yihad, guerra religiosa en la que está contemplado el martirio, por razones de coyuntura política internacional. En enero de 2002, la cumbre celebrada en Beirut, en la que participaron ulemas chiíes y suníes de 35 países, da a

conocer en su acto de clausura un comunicado final que asegura que las acciones de martirio de los yihadistas son legítimas y tienen fundamento en el Corán y en la tradición del Profeta. Añade, además, que estas acciones representan el martirio más sublime pues los muyahidines las realizan «con una conciencia cabal y una decisión libre». El documento afirma que estos mártires «hablan a partir de sus responsabilidades religiosas, y en nombre de todos los pueblos, ritos y países de la nación islámica».

La Fiesta de la Ashura encaja en un imaginario cultural poblado de celebraciones en las que abundan los sacrificios y las acciones cruentas. Sirva como ejemplo la leyenda persa de Siyavash y Sudabe, recogida por el poeta Abolqasem Ferdousi. El relato cuenta que Sudabe, la madrastra promiscua del príncipe Siyavash, hijo de Kei Kavus, rey de Irán, se enamoró perdidamente de su hijastro. Su empeño en tener una relación con él y la honestidad del joven son los ingredientes de una intrigante historia de conspiraciones y frustradas manipulaciones de Sudabe, que obligan al heredero de la corona a abandonar el palacio y exiliarse a Turán, país vecino, hoy Turquía. Allí es asesinado por Afrasiyab, el monarca de aquel reino. La muerte de Siyavash es el fin de una vida llena de sufrimientos y de dignidad, la de una víctima con mayúsculas. Cuentan las leyendas que de su tumba rebosaba sangre y de su sangre brotaba una planta medicinal, bautizada con su nombre: *par e siyavash.*

En la víspera de la primavera, los habitantes del oeste de Irán siguen celebrando la fiesta de Suvashun, deformación fonética del nombre de Siyavash, símbolo de la resistencia ante la corrupción y la tiranía. Durante esta festividad, los iraníes montan un caballo vestido de negro (en la Ashura, llevan un caballo blanco, sin jinete), permanecen en la puerta de la ciudad y esperan a recibir al mártir resucitado.

LO QUE UNE A CHIÍES Y SUNÍES

Los suníes constituyen alrededor del 90 por 100 de la población de credo islámico, aunque la llegada al poder del clero chií en Irán tras la Revolución de 1979 haya dado una relevancia política a esta otra corriente del islam. Aunque la discrepancia sobre la cuestión de la sucesión de Mahoma ha hecho difícil la convivencia de chiíes y suníes, sus doctrinas no son

antagonistas. Es más, las discrepancias jurídicas entre las diversas escuelas suníes (hanafí, malikí, shafií, y hanbalí) a veces son mayores que entre estas y la corriente duodecimana (imamí o yafarí) del chiismo.

Aunque quizá no quieran reconocerlo sus creyentes, comparten más aspectos de lo que parece. Para empezar, consideran el Corán un texto divino y, por tanto, libre de cualquier alteración. Además, reconocen los cinco pilares del islam: la profesión de fe que implica el monoteísmo *(«tawhid»)* y creencia en la profecía de Mahoma *(«resalat»);* las oraciones («salat»); la limosna *(«zakat»);* el ayuno en Ramadán (*«sawm»* o *«ruzé»*); la peregrinación a La Meca para los que cuentan con recursos *(«hach»)…* Una base doctrinal, pues, importante, quebrada por viejas controversias que se fueron ampliando con el paso del tiempo hasta extenderse al campo político, religioso y filosófico. Así, lo que fue brecha se hizo abismo y convirtió el chiismo en un contramodelo del sunismo que abanderó las reivindicaciones nacionalistas e identitarias ante los iraníes, cuyo país fue conquistado por los árabes, musulmanes suníes.

Mientras Muawiya consolidaba el poder de los suníes, los chiíes de Ali empezaron a ser perseguidos hasta el punto de verse obligados a vivir en la más estricta clandestinidad: practicaban su credo de forma escondida y disimulada para protegerse de la dura persecución que sufrían. Con estas prácticas se instruye a los creyentes chiíes a ocultar la verdad por su propio bien, hasta el punto de que no pocas veces ha sido objeto de abuso por los líderes de esta fe. Estas prácticas, que alimentan la supervivencia en los intersticios de la realidad oficial, promueven la transmisión del poder por herencia (un planteamiento que no es exclusivo del chiismo, pues los suníes también han apostado por esta fórmula), porque facilitan la toma de decisiones en la clandestinidad. A partir de ese momento, el sunismo y el chiismo marcarían unas diferencias más profundas, que no se corresponden sólo al terreno político sino que son de índole filosófica, político-religiosa y ritual.

¿QUÉ LES DIFERENCIA?

Los imanes y los ayatolás

La principal diferencia entre el chiismo y el sunismo es que en el islam suní la relación entre Alá y sus creyentes es directa y que esta corriente carece de una jerarquía religiosa, sacramento o culto que requieran de unos ministros ordenados, y por lo tanto, unas nociones de sacerdocio. Para obtener respuestas a las cuestiones que plantea la vida en su evolución, cuentan con los siguientes recursos:

– El consenso *(eyma)* de los doctos sobre una determinada materia.
– El esfuerzo *(eytehad)* personal de reflexión sobre un tema concreto.
– La deducción analógica *(qiyas)* de una norma para un supuesto no regulado pero similar a otro que sí lo está.
– La opinión personal *(ray)*.
– El *estehsan,* recurso por el cual pueden crearse normas jurídicas conforme a la equidad y conveniencia del momento, para llenar los vacíos de la ley.
– Y el *esteslah,* similar al anterior, aunque sujeta esa conveniencia al cumplimiento de que sea indudable, general y de grave necesidad.

El chiismo, sin embargo, cuenta con eruditos llamados *akhund*[5] («sabio religioso») o *mollah,* que hacen referencia al clero en general. En sus altos grados, ellos son capaces de interpretar o valorar los textos sagrados. Para ello tienen acceso a una serie de recursos que glosaremos a continuación.

Los chiíes creen en los *imanes,* santos descendientes del matrimonio de la hija del Profeta, Fatima (606?-632?), con Ali. De hecho, la corriente chií más extendida es la duodecimana, en referencia a los doce imanes descendientes de aquel matrimonio. Para sus seguidores, los imanes poseen la cualidad de «infalibilidad», entendida como la ausencia de todo pecado. Ellos son los encargados de transmitir las directrices de Mahoma a sus fieles por la voluntad de Alá, de ahí que puedan designar a uno de sus descendientes para dirigir la comunidad.

Esta reivindicación, que en su origen tenía un carácter político, adquirió con el tiempo una importante dimensión teológica. Hombres de naturaleza «infalible» encarnan a la vez los poderes espiritual y terrenal, sus dichos y actos han sido recogidos en los *ahadiz* chiíes, como una fuente de inspiración para la ley. Frente a ellos, los *ahadiz* suníes sólo recogen las

tradiciones del Profeta. El hecho de otorgar el título de *imán* al ayatolá Jomeini durante la Revolución iraní fue una excepción que generó mucha polémica. Algunos de los críticos aducían que se le confundía con Mahdi, el último *imán,* el oculto.

Existen distintos usos del término imán, cuyo significado literal es «guía, líder, quien preside, quien se pone delante de». De forma genérica este término se utiliza en las mezquitas para designar al hombre respetado por su edad o por su religiosidad y devoción, que haya mostrado pruebas de sus aptitudes morales y religiosas y que preside el rezo coletivo. Por supuesto, en una mezquita el imán no puede ser una mujer. Al contrario que en la mayoría de los asuntos, existe un consenso absoluto entre las autoridades musulmanas sobre esta «exclusividad de género», a menos que sea una congregación femenina. Por estar «al frente de la oración», el imán es denominado en persa *pish namaz.* Se trata de un varón elegido entre sus vecinos, que se suele turnar con otros pares para hacer las postraciones rituales delante de todos los fieles, de modo que, al imitarle, coordinen sus movimientos. Aunque teóricamente en su elección no interviene ningún poder y se pueden alternar, en realidad y en las mezquitas destacadas se trata de una tarea profesionalizada y, por tanto, sometida a influencias «superiores».

Pues bien, los musulmanes suníes utilizan el término *imán* como un equivalente de «califa», sucesor del Profeta en dirigir a la comunidad. Un califa puede ser electo, nominado por su predecesor, o elegido por un comité, o incluso puede hacerse con el poder a través de la fuerza. Para esta familia del islam, el gobernador no necesariamente debe ser inmaculado, ni superior a otros en cualidades tales como la fe y el conocimiento, lo que lo aleja del perfil requerido por los chiíes.

Una vez fallecidos aquellos santos y mientras dure la ocultación de Mahdi, la elite chií decidió que haría falta uno organización de sacerdotes *(muyahed)* que dirigiera la comunidad, interpretando el Corán, para poder de gestionar y dar respuesta a situaciones nuevas no previstas por la jurisprudencia. Para ellos, el Corán ofrece lecturas multidimensionales a este respecto: además de la literal, el sentido exotérico accesible y fácil de entender para cualquiera, está el esotérico al servicio de la comprensión interior, oculto, reservado para unos pocos, y una interpretación marcada por el límite que se impone entre lo estrictamente lícito y lo ilícito. Esta

capacidad para interpretar los textos sagrados también se ejerce según una jerarquía, compuesta por: *hoyat ol-eslam (*«prueba del islam»); *ayatola (*«signo de Alá») y *ayatola ‘ozma (*«gran ayatolá»). Ellos son los únicos con autoridad de interpretar el sentido oculto de los textos sagrados. Estos señores, además, poseen la facultad de expedir un juicio que suspenda temporalmente el «juicio real primario» y sustituirlo por el «juicio real secundario». Esto se produce en contadas ocasiones, por una circunstancia extraordinaria e inevitable que evite un daño a la comunidad o por otras consideraciones. Se trata de una excepcional legislación que permite, por ejemplo, la práctica de algunos actos prohibidos durante ese tiempo en el que se supera la circunstancia que lo ha «hecho necesario»[6] de tal modo que incluso se puede dejar de practicar alguna regla coránica.

Para aplicar este grado de flexibilidad los ulemas se basan en el siguiente versículo del Corán:

> Os ha prohibido solo la carne mortecina, la sangre, la carne de cerdo y la de todo animal sobre el que se haya invocado un nombre diferente al de Alá. Pero si alguien se ve compelido por la necesidad –no por deseo ni por afán de contravenir– no peca. Alá es Indulgente, Misericordioso (6:145).

Por lo cual se deduce que «en caso de necesidad, lo prohibido se torna permitido».

Para muchos suníes las cosas son más simples: todo lo que legitima el Corán está permitido y lo que no, prohibido, por lo que consideran innecesaria la figura del *muyahed.* Su argumento es que el islam ha sido ya interpretado, explicado y ejemplificado de una forma vivida y práctica, por el último Mensajero de Alá, el profeta Mahoma.

En la tradición chií ha habido y hay corrientes contrarias a combinar el poder político con la religión. El ayatolá Mohamad Sabastari, uno de los intelectuales más destacados del esta facción del islam, aboga por que la religión no sea el fundamento ideológico del Gobierno y que el Corán fije los valores del Estado pero no se utilice como referente en su formación. Otros, como los ayatolás Rabani Khorasani, Kazem Sari atmadari, Ali Sistani, y los alavíes de Turquía, defienden la separación entre el Estado y la religión y asignan al clérigo el papel de ser referencia ética y moral y no el de un dirigente político.

Dos de los intelectuales chiíes más destacados de hoy en día en Irán, Akbar Ganji y Abdelkarim Sorush, proponen que el islam vuelva a formar parte de la vida privada de los creyentes y reivindican su separación del Estado, pues, la fusión de este sistema de credos con el Gobierno y sus complejidades hacen que la religión se disuelva en el Estado y no al revés, ocasionándole desprestigio y perjuicio. Sorush incluso va más lejos al oponerse a la existencia de una casta clerical. «Nadie en nombre del islam puede presentarse como clérigo y hacer de intermediario entre la gente y Alá»[7]. En la misma línea, el experto insiste en el carácter secular del islam: «desde el punto de vista histórico, el termino clérigo no ha existido en el islam, y el Corán considera que la mejor persona ante Alá es el más piadoso y no el más sabio».

Como testimonio de la inexistencia de este concepto en el islam, Sorush toma el ejemplo de la legitimidad del matrimonio para decir que si en el cristianismo la presencia de un sacerdote es imprescindible para la legalidad de la unión marital, en el islam no existe tal condición. «Ser clérigo no le da ningún derecho a gobernar a los demás creyentes» ha llegado a afirmar en la misma entrevista con la *BBC*.

Es obvio que en el islam, al igual que en el judaísmo y el cristianismo, los representantes de la fe no son elegidos por los creyentes, sino designados por quienes ostentan el poder en las esferas religiosas y políticas. Por lo demás, ni en el sunismo ni en el chiismo existe la confesión de los pecados porque la relación con el Creador es directa.

El color de los turbantes de los clérigos chiíes están cargados de significado: aquellos que coronan su cabeza con el turbante negro señalan el honor de ser *seyyed* («señor» en árabe), pues son considerados descendientes directos del profeta Mahoma. A modo de anécdota, es este nombre, *seyyed,* el que explica el título de el Cid, otorgado al guerrero español Rodrigo Díaz de Vivar, (1048-1099). Se trata de la deformación fonética del mismo término.

La figura del mesías

Los chíies al contrario de los suníes cuentan con un «Salvador»: Mohamad ibn Hasan (868) también denominado Hoyyat ibn al Hasan o

simplemente Mahdi, su duodécimo santo, que nació en Samarra el año 256 de la hégira (868) y a la edad de unos ocho años «desapareció», desde entonces dirige la comunidad aunque permanece invisible para los mortales. Se cree que aparecerá algún día junto con Jesús para dar por empezado el Juicio Final Universal. Esta figura puede ser una de tantas influencias del zoroastrismo en el chiismo iraní. El mazdeísmo creía que el fin del mundo llegaría precedido por la aparición de tres salvadores sucesivos, el último sería Sushiyans, quien volvería a ser engendrado en el vientre de una muchacha virgen, pero a diferencia de sus predecesores, hará que la luz triunfe de forma definitiva sobre las tinieblas. Según esta antiquísima creencia, inspiradora de las religiones semíticas, las enfermedades, la muerte y el sufrimiento abandonarían la faz de la tierra, las flores nunca se marchitarían y el ser humano sólo necesitaría de alimentos espirituales. Sushiyans guiaría a la gente, en cuerpo y alma, hacia la Resurrección y el Juicio Final… En este final de los tiempos, la resurrección de los cuerpos estaría orquestada por Sushiyans, sobre él cruzarían las almas al otro lado, en vilo, para no caer en el lecho de metales fundidos que habría cubierto la superficie de la tierra (para purificarla); una transformación en la que participaría toda la humanidad, logrando un macrocosmos restaurado, ese «cuerpo final» colectivo y único que encarna la beatitud final.

El Corán no habla de la aparición de un Salvador. Es posible que este mito, de la ocultación misteriosa sobrenatural y de Mahdi, sea el resultado de la persecución y represión que sufrieron los chiíes por parte de los califas suníes. Además de dar un toque esotérico y mágico a este credo, esta ocultación imposibilita a las «fuerzas de seguridad» de los califas perseguir y eliminar a un enemigo imperceptible. Por otra parte, con la invisibilidad de su líder esta facción del chiismo conseguía negar la derrota, inhabilitando definitivamente el pesimismo de sus seguidores: frente a las dificultades, frente a la injusticia terrenal, la existencia de este salvador sin cuerpo físico lograba mantener en pie la fuerza espiritual de los devotos, a quienes llenaba de esperanza la idea de restablecer la justicia definitiva en un próximo e incierto futuro.

Mahdi se convertirá, con el paso del tiempo en Saheb al Zaman, «el Señor del Tiempo»[8]. Con él la paz y la verdad chií se extenderán por el mundo. Este convencimiento anima a que, en diferentes épocas (normalmente al

final de las grandes tragedias o en épocas de violencia) aparezcan hombres que aseguren ser Mahdi.

«El Gobierno de los jurisconsultos»

La figura del *welayat-e faqih*[9], que literalmente significa «Gobierno de los jurisconsultos» y que rige desde 1979 la teocracia chií en Irán, no existe en el sunismo y tampoco existía en el chiismo hasta la toma del poder por el ayatolá Jomeini. Fue creada por el fundador de esta teocracia, a pesar de las críticas de otros grandes ayatolás, para justificar su estatus, que estaba por encima del presidente de la república, el parlamento y el poder judicial. Las facultades de esta figura elegida por un consejo designado por los grandes ayatolás, son: potestad de pronunciarse y de regir en la práctica sobre asuntos civiles y religiosos, encarnar la comandancia suprema de las Fuerzas Armadas y nombrar a seis de los doce miembros del Consejo de Guardianes de la Constitución, verificar la adaptación de las leyes islámicas, vetar las leyes aprobadas por el Parlamento, decidir sobre la elegibilidad de los candidatos al Congreso y a la Presidencia, asignar al jefe de la Justicia y proponer la lista de clérigos para el Consejo de Guardianes. El que ocupa este puesto no es criticable, y todo insulto o menosprecio a su persona será punible. A pesar de que esta figura ya había sido incluida por el ayatolá Jomeini en su libro *Al Bai («El Libro de la Compraventa»),* pasó inadvertida durante los dos primeros años desde su llegada al poder en 1979, sin que ni siquiera él abundara en ese término ni insistiera en su inclusión en la Constitución iraní de 1980. Los grandes ayatolás, como Mahdi Haheri o Ali Sistani, se muestran contrarios a esta idea, por su parecido a los poderes absolutistas de la monarquía de Pahlevi, y porque supone la tutela absoluta de los juristas religiosos, y de un solo clérigo, sobre la vida mundana de los ciudadanos.

Práctica de los rituales

A diferencia de los suníes, los chiíes pueden rezar tres veces al día en lugar de cinco. Además realizan visitas menores *(«ziyarat»)* a las tumbas de

los doce imanes santos y sus supuestos descendientes *(«emamzadeh»),* las cuales pueden llegar a sustituir a la peregrinación islámica mayor o *hach* a La Meca.

Para los suníes, levantar un mausoleo para un ser humano implica culto a la personalidad y, por lo tanto, es reprobable por idolatría. Creen que atribuir el calificativo de «santidad» a una persona, asignarle poderes sobrenaturales y acudir a su tumba son prácticas contrarias a las enseñanzas del islam. Las ceremonias de duelo también reflejan estas diferencias, sobre todo el lamento anual por la pasión del nieto del Profeta y su tercer imán, Husein, hijo de Ali.

En 2016, las fuertes discrepancias entre Irán y Arabia Saudí por los conflictos de Siria y Yemen, hizo que el ayatolá Ali Jamenei, jefe de Estado de Irán, suspendiera el programa anual de la peregrinación de los ciudadanos a La Meca y pidiera a los fieles que en su lugar visitaran los templos sagrados del chiismo en Iraq. ¿No es la peregrinación a La Meca uno de los pilares del islam?

La autonomía de los fieles

A diferencia de la suní, la teología chií muestra una mayor sensibilidad a las influencias filosóficas cartesianas. Para esta rama del islam todos los misterios del universo podrían expresarse en términos del pensamiento humano, es decir, aplicando el racionalismo y no tanto recurriendo a la fe. Una de las manifestaciones de ese esfuerzo es el principio de «justicia divina», que constituye uno de los fundamentos del pensamiento chií. Este concepto justifica la lógica de la existencia del paraíso y el infierno en la otra vida. Se basa en la libertad de la persona y en su capacidad de elegir entre el bien y el mal, lo que la enfrenta al principio del fatalismo absoluto que afirma que todo está pretederminado por el Creador. En el ámbito musulmán este debate está representado en sus extremos por los mutazilíes, firmes defensores del libre albedrío del ser humano, a quien consideran capaz de ejecutar acciones no instintivas sino voluntarias, y los aharíes, que creen que sólo Alá confiere al ser humano la elección de elegir entre lo correcto e incorrecto, ya que nada es bueno o malo en su naturaleza, salvo aquello que Alá ha determinado.

Los chiíes se situarían en medio de estas dos tendencias. Si bien es cierto que todos los musulmanes creen en el versículo del Corán que afirma que «Alá nunca es injusto para con sus siervos» (3:182), y que el de justo es el atributo divino más destacado para los chiíes, clave para entender que el individuo puede ser eximido de la responsabilidad de algunos de sus actos.

Para los creyentes, los grandes ayatolás son referencia de imitación *(«marya' e taghlid»),* lo que significa que los chiíes practicantes deberán seguir las interpretaciones y las instrucciones de uno de ellos. Hoy, los duodecimanos del mundo siguen a unos veinte referentes, que residen en Irán, Iraq, Pakistán, Azerbaiyán, Afganistán, Tayikistán, Turquía, la India y el Líbano. Por cierto, las mujeres pueden acceder a este rango con tal de que se las reconozca con suficiente formación en las ciencias religiosas; aun así, no serán «investidas» como «referencia de imitación».

[1] Los jariyíes (separados, salidos), la primera escisión del islam, fueron un grupo de musulmanes que, junto con Ali y sus seguidores, lucharon contra Muawiya, gobernador de Siria, en la batalla de Sifin (en el año 657) para determinar la sucesión del Profeta. Las tropas de Muawiya vencieron a Ali, quien reconoció su derrota. Sin embargo, los jariyíes se negaron a someterse y le reprocharon al primo de Mahoma haber aceptado el arbitraje temporal, ya que consideraban que el jefe de la comunidad musulmana no tenía por qué ser ni un descendiente del Profeta ni un aristócrata, sino que el criterio debía ser el de «persona más digna y piadosa de la comunidad». Sus propuestas en defensa de la democracia tribal y sus modos de vida sencillos –comparando con líderes corruptos– les valieron, en un principio, el apoyo de muchos fieles, aunque con el paso del tiempo su rigorismo religioso sembró terror entre la población, pues consideraban merecedores de la muerte a quienes no compartían sus ideas, por ser herejes y apóstatas. El vacío que dejaron abrió el camino para el avance de los seguidores de Ali, otro grupo que proclamaba una especie de justicia social, pero con menos violencia contra los «propios».

[2] «Por qué el imán Hasan hizo la paz», en persa, *Ahlebeyt,* disponible en [http://www.ahlebayt.porsemani.ir/content], junio de 2015.

[3] Centro de Estudios de Wali Asr, en persa, disponible en [http://www.valiasr-aj.com/fa/page.php?bank=notepad&id=24].

[4] Disponible en [http://www.valiasr-aj.com/fa/page.php?bank=notepad&id=24].

[5] Sobre el origen del término hay varias opiniones: que puede ser del verbo persa *Khandan,* «leer»; del término *Khoda,* «dios», o de la palabra griega *Arjon,* «Gobernante». *Akhund,* en la la cultura popular iraní, hace referencia al clero de escaso rango que ejerce en las aldeas y pueblos, a menudo con un sentido despectivo.

[6] Más información disponible en [www.islamoriente.com/articulos/feqh-wa-huquq/tahlile-ahkam.htm].

[7] «El islam no necesita de la casta clerical», *Sorush* (*BBC* en persa), disponible en [http://www.bbc.com/persian/arts/story/2004/08/040822_mj-soruosh-islam-secular.shtml], 22 de agosto de 2004.

[8] El mismo nombre que los iraníes habían dado a Zarvan, una de sus antiguas deidades.
[9] R. Jomeini, *Welayat-e faqih,* Qom (Irán), Editorial Payame Eslam, p. 186.

III
LA YIHAD Y EL MARTIRIO

UN TABÚ LLAMADO SUICIDIO

> ¡Creyentes!… No os matéis unos a otros. Alá es misericordioso con vosotros. A quien obre así, violando la ley impíamente, le arrojaremos a un Fuego. Es cosa fácil para Alá (Corán, 4:30).

Los textos sagrados de las tres religiones monoteístas (el Antiguo y el Nuevo Testamento, y el Corán) coinciden en desaprobar que un creyente atrapado en el laberinto de su propia existencia se tome la libertad de quitarse vida pues lo consideran una injerencia en las facultades divinas. Aun así y quizá porque la mayoría de los creyentes no son practicantes, alrededor de un millón de personas de todos los credos ponen fin a sus vidas cada año[1].

El suicidio es un hecho insólito en la naturaleza, pues vivir consiste precisamente en dar esquinazo a la muerte; en consecuencia obran todas las especies, cuyo instinto de supervivencia puede llevarlas a lo opuesto, a matar. Por lo visto, el ser humano es el único animal que acaba con su propia vida, al menos si se entiende este acto como una decisión individual, pues existen casos de grupos de animales que afrontan unidos la supervivencia del grupo aun a riesgo de morir en el intento. Ante una inundación, por ejemplo, las hormigas unen sus cuerpos formando una bola que puede flotar: las del exterior se mueren, por supuesto, las que sobreviven son las del interior y, a la postre, sobrevive el hormiguero…

La explicación por la que se toma esta decisión se resume normalmente en una sola frase: la racionalidad empuja al ser humano a autodestruirse cuando pierde el control sobre su vida. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS) las causas se resumen en dos grupos: la predisposición biológica, genética o química de ciertos individuos a quitarse la vida por el decremento de la serotonina en el líquido cefalorraquídeo, predisposiciones genéticas asociadas a trastornos afectivos, alcoholismo o psicosis… y las

circunstancias externas psicosociales como el estar confrontando un duelo, una vida familiar en estado crítico, la miseria, los trastornos mentales o emocionales, la frustración en la vida profesional… Es decir, cualquier persona por cualquier razón puede llegar a suicidarse, aunque, por lo visto, tal «solución» también viene determinada por el grupo social al que se pertenece y las instituciones y normas que rigen su vida.

Desde luego se trata de un tabú y, como tal, está regulado por la cultura a la que se pertenece. Las religiones monoteístas, por ejemplo, son unánimes al respecto: repudian de igual manera el que uno mismo haga uso de su «libertad» y decida el cómo y el cuándo del fin de su vida.

Uno de los cinco primeros libros de la Biblia (el Pentateuco), cuya ascendencia reconocen no sólo los judíos sino también los musulmanes, señala este rechazo en los siguientes términos: «Yo doy la muerte y la vida, yo hiero y doy la salud, y no hay nadie que se libre de mi mano» (Deuteronomio, 32:39). El suicidio afirma el libre albedrío de los humanos y, por tanto, usurpa la potestad de un ser supremo sobre la vida, cuestionando el poder de Dios: se trata de un desafío a la eternidad.

Esta afirmación se perpetúa más allá de los espacios exclusivamente religiosos. En la *Divina comedia* Dante Alighieri narra cómo los suicidas fueron a un lugar horrible «por haber despreciado el don de la vida, y fueron transformados en árboles y malezas». En *Comentario a la «Ética nicomáquea» de Aristóteles* de santo Tomás de Aquino, se describe cómo dichos transgresores recibirían sanciones que consistían en arrastrar su cadáver y enterrarlo sin ningún género de ceremonia. Esta costumbre, que perduró en Inglaterra hasta 1823, iba acompañada, en los textos legales, de otras medidas, tales como la nulidad del testamento y la adjudicación de los bienes a la Corona.

Pero no todas las construcciones culturales terminan en el mismo puerto. En algunos países hoy musulmanes el suicidio no es un tema tabú por mucho que el islam lo denoste. Un conocido ejemplo es la película *El sabor de las cerezas* (1997) del cineasta iraní, Abas Kiarostami, en la que se demuestra la naturalidad con la que se aborda este tema en la sociedad iraní, actualmente gobernada por una teocracia. Con su actitud, el protagonista también se aleja del suicidio tal como se plantea en otras religiones semíticas como el judaísmo o el cristianismo para aproximarse al confucionismo, que lo vincula con una forma de expresión en sí misma,

«una protesta en silencio» más cerca de lo virtuoso que de lo punible, o al estoicismo, que lo concibe como una concepción de radical autonomía pues, así como no está en nuestra mano entrar en el teatro del mundo, sí lo está el de salir de la escena.

A pesar del rechazo común, unas y otras religiones son capaces de hacer un hueco excepcional al suicidio: la muerte heroica preferida a la rendición, la huelga de hambre llevada hasta sus últimas consecuencias… En este sentido, el sociólogo Émile Durkheim diferenciaba el «suicidio anónimo y egoísta» del «suicidio altruista». Otro sociólogo posterior, Jean Baechler, distingue el «suicidio escapista» o de huida ante una situación social sin salida, el suicidio agresivo, el suicidio lúdico (protesta irónica, «moderna») y el «suicidio sacrificial».

LOS HASANIYÚN Y OTROS REFERENTES DEL SACRIFICIO HUMANO

> Gastad por la causa de Alá y no os entreguéis a la perdición. Haced el bien. Alá ama a quienes hacen el bien (Corán, 2:195).

Las sociedades siempre han abierto un espacio de excepción para un acto que tanto cuestiona sus principios fundamentales. Los textos religiosos, por supuesto, hacen referencia a este tipo de situaciones. Uno de estos casos lo protagoniza el anciano Razís, considerado el «padre de los judíos», que al ser perseguido por las tropas enemigas se suicidó para no sufrir unas torturas y humillaciones que consideraba indignas de su nobleza (II Macabeos, 14:37-46). Lejos de ser denostada, su decisión se consideró un acto virtuoso, que convierte a su protagonista en mártir.

Las mujeres también pueden alcanzar este rango. Para demostrarlo está la figura de santa Apolonia (siglo III). Los hechos sucedieron en Alejandría. Tras una revuelta, santa Apolonia fue perseguida junto con su familia hasta caer en manos de sus enemigos que la amenazaron con arrojarla a una hoguera si no apostataba. «Pidió un tiempo para reflexionar. Se abismó en oración. Luego, ella misma es la que, con desprecio a la vida que sin Dios no vale, con paso decidido, pasa ante sus asombrados verdugos y entra en las llamas donde murió»[2].

Los relatos cristianos están llenos de referentes. En *La ciudad de Dios* de san Agustín aborda el tema del suicidio de la siguiente manera: «Dicen que en tiempos de la persecución se supo de algunas mujeres que al sentirse en peligro de quienes amenazaban su castidad o su fe, optaron por buscar que las olas del mar las arrasaran y, así, perecer ahogadas antes que pecar»[3]. A pesar de que estas mujeres renunciaron a sus vidas voluntariamente, la Iglesia católica las reconoce como mártires y sus fiestas se celebran con una gran ceremonia.

Todos estos casos son en realidad suicidios, pero en este caso las religiones los consideran como un sacrificio supremo, un acto último en nombre de una razón superior, no individual. Aquí no se trata del derecho a «quitarse la vida» sino de «entregar la vida», el bien más preciado, como parte de un deber, una responsabilidad ética. Si el primer tipo de suicidio es protagonizado por quienes no tienen fuerza suficiente como para enfrentarse a la vida, estos otros actos tiene tintes de «ofrenda» en nombre de una causa. Se trataría de un altruismo que engrandece al suicida, quien utiliza su cuerpo para cambiar el mundo.

Esta argumentación tendrá buen predicamento entre las familias más integristas de cada religión, aquellas que consideran la lucha contra los «enemigos de Dios» como un objetivo primordial de su credo. Para ellos «morir matando» goza de gran prestigio. Se trata del retorno del sacrificio humano, que al engarzarse en imágenes de guerra santa se convierte en suicidio homicida, un testimonio que purifica el escenario global ante la hecatombe que está por venir…

Cualquier fanático puede entender el lenguaje críptico que llegan a utilizar los suicidas: se consideran mártires, su causa es justa, la clandestinidad de sus actos tiene un gran valor porque refleja la resistencia pasiva y el disimulo que ronda en su mente. Los jesuitas denominaban este planteamiento *reservatis mentalis,* una forma de escaparse de la persecución y el castigo y al mismo tiempo mantenerse fiel a la religión. Posiblemente esta forma de actuar la tomaron prestada del maniqueísmo, que reivindicaba la ocultación de la fe no sólo en momentos difíciles sino como «uno de los métodos de los enviados de Dios para huir de aquello que es insoportable».

Un ejemplo bíblico válido para cristianos y judíos es el de Sansón, uno de los primeros suicidas más destacados de la historia que acuñó la frase «¡Muera yo con los filisteos!». Este juez israelita, «invadido por el espíritu

de Dios» llega a matar a 30 filisteos para despojarlos de sus vestimentas; caza y prende fuego a 300 zorras para devastar las viñas y los olivos de sus enemigos… hasta caer prisionero. Una vez en el templo de Dagón (el señor de los filisteos), pide a su Dios que le devuelva la fuerza para ofrecerle su vida en sacrificio… y con ella la de sus captores. Así fue como, tras alabar en gritos a su Altísimo, empuja las columnas del lugar sagrado, logrando desplomar el edificio y sepultándose en vida junto con la de cientos de personas.

Una de las organizaciones con un mayor número de suicidas del mundo fue la que dirigió Hasan Sabah (1034-1124) desde su cuartel en la montaña de Alamut, llamado «La enseñanza de las águilas». Sus componentes, los hasaniyún[4], constituyen una organización guerrillera cuyos miembros estaban dispuestos a entregar su vida por desalojar Irán de los ocupantes turcos y árabes y luchar contra sus déspotas dirigentes. En un principio, los métodos utilizados por los hasaniyún eran pacíficos, pero con el paso del tiempo y a causa de las represalias de los gobernantes contra sus ideas igualitarias y nacionalistas, el movimiento abandonó su postura conciliadora para hacer temblar el imperio islámico. Un reducido número de partisanos y partisanas (fueron de las pocas corrientes islámicas que permitían la presencia de la mujer en su organización) comenzó a cometer atentados contra monarcas y sultanes.

Las veces en que los magnicidios se ejecutaban en lugares públicos, como el asesinato del rey abasí Al Mostarshid en la ciudad iraní de Isfahán, se sucedían con el posterior suicidio de los autores. Así obraron los fedayines[5], que, después del atentado, se clavarían una daga en el corazón para no caer prisioneros. La norma general era que, tras cumplir el objetivo, se alejaran del lugar y llevaran a cabo, aislados, este último acto. Así hicieron al atentar en el 1902 contra el gran visir Nizam al Mulk, que fue asesinado en su tienda de campaña durante uno de sus viajes. Se trataba de asesinatos selectivos que nunca tenían como objetivo a la población civil, ya que buscaban difundir el miedo entre los políticos, una especie de terrorismo «sectorial» cuyo principal fin era que los dirigentes respetaran los derechos de los pueblos no árabes que vivían en el imperio islámico. En una ocasión consiguieron entrar en el dormitorio de Sanjar Saleucida, el sultán otomano, para clavar una daga en su almohada con una nota que decía «podríamos haberla clavado en tu cuello».

Las leyendas cuentan que los hasaniyún conseguían adeptos de forma poco ortodoxa, a través de subterfugios y engaños. Tras encontrar a la persona adecuada, y para conseguir su apoyo a la causa, la convencían de la necesidad de luchar por una sociedad justa. El «captador» no cejaba su empeño hasta convertir al neófito en un activista comprometido, uno más de los fedayines, mediante juramentos de sangre. Una vez en el cuartel general de Alamut, se recibía a los nuevos simpatizantes con un banquete, en el que se les ofrecía una bebida especial, una mezcla de leche con Haoma (mítica hierba alucinógena no identificada hasta hoy por los botánicos) y hachís, de modo que los recién llegados entraban en un dulce trance. Ese era el momento en el que se los trasladaba al jardín de recreo que Hasan, personalmente, había diseñado dentro de la fortaleza según la imagen del paraíso descrito en el Corán.

Allí, aquel gran genio, llamado el Viejo de Alamut, con su prodigiosa oratoria, les hablaba de la necesidad de un cambio social radical en favor de las masas populares como paso previo para poder disfrutar de un paraíso eterno… Tras la muerte del líder, la organización se mantuvo activa durante siglos después.

Este tipo de suicidio no es, por tanto, un invento islámico ni trasnochado. En los albores del siglo XXI personas de diferentes credos e ideologías se muestran dispuestas a lanzarse a la muerte. Aunque a ojos de la opinión pública occidental puedan parecer seres procedentes de otras épocas, fanáticos o perturbados, no sólo existen sino que en algunos sectores tienen tan buen predicamento que se les considera héroes. Su existencia es el resultado de una progresiva suma de factores: una persona dispuesta a sacrificarse, un fin trascendente, y que este se considere «en peligro». En el ámbito religioso la trascendencia procede de la divinidad y el orden moral que de ella emana, que normalmente se vincula con la inmortalidad. Esa razón «externa», superior a la vida del ser humano, es el motor de los grandes actos, el fundamento de la acción y el sentido de todo lo que se hace.

Este concepto también existe en el mundo laico. Las causas políticas, por ejemplo, son un terreno abonado, pues representan un interés colectivo: un país, la historia e, incluso, toda la humanidad. Una dictadura puede servir de ejemplo para explicar cómo los defensores de las libertades pueden decidir poner en riesgo su vida organizándose de forma clandestina,

conscientes de que pueden morir en un tiroteo, ser torturados o ejecutados. Estos mismos argumentos pueden ser utilizados por organizaciones nacionalistas dispuestas a defender los derechos de una minoría oprimida, por poblaciones que deciden resistir una invasión externa… Para sus protagonistas, la muerte es un último acto de representación. Si, además, no causa daño a otras personas, se trata de una última manifestación de visibilidad.

Por ejemplo, en octubre de 1998 unos presos del Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) –laico e izquierdista–, en cárceles turcas, se quemaron a lo bonzo para protestar por la expulsión de su líder, Abdalah Öcalan, de Siria[6], y para denunciar que algunos países europeos habían denegado las solicitudes de asilo de varios miembros de este mismo grupo étnico, duramente perseguido por Ankara. En la misma línea, pero esta vez en nombre del patriotismo, unos mil pilotos japoneses se lanzaron con sus aviones contra la flota estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial al ver que no podían hacer frente a la impresionante fuerza militar de EEUU. Estos héroes fueron denominados, significativamente, kamikazes, cuya traducción sería «viento divino».

Es en este contexto como se deberían entender los actos suicidas de aquellos activistas que optaban por quitarse la vida antes de caer en manos de las fuerzas de seguridad. Tanto los que pertenecen a organizaciones religiosas (como la Organización de los Muyahidines del Pueblo de Irán, fundada en 1965) o organizaciones ateas (como la Organización de Guerreros Fedayines del Pueblo de Irán, creada en 1971) evitaban así que pudieran delatar a otros compañeros clandestinos durante las torturas. Fue así como, según las informaciones oficiales, se mató Abu Nidal, dirigente del grupo palestino del Consejo Revolucionario de Fatah en 2002. El líder palestino se disparó en la boca cuando se vio enfrentado a agentes de seguridad de Iraq, afirma la versión oficial de los hechos.

LOS ATENTADOS SUICIDAS, ESA TAREA DE «MORIR Y MATAR COMO DIOS MANDA»

> No invocan a otro dios junto con Alá, no matan a nadie que Alá haya prohibido (Corán, 25:68).

Aquellos que son incapaces de comprender el acervo que sostiene un acto tan trágico y complejo como es el poner fin a su propia existencia de forma violenta afirman que sus autores «lo hacen para unirse a los 72 huríes en el cielo»[7], una forma de ridiculizar los objetivos absolutamente terrenales que persigue una persona musulmana cuando protagoniza un atentado suicida. ¿Lo interpretarían del mismo modo si el activista fuera un cristiano árabe, un laico kurdo o un ateo tamil? Frente a este simplismo existen análisis más sustanciosos que, a pesar de ello, pueden ser también parcialmente ciegos.

Ergun Capan, doctor en *Tafsir* («Comentarios coránicos») y autor turco del libro *Terrorismo y ataques suicidas: una perspectiva islámica*[8], destaca que si bien el islam considera ilícito el suicidio no por eso resulta inadmisible que un soldado se lance contra quienes considera sus enemigos para causarles daño y al mismo tiempo elevar la moral y el ánimo de las tropas musulmanas, sabiendo que muriendo así infringe la orden del Corán de «No os entreguéis a la perdición» (2:195).

El citado versículo permite a este experto asegurar que el musulmán puede llevar a cabo tales acciones porque el deber de luchar hasta el último momento es mayor que el respeto a su propia vida, es decir, que este acto puede convertirse en sacrificio. En el islam, suní o chií, un creyente tiene derecho a proteger su religión, vida, propiedad, descendencia, honor y valores sagrados hasta morir, lo que se considera martirio.

A pesar de las indicaciones de Mahoma, hay musulmanes, miembros de grupos de la extrema derecha religiosa, chiíes y suníes, que justifican los ataques suicidas en los que se mata de forma calculada a civiles. Para ellos, se trata de acciones de guerra, pues sus territorios (Palestina, Iraq y Afganistán) han sido invadidos. Para otros, son simplemente una respuesta ante tantos niños, hijos, esposas y esposos, padres y madres, despojados de su tierra, la última reacción de aquellos que han pasado toda una vida presenciando la agresión a sus hogares y a sus seres queridos con absoluta impunidad. En el caso de los palestinos, por ejemplo, no hace falta chantaje emocional, ni lavado de cerebro, ni manipulación ideológica o engaño, no hace falta más que desesperación para cometer este tipo de actos violentos.

Por otra parte, si el agresor, Israel por ejemplo, está armado con cazabombarderos y todo tipo de armas de destrucción masiva, y al agredido sólo le quedan piedras o su propio cuerpo, es aún más fácil que este coloque

dinamita bajo su ropa y se lance al combate. La desesperación suele producir situaciones aberrantes. Prueba de ello es una noticia publicada en el año 2007 por la prensa española: «La Oficina de Asuntos Humanitarios de la ONU ha denunciado que Al Qaeda utiliza a niños con discapacidad mental en Iraq para cometer atentados suicidas»[9]. La información resulta aún más aterradora si se enlaza con una noticia anterior:

> El Pentágono ha reconocido en un informe que «la necesidad de efectivos militares, a causa de las guerras de Iraq y Afganistán, ha llevado a la puesta en marcha de una serie de dispensas que permiten a reclutas con cargos delictivos y discapacidades físicas e intelectuales acceder al rango de soldado […] una cuarta parte de las tropas estadounidenses se han visto beneficiadas por estas dispensas»[10].

Se trata de un espeluznante retrato global en el que los más frágiles son doblemente víctimas, pobres inocentes que terminarán poniéndose en manos de los dueños del mercado de armas para defender sus intereses militaristas.

Existe otro camino por el que los musulmanes defensores de los atentados suicidas pueden hacer transcurrir sus argumentos. El ataque a los no combatientes es lícito si el enemigo utiliza a prisioneros de guerra musulmanes (fundamentalmente mujeres y niños) como escudos humanos. Entonces consideran que está permitido contraatacar del mismo modo. Se trataría de la aplicación del código bíblico y coránico del talión, aquel que todos conocen como «ojo por ojo, diente por diente». Este principio deja sin sentido la importante norma penal del Corán en la que se afirma la individualidad del crimen y de la pena impuesta y rechaza cualquier acto de venganza colectivo («Nadie cargará con la carga ajena» [Corán, 6:164; 17:15; 35:18]), pero ¿cómo encontrar un culpable individual si, por ejemplo, EEUU y sus aliados sometieron a 25 millones de iraquíes civiles e inocentes a un embargo económico, desde 1991 hasta la invasión en 2003?; argumentan.

Esta medida provocó cerca de 2 millones de muertos entre los más vulnerables: los niños, los ancianos y los enfermos. El 12 de mayo de 1996, un periodista del programa «60 Minutes» de la *CBS,* preguntó a Madeleine Albright: «Hemos escuchado que medio millón de niños han muerto. Esto quiere decir que se han producido más muertes de niños de las que se produjeron en Hiroshima. ¿Usted cree que merece la pena este alto

precio?». La demócrata, secretaria de Estado de la Administración Clinton, contestó: «Creo que es una elección muy dura, pero es el precio que creemos que merece la pena que se pague»[11].

EEUU esperaba entonces que el fin de la Guerra del Golfo coincidiera con una revolución de los iraquíes contra el sanguinario mandatario, pero esto no sucedió y se utilizó el bloqueo para castigar la inmovilidad de los iraquíes. No se trataba de ningún secreto, ya lo insinuaba de forma bastante diáfana el propio Clinton: «Las sanciones se mantendrán mientras dure Sadam»[12].

La venganza colectiva es un acto tan primitivo y tan antiguo como la humanidad, y los primeros que están acostumbrados a ella son las religiones que toman los libros del Antiguo Testamento como un referente. Un ejemplo es aquel capítulo que narra el momento en que los israelitas, al mando de Moisés se lanzan a la conquista del reino de Hesbón «por mandamiento de Dios». Entonces, los israelitas «destruimos todas las ciudades, hombres, mujeres y niños; no dejamos ninguno» (Deuteronomio, 2:34).

Lo mismo hicieron al conquistar el reino de Bazán:

> Señor Dios Nuestro, en nuestras manos a Og, rey de Bazán, y a todo su pueblo: y los pasamos a cuchillo hasta acabar con todos, destruyendo a un mismo tiempo todas las ciudades. No hubo ciudad que se nos escapara: sesenta ciudades, toda la región de Argob del reino de Og en Bazán. Y los exterminamos como habíamos hecho con Sehón; rey de Hesbón, acabando en toda ciudad con hombres, mujeres y niños: y pillamos las bestias y los despojos de las ciudades» (Deuteronomio, 3:3-4).

LAS OFRENDAS HUMANAS Y LOS FALSOS MARTIRIOS

> Y no digáis de quienes son muertos por la Causa de Alá, «están muertos», por el contrario están vivos, pero vosotros no lo percibís (Corán, 2:154).

A veces la historia sale en defensa de aquello que el sentido común considera contradictorio. Aunque puede que sea al revés, que la única manera de afirmar una contradicción sea buscarle una argumentación histórica… lo cierto es que los ataques suicidas existen y que muchos de los que están dispuestos a inmolarse se agarran a esta frase para permitir su martirio: «No os matéis a vosotros mismos. Alá es Misericordioso con

vosotros. Quien obre así, quebrantando la ley con injusticia, le arrojaremos al Fuego» (4:29-30).

Las afirmaciones del Corán pueden ser utilizadas para defender o denostar estas iniciativas cruentas, en función de la interpretación de sus fieles, como es lógico en cualquier interpretación de un texto. Así, en el subcontinente indio se revive la violencia entre hindúes y musulmanes, un contexto en el que los suicidios tienen un marcado carácter político y estratégico, sin que estos últimos sean acusados de ser infieles, por ejemplo.

La guerrilla de los tigres tamiles de Sri Lanka, fundada en 1970 y de ideología nacionalista y laica, utiliza a mujeres y hombres bomba para llevar a cabo los actos con los que reclaman la autonomía de los territorios del norte del país. Los fedayines del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), de orientación marxista, liderados por el cristiano George Habash, utilizaban hombres bomba en su lucha política contra los ocupantes israelíes, del mismo modo que hacían los del Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP), dirigidos por otro cristiano, Naib Hawatme.

Estos mártires políticos plantean su muerte como una ofrenda, sacrificio o acto redentor para hacer visible ese «estado de guerra oculta», mientras que el agresor puede ejercer la violencia amparado en la legitimidad que le otorga la defensa del sistema.

El atentado suicida que más repercusiones ha tenido en las últimas décadas fue el del 11 de septiembre de 2001 en EEUU, y es también el que más especulaciones ha generado. Desde el año 2004, el Movimiento por la Verdad[13] intenta demostrar a través de libros, artículos y vídeos, que aquellos atentados y algunos posteriores fueron organizados por los propios servicios de inteligencia estadounidenses y sus aliados para dar un giro a la política internacional. En 2016, la desclasificación de unos 800 folios del informe de la CIA sobre el atentado vinculaba al Gobierno de Arabia Saudí con el 11-S[14].

Existen decenas de libros publicados sobre los atentados del 11-S (*The War on Freedoom,* 2002; *The New Pearl Harbor,* 2004; *9/11 Synthetic Terror: Made in USA,* 2005; etc.). Destaca *Crossing the Rubicon* («Cruzar el Rubicón»), del investigador, escritor y periodista Michael C. Ruppert, uno de los más vendidos. Entre sus principales afirmaciones argumenta que Dick Cheney, vicepresidente de la Administración Bush, es el principal

sospechoso de aquellos atentados. El investigador asegura que dos años antes el Comando de Defensa Aeroespacial de EEUU simuló ataques similares, mediante el secuestro de aviones para estrellarlos en edificios, entre ellos las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono[15] y así justificar su montaje de la «guerra contra el terrorismo». Otro de sus argumentos es que los edificios cayeron por la demolición interna, teoría a la que se une un antiguo secretario de Estado de Defensa de la RFA y autor de varios libros sobre los servicios de inteligencia Andreas von Bülow.

Mientras unos y otros exponían estos argumentos, la noticia de otros suicidios sospechosos envolvía Guantánamo, ese campo ilegal de tortura del Ejército estadounidense en Cuba donde 465 presuntos islamistas permanecen en prisión sin haber tenido un juicio en los tribunales. Los hechos sucedieron en junio del 2006 y sus protagonistas fueron dos saudíes y un yemení. Según Washington, se ahorcaron, una versión que para algunos analistas resulta increíble pues es imposible que en Guantánamo se produzca un suicidio, no importa si individual o colectivo, ya que las celdas están controladas las 24 horas del día por cámaras de vigilancia. Los médicos forenses suizos que realizaron una segunda autopsia expresaron sus dudas acerca de la versión oficial.

Este tipo de sospechas encuentra un buen caldo de cultivo cuando las fuentes oficiales dan informaciones escasas. En esta línea, el Pentágono rechaza la petición de Amnistía Internacional de permitir una investigación independiente de estos supuestos suicidios. Por tanto, la sospecha de que los tres reclusos o bien se hayan quitado la vida en un acto de desesperación extrema a causa de las terribles torturas, más allá de sus creencias religiosas, o bien quizá el Pentágono tenga razón y los hombres hayan puesto fin a sus vidas en un acto coordinado de guerra en protesta por las condiciones de ese penal[16]. Desde luego, ninguna de las opciones deja bien parada a la Administración estadounidense. Además, si hubiera sido «un acto coordinado de guerra», EEUU no debería negarse a aplicarles el Convenio de Ginebra sobre los prisioneros de guerra, que exige el derecho de tener abogados, un juicio justo, y el respeto a su dignidad. Es duro imaginar cómo deben ser estas condiciones como para que un hombre acostumbrado a situaciones extremas, no las aguante y ponga fin a su sufrimiento.

Existe una tercera posibilidad: que las muertes se hayan producido a causa de las torturas recibidas. Las estremecedoras imágenes difundidas de la prisión de Abu Ghraib de Iraq[17], del centro de detenciones clandestino de Bagram de Afganistán, las matanzas de civiles de Kandahar (en la que aparecieron siete niños de entre nueve y tres años con un tiro en la sien)… dan mayor fuerza a esta última hipótesis, que bien podría aplicarse a otros 25 presos, que según las autoridades de Guantánamo, habían protagonizado 41 intentos de «acciones manipuladoras de autodaño», como suelen llamar a estos incidentes. Este tipo de silencios, ocultaciones, tergiversaciones, alimentan la teoría del complot y acompañan a suicidios, atentados suicidas y actos terroristas, creando en la opinión pública un estado de confusión que siempre favorece a unos cuantos.

Otro hecho inquietante fue revelado el 24 de octubre de 2005, cuando los comandos del SRR (Régimen Especial de Reconocimiento del Ejército británico) se dirigían a una manifestación convocada en Basora, Iraq, disfrazados de árabes (con pelucas negras y ropas propias del ejército de Al Mahdi del clérigo chií Al Sader) y armados con explosivos y detonadores de control remoto. Una vez en su destino, abrieron fuego contra la policía y los asistentes. Tras una persecución, la policía iraquí los detuvo y llevó a prisión. La televisión árabe mostró a los espectadores de todo el mundo a estos hombres, heridos, con vendajes en sus cabezas[18], junto a su enorme colección de armas.

Pocos días después, los mandos británicos enviaban sus tanques para destruir los muros de la prisión y «poner en libertad a estos presos»[19]. Para colmo de la manipulación mediática, el consecuente motín de los iraquíes contra la sede del batallón británico sería presentado ante la opinión pública occidental como una manifestación del apoyo iraquí al terrorismo de Al Qaeda. Quienes dudan de la versión oficial de los hechos consideran que se trató de un suceso calculado para provocar una guerra civil y así justificar la continuidad de la ocupación de los aliados. «Si nos vamos, se matarán entre ellos», dicen, y muchos les creyeron.

LA YIHAD ESPIRITUAL Y LA YIHAD BÉLICA

> Combatid por Alá contra quienes combatan contra vosotros, pero no os excedáis. Alá no ama a los que se exceden. Matadlos donde deis con ellos, y expulsadlos de donde os hayan expulsado. Pero, si cesan, Alá es indulgente, misericordioso (Corán, 2:190-193).

«Yihad» es, sin duda, uno de los principales términos utilizados en los últimos años por los defensores, adversarios y analistas del «islam militante». La mayoría de ellos lo asimilan a conceptos como «cruzada» o «guerra santa» que, lejos de captar su naturaleza, descontextualizan el término pues lo comparan con referentes que nada tienen que ver con los musulmanes. Los más escrupulosos definen el término como «guerra que se hace por razones de creencia cuyo resultado es la expansión militar y la conquista de territorios», una interpretación que busca la objetividad aséptica y, por tanto, omite detalles definitorios.

Seguir su rastro etimológico, por ejemplo, abre puertas a ricos matices. El término árabe procede de la raíz *yahd,* que significa «esfuerzo o lucha», un esfuerzo llevado al límite, sin reservas. De este modo, *Muytahed* denomina a aquella persona, capacitada intelectual y religiosamente, que deriva juicios y sentencias a partir de pasajes del Corán y de la sunna. El *muyahed,* el combatiente, es capaz de dejarse, literalmente, la piel en esta lucha. Si muere en el intento pasará a ser *shahid* («mártir»).

Tener presente la naturaleza de «entrega sin reservas» permite entender a qué se refieren sus miembros cuando consideran la yihad como «el esfuerzo realizado para apartar los obstáculos existentes entre la humanidad y Alá»[20]. Se trata de una dedicación que cualquier musulmán, suní o chií, puede llevar a cabo de forma individual en nombre de aquellos intereses que considere importantes, sin embargo, no se trata una obligación. Autoidentificarse como la última religión y entender que el Corán es el último libro (el último mensaje de Alá a la humanidad) otorga la posesión de la verdad absoluta a cualquier musulmán. Para acabar con esas «falsas creencias» sus creyentes deben demostrar que los no musulmanes están confundidos, incluidos aquellos que son monoteístas e, incluso, ellos con mayor motivo pues las normas secundarias y terciarias de sus credos los conducirán hacia el mal. Hay chiíes y suníes que, por tal razón, deciden llevar a cabo esta responsabilidad hasta el último esfuerzo, practicando algún tipo de yihad.

Los textos del islam distinguen la yihad *al akbar* («mayor») y la yihad *al askar* («menor»). El primero consiste en un esfuerzo espiritual y moral que

afecta exclusivamente al mundo interior del individuo, a su naturaleza esencial. En esta lucha interior, el musulmán busca controlar los deseos del ego carnal *(«naf»),* un concepto básico de la literatura musulmana. Este ego se refiere al mundo material, y lo que persigue este tipo de esfuerzo es romper la dependencia extrema de su naturaleza mundana. Frente a él se sitúa la yihad *al askar,* la suma total de todas las actividades que un fiel está dispuesto a realizar para conseguir un entorno físico y social donde la vida religiosa (el islam) pueda ser libremente comunicada y practicada. Esto significa que los adeptos de otras religiones o los ateos deberían «convertirse al islam». En el límite más extremo hay fieles que recurren a la violencia y el terrorismo. Algunas ramas del islamismo, como la de los *jariyíes,* consideraban esta clase de yihad como el sexto pilar del islam. De ella destacan su agresividad, transmitida por algunos sectores vinculados a diferentes formas del islam político y que también contemplan el activismo militar.

A diferencia de los libros de los judíos y de los cristianos (el Antiguo y Nuevo Testamento fueron redactados durante el transcurso de los siglos), se cree que el Corán es el fruto de los 23 años del esfuerzo y la lucha de Mahoma por divulgar su credo, de ahí que regule de forma detallada la forma de llevar a cabo una guerra. Una gran parte de sus textos están centrados en la expansión de la nueva doctrina, que contempla todo tipo de métodos: predicar, aconsejar… y batallar. En este sentido, el Profeta promueve que sus fieles vayan a la guerra, pero sólo en caso de que se sientan o sean agredidos, es decir, como legítima defensa: «Pero, si cesan [de agredir], Alá es indulgente, misericordioso» (Corán, 2:193). Si no fuera así, el comportamiento más adecuado para cualquier buen musulmán sería evitar el conflicto: «Creyentes, entrad todos en la paz y no sigáis los pasos de Satanás» (Corán, 2:208).

La clave de la yihad está en entender que, para algunos líderes suníes y chiíes, el hecho de la incredulidad *(«kufr»)* de los demás y el negarse a abrazar el islam pueden ser motivo de confrontación. Llegado este caso, el creyente tendrá la obligación de entrar en guerra, rehuirla sería una falta gravísima; de hecho, quienes lo hagan arderán en el infierno: «Se os ha prescrito que combatáis, aunque os disguste. Puede que os disguste algo que os conviene y améis algo que no os conviene. Alá sabe, mientras que vosotros no sabéis» (Corán 2:216). Es interesante destacar que este

versículo manifiesta la desgana de los convocados para ir al combate, no importan los nombres y los motivos.

Según el Corán, la yihad menor está determinada por los tres tipos de personas que existen en el mundo: los verdaderos musulmanes, los no musulmanes y los que se consideran abiertamente enemigos del islam. A este último grupo pertenecen los *munafiqin* («hipócritas»), que se presentan como musulmanes. Los musulmanes pueden tener una coexistencia pacífica con el segundo grupo (no musulmanes), pues no se les considera enemigos del islam, de hecho conviven en países islámicos. Son los miembros del tercer grupo (los musulmanes hipócritas) contra los que, en principio, irían dirigidas las guerras.

Aquellos chiíes y suníes que participan en este tipo de confrontaciones están siempre convencidos de que se trata de una guerra defensiva, única explicación válida para entrar en un conflicto al que el islam pone tantas limitaciones. Por ejemplo, prohíbe hacer daño a los no beligerantes *(«gair muqatil»).*

ESA EXCEPCIÓN TAN HABITUAL LLAMADA «GUERRA» (SANTA)

Según los textos sagrados del islam, la guerra es una excepción que, sin embargo, es circunstancial e ineludible, sucede cuando todas las posibilidades de acuerdo y pacto se han agotado y todas las relaciones diplomáticas se han roto. Sólo en esta situación límite se dará el último paso:

> Cuando hayan transcurrido los meses sagrados, matad a los paganos dondequiera que los encontréis. ¡Capturadlos! ¡Sitiadlos! ¡Tendedles emboscadas por todas partes! Pero si se arrepienten, hacen la oración y dan el *zakat,* entonces ¡dejadles en paz! Alá es indulgente, misericordioso (Corán, 9:5).

En el cuarto versículo del mismo capítulo, figura lo siguiente: «Se exceptúan los paganos con quienes habéis concertado una alianza y no os han fallado en nada ni han ayudado a nadie contra vosotros» (Corán, 9:4).

También está prohibido agredir a los que se han mantenido al margen del combate, o apoderarse de los territorios con los que vivían en paz. «Si, por

el contrario, [los incrédulos] se inclinan hacia la paz, inclínate tú también hacia ella. Y confía en Alá, Él todo lo oye, todo lo sabe» (Corán, 8:61).

A pesar de su condición «excepcional», las guerras son parte constitutiva de la historia del islam. Al final de las guerras civiles en Arabia, y una vez que el Profeta fallece en el 632, los árabes emprenden una ofensiva bajo la bandera del islam para conquistar los países de su entorno, sin que estos hubieran sido una amenaza para su existencia. Los combatientes irán imponiéndose sobre Imperios en decadencia como el persa o el bizantino apoyándose en seres humanos empujados por la pobreza: acudiendo al campo de batalla no tenían nada que peder, en tanto que apenas podían sostener sus vidas, por el contrario, tenían mucho que ganar: un hogar tranquilo y fresco y, en caso de morir, un paraíso hermoso en la otra vida, o, simplemente, un botín tentador. Entre las motivaciones particulares también entraban los títulos honoríficos o los puestos altos en la administración. Sin duda había quienes realmente se jugaban la vida por convicciones religiosas, pero estos, tanto antes como ahora, eran y son una absoluta minoría.

Debido a este pasado expansivo, los textos sagrados ofrecen unas normas muy precisas a la hora de llevar a cabo una guerra. Se regula la situación de los civiles, el ganado, la gestión de las tierras cultivadas, los pagos por participar en los combates, el reparto del botín, las condiciones y la forma de tratar a los capturados… con todas estas regulaciones, los juristas musulmanes llegaron a tejer estos preceptos en un alambicado cuerpo jurídico que, como toda ley, no siempre se ha cumplido y respetado.

Aunque la razón última de estas guerras era la expansión del islam, conseguir un suculento botín es el centro de atención de numerosos textos de referencia, como la sura de los excedentes (Corán, 8:1).

En unos quince años los árabes conquistaron Palestina, Siria y Egipto. En un siglo, llegaron al Magreb y la península ibérica por el oeste, a las lindes de India y China por oriente, mientras pasaban por Mesopotamia, Persia y Afganistán… En el siglo XV habían alcanzado el sudeste asiático. Los últimos en islamizarse fueron los habitantes de Nurestán («tierra de la luz»), en Afganistán, apodada como Kafarestán («tierra de los infieles») por rendir culto a los astros. Sucedía a finales del siglo XIX. Esta paulatina e incesante colonización se llevó a cabo, por supuesto, de forma violenta. La declaración de guerra de los defensores del islam iba acompañada de la

oferta de rendición, que significaba la entrega del poder y la declaración del islam como la religión oficial. En muchos casos la guerra se prolongaba durante décadas por la resistencia que presentaban los pueblos invadidos, sin ir más lejos, consiguieron imponerse en Irán después de unos doscientos años de lucha, aunque la islamización de los territorios resistentes duró unos ocho siglos.

En estos siglos de invasión los objetivos de los líderes eran geoestratégicos: apoderarse de los recursos del territorio conquistado, conseguir ingresos para la gente sin trabajo en momentos de crisis (a través de los botines)… Difundir el mensaje de Alá y salvar la palabra de su Profeta era tan sólo un pretexto.

No eran los únicos, los judíos también habían emprendido invasiones, cometiendo castigos colectivos, y adoraban a un dios capaz de promover la espiritualidad y patrocinar guerras al mismo tiempo. Los cristianos no se quedaron al margen de estos recorridos bélicos en nombre de la fe. Durante los siglos XI, XII y XIII, sus cruzadas buscaban aparentemente conquistar Tierra Santa por razones de fe, pero en realidad lo hacían por exigencia de los aristócratas y los grandes terratenientes; hombres de negocio que deseaban apoderarse del comercio y las rutas de tránsito de mercancías en Asia. Por supuesto que de paso el papado usaba estas lides para implantar su dominio sobre las rebeldes Iglesias orientales.

Para unos y otros, estas batallas en nombre de sus respectivos dioses maquillaban intereses económicos y ambiciones expansionistas, que también trufaban con reivindicaciones no pecuniarias como patria, nacionalismo, ideología, seguridad… Esta mascarada se reinventa actualmente una y otra vez, así los líderes de los países beligerantes se llenan la boca con términos como «salvar a la humanidad de las armas de destrucción masiva», «garantizar la seguridad del planeta»…

LA FÁBRICA DE LOS MUYAHIDINES AFGANOS

Si bien este concepto existe en el islam desde hace catorce siglos, también es cierto que en los últimos siglos no ha habido ningún intento desde los países musulmanes de invadir a otros pueblos cristianos, judíos o ateos para convertirlos al islam. Por el contrario, son otros países con otros dogmas de

fe los que han invadido a otros pueblos, sirvan como ejemplo la agresión israelí a los países musulmanes y las de los occidentales (Inglaterra, Francia y EEUU, entre otros) sobre Argelia, Palestina, Yemen, Iraq, Afganistán, Libia y Siria.

Entonces, ¿Por qué ahora toma esta relevancia la yihad?

En la época contemporánea, el nombre de *muyahidín* se otorga a los combatientes de contiendas que en su esencia no tienen por qué ser religiosas, como la que enfrentó al FLN argelino contra el poder colonial francés, o la resistencia de los milicianos de Hezbolá contra Israel.

Por extensión, en los últimos años, este término se utiliza para referirse a los autores de las acciones terroristas que se producen por supuestos individuos musulmanes. Por esta reducción del término muchos analistas consideran que son parte de la yihad atentados como los del 11-S contra las Torres Gemelas, pues en ellos ven una voluntad de conquista mundial. Esta acusación es fruto de una fantasía, no de una realidad, pues es obvio que aquellos que no han podido recuperar los territorios ocupados por unos pocos millones de israelíes y devolver a los palestinos su hogar, no tienen la capacidad para llevar a cabo una confabulación a nivel planetario; con recuperar los territorios en los que estaban ya tienen bastante, pues muchos países musulmanes están sometidos a la ocupación de los aliados occidentales como Iraq, Afganistán, Bosnia o Libia. Además, hay evidencias que llevan estos planteamientos a la categoría de fantasías absurdas: los reyes saudíes, generales pakistaníes o sultanes árabes son aliados hasta la médula del Occidente «cristiano»; es difícil que precisamente ellos estén organizando a grupos que realmente atenten contra el imperialismo.

Para dar respuesta a nuestra pregunta se ha de volver a aquel 1978, en el que EEUU y la OTAN empezaron a desarrollar la estrategia que hoy todos conocen.

Aquel año el presidente de Afganistán dejaba su puesto a los militares progresistas del Partido Democrático Popular (PDPA). Los nuevos gobernantes empezaron a emprender unas reformas económicas y sociales amplias que permitieron cambiar el país en todos sus aspectos: establecieron igualdad para los ciudadanos ante la ley; prohibieron la usura y abolieron las deudas a los usureros; declararon la educación como un derecho universal gratuito para ambos sexos; prohibieron la compraventa de

niñas, el matrimonio infantil y el forzado, aumentando la edad nupcial a los dieciséis años; realizaron una potente campaña de alfabetización y repartieron las grandes fincas entre los campesinos; establecieron el salario mínimo para los trabajadores y una batería de medidas para la protección de la infancia, entre otras.

Fue entonces cuando el Gobierno de EEUU empezó a suministrar armas y a financiar a rebeldes islamistas yihadistas, pues aseguraban que estaban dispuestos a aliarse «con el imperialismo cristiano para combatir el imperialismo ateo soviético».

Entre 1978 y 1986, esta banda terrorista recibió armas del Gobierno del presidente demócrata Jimmy Carter y entrenamientos e información por parte de los servicios secretos de la OTAN, Israel, Pakistán y Arabia Saudí, así como más de mil millones de dólares anuales procedentes, en gran parte, de cuentas estadounidenses para destruir el Gobierno socialista de Afganistán, que además compartía frontera con la Unión Soviética, China e Irán.

Catorce años después, en 1983 el entonces presidente de EEUU, Ronald Reagan, invitaba a la Casa Blanca[21] a los yihadistas, a los que presentó ante la prensa como «luchadores por la libertad».

A pesar de que los medios de comunicación occidentales siguen insistiendo en que «los muyahidines lucharon para expulsar al ejército invasor soviético de Afganistán», Zbigniew Brzezinski, asesor de la Seguridad Nacional en la Administración Carter, reconoció en una entrevista en 1998 que la intervención de la CIA en Afganistán comenzó seis meses antes de la entrada del ejército soviético en 1979, con el fin de debilitar al régimen de Kabul. Los triunfos de aquellos «luchadores por la libertad» poco tenían que ver con la ayuda del Todopoderoso o la fuerza de su fe. Sus éxitos pertenecían al mundo material, tan concreto como los centenares de misiles antiaéreos Stinger, portátiles y guiados por láser, que por primera vez se distribuían fuera de la OTAN.



Despacho oval de la Casa Blanca, 1985. El presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, recibe a la delegación de yihadistas afganos[22].

El doctor Mohamad Najibulah (1947-1996), durante su mandato como presidente de la República Democrática de Afganistán desde 1986 hasta el día de su terrible asesinato por los yihadistas *made in USA,* cometió el grave error de hacer concesiones a estas bandas para poner fin a la guerra de apariencia civil. Que desde su política «reconciliación nacional», con la reforma de la nueva Constitución en 1990, incluyera declarar el país como un Estado islámico sólo aumentó la agresividad de la extrema derecha islámica y sus patrocinadores occidentales, árabes y pakistaníes.

Fue linchado por los terroristas junto con su familia delante de la sede de las Naciones Unidas en Kabul. Najibulah fue uno de los políticos más determinantes en la historia moderna de Afganistán. Había sido detenido varias veces en los años sesenta y setenta por «participar en huelgas y manifestaciones ilegales» y «crear las condiciones para llamar al pueblo a la rebelión», y por participar en las protestas por la visita del vicepresidente de EEUU, Spiro Agnew. En uno de los juicios pudo denunciar la existencia de

unos 13.000 presos políticos y expuso el fundamento de sus ideas para sacar a su país del capitalismo de subdesarrollo y de la dictadura: eliminar el feudalismo, reducir el papel de la religión, alcanzar la igualdad de derechos para los grupos étnicos y para las mujeres.

Una vez que los yihadistas suníes ocuparon el país, demostraron que sirven sólo para destruir un Estado y no para construir un régimen viable, capaz de establecer seguridad en el país, necesario para garantizar los intereses de EEUU en la región. Por lo que Washington decidió deshacerse de ellos, creando la alianza de dos grupos suníes: talibanes y Al Qaeda. Según sus cálculos, esta explosiva unión podría poner fin al caos en el país, acabar con la influencia tradicional irano-rusa, e instalar un régimen al estilo de la monarquía saudí. El gobierno ideal, para EEUU, no sólo debía guardar absoluta fidelidad hacia los intereses de Washington, sino tener la rigidez de la dictadura suní (así controlaría a los iraníes) y ser capaz de establecer una paz y una seguridad tan grande en el país como la que se puede encontrar en un cementerio.

La CIA puso en marcha sus herramientas y contó entre sus asistentes con el régimen saudí, la ISI (servicios secretos de Pakistán) y, cómo no, el incombustible Bin Laden. El primer paso será crear una «base de datos» de los antiguos muyahidines procedentes de unos 40 países, con el fin de reclutarlos en esta aventura. A los talibanes («seminaristas» de las escuelas religiosas) se adhirieron jóvenes y adolescentes de los orfanatos de Pakistán[23], delincuentes, indigentes y miles de mercenarios a sueldo…

Fue así como, con el gran soporte logístico de sus padrinos y unos diez mil millones de dólares norteamericanos, los talibanes, en su mayoría de origen étnico pastún, tomaron Kabul en 1996. La victoria deja una macabra huella: la limpieza étnica de los grupos no pastunes. El jueves 4 de diciembre de 1997, una delegación de los talibanes viaja a Sugar Land, Texas, para negociar con Unocal la construcción de un gasoducto transafgano que debería llevar el gas desde Turkmenistán –la cuarta reserva mundial de gas, después de Irán, Rusia y Qatar–[24]. Los talibanes consideraban insuficiente la suma de 100 millones de dólares por año como pago por el peaje. La empresa se niega a aumentar la cifra pues esta pandilla de muyahidines no conseguía tomar la zona norte del país, lugar por donde tendría que discurrir el gasoducto… Sin embargo, lo que hasta ese momento parecía ser un plan destinado al éxito, empezó a caminar por

la ruta equivocada: aquellos hombres hambrientos, sin conciencia de clase social, una vez armados y con poder, no podían compartir sueños, deseos, ni actitudes con los príncipes saudíes, por ejemplo.

Nada más hacer salir a los talibanes al escenario, sus patrocinadores comenzaron a plantearse cómo acabar con ellos, pues a ojos vista el asunto se les estaba yendo de las manos. Desarrollaron para tal fin una campaña mediática cuyo objetivo era estigmatizar a los que hasta ahora habían sido sus cachorros: los talibanes y Al Qaeda. Fue así como, de repente, a partir del 1999, empezaron a invadir las televisiones de todo el mundo con imágenes terribles, como el apaleamiento de mujeres afganas, el aplastamiento de los homosexuales por los tanques conducidos por los talibanes, los escabrosos detalles de una prenda llamada burka que hasta ahora parecía haber desaparecido… Así fue como aquellos «viejos amigos» se convirtieron en «enemigos de la civilización».

En la actualidad muchos regímenes musulmanes usan el término de «gran yihad» para referirse a la lucha contra el subdesarrollo, el hambre y el analfabetismo, etc. Es decir, el concepto de yihad es tan amplio que puede cobijar a los unos y a sus opuestos, una bandera que puede enarbolarse para dar legitimidad a todo tipo de políticas y disputas.

[1] Prevención del suicidio (SUPRE), agosto de 2012, disponible en [http://www.who.int/mental_health/prevention/suicide/suicideprevent/es/].

[2] «Santa Apolonia: Virgen y mártir», disponible en [http://es.catholic.net/imprimir.php?id=31805].

[3] *Ibid.*

[4] Su significado es «los adeptos de Hasan», mal traducido en las lenguas europeas como «los asesinos» o «los hasamiyún».

[5] *Feda* es un término árabe que significa «sacrificio». *Fedayin,* quien se sacrifica.

[6] Disponible en [http://www.elmundo.es/1998/10/25/internacional/25N0042.html].

[7] Disponible en [blogs.periodistadigital.com/totalitarismo.php/2008/07/27/p181230].

[8] Editado por Light Inc, abril de 2007.

[9] *El periódico de Aragón,* 24 de septiembre de 2007, disponible en [http://www.elperiodicodearagon.com/noticias/internacional/extremistas-usan-chicos-disminuidos-atentar-irak_352403.html].

[10] «EEUU recluta a discapacitados y a personas con antecedentes penales por la escasez de soldados», *El periódico de Cataluña,* 15 de febrero de 2007, disponible en [http://www.antimilitaristas.org/spip.php?article3115].

[11] «La captura de Sadam Husein», *Mundo Obrero,* 8 de enero de 2004, disponible en [http://www.workers.org/mo/es_captura0108.html].

[12] Tariq Ali, «Nuestros Herodes», disponible en [https://newleftreview.org/article/download_pdf?id=2267&language=es].

[13] Disponible en [http://www.911truth.org/].

[14] «El Congreso de EEUU permite a las víctimas del 11-S denunciar a Arabia Saudí», *El Mundo,* 9 de septiembre de 2016, disponible en [http://www.elmundo.es/internacional/2016/09/09/57d2f3c7268e3e4a4e8b45ee.html].

[15] «Hicieron simulacro antes del 11-S», *El Universal del Mundo,* 20 de abril de 2004, disponible en [www.eluniversal.com.mx/internacional/31325.html].

[16] Imágenes de [http://www.venceremos.cu/], [www.worldproutassembly.org], [elrincondelenzina.blogsome.com] y [www.indiewire.com].

[17] «Abu Ghraib Abuse Photos», 17 de febrero de 2006, en [http://www.antiwar.com/news/?articleid=8560].

[18] «El Ejército británico derriba los muros de una cárcel iraquí para liberar a dos soldados detenidos», *El Mundo,* 20 de septiembre de 2005, disponible en [http://www.elmundo.es/elmundo/2005/09/19/internacional/1127143321.html].

[19] ADIN - Agencia Digital Independiente de Noticias, [http://adin.blogdiario.com/1127333160/].

[20] Disponible en [http://www.svida.com/terrorismo-y-ataques-suicidas/194-la-yihad].

[21] Fuente de la imagen «¿Quiénes son los “buenos rebeldes” en Siria?», *ABC Internacional,* 30 de julio de 2015. Disponible en [http://www.abc.es/internacional/20150730/abci-rebeldes-sirios-201507291811.html].

[22] G. Ingersoll «That Time Ronald Reagan Hosted Those “Freedom Fighters” At The Oval Office», *Business Insider,* 10 de febrero de 2013, disponible en [http://www.businessinsider.com/reagan-freedom-fighters-taliban-foreign-policy-2013-2].

[23] Dato interesante que en parte explica su agresivo comportamiento y su odio hacia las mujeres. Pues aquellos niños, luego milicias, nunca habían conocido el cariño y los abrazos de una mujer: madre, hermana o abuela.

[24] «Taleban in Texas for talks on gas pipeline», *BBC,* 4 de diciembre de 1997, disponible en [http://news.bbc.co.uk/2/hi/world/west_asia/37021.stm].

IV
IRÁN Y ARABIA SAUDÍ: ¿UN CONFLICTO CHIÍ-SUNÍ?

A pesar de que el principal país en población suní es Indonesia, ha sido Arabia Saudí el Estado que ha levantado la bandera de la defensa de las «tradiciones» islámicas y que se ha presentado como el digno rival del chiismo iraní; que Arabia Saudí e Irán compartan la misma región para expandir su poder e influencia, ha sido el factor determinante en lo que se presenta como un pulso entre el sunismo y el chiismo, y eso sucede sólo una vez que en Teherán se instala una república islámica chií y no antes.

El golpe de Estado de 1925 realizado por el fundador de la última dinastía monárquica de Irán, Reza Pahlevi (Reza Shah), coincide con la formación del Reino de Arabia Saudí (RAS). A pesar del paralelismo, hay grandes diferencias y una es abismal: la dictadura de Reza Pahlevi es modernizadora. Las reformas que emprende tienen un sello claro anticlerical, nacionalista y favorable a la restauración de aquel Imperio persa derrocado por los árabes. El rey de Irán limitará el poder del clero; la agresión gubernamental a los miembros de esta casta llegará a tal punto que decenas de *akhund* (término despectivo para referirse a un clérigo) conservadores que se negaban a entrar en las exigencias del siglo XX serán perseguidos, encarcelados, condenados a *khal e levas* («despojarles de la sotana»)[1] y afeitarles la barba y el bigote en público, para humillarlos. A estas medidas superficiales de tinte progresista se suma la fundación de las primeras universidades modernas, que además permiten la entrada de las mujeres, la reforma parcial de la Ley de Familia, y la creación de tribunales civiles, desmantelando así los religiosos. Irán se convertirá en 1935 en el primer país del mundo que impondrá a las ciudadanas descubrir su cabeza y quitarse el velo, ya que era considerado un símbolo de la imposición del dominio árabe sobre Irán y de retraso y subdesarrollo.



La directiva de la Asociación de Mujeres Patriotas «Jamat e nesvan e vatan khah» iraníes (1923-1933)[2].

Estas decisiones, que formaron parte de las profundas reformas sociales de Reza Pahlevi, no procedían de su «ateísmo», ya que era musulmán y además muy supersticioso, sino de un pan-iranismo exacerbado que incluía la persificación de diversos grupos étnicos del país; a los kurdos, turcomanos y baluchis, entre otros, se les prohibirá su idioma, su indumentaria y, obviamente, su autogobierno.

Al talante modernizador del dirigente iraní se sumará la potente presencia de los comunistas en el país, que llegaron a tomar el poder en el norte, instaurando la Republica Socialista Soviética de Guilán (1920-1921). El propio Reza Pahlevi, un republicano convertido luego en monárquico, demostrará su consideración hacia este grupo político al incluir en su gabinete al cofundador del Partido Comunista de Irán, Soleiman Mirza Eskandari, a quien ofrecerá la cartera de ministro de Cultura. En 1923

Eskandari se convertirá, posiblemente, en el primer ministro comunista de un país al margen de la URSS.

La fuerza de la izquierda iraní, tanto la persa como la de otras etnias del país, es tal que, cuando el monarca admirador de Hitler fue depuesto por los aliados en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, en dos regiones del vasto Irán se convertirá en la fuerza mayoritaria; así, los parlamentos de Kurdistán y Azerbaiyán declararán la República Democrática de Azerbaiyán y la República de Kurdistán, aunque pocos meses después sus iniciativas serán aplastadas por el nuevo monarca, Mohamad Reza Pahlevi, hijo del depuesto monarca y que contaba con el respaldo de EEUU y Reino Unido.

En la otra orilla del golfo Pérsico, en el Reino de Arabia Saudí (RAS), el proceso político es otro. Este país nace de la desintegración del Imperio otomano y del dominio colonial de Gran Bretaña en 1932. RAS será el resultado de la alianza entre la tribu Al Saud, encabezada por Abdulaziz bin Abdulrahman al Saud (1876-1953), y la escuela wahabí del sunismo; un compromiso que unifica las tribus del territorio.

La monarquía de Al Saud y los líderes de la secta que lleva el nombre de su fundador, Muhamad ibn Abd al Wahab (1703-1792), utilizarán la versión más rigurosa y fundamentalista del islam para gobernar un país que poco después, en 1938, descubrirá el oro negro debajo de sus arenas. La férrea dictadura absolutista gobernante desde entonces ha impedido los cambios modernizadores necesarios para que el país se adapte a los nuevos tiempos, de ahí que no tenga Parlamento ni constitución ni elecciones, y ni siquiera reconozca las libertades de prensa y de asociación.

Estas diferencias marcarán las relaciones entre ambos países prácticamente desde el principio. La apertura de la embajada de Irán en Yeda en 1930 durará poco. El comportamiento ofensivo de los ciudadanos y las autoridades saudíes hacia los peregrinos iraníes hará que el rey de Irán cierre la sede diplomática y encargue a Egipto la protección de los viajeros iraníes a La Meca. En 1941 da un paso más en este sentido: Irán prohíbe la peregrinación de sus ciudadanos a Arabia Saudí. Aun así, no podrá impedir los viajes clandestinos de los creyentes que querían cumplir con uno de los pilares del islam. En 1943 el asunto tocará techo con la decapitación de Abutaleb Yazdi, un anciano peregrino condenado a tal muerte por haber vomitado en el muro de la mezquita sagrada de La Meca a causa del intenso

calor. Para los wahabíes, los chiíes iraníes acudían sólo para ensuciar y ofender al islam y a Alá. El asunto levanta la ira del monarca, que exige las disculpas oficiales de Riad, ante su negativa ordena cortar las relaciones con el RAS.

Reza Pahlevi será expulsado del poder en 1941 por los ganadores de la Segunda Guerra Mundial y abandonará el país; su hijo Mohamad ocupará el trono. Abdulaziz aprovechará la ocasión para enviar una carta (¡a través de EEUU!) al nuevo monarca poniendo énfasis en la amistad y en los lazos que unían a ambos mandatarios.

Las sedes diplomáticas volverán a abrirse en 1949 y ambos países fortalecerán su cooperación en las décadas de 1950 y 1960. Tienen un objetivo común: contener a la Unión Soviética y el avance de las fuerzas progresistas panarabistas, encabezadas por el líder egipcio Gamal Abdel Naser y las paniraníes, dirigidas por el primer ministro doctor Mohamad Mosadeq, que pretendían nacionalizar la industria petrolífera, arrancándola del control de las compañías británicas.

Que la dictadura del sah fuese aliada de Israel y que el SAVAK, la temible policía política de Pahlevi, estrechara lazos con el Mosad creó un enorme malestar entre la ciudadanía iraní. Fue por este motivo (que no la voluntad de apoyar la causa palestina) por el que el Gobierno del carismático doctor Mohamad Mosadeq (1951-1953) –quien encabezó el movimiento de nacionalización del petróleo contra la Anglo Persian Oil Company, hoy BP– suspendió las relaciones con Tel Aviv. Mosadeq fue derrocado en 1953 por un golpe de Estado de la CIA y el MI6, y el sah y su esposa Soraya, que habían huido del país temerosos por la gran revolución popular que generó la pasión antiimperialista en Irán, regresarán al país, instaurando una dictadura férrea, prohibiendo sindicatos obreros, una decena de partidos políticos, asociaciones feministas, juveniles, campesinas, etc. El terror gobernará hasta su caída.



El rey Saud bin Abdulaziz al Saud recibe en visita oficial al sah Mohamad Reza Pahlevi (década de 1950)[3].

Mientras tanto, el polarizado mundo de la Guerra Fría vuelve a rediseñar las alianzas: los países no árabes de la región se aproximan a EEUU, creando un frente común contra el auge del nacionalismo progresista árabe. Naser de Egipto, Qasem de Iraq, Gadafi de Libia y Asad de Siria encuentran apoyo en el bloque socialista. En 1955 Irán, Turquía, Pakistán, Iraq y Reino Unido se agrupan en la Organización del Tratado Central (CENTO, también llamado Pacto de Bagdad)…



La reina Farah Diba (con el chador) y el príncipe Reza Pahlevi muestran sus votos a uno de los santos del chiismo en un mausoleo en Mashad, Irán, 1978.

En 1965, una vez que los movimientos nacionalistas iraní y árabe fueron aplastados, el sah realizará un paquete de reformas titulada *Revolución Blanca,* una revolución realizada desde arriba cuyo fin era impedir otra «roja» desde abajo. Su estrategia consistía en encauzar la economía iraní en el camino del capitalismo y limitar aún más el poder del clero chií, concediendo el derecho al voto a las mujeres y aplicando una amplia reforma agraria «desamortizadora», señalando a las tierras donadas a la jerarquía chií. Un año después, el rey Faisal viaja a Irán para firmar unos acuerdos sobre las cuestiones relacionadas con las delimitaciones en las fronteras marítimas entre ambos países. El sah le devuelve la visita en 1968 y, de paso, realiza la peregrinación a La Meca, cooperando con los saudíes en crear instituciones islámicas multinacionales, como la Organización del Congreso Mundial Islámico, la Liga Mundial de Musulmanes y la

Organización de la Conferencia Islámica. El islam es el punto de apoyo de ambos contra el progreso y las fuerzas de izquierda y modernizadoras. El número de mezquitas en Irán se dispara en la década siguiente como una barrera para frenar el aumento de la simpatía de los jóvenes hacia los postulados de la izquierda.

CIERTAS DISPUTAS DIBUJAN GEOGRAFÍAS ANTICOMUNISTAS

Los intereses compartidos con EEUU fueron los motivos para que, en 1971, se pusiera en marcha la doctrina de *twin pillars* («doble pilar»), promovida por el presidente Richard Nixon. Esta doctrina dará lugar a una alianza anticomunista en el golfo Pérsico que asignará a Irán y Arabia Saudí el papel de garantes de sus respectivos intereses en la zona en nombre de la «seguridad nacional», aunque el gendarme sea el sah y los saudíes desempeñen un rol secundario. Posición que permitió al monarca iraní recuperar las tres islas de Tumb Mayor, Tumb Menor y Abu Musa en 1971, entonces bajo el control de los Emiratos Árabes Unidos. Las soberanía de Irán sobre estas islas se remonta a la era de los imperios iraníes elamita, medo, aqueménida, parto y sasánida, pero fueron ocupadas por Gran Bretaña en 1908. Una vez que Gran Bretaña se ve obligada a abandonar su hegemonía en la región en beneficio de EEUU, Irán intentó recuperarlas, y en 1971 lo consiguió a medias: el sah y los Emiratos Árabes Unidos (EAU) –Estado creado por Gran Bretaña en 1971 de la suma de siete islas– llegaron al acuerdo de que la soberanía perteneciera a los EAU, mientras que Irán mantendría una base militar en las islas. Tras la instauración de la República Islámica de Irán (RII), los EAU exigieron ante la ONU la soberanía integral sobre dichos territorios. Un litigio aún sin resolución.

La «guerra» entre ambos Estados alcanza el mundo de la gramática y la geografía. Los árabes están gastando miles de millones de dólares en campañas de publicidad para eliminar el adjetivo de «Pérsico» al golfo, tanto es así que la primera guerra de EEUU contra Iraq, en 1991, fue llamada por la prensa la Guerra del Golfo, sin que nadie preguntara ¿qué golfo? ¿El de México o el de Adén, el de Omán, o el de Suez? Su

reivindicación burla el paso de la historia: documentos de la antigua Grecia lo denominan Limen Persikos; los romanos, Sinus Persicus, y los historiadores árabes, al Bahr al Farsi («el mar Pérsico»). Todos ellos vinculan esta zona geopolítica, estratégica y de alto interés militar y comercial con una única trayectoria cultural, la persa, pues se trataba de las aguas interiores que poseía Irán en los años en los que este Imperio abarcaba las «provincias» de Qatar, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí y Kuwait. La ONU se ha pronunciado claramente al respecto en dos ocasiones, en 1994 y en 1999. Este organismo internacional, incluidos sus 22 miembros árabes, emitió sendas directivas en las que consagraba el nombre histórico del golfo Pérsico para esta formación geomorfológica, recordando que el golfo Arábigo es el nombre antiguo del mar Rojo. Por su parte, la Organización Hidrográfica Internacional le llama el golfo de Irán.

Como gendarme de un golfo con su nombre, el monarca iraní se sentía legitimado para tomar ciertas decisiones. En otoño de 1973, a petición de Gran Bretaña y del rey de Omán, el sah lanzará su ejército contra la guerrilla marxista de Dhofar, que en esos momentos, al calor de la toma del poder de sus camaradas en Yemen del Sur, soñaba con un segundo país árabe socialista. Cientos de guerrilleros y también soldados iraníes perdieron la vida en aquellos combates. Aquella complicidad de la monarquía de Omán con Irán perdura hasta nuestros días, y este sultanato suní es de los pocos países árabes con magníficas relaciones con la república chií.

La sintonía entre el sah chií semilaico y el rey Faisal bin Abdulaziz, suní fundamentalista (que gobernó entre 1964 y 1975) se cruza con los intereses de un Occidente laico o cristiano en esta estratégica región del mundo. Los precios del petróleo marcan las cartas, tal como demostró la guerra árabe-israelí de Yom Kipur en 1973. Como respuesta a este conflicto, los países árabes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) –Arabia Saudí, Iraq, Kuwait y los sultanatos del golfo Pérsico– aplicaron un embargo de petróleo para presionar a EEUU y a los países de Europa occidental que hubieran apoyado a Israel. Tal medida provocó que el precio del petróleo subiera casi un 300 por 100, provocando una crisis de energía a nivel planetario de la que el ganador fue, precisamente, EEUU, pues consolidó la hegemonía de sus compañías petroleras en el mercado mundial

y facilitó la imposición de un nuevo sistema monetario internacional basado en el patrón dólar. Los perdedores fueron China, Europa y Japón.

Tanto Irán como Arabia Saudí destinaron buena parte de los beneficios de esta subida a hacer otro regalo a Washington: comprarle armas, aumentando aún más su arsenal. El régimen del sah se convirtiría en la primera potencia militar del océano Índico, posición que le permitirá exigir en 1976 a sus homólogos saudíes una nueva subida de precios desde la OPEP para hacer frente a los retos de su plan de desarrollo integral, denominado *be suye darwaze-ye tamadone bozorg* («¡hacia las puertas de la gran civilización!») y que consistía básicamente en modernizar el país, no en su aspecto social o político, sino económico y militar. La negativa de los árabes, unida a otra serie de factores, hundió a Irán en una profunda crisis económica que desembocaría en la Revolución del 1979 y la caída de la dinastía Pahlevi.

TRES RAZONES Y DOS TEOCRACIAS

El impacto de la Revolución iraní en Arabia Saudí fue múltiple. Para empezar, la caída del «último emperador» de Irán provocará una profunda preocupación y un gran temor en la familia real saudí. Razones no les faltaban.

La primera razón es que aparece una república islámica frente a un reino islámico. La Revolución iraní había derrocado a la monarquía más poderosa de la región y una de las más antiguas del mundo, exigiendo un cambio en la estructura del poder en favor de una república democrática. Antes de los iraníes, los afganos (1973), los libios (1969), los yemeníes (1962), los iraquíes (1958) y los egipcios (1952) ya habían puesto fin al caduco sistema monárquico. El peso de las repúblicas, a pesar de que no fuesen democráticas, aumentaba en la región en perjuicio de la actitud de los mandatarios, que abiertamente ignoraban el derecho de los pueblos a elegir a sus representantes. Sin embargo, si el islam y la monarquía son incompatibles, también lo son el islam y la república, ya que el sistema político del islam ha sido el califato.

La segunda razón residía en el hecho de que la república de Irán, al contrario de otras del «mundo musulmán», no era secular, sino que se proclamaba «islámica» lo que supondría un golpe muy duro para el RAS. El

antimonarquismo del ayatolá Jomeini no procedía de su talante republicano; su propuesta de instaurar un *Hokumate eslami* («Estado islámico»)[4] rescataba un modelo basado en el gobierno de Mahoma y Ali. Fue la enorme presión de millones de personas, partidos de izquierda, incluso la elite religiosa liberal liderada por Mahdi Bazargan, dirigente de la formación islamista liberal-burguesa chií Nehzat-e Azadi («Movimiento por la Libertad»), que componían su equipo –cuyos miembros, en su mayoría, se habían formado y vivían en Occidente–, lo que provocó que el clérigo diera un giro a sus planes. Ante estas poderosas voces que exigían una república y sin cambiar la esencia de su idea de restaurar un Estado islámico, Jomeini fundará la República Islámica de Irán. Esta insólita criatura tiene poco que compartir con el sistema político conocido como república, tal como hace evidente la institución del *wilayat faqih* («tutela del jurista islámico»), una figura no electa creada por el ayatolá Jomeini que concentra prácticamente todos los poderes de un gran califa, o de un monarca absolutista como el sah, en la figura del «líder espiritual»: el militar, el político, el legislativo y el jurídico. Además el *wilayat faqih* tiene la facultad de vetar las decisiones de los representantes del pueblo y destituirlos. A las elecciones presidenciales, por ejemplo, se pueden presentar sólo los candidatos varones, chiíes y fieles al líder.

La casa de Saud, que hasta entonces había presentado la monarquía como la forma política de un régimen islámico en nuestros días, se encuentra de repente con que aquellos musulmanes del mundo que buscaban mantener el código moral del siglo VII sin dejar de aspirar a la modernidad y la «justicia» podrían contar con una alternativa algo más abierta al cerrado sistema monárquico.

El tercer motivo de la preocupación de los saudíes era que, por primera vez en su historia, tenían un competidor para liderar a la *umma* («la comunidad musulmana») en su totalidad y a nivel mundial, ya que los ayatolás iraníes presentaban su invento como una república «islámica», que no «chií», y habían lanzado una ofensiva propagandística contra la casa de Saud, tachándoles de «asociacionistas», «peones de Israel y de EEUU», «corruptos y criminales», entre otras descalificaciones, y recurrieron a los versículos del Corán para argumentar su posición: «¿Consideráis que proveer agua a los peregrinos y ocuparse de la Mezquita Sagrada es equiparable en valor a aquel que cree en Alá y en el Día del Juicio Final y

se esfuerza por la causa de Alá? No son iguales ante Alá. Y Alá no guía (a la verdad) a la gente malhechora» (Corán, 9:19). Los mensajes de «cambio» del ayatolá Jomeini dirigidos a todas las corrientes de la religión de Mahoma para recuperar su «dignidad» y «poder» tenían, pues, una fuerza «corrosiva» a ojos de los saudíes y ponían a los inmovilistas del reino en un grave aprieto, más cuando las enseñanzas suníes consideran a los chiíes una secta infiltrada en el islam con la intención de destruirlo desde dentro. El hecho de que la república de los ayatolás, un sistema híbrido sin precedente en el mundo, naciera de una gran revolución popular antiestadounidense y no de un golpe de Estado al estilo de los generales pakistaníes, por ejemplo, otorgaba una legitimidad considerable a las posturas antisaudíes de los nuevos líderes de Irán.

Y como si todos estos factores fueran pocos para quitar el sueño a RAS, había un cuarto bloque: la carga «social» de la Revolución iraní sumada al discurso del ayatolá Jomeini, quien en los primeros años de su mandato prometía a los desheredados del mundo el fin de los regímenes *taguts,* término coránico para referirse a los individuos perversos, rebeldes ante Alá. Jomeini identificará este apelativo con las oligarquías opresoras, señalado directamente a la casa de Saud como una de las peores, por haberse camuflado bajo el manto del islam. El Corán, que utiliza este término para hacer referencia a los tiranos idolatrados, promete que Alá los quemará en el fuego del infierno[5]. Esta referencia rompía con el maniqueísmo simplificador del término «comunidad religiosa», que ignora la complejidad de las redes creadas por las identidades humanas, y que oculta el poder de la pertenencia a una clase social, factor tan determinante en los quehaceres humanos. Pretendía así defender no sólo a todos los musulmanes «oprimidos», incluidos los suníes, sino también a los fieles de otros credos. Las relaciones de la república chií de Irán con la Venezuela bolivariana es una muestra de la imagen que estaba dando.

La quinta razón del triunfo del «islam chií» frente al «islam suní» radicaba en el hecho de que los nuevos líderes de Irán se apoderaron de las consignas sobre la justicia social y sobre un reparto equitativo de los inmensos recursos naturales del país a favor de las grandes masas de pobres, lanzadas por los grupos de izquierda durante los diez meses que duró la Revolución del 1978. Los musulmanes iraníes cambiaron el vocablo de «trabajadores» por los «desheredados», la expresión «igualdad ante la

ley» –para poner fin a la dictadura de una elite– por la «igualdad ante Alá», sin ningún programa que mínimamente se parezca incluso al «socialismo» descafeinado de los nacionalismos árabes de los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, al ser la primera vez en la historia que el clero chií aspiraba al poder, parecía justo darle un margen de confianza y ver si podía representar la versión musulmana de la teología de liberación. Aunque el propio ayatolá Jomeini se apresuró en disipar las dudas y proclamó que la «propiedad es sagrada en el islam» y «preocuparse por el estómago [o sea, la economía] es cosa de animales» y habría que dedicarse a cuestiones de espiritualidad, y que no habrá en Irán la llamada «la vía no capitalista de desarrollo» como en el modelo de la Libia de Gadafi hasta la década de los ochenta.

El enfoque universalista, justiciero y dinámico del sistema jomeinista convertirá a la RII en un modelo para algunos grupos musulmanes del mundo. Parecía que a través de ella podrán reparar su orgullo religioso humillado. Era así como el expresidente Mahmud Ahmadineyad ofrecía, por ejemplo, millones de dólares entre donaciones y préstamos sin intereses a Congo, Myanmar, Venezuela, Bolivia (países también ricos en petróleo y que no necesitaban el dinero iraní), o a Estados de difícil localización en el mapamundi como San Vicente o Comoras, entre otros, mientras el 40 por 100 de la población iraní vivía bajo el umbral de la pobreza según datos oficiales, y las riquezas estaban en manos del 20 por 100 de la población iraní[6].

La sexta cuestión que daría un estatus más elevado a la República Islámica de Irán eran los derechos y las libertades de los ciudadanos. Por fin, las sociedades subdesarrolladas musulmanas, tras los fracasos de los nacionalismos y de la caída del socialismo encuentran una ventana a la esperanza en esa alternativa que representa la RII cuando ven que, en Irán existen elecciones, las mujeres puede estudiar en las universidades, hay un buen cine, etc. Entonces, ¿es compatible una teocracia con las libertades y la justicia social? Lo que no se tiene en cuenta es la larga historia «no religiosa» del país, una sociedad previamente muy desarrollada, donde las mujeres no llevaban el velo y trabajaban y estudiaban desde el principio del siglo XX, o los comunistas, por ejemplo, tuvieron diputados en el Parlamento de 1946 y organizaban primeros de mayo con medio millón de trabajadores en las calles, etc. A pesar de la prohibición de sindicatos obreros (¡hay sindicatos islámicos!) y partidos que no sean «amarillos», y

cualquier atisbo de oposición política, existe una sociedad rebelde, formada y estructurada, que impide a las autoridades la aplicación de las leyes islámicas en su integridad. Por ejemplo, lo que ha hecho posible que la única mujer galardonada por la Medalla Fields de matemáticas sea la iraní Maryam Mirzajani o la primera «musulmana» premio nobel de la paz fue otra iraní, la abogada Shirin Ebadi. En este país las organizaciones feministas laicas celebraban el 8 de marzo desde 1920; ha sido uno de los primeros países del mundo con mujeres en el Gobierno: la doctora Farokru Parsa se convirtió en ministra de Enseñanza en 1964 y Mahnaz Afkhami dirigió en 1973 el Ministerio de Asuntos de la Mujer cuando la mayoría de los países europeos no habían asignado un ministerio para paliar las desigualdades de género. Es por ello por lo que la presión social y feminista lograron que la RII entregara en 1997 la vicepresidencia del Gobierno reformista de Mohamad Jatami a la doctora Masoumeh Ebtekar. Por cierto, hoy no hay ninguna mujer en el Gobierno.

Este historial de la teocracia chií es el motivo de que en las elecciones parlamentarias, municipales y presidenciales, las mujeres iraníes estén muy por encima de sus hermanas en Arabia Saudí, pues, las iraníes pueden votar desde 1964 y las saudíes han podido hacerlo, y sólo en las municipales, en diciembre de 2015.

Irán tiene auténticos movimientos sociales y populares que tratan de mejorar los derechos de las mujeres, como la campaña por un millón de firmas lanzada por mujeres juristas y periodistas que trataron de poner fin a la desigualdad que sufren desde las leyes islámicas (que las comparten el chiismo y el sunismo), a pesar de que sus promotoras, como la jurista Maryam Bidgoli, hayan desfilado por las prisiones del país. Las iraníes conducen automóviles, motocicletas, autobuses urbanos, son camioneras, participan en los campeonatos de *rallies*… Mientras contar con una selección femenina de fútbol en Arabia Saudí es un sueño; el equipo de fútbol sala femenino iraní ganó en 2016 el campeonato de Asia, tras vencer a Japón. Eso sí, la capitana de la selección, Niloofar Ardalan, no pudo participar en el campeonato asiático, que se celebraba en Malasia, porque su marido le prohibió abandonar el país. Las leyes de la RII no permiten que una mujer viaje fuera del país sin permiso de su marido como mandan las leyes islámicas que comparten con el reino suní de Arabia Saudí.

Irán cuenta con teatros, grupos de música, y una industria del cine capaz de resistir las primeras quemas de cines y los boicots al séptimo arte azuzados por el clero. Directores de cine como Sahid Sales, Kiarostami, Asghar Farhadi, Mayid Mayidi o las directoras Raksan Bani Etemad, Maniyeh Hekmat y Tahmineh Milani han gozado de éxitos mundiales, mientras en Arabia Saudí no existe ni un cine, y los interesados con posibilidades deben viajar a los países vecinos para disfrutar de la gran pantalla.

No sólo la realidad de las mujeres es un buen termómetro para medir el diferente grado de respeto a las libertades en Irán y Arabia Saudí. En el primer país los cristianos cuentan con unas 300 iglesias (eso sí, todas construidas antes de la RII) y existen decenas de lugares sagrados judíos, mientras que el RAS se limita a construir mezquitas en todos los países del mundo, incluidos en los cristianos, a pesar de que no autoriza levantar ningún templo para decenas de miles de inmigrantes cristianos e hindúes que viven y trabajan en el país.



Una sinagoga en Teherán[7].

En 2015, la RII nombraba por primera vez a un kurdo suní, Saleh Adebi, como embajador de Irán en Vietnam y Camboya. Aquel año la revista *Forbes* situaba a Irán en el tercer lugar del mundo en cuanto al número de personas licenciadas en carreras de ingeniería, después de EEUU y Rusia[8]. Incluso, y a pesar de las normas islámicas en contra de la «fornicación prematrimonial», miles de parejas iraníes viven juntas sin casarse legalmente (lo denominan «matrimonios blancos»), poniendo en jaque a las autoridades. En Irán no se oyen la llamadas a la oración por las calles y las actividades públicas no se paralizan por el rezo, mientras que la mirada estricta de los guardianes de la moral saudíes obligan que hasta las tiendas cierren durante las pausas para la oración. Incluso los fundamentalistas iraníes, por pertenecer y moverse en una sociedad más desarrollada, son menos integristas que sus homólogos saudíes.

A la teocracia saudí le resultará más difícil luchar contra el chiismo iraní que desmantelar el nacionalismo árabe o atacar el socialismo. No pueden usar los versículos del Corán para deslegitimar a los dirigentes chiíes de Irán. Esto desafiaría directamente la identidad de la base del Estado saudí y la familia gobernante, Al Saud. La ofensiva de los Saud es contra un Irán que es en estos momentos valedor del chiismo, pues se trata de la misma monarquía suní que en los años sesenta y setenta, en sus ayudas «humanitarias» a los damnificados palestinos y libaneses por las agresiones israelíes, no distinguía entre chiíes y suníes de aquellos pueblos.

Tanto Riad como Teherán utilizarán la religión para restar credibilidad al otro: Irán acusará a Al Saud de no ser digno de proteger los lugares sagrados de la tierra de Mahoma.

Para contener a los dirigentes de Irán y el impacto social de su revolución, Arabia Saudí contará con la complicidad de otras monarquías árabes, así como de Israel y los países occidentales. Con ese fin, crea el Concejo de Cooperación del Golfo (CCG) como sistema de seguridad, que desde 1981 sustituye al pacto militar CENTO, sucursal de la OTAN en la zona y disuelta en 1980 tras la caída del sah.

En 1980, Sadam Husein brindó a los países suníes de la zona una oportunidad de oro para destruir la RII. Arabia Saudí invitó al caudillo iraquí a visitar Riad en agosto de 1980, un mes antes de su invasión a Irán, ofreciéndole miles de millones de dólares de ayuda para aquella locura bélica. Durante el conflicto, los jeques cortaron las relaciones diplomáticas con Teherán, apoyaron a Iraq y consolidaron el CCG. En un intento de definir sus propias esferas de interés, la CCG albergará en sus territorios varias bases militares, miles de soldados de la OTAN y también, desde 2012, a las Fuerzas de Reacción Rápida.

Durante aquella guerra, que empezó en 1980 y terminó ocho años después, Riad y Teherán tendrán por primera vez un enfrentamiento bélico directo. Sucederá en 1987, cuando Irán bombardee los barcos petroleros del RAS en el golfo Pérsico. Como respuesta, los saudíes derribarán dos cazas iraníes y dispararán a 275 peregrinos iraníes en La Meca, matándolos por lanzar consignas contra la familia Al Saud en su propio suelo. La ceremonia de *hach* se polarizará desde entonces, hasta tal punto que en 2016 Irán se negó a enviar peregrinos a La Meca con las condiciones que imponía Riad,

a pesar de que, con ello, negaba el deber de los musulmanes practicantes de cumplir con una de sus obligaciones religiosas.

En 1990 Sadam decidió lanzar otra guerra, esta vez contra Kuwait (una monarquía suní aliada de Riad); los saudíes apoyarán a EEUU y a otra veintena de países más en su agresión militar contra Iraq y su líder.

Tras el fin de la guerra entre Iraq e Irán, la arraigada desconfianza entre Irán y Arabia Saudí impidió que fructificaran los intentos de distensión entre ambos países. El fallecimiento del ayatolá Jomeini en 1988 (al que sustituirá el ayatolá Ali Jamenei) y el peligro que representaba el aislamiento internacional para la propia existencia de la RII forzaron al nuevo equipo del poder en Irán a reducir la tensión con sus adversarios a nivel regional y mundial.

¡BUSH ENTREGA EL PODER SUNÍ EN IRAQ A LOS CHIÍES!

El derrocamiento del régimen del Partido Socialista Árabe Baaz en Iraq y del jefe de Estado del país, Sadam Husein (un suní secular), en marzo del 2003 por los EEUU de George W. Bush quizá sea uno de los errores más garrafales de Washington en la región, pero que entregara el poder a los partidos y las personalidades chiíes fue imperdonable para el mundo suní, además de para Israel. Ahmed Chalabi (1944-2015), un chii fundador del Congreso Nacional de Iraq y hombre de confianza de George Bush, fue acusado en 2012 por la inteligencia francesa de haber sido agente de Irán y de pasar información secreta y sensible de EEUU a la RII[9].



El líder del Consejo de la Revolución Islámica de Iraq, Abdulaziz al Hakim, con George Bush, 2006. EEUU derroca los gobiernos laicos en la región (Afganistán, Iraq o Libia) y entrega el poder a la extrema derecha islamista[10].

Riad, que ve caer la barrera que representaba Sadam a la influencia iraní en su frontera, acusará a Irán de haber anexionado la antigua Mesopotamia a su territorio. Su queja contará con el apoyo de los árabes, de Israel y Turquía que impedirán a toda costa que Bagdad («jardín de justicia» en persa) caiga bajo el control de Teherán. El rey Abdalah de Jordania acuñó la expresión «media luna chií», que incluye a Irán, Iraq, Siria, el sur del Líbano (véase mapa del epígrafe «Los objetivos de Arabia Saudí en su invasión de Yemen» en cap. VIII), como una línea de falla tectónica para describir este cambio de alianzas en el equilibrio de poder en el Medio Oriente. En realidad no existe tal alianza, tal como lo han demostrado las manifestaciones chiíes antiiraníes dirigidas por el clérigo chií Muqtada al Sader en mayo de 2016, que terminaron con la ocupación del Parlamento. La inestabilidad de Iraq, desde el 2003 hasta hoy, responde en parte a los

intentos de Israel, Arabia Saudí, Turquía, Irán y EEUU por controlar este estratégico país.

Sin embargo, este error estratégico de Bush no es la única razón de la disputa entre la RII y el RAS que aún hoy perdura. El programa nuclear de Irán primero y el levantamiento de las sanciones impuestas por la ONU y EEUU de julio de 2015 son clave para entender su enfrentamiento. A pesar de que en 1991, y con el fin de la guerra irano-iraquí, las relaciones diplomáticas entre ambos países se restablecieron, la noticia de que Irán estaba enriqueciendo uranio para preparar una bomba nuclear sacudió el mundo. El 14 de agosto de 2002 el disidente iraní Alireza Jafarzadeh, vinculado a la Organización de Muyahidines del Pueblo de Irán, de tendencia islámico-chií (patrocinada por algunos países árabes y EEUU) reveló la existencia de las instalaciones de enriquecimiento de uranio en Natanz, fuera del control del Organismo Internacional de Energía Atómica de la ONU.

La consecuente imposición de sanciones económicas contra Irán por parte de EEUU y la ONU para que Irán abandonara el programa nuclear fueron acompañadas por negociaciones secretas entre Washington y Teherán desde 2009, durante el Gobierno de Mahmud Ahmadineyad, presidente respaldado por el jefe de Estado, Ali Jamenei. Obviamente, tanto Israel como Arabia Saudí mostraron su descontento con el cambio de la política de EEUU, que transitó de bombardear Irán a alcanzar un acuerdo pacífico tras el cambio de la Administración de Bush a Barack Obama en 2008. Incluso intentaron sabotearlo por todos los medios a su alcance. La filtración de los documentos del Departamento de Estado norteamericano en 2010 demuestra esta confabulación. En ellos se citaba al hoy ministro de Exteriores, Adel al Jubeir, y ponía en boca del entonces rey Abdalah el deseo de «que [EEUU] cortase la cabeza de la serpiente» en referencia a Irán[11].

En marzo de 2014, el entonces presidente de EEUU, Barack Obama, viaja a Arabia Saudí para convencer a este aliado rebelde y desagradecido de que el acuerdo nuclear con Irán le beneficiaba. En la reunión con el rey Abdalah, boicoteada por el impertinente príncipe Bandar bin Sultan (jefe de la inteligencia saudí que lo acusa de traicionar a sus aliados árabes), Obama intentó suavizar las tensiones acumuladas entre ambos gobiernos subrayando los intereses estratégicos comunes, conseguidos por diferentes

tácticas. Los saudíes se quejan de que trata a sus aliados como «pañuelos de usar y tirar»: deja caer a Mubarak y a Bin Ali, apoya al egipcio Mohamad Morsi, líder de los Hermanos Musulmanes, se opone a la intervención militar saudí contra los manifestantes chiíes en Baréin, congela parte de la ayuda millonaria a los militares egipcios, no cumple con su promesa de atacar a Siria… y para colmo de males, se acerca a Irán, el *archienemigo* político-religioso de Riad. Además, al igual que Israel, los árabes temían que una vez que Washington y Teherán firmaran «el acuerdo del siglo», EEUU reduciría su presencia en la zona y permitiría a Teherán aumentar su poder militar y hegemónico.

La prioridad de la política exterior de Obama era impedir la proliferación nuclear y mantener a Israel como la única potencia nuclear de Oriente Próximo. Por otra parte, al *establishment* de EEUU le preocupa que los saudíes «vayan por libre» e intenten derrocar a Bashar al Asad (lo cual haría que Irán reanudara su programa nuclear), o que desestabilicen al Gobierno chií de Iraq a través del envío de miles de mercenarios integristas; todo ello pondría en peligro sus esfuerzos negociadores con Teherán.

Por si fuera poco, la propia Arabia se había encaprichado por tener una bomba nuclear en su casa. En 2009 la casa real saudí aprobó un decreto para poner en marcha el desarrollo de la energía atómica con la misma justificación que Irán: diversificar sus fuentes de energía. Dos años después, Riad –que no ha firmado el Protocolo Adicional del Tratado de No Proliferación Nuclear, que permite inspecciones a las centrales nucleares– anunció planes para la construcción de 16 reactores nucleares durante los próximos 20 años. Si Irán y otras decenas de países del mundo tienen derecho a tener industria nuclear y enriquecer el uranio, Riad también podía exigirlo.

La firma del acuerdo nuclear entre Irán y los cinco miembros del Consejo de Seguridad de la ONU, además de Alemania, realizada en junio de 2015, fue el último clavo a las esperanzas de los saudíes (e Israel) de una acción bélica de EEUU contra Irán. En Arabia Saudí crece el temor a que el levantamiento de las sanciones contra Irán permita a su competidor aumentar su poder económico y militar, y por ende, su capacidad de expansionar sus mercados y su influencia en colaboración con los grupos armados afines en la región.

Paralelamente, y a falta de infraestructuras nucleares, los saudíes se plantean utilizar las de su amigo del alma, Pakistán, con quien creó, financió y entrenó a los muyahidines afganos, talibanes y miembros de Al Qaeda (junto con EEUU) y de quienes han recibido miles de soldados mercenarios en sus operaciones encubiertas. Unos 30.000 militares pakistaníes llegaron a Arabia Saudí en 1979, durante la Revolución iraní, y otros tantos cruzaron la frontera cuando EEUU atacó a Iraq en 1991. Ahora Arabia Saudí estaría pidiéndole otros tantos miles (que sean suníes, por favor) para aumentar su poderío militar y Washington sospecha que Arabia Saudí financia la industria de armas nucleares pakistaníes bajo el pretexto de ayudar económicamente a Islamabad.

Uno de los principales motivos de la ingente cantidad de armas avanzadas que EEUU vierte en la zona es precisamente evitar que sus socios caigan en la tentación de querer conseguir armas en otros mercados. En 2013 exportó a Arabia Saudí , su primer cliente, artefactos bélicos por valor de 35.000 millones de dólares, mientras grandes sectores de los súbditos del reino (allí no existen ciudadanos) viven en la absoluta pobreza.

Arabia Saudí, a pesar de ser un aliado problemático, es primordial en el diseño estadounidense de Oriente Próximo porque hace de contrapeso a Irán, es suministrador de petróleo a Occidente y es capaz de llenar los mercados de petróleo cuando, por la agresión militar de EEUU a un productor de hidrocarburo como Iraq o Libia, la oferta se tambalea. Además, es el miembro más influyente de la Organización de Países Exportadores de Petróleo y cuenta con su cooperación y con la de mercenarios en Afganistán, Iraq, Chechenia, Kiev, Crimea y Sinkiang, entre otros espacios en conflicto. Por todos estos motivos EEUU prometió a los mandatarios saudíes un acuerdo firme con Irán y equipar a los rebeldes sirios, entre otras acciones encubiertas contra el gobierno de Bashar al Asad, sin descartar un ataque militar para desmontar el Estado sirio cuando convenga. Además se ha mostrado dispuesto a trasladar a Pakistán buena parte del equipamiento militar que posee en Afganistán para reforzar la seguridad de sus aliados, sin importarle el disgusto de la India. Para resultar aún más convincente, Washington insiste en que decenas de miles de efectivos militares de EEUU permanecerán en esta región, a pesar de que su mirada esté puesta en contener a China.

Si Arabia Saudí sigue desafiándolo, sobre todo en cuanto a las ambiciones nucleares, EEUU no dudaría en incluirle en la lista de países patrocinadores del terrorismo, y no sólo porque la mayoría de los supuestos participantes en los atentados del 11-S eran de este país, sino por sus fechorías en Sudán, Somalia, Libia y Yemen, así como en las mezquitas y madrasas en Occidente. En vez de apuntalar el destartalado totalitarismo político-religioso saudí, Washington guarda su carta de poder lanzar una campaña mundial a favor de los derechos de las mujeres, las minorías religiosas y étnicas, en contra de las decapitaciones y lapidaciones de las personas acusadas de brujería, apostasía y homosexualidad, y mostraría por todas las televisiones del globo cómo antes de matar a los condenados les destrozan el cuerpo con 300 y hasta 1.000 latigazos.

CHIÍES DE ARABIA SAUDÍ: EL ENEMIGO EN CASA

El 2 enero de 2016, con medio mundo cegado aún por las luces navideñas, el régimen de Arabia Saudí cometía dos horrendos crímenes: ejecutaba a 46 opositores y ponía fin a la tregua humanitaria en la silenciada guerra contra Yemen, que ha dejado cientos de miles de víctimas. Como en el mundo de los muertos también hay categorías, de entre las personas asesinadas sólo se destacó el nombre del ayatolá Nimr al Nimr, predicador chií de escasa relevancia religiosa, que ni exigía democracia económica ni libertades políticas y personales y que, aun así, llevaba cuatro años en el corredor de la muerte. Su asesinato a manos de la teocracia totalitaria de Riad provocó masivas manifestaciones organizadas por la derecha chií en la misma Arabia Saudí y en Baréin, Kuwait, Líbano, Cachemira o Pakistán. En Irán, el asalto a sedes saudíes causó la ruptura diplomática de Riad con Teherán.

Estas iniciativas violentas tenían un valor poliédrico para la casa de Saud y sus objetivos eran en gran parte de carácter interno. Para empezar, pretendía reunir las facciones enfrentadas en el seno del poder en torno a la lucha contra dos enemigos en común: los chiíes en Irán. Según *The Independent,* los principales clérigos del país y la mayoría de los doce hermanos del rey Salman preparaban su derrocamiento para reemplazarle por su hermano pequeño Ahmed bin Abdulaziz, de setenta y tres años, hombre supuestamente moderno y místico. Acusan al rey y a su hijo

Mohamad, de treinta años y convertido en ministro de Defensa y adjunto al príncipe heredero Mohamad bin Nayef, de llevar a cabo una política exterior aventurera y peligrosa, y para ello señalan la desastrosa guerra contra Yemen, la muerte de unos 2.500 peregrinos en una estampida en La Meca en 2015 y la tensión en las fuerzas armadas del reino.

El rey saudí tiene más razones para llevar a cabo esta política exterior tan agresiva: permite consolidar los lazos con el clero antichií y las facciones duras del régimen y desmiente las habladurías que aseguran que, octogenario y enfermo, está incapacitado para llevar el timón del país. ¡Puede mandar a decapitar a medio centenar de personas en un día! Con la pedagogía del terror transmite un claro mensaje: matará a cualquier «opositor» que se le cruce en el camino, sobre todo a los disidentes suníes, que eran, al parecer, la mayoría de los ejecutados.

El clan Saud se enfrenta a tres amenazas procedentes de estos adversarios políticos: por un lado están los extremistas suníes que le acusan de ser poco islámico y permitir, por ejemplo, piscinas mixtas en la base militar de EEUU, en las tierras sagradas del islam; otro grupo lo conforman los sectores liberales suníes, las mujeres feministas y jóvenes seculares como el bloguero Raif Badawi o el poeta palestino Ashraf Fayad, acusados de apostasía; el tercer frente lo encarnan los chiíes, considerados herejes, que buscan el estatus de minoría religiosa.

A ojos del Gobierno saudí, Irán es un «monstruo» útil que permite, incluso, acabar con los opositores laicos y suníes cuando, en realidad, este país carece de influencia sobre los chiíes yemeníes, saudíes o bareiníes. Aun así, la idea de ejecutar al ayatolá les sigue pareciendo una buena manera de evitar que se convierta en un héroe para los discriminados chiíes de Arabia Saudí, que componen el 15 por 100 de los 30 millones de habitantes. Para desgracia de los Al Saud, los chiíes habitan la Provincia Oriental, que alberga cerca del 80 por 100 del petróleo del país. No extraña que teman que el predicador chií se transforme en otro Hasan Nasralah, líder de Hezbolá, milicia libanesa aliada de Irán.

Más allá de estos beneficios de carácter interno, al agredir a Irán están provocando la reacción de la facción radical del poder persa, con ello pretenden facilitar ese aislamiento de Teherán en el escenario regional y mundial que tanto necesitan. Irán ya vende su petróleo y gas, y está recibiendo inversiones extranjeras y también los 100.000 millones de

dólares bloqueados en los bancos extranjeros, mientras Arabia Saudí sufre un déficit presupuestario de 87.000 millones de dólares y plantea vender Aramco, su empresa estatal de petróleo y gas. Según el FMI, el país árabe puede quedarse sin activos financieros en cinco años, salvo que el Gobierno frene drásticamente su gasto, incrementado por el *dumping* en el precio del petróleo y sus guerras en la región. La diplomacia de terciopelo del presidente iraní, Hasan Rohani, ha impedido que Riad pudiese sabotear el acuerdo nuclear con los 5+1 (EEUU, Rusia, China, Reino Unido, Francia y Alemania). En Irán, la facción extremista y belicista del poder que es contraria al acuerdo nuclear con las potencias mundiales, y muy aficionada a provocar «conmoción y pavor», mandó arrestar, el 13 de enero de 2016, a 10 marines de EEUU en aguas iraníes del golfo Pérsico. La rápida reacción de los gobiernos de Rohani y Obama salvó al planeta de un mal mayor.

Es evidente que las urgencias empujan a los Saud a tomar decisiones extremadamente peligrosas. Los saudíes creían que, abortando las Primaveras árabes en Egipto, Túnez, Yemen y Baréin, podrían crear un entorno favorable a sus intereses; por el contrario, ven cómo no han conseguido sus objetivos. Una guerra antichií en la región y en su propio país radicalizaría a los chiíes, que en su mayoría son leales al difunto ayatolá libanés Mahdi Samsedin y tienen un pacto con la casa de Saud de respeto mutuo. Para encabezar una «OTAN suní», Riad no dudaría en echar mano de la superioridad numérica de los suníes y del apoyo de Occidente.

Sin embargo, una guerra antiiraní sería una salida estéril, y no porque Irán sea una nación con Estado desde hace unos 4.000 años y Arabia Saudí un país recién formado gestionado por una familia que parece una compañía *familiar* de compraventa de armas y petróleo. Dentro del diseño de EEUU para un nuevo Oriente Próximo, se baraja romper Arabia Saudí, uniendo las provincias orientales de Arabia, donde viven sus chiíes, con Baréin que también tiene una población de mayoría chií y es la sede de la Quinta Flota de EEUU, y así acabar con un país que ha pasado de ser aliado a un obstáculo para Washington a la hora de llevar adelante su agenda.

Que este seísmo geopolítico entre Irán y Arabia Saudí tenga un disfraz religioso se debe al agotamiento de sus discursos políticos. Que la gran mayoría de las cerca de 350 personas que son ejecutadas al año en Irán sean chiíes deslegitima sus críticas a Riad por la ejecución del clérigo chií Nimr al Nimr. Lo mismo pasa en la Arabia Saudí suní, donde la gran mayoría de

los decapitados son de esta corriente del islam: ejecutan a sus adversrios y críticos, sean de la clase y del credo que sean.

Irán y Arabia Saudí son conscientes de los peligros apocalípticos de un enfrentamiento directo bélico, de ahí que hayan trasladado sus disputas a terceros países, lo cual no descarta que en cualquier momento, por accidente o de forma planeada, empiece la guerra entre los máximos representantes del chiismo y sunismo mundial, las dos grandes reservas de petróleo y por si fuera poco en la región más estratégica del planeta. La frágil estructura social y el sistema estatal de muchos países de la región, con las fuerzas de la derecha (además, fundamentalista) como protagonistas, aumentan los riesgos de nuevas e interminables guerras; un réquiem para la ONU y para otros inútiles organismos creados para resolver los conflictos por la vía diplomática.

Arabia Saudí, que nunca se fio de la Administración Obama, y vio fracasada su apuesta por la candidata Hillary Clinton con el triunfo de Donald Trump, en cuya campaña invirtió hasta 40 millones de dólares, seguirá su propia agenda de forma discreta, como lo hacen Israel y Turquía.

Este conflicto, en caso de intensificarse, imposibilitará el proceso de paz en Siria y militarizará a ambos países, aislará a Irán y dará mayor protagonismo de Arabia Saudí, aunque el principal ganador volverá a ser Israel: ¡cómo disfruta viendo que dos países «musulmanes» se destruyen mutuamente, ahorrándole trabajo!

[1] Acción de arrancarles la sotana y el turbante, con el fin de vejarles, y expulsarles de la casta sacerdotal.

[2] Disponible en [https://en.wikipedia.org/wiki/Women%27s_rights_move_ment_in_Iran].

[3] Disponible en [http://www.kingsaud.org/gallery/details/1012].

[4] «Significado de Estado y el Estado islámico para el ayatolá Jomeini», en persa. Portal Houzeh, de la Escuela Teológica chií, disponible en [http://www.hawzah.net/fa/Article/View/51877/], última consulta 4 de diciembre de 2016.

[5] «Alá es el Amigo de los que creen, los saca de las tinieblas a la luz. Los que no creen, en cambio, tienen como amigos a los *taguts,* que los sacan de la luz a las tinieblas. Esos morarán en el Fuego eternamente» (Corán, 2:257).

[6] Diario oficial *Qudsonline* del 1 de marzo de 2016, disponible en [http://qudsonline.ir/news/358472/], última consulta: 4 de diciembre de 2016.

[7] La vida de los judíos de Irán, disponible en [http://www.shalomjerusalen.com/2017/02/la-vida-de-los-judios-de-iran-asi.html].

[8] N. McCarthy, «The Countries With The Most Engineering Graduates», *Forbes,* 9 de junio de 2015, disponible en [www.forbes.com/sites/niallmccarthy/2015/06/09/the-countries-with-the-most-engineering-graduates-infographic].

[9] J. Risen y D. Johnstonjune, «Chalabi Reportedly Told Iran That U.S. Had Code», *The New York Times,* 2 de junio de 2004, disponible en [http://www.nytimes.com/2004/06/02/world/the-reach-of-war-the-offense-chalabi-reportedly-told-iran-that-us-had-code.html?_r= 2, 2004].

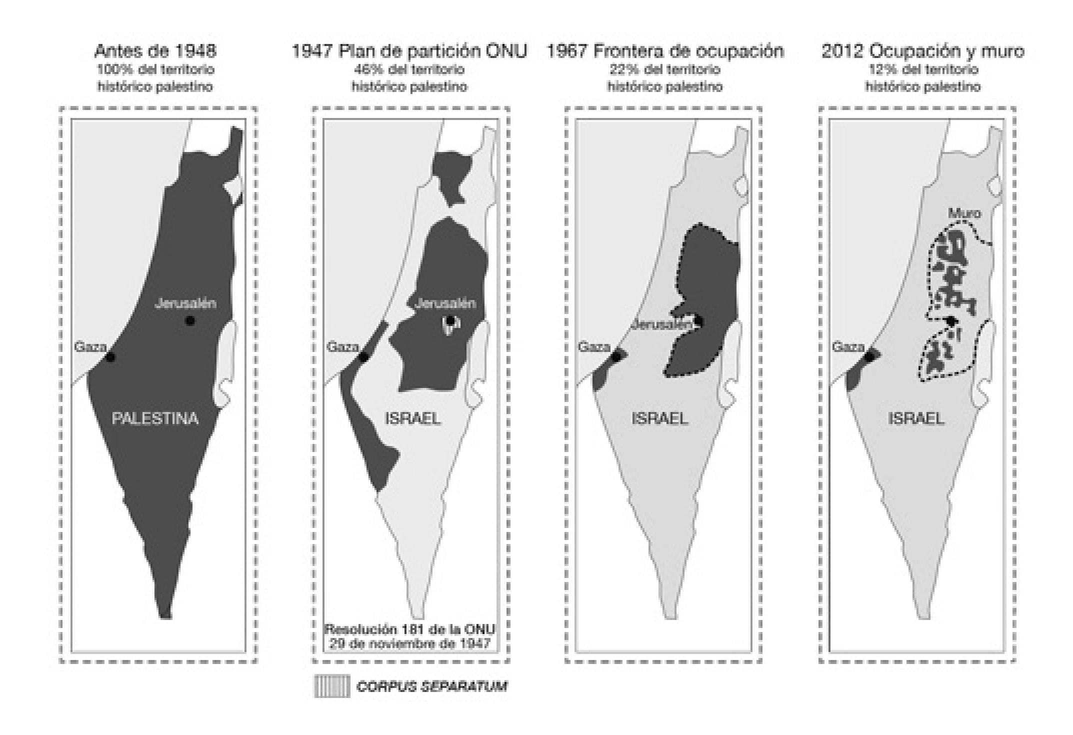
[10] Disponible en [http://s1.zetaboards.com/anthroscape/search/?c=3&mid=86401&month=3&year=2009].

[11] Á. Espinosa, «WikiLeaks desnuda Arabia Saudí», *El País,* 28 de junio de 2015, disponible en [http://internacional.elpais.com/internacional/2015/06/27/actualidad/1435409100_791561.html].

V

PALESTINA: AQUÍ EMPIEZA LA GUERRA SUNÍ-CHIÍ

Aunque la gran mayoría de los palestinos son suníes, el número de chiíes ha ido creciendo desde la Revolución iraní de 1979, más bien por el activismo político que por convicciones religiosas; de hecho, la composición religiosa del pueblo palestino está marcada hoy por su lugar de residencia[1].



En Cisjordania, incluida Jerusalén Este, el 83 por 100 de los 2.731.052 habitantes es árabe-palestina. De ellos, el 98-99 por 100 son musulmanes predominantemente suníes (como los líderes de Fatah), mientras que el resto del porcentaje se reparte entre la población que se declara judía y la cristiana.

En Gaza, el 80-85 por 100 de los 1.816.379 habitantes son musulmanes (predominantemente suníes o aconfesionales), el 12-14 por 100 son judíos y el 1-2,5 por 100, cristianos. Desde el año 2007 Hamás (acrónimo de Harakat al Muqawama al Islamiya, que significa «Movimiento de Resistencia Islámico») controla este territorio, imponiendo en la zona un régimen teocrático suní.

Es importante incorporar en estos cálculos la diáspora palestina, pues son cerca de cinco millones de personas las que han tenido o han podido emigrar a partir de la ocupación de sus tierras por Israel en 1948 y las continuas e interminables guerras. Aunque en su mayoría pertenecen a la corriente suní del islam, hay miles de personas que practican otras confesiones religiosas, como los cerca de medio millón de palestinos cristianos instalados en Chile.

La notoria ausencia chií[2] tiene una explicación histórica. Tras la desintegración del Imperio otomano en 1918, Francia y Gran Bretaña, ganadores de la Primera Guerra Mundial, se reunieron en la Conferencia de San Remo en 1920 para repartirse las tierras conquistadas. Allí decidieron que el control de Siria y Líbano correspondería a los franceses mientras Palestina sería gobernada por el Imperio británico; tres años después, Londres confiere el Gobierno de Palestina a los franceses. En aquel momento existía en Palestina una población chií formada por unos 4.000 fieles que habitaban en un puñado de localidades (Tarbikha, Saliha, al Malikiya, Nabi Yusha, Qadas, Hunin y Abil al Qamh) y a esas tribus se les asigna la ciudadanía libanesa, no la palestina. La Era del Mandato colonialista duró 25 años, entre 1923 y 1948, y su final coincide con la Guerra árabe-israelí de 1948 y la posterior anexión de estas tierras a Israel. En ese nuevo contexto beligerante una parte de estos chiíes emigrará hacia otras ciudades del Líbano mientras que otra se dirigirá a Israel.

Esto explica que entre los musulmanes que viven en Israel exista una pequeña comunidad chií formada por unas 600 personas muy controladas por el Gobierno sionista. Las actividades «digitales» de los seguidores del imán Ali (como la página web de los chiíes de Abrar o la de los hijos de Husein) están prohibidas en Israel, del mismo modo que lo es el viaje de ciudadanos iraníes a Israel o la peregrinación de su población chií a los santuarios ubicados en Jerusalén. Obviamente el Mosad no piensa permitir que este pequeño grupo se convierta en la quinta columna de Irán, pues en

esta complejidad no se debe olvidar que la fecha del inicio de las recientes guerras interislámicas coincide con la instalación de la teocracia chií en Irán en 1979. Los conflictos islámico-judíos impelen, además, a que los pueblos no árabes del mundo musulmán se apunten a defender, activa o pasivamente, la causa del pueblo palestino.

EL ACTO INAUGURAL DE LA BATALLA CHIÍ-SUNÍ

Fuera de la República Islámica de Irán, la lucha por la liberación del pueblo palestino es un terreno en el que aparece el conflicto chií-suní en todo su esplendor.

Tras la instalación de la teocracia chií en Irán, su intervención y su influencia sobre el movimiento de liberación de Palestina y las relaciones de Teherán con el Gobierno palestino podrían dividirse en dos etapas bien distintas.



Arafat es el primer mandatario extranjero en visitar Irán, tras la instauración de la República Islámica. 22 de febrero del 1979[3].

Una primera, en la que se pretendía cumplir la utopía de recuperar las «tierras islámicas» del yugo de los usurpadores sionistas sin vincularlo con la lucha nacionalista del pueblo palestino.

Y una segunda etapa, cuyo objetivo es alcanzar una «profundidad estratégica», lo que implicaría mantener una periferia de seguridad en la frontera de Israel, desde Siria o el Líbano, que pudiera disuadir a Tel Aviv de la tentación de atacar a Irán. Es esta etapa la que hoy se mantiene en pie.

De este modo, la RII pasará de considerar la lucha palestina como una cuestión religioso-ideológica a considerarla un problema que afecta a su propia seguridad nacional, sin que por ello deje de agitar la bandera de solidaridad con Palestina.

Merece la pena desgranar este recorrido. Hasta el momento en el que Irán se convirtió en una república islámica chií, las batallas en el «área musulmana» de la región se consideraban luchas de liberación nacional abanderadas por distintos grupos étnicos o, simple y directamente, enfrentamientos entre diferentes Estados de Oriente Próximo y el Norte de África (OPNA) por la hegemonía regional, eso sí, con un fuerte tinte nacionalista-étnico en el que caben conceptos como «árabe-israelí» o «irano-árabe».

Al final de la década de los sesenta, decenas de jóvenes marxistas iraníes apasionados por la Revolución cubana, «socialistas» musulmanes y fundamentalistas acudieron al Líbano para instruirse en la guerra de guerrillas y también para apoyar la causa palestina contra los ocupantes israelíes. En aquellas fechas la única referencia representativa del pueblo palestino era la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Con la revolución democrática iraní que derroca al sah, principal aliado de Israel en la región y enemigo de Palestina, se despierta una gran esperanza en aquel pueblo sufrido y en quienes le apoyan. Esta ilusión política se intensificó con la toma del poder por los grupos islamistas en Teherán, aunque pronto se disipará, dando su lugar a una gran decepción.

Este desengaño tiene un recorrido muy preciso. Yaser Arafat fue el primer invitado extranjero en la RII. El 18 de febrero de 1979 el líder de la OLP

pisa Teherán encabezando una delegación de unos 60 miembros, tan sólo dos semanas después de que el ayatolá Jomeini regresara de París a Irán, disfrutando de la autorización del Gobierno de Valéry Giscard d'Estaing, que le ofrece residir en Neauphle le Château, un pueblecito cerca de París, desde donde se le autoriza difundir su programa de intenciones para Irán y luego trasladarle con Air France a Teherán, junto con el equipo de Gobierno, casi todos formados en Francia y EEUU, como el futuro mandatario de aquel estratégico país.

Arafat sería recibido con gran entusiasmo tanto por la población iraní como por el primer ministro, el islamista liberal Mahdi Bazargan, quien le entregaría las llaves de la antigua embajada de Israel, y pondría la placa que lleva el nombre «Palestina» a la calle de la sede diplomática.

A pesar de estos gestos y de la acogida popular, el líder palestino regresará a casa herido, aturdido, perplejo. Pues, el encuentro que él, un musulmán practicante aunque secular, había mantenido con el ayatolá Ruholah Jomeini había estado marcado por las duras críticas de este clérigo chií por la agenda nacionalista del líder laico palestino, su alianza con los comunistas, su distanciamiento del islam y las negociaciones con Israel. La propuesta que Jomeini lanzaba a Arafat para la liberación del pueblo palestino era seguir el ejemplo de su propio movimiento islamista, que, según él, fue el factor del derrocamiento del emperador el sah. Para el ayatolá iraní no existía más explicación del triunfo que la instalación de una teocracia islámica, y con esta mirada proponía a Arafat liderar un movimiento islamista contra Israel. ¿Y despreciar la fuerza de los comunistas, socialistas, liberales, laicos, ateos, judíos, cristianos y sobre todo las mujeres palestinas frente a un enemigo de la envergadura de Israel más todo Occidente y más la mayoría de los países árabes?

Arafat volvía a Palestina, pues, sin dar crédito a lo que había presenciado: cómo la extrema derecha religiosa estaba abortando el triunfo de la revolución democrática del pueblo iraní, echando a perder todas las ilusiones de los pueblos oprimidos de la región y sobre todo el suyo.

El ayatolá Jomeini le había propuesto alejarse del nacionalismo y seguir no sólo su ejemplo a la hora de levantar la bandera del islam en la lucha palestina, sino también su programa de instaurar una teocracia. Sin miramientos, le proponía que refundara la OLP, pues a su juicio estaba corrompida por la presencia de las fuerzas ateas y laicas. ¡Ningún general

ganaría así en una guerra con tales adversarios! ¿Por qué, en vez de sumar, tendría que dividir aún más a los palestinos de lo que ya lo estaban?

Arafat, líder de una complejísima lucha por la liberación de Palestina, rechazó las exigencias del clérigo y este decidió lanzar su plan de crear organizaciones islamistas afines en el Líbano para llevar adelante la estrategia de la RII de destruir Israel con los mismos métodos y los mismos objetivos que los primeros santos del chiismo solían usar para eliminar a los enemigos del islam: utilizando la fuerza de voluntad hasta alcanzar el martirio.

Jomeini creía vivir un milagro: la repetición de los años que gobernó Mahoma en Medina en el siglo VII. En su voluntad de resucitar un pasado que parecía glorioso, no dudó en tomar prestados viejos nombres, consignas de guerra, ropaje y viejos edictos para representar la nueva escena de la historia universal. Para el ayatolá, la liberación de los palestinos pasaba por Kerbala, localidad hoy en Iraq, donde en el año 680 el imán Husein, nieto de Mahoma, junto con menos de un centenar de hombres que formaban su tropa habían sido martirizados durante una batalla que perdió ante el ejército del califa suní Yazid I. Regresando al presente, Jomeini identificaba a Sadam Husein con el malvado Yazid, y a sí mismo como un enviado de Alá para vengar la muerte trágica de Husein y devolver a los musulmanes las tierras ocupadas por el pueblo judío, que había vuelto a traicionar a los musulmanes como lo hicieron al principio del islam y como afirmaban los relatos islámicos.

Con estos planteamientos el ayatolá confirmaba el presagio de Karl Marx en *El 18 brumario de Luis Bonaparte* de que «Los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen dos veces, una vez como tragedia y la otra como…». Aún estaba por verse el papel que iba a desempeñar él, el hombre que se hizo con el control de la última gran revolución del siglo XX, aunque, para empezar, estaba claro que desconocía los juegos internacionales y regionales y el laberinto de la lucha de los palestinos, quienes tenían que sortear el militarismo agresivo israelí que estaba apoyado por las grandes potencias de Occidente.

IRÁN Y PALESTINA: UNA ENEMISTAD MORTAL

Tan sólo dos semanas después de la invasión de Iraq a Irán en septiembre del 1980, Arafat viaja a Bagdad. Aunque no defiende esta agresión, los dirigentes de la RII toman su viaje como una demostración de apoyo al país árabe. Sería el clavo del ataúd de las relaciones entre la RII y la OLP.

Irán no invitaría a los líderes de OLP a las celebraciones del aniversario de la llegada de Jomeini al poder en 1984. Para los seguidores de Jomeini cualquier contacto de los palestinos con los israelíes sería considerado una alta traición a los valores del islam. Se trataba, aun así, de una política llena de gestos que pretendían camuflar otro tipo de decisiones. Pronto se sabrá que en aquel año, 1980, en el que seguía ondeando la bandera palestina en la antigua embajada de Israel en Teherán, los representantes de Irán, Israel y los del Partido Republicano estadounidense se reunían en París para negociar las condiciones de la «no» liberación de los 52 rehenes de la embajada de EEUU en Teherán. El objetivo era provocar el fracaso del demócrata Jimmy Carter en las elecciones a cambio de suministrar armas a Irán en su guerra contra Iraq. Así lo desveló en su momento el entonces oficial del Mosad, Ari Ben Menashe, que había asistido al encuentro.

En esta cita el sector jomeinista del chiismo iraní se posicionaría abiertamente por los republicanos de EEUU por dos motivos principales: uno, porque culpaba a los demócratas, concretamente a John F. Kenedy, de ser responsables de las reformas de 12 puntos que realizó el sah en 1961 bajo el nombre de *Enghelabe sefid* («Revolución Blanca», aquella que se diseñó para evitar una «roja»). En estas reformas se incluían dos que apuntaban directamente contra los intereses y el poder del clero: conceder el derecho al voto de las mujeres y la reforma agraria, que expropiaba o compraba las tierras *waghfi* (bajo el dominio del clero) para vendérselas a los campesinos aprovechando la recién llegada industria agrícola, algo parecido a las políticas de desamortización españolas del siglo XIX.

Además, Irán temía las políticas de «derechos humanos» de otro demócrata, Jimmy Carter. La casta clerical, hoy gobernante, recordaba cómo el presidente estadounidense había presionado al sah en 1976 para que abriera el espacio político a la prensa burguesa, que era crítica con el exceso del despotismo del monarca, para que liberara a algunos presos políticos y para que autorizara las actividades de algún partido político, aunque fuese «amarillo». El objetivo de estos gestos era maquillar la fachada del régimen. El sah los aceptó de muy mala gana, de hecho

propiciaron el inicio de la revolución que causó su derrocamiento, dejando una moraleja a sus futuros gobernantes: aflojar la represión sería el fin de una dictadura. Lo que en ese momento temía la RII era que aquella bandera de los «derechos humanos» entorpeciera el proyecto de instaurar una teocracia de corte medieval en un Irán que en principio iba a seguir siendo un aliado. De hecho, fue EEUU quien cortó sus relaciones diplomáticas con Irán cuando su embajada fue ocupada por los seguidores del ayatolá Jomeini ocho meses después de la revolución.

Por todo ello, para impedir un segundo mandato de Carter, el Irán de Jomeini aceptó la oferta del equipo electoral del republicano Ronald Reagan de seguir reteniendo a los rehenes de la embajada de EEUU en Teherán hasta después de las elecciones presidenciales del 1980 a cambio de armas. Tras 444 días de cautiverio y el mismo día del juramento de aquel actor de cine, los rehenes estadounidenses fueron devueltos a su país.

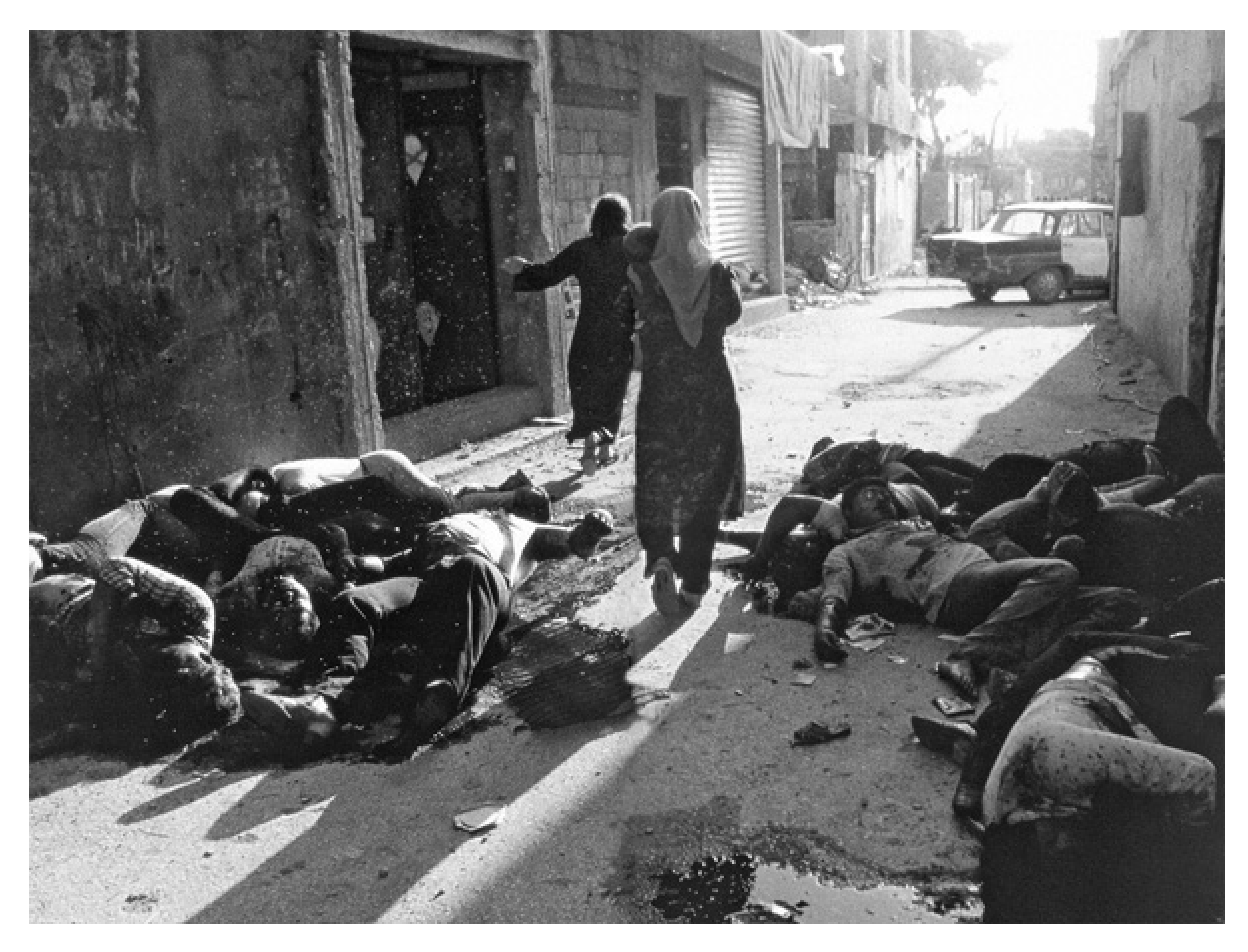
Es en medio de esta tensión en Irán cuando en el Líbano tiene lugar una de las páginas más estremecedoras de la historia de esta región: el 15 de septiembre de 1982 miles de civiles serán masacrados en el campo de refugiados palestinos de Sabra y en el barrio de Chatila. Un día antes, había muerto asesinado en un atentado perpetrado en la sede del Partido de las Falanges Libanesas el presidente de la república Bashir Gemayel (1947-1982) y jefe de los paramilitares de las Fuerzas Libanesas.

Aunque el supuesto autor, Habib Shartouni, era un cristiano maronita del Partido Social Nacionalista de Siria, las Fuerzas Libanesas y el ejército israelí dirigido por Ariel Sharon, ministro de Defensa, cerraron con sus tanques los accesos a los campos de refugiados y durante tres largos días masacraron con machetes, disparos y tanques a entre 1.800 y 3.500 niños, mujeres, hombres, jóvenes y ancianos. Mutilaron a los hombres y violaron a las mujeres, sin que nadie haya sido juzgado por aquella carnicería hasta hoy.

Es justamente el apodado «Carnicero de Sabra y Chatila», Ariel Sharon, quien junto con Ronald Reagan vendió en 1985 armas a Irán rompiendo la prohibición del Congreso de EEUU. Con esta operación conocida como *Irangate* el presidente de EEUU pretendía la liberación de los estadounidenses secuestrados en Líbano y un acercamiento a Irán. El anticomunismo de la RII y su enemistad con Iraq la convertían en un gran aliado, como señalaría un Ariel Sharon ya convertido en primer ministro,

consciente de que los intereses políticos y económicos están por encima de las ideologías y religiones. De hecho, en 1991, al cambiar el tablero con la caída de la URSS, la destrucción de Iraq y la presencia de la OTAN en el golfo Pérsico, Israel había cambiado de alianzas, acercándose a Arabia Saudí, Jordania y Egipto para luchar juntos contra el enemigo común, Irán, que estaba ampliando su influencia en la región.





Matanza de civiles en Sabra y Chatila[4].

Mientras tanto, Irán mantiene en pie su confrontación con Israel. El cierre de la embajada de Israel en Teherán se había convertido en uno de los primeros gestos identitarios de la RII. Para afirmar esta oposición recurrirá a la argumentación religiosa; el propio Corán, que refleja las batallas de Mahoma por la toma del poder en la península arábiga (con una importante población politeísta, animista, judía y cristiana), facilitaba el relato del rechazo hacia el pueblo judío como colectivo por su traición a Moisés y también a Mahoma en la sura 2:65. Además, la RII argumentaba otros motivos:

– Los estrechos lazos entre Israel y el régimen de Mohamad Reza Pahlevi, el sah.
– La usurpación de las tierras «islámicas» (que no «palestinas») por un pueblo y un régimen no islámico.

– La opresión y el drama del pueblo palestino causados por el régimen israelí. En este sentido, la idea político-religiosa integrada en el pensamiento de los nuevos líderes de Irán es eliminar a Israel como Estado, desligándola de la liberación de Palestina, pero tras el fracaso de Irán en la guerra contra Iraq, y visto el respaldo internacional del que goza Israel, Teherán abandonaría esta tesis aunque no dejará de utilizar esta idea de acabar con el Estado sionista en su propaganda política de consumo doméstico.

El distanciamiento de la RII de Palestina se convertirá en una profunda brecha cuando, en 1988, la OLP renuncie a la lucha armada, reconozca el derecho del Estado de Israel a existir e inicie un diálogo de paz mediado por Estados Unidos. Los mandatarios de Irán no podían comprender el valor de ese gran paso de la OLP y el logro que lo sustentaba: había reconstruido el tejido nacional palestino y fundado una «autoridad» reconocida por la comunidad internacional.

Los peores vaticinios de Arafat comenzarán a cumplirse. A partir de entonces, Teherán decidirá debilitar a la OLP y crear un movimiento islamista en Palestina capaz de llevar adelante su estrategia y sus tácticas. Una de las líneas a seguir será fortalecer a la organización religioso-política chií, Amal, acrónimo del árabe *Afuaj al Muqauama al Lubnania* («Soldados de la resistencia libanesa»), fundada en 1974 por el imán Musa Sadr, un clérigo iraní, enviado como «misionero» al Líbano, para organizar a los chiíes de aquel país. Otra de sus estrategias será introducir el factor religioso en la lucha del pueblo palestino contra Israel en el territorio libanés, con todas sus consecuencias. Por sus implicaciones sobre el Gobierno del Líbano, las desarrollaremos en el capítulo dedicado a este país.

HAMÁS Y LA RII: UNA ALIANZA SUNÍ-CHIÍ DE CONVENIENCIA

Antes de que en 2011, fecha en la que la organización suní Hamás, tentada por los petrodólares de Arabia Saudí y Qatar, abandonara su alianza con la RII, las relaciones que el chiismo gubernamental iraní había

establecido con una organización suní se presentaban como la muestra de que una alianza chií-suní era posible, aunque, a decir verdad, este tipo de tácticas entre adversarios es bastante común: el ejemplo es la diseñada por el régimen judío de Israel y el suní de Arabia Saudí contra el Irán chií.

Hamás, acrónimo del Movimiento de Resistencia Islámico en árabe, es una organización suní de derechas nacida en 1987 con el apoyo de los Hermanos Musulmanes y del jeque Ahmed Yasin con el objetivo de fundar un Estado islámico fundamentalista suní en Palestina. No son pocas las voces que ubican el nacimiento de Hamás en los sótanos oscuros del Mosad. Quienes defienden esta tesis indican que el objetivo de esta construcción era debilitar a Fatah y a la izquierda palestina, dividir el movimiento de liberación de este pueblo y reducir la lucha anticolonial contra Israel a un conflicto interreligioso[5]. La liberación del jeque Ahmed Yasin, líder del grupo, un año después de su detención en 1984 por Israel, se considera una confirmación de esta sospecha. Para empezar, porque el jeque había sido condenado a 12 años de prisión por tenencia de armas y además porque, a partir de ese momento, la organización que lideraba tomó como tarea principal la reislamización de Gaza, construyendo unas 600 mezquitas entre 1987 y 1992[6].

A Israel siempre le ha interesado que la lucha árabe centre su mirada en otro país «musulmán» en vez de apuntar al ocupante de las tierras palestinas; así han nacido diversos grupos religioso-políticos islámicos de origen oscuro en Yemen, Líbano, Siria, Libia… No extraña que en una entrevista realizada en 2012, Ami Ayalon, exdirector de la agencia de seguridad interna israelí Shin Bet, anunciara su idea de promover una «coalición suní dirigida por Turquía, Arabia Saudí y Egipto para atacar a los musulmanes chiíes de la región por estar siendo patrocinados por Irán»[7].

El mismo año en el que nace Hamás, 1987, se produce la Primera Intifada («levantar la cabeza», en árabe) palestina contra la ocupación israelí. La mecha se encendió con el asesinato de cuatro trabajadores palestinos por parte de militares israelíes. La brutalidad de la represión israelí ante la oleada de protesta, que causó la muerte de 164 palestinos y miles de heridos, indignó a los pueblos de la región y forzó a los líderes mundiales a convocar la Conferencia de Paz en Madrid en 1991, cuatro años después.

La batalla del pueblo palestino por crear su propio Estado había entrado en un espacio perverso en el que las intrigas estaban al orden del día dando lugar a situaciones insólitas. Por ejemplo, Irán había organizado una conferencia en apoyo a Palestina el año anterior, en 1990, en ausencia de Yaser Arafat pero con la presencia del líder de Hamás, Mousa abu Marzook. En este encuentro, el propio ayatolá Jamenei le ofrecerá apoyo militar y financiero. Tenía razones estratégicas: quería consolidar su influencia en las proximidades de Israel aunque fuese entre los grupos suníes, deseaba exportar los fundamentos de la teocracia chií y neutralizar los procesos de paz orquestadas por los estadounidenses en Oriente Medio. Al Gobierno iraní y a Hamás les unía un interés común: consideraban Israel como enemigo, se necesitaban mútuamente si querían ponerle un límite.

Sea como fuere, la realidad suele imponerse a los planes urdidos en los despachos. En aquella Conferencia de Paz la OLP y las fuerzas de izquierda palestinas perderán el apoyo de Sadam Husein (debilitado por la Guerra del Golfo), uno de sus principales valedores, lo que favorecerá precisamente que Hamás se convierta a ojos de Irán en la verdadera alternativa palestina. Cuando en 1993 Israel y la OLP firmen los Acuerdos de Oslo para ofrecer una solución permanente al conflicto palestino-israelí, Irán dará un pequeño giro en sus relaciones con la organización dirigida por Arafat. A partir de ese momento, Hamás y el Gobierno de la RII empezaron a establecer una relación digna de las mejores categorías de *realpolitik;* las necesidades mutuas, que en otro contexto serían consideradas *haram* («ilegítima», «prohibida», desde el punto de vista del islam), legitimaban la acción para ambas partes. Su relación es tan estrecha que Hamás abre una oficina en Teherán para trabajar junto con el Gobierno iraní sobre la «dimensión islámica» de la lucha palestina.

El sector pragmático-realista de la RII empezaba a darse cuenta de los juegos de equilibrio internacionales, y los reformistas habían conseguido llevar a la presidencia del país a Mohamad Jatami; la vanguardia progresista del pueblo palestino tendrá que aprender a encajar estos golpes y los líderes de Hamás tendrán que modificar su perfil. Todo el mundo mueve ficha. Si el ayatolá Jamenei había rechazado abiertamente cualquier tipo de negociación entre Palestina e Israel, el nuevo presidente decidiría no reconocer a Israel «moralmente y lógicamente», aunque aceptaba no interferir en el proceso de paz esgrimiendo el respeto a la voluntad de la

mayoría palestina a la hora de determinar su destino. Esta argumentación dejaba clara su oposición al reconocimiento del Estado israelí al tiempo que se desmarcaba de «la solución de dos Estados» para reducir el debate al principio del «derecho de un pueblo».



El ayatolá Jamenei, jefe de la República Islámica de Irán, con el primer ministro de Gaza y líder de la organización suní-árabe de Hamás, Ismail Haniya[8].

El asesinato de Isaac Rabin, primer ministro de Israel, en 1995 a manos de Yigal Amir, un estudiante judío ortodoxo, hacía evidente el protagonismo y la fuerza que van a cobrar los fundamentalismos religiosos de todos los colores en beneficio del capitalismo más bélico.

El juego de la RII es doble. No rompe con la OLP formalmente al tiempo que potencia sus relaciones con Hamás: en 1997 Arafat volverá a Irán invitado por el entonces presidente iraní, Mohamad Jatami, para participar en la Conferencia Islámica en Teherán. El objetivo de este encuentro era limar las diferencias con otros dirigentes de los países musulmanes. En 1998 el jeque Ahmed Yasin, un clérigo tetrapléjico y ciego, expresión viva de un movimiento en su decadencia –que moriría en 2004, al ser atacado por un helicóptero de combate israelí–, se encontrará con el líder supremo,

el ayatolá Ali Jamenei, y el presidente Mohamad Jatami, durante una visita a Teherán.

En ese momento la OLP estaba siendo castigada duramente por los países árabes a causa del apoyo de Arafat a Sadam Husein en la guerra que emprendió EEUU contra Iraq bajo el pretexto de la liberación de Kuwait de la agresión militar iraquí de 1991; las petromonarquías del golfo Pérsico cortaron las ayudas económicas, lo que dejó a la OLP en la ruina. Tanto la guerra entre Iraq e Irán como la Primera Guerra del Golfo fueron durísimos golpes para el movimiento por la liberación palestina. Mientras, Hamás contaba de nuevo con el apoyo financiero y militar sustancial de Irán, un poderío económico que le permitía negarse a trabajar con Fatah y otros partidos, con la intención de formar por su cuenta un Gobierno palestino en Cisjordania y Gaza.

Siguiendo con esta diplomacia a dos bandas, en septiembre del año 2000, durante la Segunda Intifada, Jatami decidirá apoyar a la OLP de Arafat. La razón es el colapso de las conversaciones de paz en Oriente Medio en Camp David y la visita de Ariel Sharon a la mezquita de Al Aqsa en Jerusalén –el lugar más sagrado en el islam después de la mezquita Al Haram de La Meca–. Se trata de la mezquita desde donde se cree que Mahoma ascendió a los cielos. En ese momento, la OLP coordinaba las acciones de diferentes grupos de resistencia, incluidos Hamás y Yihad Islámica, otro grupo fundamentalista de derechas suní palestino.

En 2001, Irán organiza una conferencia de apoyo a la Intifada palestina, invitando a los líderes de la Autoridad Nacional Palestina, de Hamás, Yihad Islámica y Hezbolá. Parece que, poco a poco, la conciencia de la necesidad de la unidad palestina cuaja entre los dirigentes islámicos de Irán, quienes seguían insistiendo en la vía militar como la única forma de derrotar el sionismo y de que los palestinos recuperasen sus tierras.

Los extremistas de la RII deshicieron los pocos logros de los reformistas. El nuevo presidente iraní será Mahmud Ahmadineyad, célebre por sus discursos comprometedores y provocativos antiisraelíes. En Oriente Medio todo el mundo sabe que estas posturas antiisraelíes, más que un verdadero apoyo a la causa palestina, son una táctica política. La «amenaza de Israel» tiene la misma función para Irán que la «amenaza de Irán» para Israel; además de servir a las políticas internas, representa una lucha por la hegemonía regional. Por otro lado, aquí todo el mundo practica la

realpolitik: Tel Aviv, intentando impedir la tentación de Obama de acercarse a Irán; Obama, a su vez, reconociendo que necesitaba la cooperación de Teherán para controlar Iraq y Afganistán e impedir además que se hiciera con la bomba atómica sin que esto supusiera coste alguno para EEUU… Sin embargo, cuando Ahmadineyad intente convencer a Washington de que es más rentable estar con Irán que con Israel, Ali Jamenei montará en cólera y le terminará prohibiendo que se acerque demasiado a los estadounidenses[9] sin su autorización.

En su sermón del viernes del 30 de octubre del 1998, Jamenei llamará a Arafat «traidor, además de tonto»[10], un trato sin precedente hacia los palestinos. Elegir esta cita como titular del diario reformista *Kordad* le costará a su director, Abdalah Noori, rendir cuentas ante los tribunales al año siguiente.

LA CAÍDA DE IRAQ CAMBIA EL DESTINO DE PALESTINA

En 2002 un comando israelí en el mar Rojo interceptaba en las aguas del mar Egeo el barco Karin-A, rumbo a Gaza, con un cargamento de armas que al parecer procedía de Irán. Arafat negó cualquier implicación, pues admitirlo supondría la violación de los acuerdos palestino-israelíes. En 2003 el presidente Jatami, dentro de las propuestas presentadas a EEUU para paralizar el programa nuclear, planteaba retirar su apoyo a los grupos afines árabes en la zona (lo cual significaba una «coexistencia pacífica» con Israel), a cambio de garantías de seguridad, una iniciativa que Bush desdeñó. Mientras tanto, EEUU, Gran Bretaña, España, Australia y Polonia organizaban la invasión a Iraq.

Asolar Iraq lograría el efecto devastador deseado por Israel sobre la causa palestina. Yaser Arafat tenía la esperanza de que Husein se convirtiera en el contrapeso de Israel en la región, por lo que defendió a Iraq durante la invasión liderada por Washington. Las consecuencias no se hicieron esperar: Israel impuso 40 días de toque de queda continuo en los territorios ocupados además de reprimir duramente las manifestaciones proiraquíes. Los países árabes suníes aliados de EEUU tampoco escatimaron esfuerzos a la hora de penalizar a la OLP y a la población: las petromonarquías del golfo Pérsico cortaron las ayudas económicas, dejando a la OLP aislada y

pobre, y expulsaron a miles de trabajadores palestinos fuera de sus fronteras. Las organizaciones islamistas apoyadas por los regímenes teocráticos chiíes y suníes veían el camino despejado.

El mundo árabe-musulmán quedó más dividido que nunca y la Primera Intifada se ahogaba en su propia sangre. La destrucción casi total de Iraq en 2003, tras la invasión militar de EEUU y sus aliados, no pudo ser más rentable para Israel. El primer ministro de Israel, Isaac Shamir, ignoró la resolución aprobada por el Consejo de Seguridad de la ONU el 21 de diciembre, que proponía la celebración de una conferencia de paz sobre Oriente Medio. Arafat se vio más obligado que nunca a entregar mayores concesiones y aceptar los Acuerdos de Oslo, e incluso tuvo que tragarse el proyecto israelí de acantonar Cisjordania… Una vez más, la creación de un Estado palestino tendría que esperar y, por lo que parecía, por un tiempo indefinido.

Israel sonreía; una vez que Iraq caía bajo el control total de EEUU, Tel Aviv podría acceder a las caudalosas aguas procedentes de los míticos ríos Tigris y Éufrates e incluso planear la reapertura del oleoducto que transportaba el petróleo iraquí al puerto israelí de Haifa, construido en 1945 y en desuso desde el estallido de la Primera Guerra árabe-israelí en 1948. El propio ministro de Obras Públicas israelí, Joseph Paritzky, no tuvo problemas en hacer sus cálculos en voz alta y reconocer que contaba con el beneficio económico de la instalación petrolífera, que «rebajaría drásticamente la factura energética de Israel, probablemente en más de un 25 por 100 –ya que el país es actualmente dependiente de caras importaciones desde Rusia–».

Tras la fundación de la Región Autónoma del Kurdistán en el norte de Iraq, las dos potencias sin petróleo de la región, Turquía e Israel, recibirán el petróleo iraquí entregado por los señores feudales kurdos, que sin rubor han cambiado la tutela de los árabes de Bagdad por la de EEUU e Israel. El golpe a dichas facciones del movimiento palestino se completa en 2004 con el fallecimiento o asesinato de Yaser Arafat, lo que coincide con el aumento de las ayudas financieras de la RII a Hamás. Un año después, Israel se retiraba de Gaza, dejando el espacio libre para el incremento de las actividades de un Hamás que gozaba de la inestimable ayuda financiera de Irán y los países árabes del golfo Pérsico, frente a la bancarrota de las arcas de la OLP.

En el año 2005 se hacía evidente que el antiisraelísmo de Ahmadineyad no procedía de un antisemitismo, sino que era una simple cortina de humo para cubrir los graves problemas internos de su Gobierno. Paralelamente, a las provocaciones de Israel y sus «guerras de bandera falsa» (que seguían asestando durísimos e irreversibles golpes al cuerpo y alma palestinos y a su lucha) se suma el avance de Hamás y su red de beneficencia. Hamas, suní, triunfará en las elecciones palestinas de 2006 gracias a la ayuda del Irán chií. En diciembre de aquel año, el primer ministro de esta organización, Ismail Haniya, visita Teherán, y recibirá un cheque de 250 millones de dólares extendido por el Gobierno iraní en concepto de ayuda al ala militar de Hamás, las Brigadas Ezeldin al Qassam. Aunque cuantiosa, esta ayuda no es nada comparada a las militares y económicas que recibe Israel de Europa y de EEUU en esas mismas fechas.

En 2007 Hamás expulsa a Fatah de la Franja de Gaza. Todo está a punto para una agresión militar estadounidense-israelí y sus aliados contra Irán, algo que hubiera tenido unas consecuencias nefastas e inimaginables. Las últimas declaraciones propagandísticas de Bush (sobre todo en su discurso sobre el estado de la nación) manifestaban que el mandatario yanqui había abandonado el imaginario enemigo de Al Qaeda para convertir a los chiíes, o sea a Irán, en el principal peligro para la humanidad entera. La toma de decisiones del Pentágono es múltiple: impulsa una incipiente guerra civil en el Líbano; instala los soldados de la OTAN en este país con el fin de debilitar a Hezbolá como aliado de Irán en la frontera de Israel; provoca un conflicto entre Hamás y Fatah en Palestina; aumenta el número de soldados de ocupación en Iraq y en Afganistán… y amenaza a Irán de forma directa. Su principal objetivo es indisponer a la opinión pública mundial contra Irán.

Los hechos subsiguientes encienden más y más el enfrentamiento entre Irán e Israel en detrimento del pueblo palestino. El asalto al consulado de Irán en el Kurdistán iraquí (un aliado de Israel) y la detención de sus funcionarios es sólo un paso al que se suma la filtración en el dominical británico *The Sunday Times* sobre los planes israelíes para lanzar un ataque nuclear contra unos 1.500 blancos militares y civiles iraníes. Este artículo hacía evidente que quien poseía bombas atómicas era Israel y no Irán, aunque el Organismo Internacional de la Energía Atómica las buscase en este último país. Hay más: la imposición de sanciones en contra del comercio iraní de materiales y tecnología nuclear por el Consejo de

Seguridad de la ONU; las órdenes de Bush para matar a los efectivos iraníes en Iraq al puro estilo de la mafia; sus proyectos para reducir el peso de los chiíes en el Gobierno iraquí en favor de los suníes; la aprobación por la Asamblea General de la ONU de una resolución que condena las negaciones del Holocausto…

A pesar de ello, Irán sorprenderá a Hamás y a Israel en 2008 tras el asalto de Israel a Gaza. Ambas partes estaban convencidas de que esta agresión produciría la inmediata y directa implicación de Irán en el conflicto, sin embargo la RII se limitó a apoyar «moralmente» a los palestinos. La tensa situación interna y las amenazas que recibía de EEUU y de los países árabes no le dejaban margen de maniobra. Por otro lado, el realismo político no sólo invitaba a Irán a ser cauteloso, también a Israel; lo que estaba en juego era su supervivencia como Estados y el afán de ambos en ostentar la hegemonía de uno de los enclaves más estratégicos del mundo. Su respuesta fue crear alianzas surrealistas: Israel apostará por un frente unido con los musulmanes árabes y no árabes (como con el Azerbaiyán chií, vecino de Irán y socio de la OTAN), mientras que Irán pactará con la Armenia cristiana y la Venezuela bolivariana.

Aquel mismo año, 2008, cambia el inquilino de la Casa Blanca: se instala en el despacho oval un hombre medio musulmán y medio negro, Barack Obama. Este perfil genera la falsa ilusión de un posible cambio en favor de los oprimidos del mundo; craso error, pues ignorar las enseñanzas de Marx –que defiende que lo que determina la actitud de un individuo es su pertenencia a una clase social por encima de sus identidades de raza, religión, sexo, género, etc.– tendrá un precio muy alto.

Mientras Obama aún gozaba del *glamour* del diferente, las relaciones de Irán y Hamás siguen su curso. En su visita a Teherán en febrero de 2009 su líder, Khaled Meshal, daba las gracias a la RII por su ayuda durante el conflicto, citando a Irán como un «socio en la victoria». La declaración cae como un jarro de agua fría entre la ciudadanía iraní, que se muestra descontenta por esos gestos «generosos» del Gobierno con «extraños y extranjeros» cuando cerca de la mitad de la población vive bajo el umbral de pobreza a pesar de que las arcas públicas hubieran ingresado unos 750.000 millones de dólares durante el mandadato de Ahmadineyad (2005-2013), y ello pese a las sanciones. El índice de pobreza había aumentado en cada año del Gobierno de Mahmud Ahmadineyad a un ritmo del 2 por 100

anual, alcanzando en 2013 al 32 por 100 de los 74 millones de iraníes, según datos del economista doctor Husein Zagfar. El 18 de septiembre de 2009, en la manifestación gubernamental organizada por el Día de Palestina, un centenar de manifestantes coreaban *«na Gaze, na Lobnan, yanam fadaye Iran»* («ni por Gaza, ni por Líbano, doy mi vida por Irán») [11][12], consignas repetidas en el partido de fútbol entre Irán y Líbano celebrado en el Estadio Azadi de Teherán[13].

LAS VELEIDADES ANTIISRAELÍES DE MAHMUD AHMADINEYAD

Durante el mandato de Mahmud Ahmadineyad (2005-2013), la defensa de la causa palestina y la reivindicación de la enemistad con Israel y los judíos se convirtieron en un discurso desorbitado. Ahmadineyad no tuvo ningún reparo en poner en duda el Holocausto, llegando el 11 de diciembre de 2006 a organizar un infame encuentro en Teherán para «comprobar si el Holocausto realmente tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial». Reunió a elementos de extrema derecha, nazis, veteranos racistas, líderes del Ku Klux Klan, entre otros, con los que comparte el deseo de exterminar a marxistas, homosexuales y, en general, a quienesquiera que cuestionaran su gobierno.



Ahmadineyad y David Duke, el exlíder de Ku Klux Klan, en Teherán, 2006[14].

Esta cita no sólo provocó protestas fuera del país, sino también en los círculos políticos más cercanos al presidente y en el seno de la fragmentada república islámica. La pregunta común de sus detractores era qué motivos tenía Ahmadineyad para despilfarrar tantos millones en hablar de algo que sucedió 60 años atrás y a miles de kilómetros de Irán. El ayatolá Mohamad Ali Abtahi, presidente del Instituto para el Diálogo Interreligioso se quejaba de que «no es justo que el mundo entero vea a los iraníes, un pueblo con tanta civilización a sus espaldas, sentado junto a fascistas», mientras decenas de políticos, intelectuales y periodistas como Farzad Bagherzadeh propusieron llevarle a los tribunales por «atentar contra la seguridad nacional del país», provocando a Israel.

Era evidente que su voluntad de demostrarse más papista que el papa sorprendía a los propios iraníes, aumentaba la presión sobre Irán e incomodaba a los palestinos. El Parlamento de Irán recordó a Ahmadineyad que él no era presidente de Palestina, sino de Irán, y que su trabajo era atender los problemas de los ciudadanos iraníes. Un rotativo estatal como el de *Jomhurie Eslami* le pidió que dejara de utilizar a Palestina para desviar

la atención sobre los verdaderos problemas de la población. Los dirigentes palestinos consideraban que sus declaraciones antisemitas les ponían en un aprieto ante una situación extremadamente delicada y peligrosa. La respuesta a estas críticas fue dando luz a las razones de fondo del presidente. Quizá la intención de Ahmadineyad no fuera otra que desenmascarar el doble rasero con el que los organismos internacionales miden los crímenes cometidos por parte de diferentes Estados, quizá le sirviera para posicionarse ante Israel sin que tuviera que encabezar abiertamente la causa palestina… pero el método, desde luego, no generaba los beneficios que él hubiera querido.

Es importante aclarar que el discurso antijudío nunca tuvo lugar en Irán ni en el resto de Oriente Medio. Las persecuciones puntuales que han sufrido los hebreos en esta región por parte de diferentes sistemas políticos no se han debido tanto a motivos religiosos como a cuestiones políticas, las mismas por las que se han perseguido y se persiguen a chiíes, suníes, comunistas, armenios o kurdos. También sería un error no descifrar la fijación de la RII por Israel en el marco de la disputa que libran Teherán y Tel Aviv por la hegemonía de Palestina, uno de los enclaves más estratégicos del mundo.

Los iraníes nunca han sido antisemitas. El contacto entre Irán y el pueblo judío se remonta al siglo VI a.C., cuando Ciro el Grande, tras conquistar Babilonia en 539 a.C., los libera del cautiverio, invitándolos a vivir en Irán. Es así como miles de judíos convierten Irán en su hogar, donde se les llamará *parsim* (en hebreo significa «persas»); esto explicaría que Ester («estrella» en persa) se convirtiera en la reina judía de Irán. Ciro luego promulgó un decreto por el que se autorizaba a los judíos exiliados a regresar a Jerusalén y reedificar sus templos, se les otorgaba total libertad a la hora de practicar su religión, de hablar su lengua y de mantener sus tradiciones. En los textos del Antiguo Testamento escritos por Isaías, el emperador persa se presenta como mesías mientras que Ester se muestra como la reina de una tierra en la que se constituyeron los 32 lugares sagrados de los judíos, entre ellos la tumba del profeta Daniel, situada en la vieja ciudad de Susa, en el sur de Irán. Estos lugares siguen siendo lugares de peregrinación para los judíos y musulmanes de la región. Los relatos bíblicos de Esdras, Ester, Nehemías y Daniel siguen la misma línea; no sólo

sitúan al pueblo judío en Persia, sino que testifican que Ester fue una reina judía que gobernó Irán.



Abdul Husein Sardari (segundo por la derecha), delante de la embajada parisina (1942)[15].

En la historia más reciente, durante el Holocausto, miles de judíos –entre ellos 871 niños polacos– fueron acogidos por Irán, al tiempo que sus embajadas en varios países europeos expedían pasaportes iraníes para los hebreos amenazados. Hubo también una *Lista del Schindler iraní.*

Abdul Husein Sardari (1895-1981) fue un diplomático iraní que puso su vida en riesgo para ayudar a los judíos iraníes que vivían en Francia a huir de los nazis. «Sardari utilizó su influencia y sus contactos alemanes para obtener dispensaciones para más de 2.000 judíos iraníes y posiblemente otros, argumentando que estos no tenían lazos sanguíneos con los judíos europeos». Sardari les conseguía a los judíos iraníes en Francia papeles falsos para que pudiesen abandonar el país[16].

Aunque durante el régimen de Mohamad Reza Pahlevi, el sah votó en contra del Plan de Partición de Palestina en la ONU, postulándose a favor de un Estado federal que integrara a palestinos y judíos, terminó reconociendo al Estado de Israel en 1950.

Mosadeq, posteriormente, suspendería las relaciones con Tel Aviv, pero el golpe de Estado de la CIA en 1953 contra aquel primer ministro, que implicó la vuelta del sah al poder, y el polarizado mundo de la Guerra Fría volverán a rediseñar las alianzas. El chovinismo de Reza Pahlevi, que se alimentaba de la añoranza de un pasado glorioso, su enemistad hacia los árabes, a quienes acusaba de haber puesto fin al Imperio persa tras invadir Irán en el siglo VII, y la arabización del problema palestino eran algunos de los factores que colocaban al monarca del lado de Israel, además de las presiones de EEUU.

De los alrededor de 100.000 hebreos censados en 1978, unos 70.000 abandonaron Irán tras la instauración de la república islámica, al igual que otros cinco millones de sus compatriotas no judíos, y de diferentes credos e ideologías. Aun así, cerca de 25.000 *parsims* permanecerán en tierras iraníes, convirtiendo a este país en el Estado con mayor número de miembros de esta comunidad en Medio Oriente después de Israel. Es significativo saber que existen 43 sinagogas en funcionamiento. Por lo que respecta a Israel, hoy viven allí cerca de 50.000 iraníes, en su mayoría judíos, entre ellos el expresidente Moshe Katsav, o el exministro de Defensa, Shaul Mofaz.

Irán e Israel, gobernados por la extrema derecha chií y judía, no hacen más que retroalimentar e institucionalizar su rechazo por encima de su historia, para garantizar su supervivencia.

Los supuestos alegatos antiisraelíes de Ahmadineyad beneficiaban obviamente a Israel. Sus discursos le sentaban de perlas a Benjamin Netanyahu quien, siendo consciente de que el apoyo del islamista a la causa palestina no era más que una táctica política, se sirvió de la «amenaza iraní» para continuar su política militarista en la zona y estrechar el cerco alrededor de Irán. Un diario hebreo animaba a los *parsims* a dar el voto a Ahmadineyad en las elecciones de junio de 2009 y Meir Dagan, el jefe del Mosad, decía que «Israel tendría un grave problema si Ahmadineyad perdiera en las elecciones»[17]… Mohsen Rezai, excomandante de los Guardianes Islámicos, le llamó públicamente «agente de Israel».

En 2010 Mahmud Abas plantea declarar de forma unilateral el Estado palestino. Incomprensiblemente, pedía permiso a EEUU, subestimando el impresionante apoyo que recibiría por parte de cientos de millones de personas y gran parte de los gobiernos del mundo. Con la legalidad avalada

por la resolución 181 de la ONU, con o sin el apoyo de las potencias, la Autoridad Nacional Palestina (ANP) podría proclamar el Estado palestino, aunque tuviera que izar su bandera en el único edificio en pie de sus tierras. De cómo desarrollar una táctica en circunstancias extremadamente complejas Vladímir Ilich Lenin sabía bastante. En marzo de 1918, el jefe del recién instaurado Estado socialista soviético firmaba el humillante armisticio de Brest-Litovsk con los Imperios alemán y otomano, renunciando a parte de los territorios ocupados por los germanos a cambio de sacar a su país de la Primera Guerra Mundial. «Si tuviera un ejército equiparable al de los alemanes, no lo haría», respondió a las duras críticas de la oposición y también de sus compañeros, quienes le acusaron de traición a la patria. Ponía así fin al sufrimiento de millones de personas exhaustas por una guerra imperialista y salvaba la primera república socialista de la historia, a pesar del alto coste. Aquel revolucionario y diplomático, estratega genial que adoptó una posición arriesgada y amarga basándose en un análisis científico, estaba convencido de que los alemanes perderían la guerra y aquel pacto se convertiría en papel mojado. Y así fue.

La contundente supremacía militar, política y diplomática de Israel por sí sola no explica la imposibilidad de la construcción de un Estado palestino, a pesar de que la ONU respalde su instauración desde 1947. Hoy, con los nuevos asentamientos judíos, a los palestinos sólo les queda una décima parte del territorio que iba a albergar su Estado. Hace una década sus dirigentes pedían el desmantelamiento de las colonias construidas en los territorios ocupados, y ahora, sólo su congelación. Marcar reivindicaciones maximalistas mientras se pierde lo poco que les queda, o esperar a que desaparezca Israel por su supuesta «inviabilidad», cuando es Palestina la que desaparece del mapa, únicamente prolonga el sufrimiento de sus gentes.

Aquel mismo año el presidente Mahmud Ahmadineyad volvía a oponerse a las conversaciones de paz palestino-israelíes. Tras afirmar que Mahmud Abas era un rehén de Israel, recibió una respuesta contundente de Nabil abu Rudeineh, portavoz de la Autoridad Palestina, acusándolo de ilegitimidad por haber «robado los votos del electorado iraní». El líder palestino hacía referencia a las elecciones disputadas en junio de 2009, durante las cuales millones de ciudadanos se manifestaron en las calles del país acusando a Jamenei y Ahmadineyad de fraude electoral en perjuicio del candidato Mir Husein Musavi, desde entonces en arresto domiciliario.

Meses después, en julio de 2010, el gobierno de Israel anunciaba la ampliación de las colonias en Jerusalén y Cisjordania como una respuesta al propósito del presidente Barack Obama de empezar las negociaciones con los palestinos y a su insistencia en la vía no militar para resolver el conflicto con Irán. Con esta decisión Tel Aviv rompía los acuerdos internacionales y hacía evidente su capacidad de tutear a Washington. Barack Obama encajó el golpe. En esos momentos intentaba poner fin a los estragos que sufría su país en Oriente Próximo, no quería marginar a Israel pero al mismo tiempo buscaba unas relaciones equilibradas con los países del entorno, un objetivo de vital importancia estratégica para EEUU. Apenas un año después las Primaveras árabes conmovían los países de Oriente Próximo y el norte de África.

HAMÁS SE ALEJA DE LOS CHIÍES SIN GANARSE A LOS SUNÍES

Las Primaveras de 2011 marcarán un nuevo cambio en las alianzas «chiíes-suníes» en lo que se refiere al futuro de Palestina. La caída del dictador semilaico Hosni Mubarak en Egipto y el secuestro de la revolución por parte de la organización de los fundamentalistas suníes Hermanos Musulmanes (HM), respaldada por EEUU, Qatar y Turquía, y detestados por el wahabismo de Arabia Saudí, crearon la falsa ilusión en Hamás de que Egipto podría respaldar la causa «islámica» palestina. Esta fue la razón por la que empezó a organizar un paulatino distanciamiento de los chiíes iraníes con el fin de encontrar su sitio en el bando «natural» suní-árabe que le correspondía. Hamás se equivocaba; los juegos estratégicos en esta región no son religiosos y la elite egipcia no iba a poner sus intereses en peligro por los desharrapados palestinos, con o sin Mubarak. Además, aquel mismo año la OTAN eliminaba a otro enemigo de Israel que respaldaba la causa palestina, Muamar al Gadafi, al tiempo que daba comienzo la guerra de Siria, otro bastión de la lucha palestina.

La relación entre Teherán y Hamás sufriría un nuevo revés ante el comienzo de la guerra en Siria. Los palestinos, independientemente de su afiliación religiosa, seguían dependiendo de las ayudas económicas de

Arabia Saudí y Qatar, de modo que, siguiendo la regla de «quien paga manda», se colocaron en el bando de las fuerzas anti-Asad, formado en su mayoría por rebeldes suníes vinculados con Turquía, los países árabes del golfo Pérsico, Israel y EEUU y sus socios europeos, mientras Irán, Rusia y el Hezbolá libanés decidieron defender al presidente sirio[18], impidiendo que este país se convirtiera en otro Iraq u otra Libia.

En 2012 el distanciamiento de Hamás con respecto a Irán es notorio. Las rivalidades regionales entre la RII y los árabes y turcos han abierto una brecha en el seno de cada uno de los diferentes grupos palestinos. Aun así, los posicionamientos de ambas partes no terminan de ser muy claros: si en febrero Ismail Haniya, líder de Hamás, viajaba a Teherán, lo que provocará el disgusto de Hamad bin Jalifa al Zani –el emir de Qatar, quien había prometido realizar una gran inversión en Gaza–, al mismo tiempo comenzaba a estrechar lazos con Arabia Saudí, sobre todo tras las derrotas de los Hermanos Musulmanes en Egipto y en Túnez.

Hamás tenía tres motivos principales para distanciarse de Irán: pretendía romper con su aislamiento en el mundo árabe; quería reparar su imagen de ser «la quinta columna de Irán», y apostaba por aprovechar las rivalidades irano-árabes para impulsar un apoyo financiero adicional.

Irán tampoco parecía querer aproximarse a la organización palestina, de hecho el 26 de agosto de 2012 Teherán humillará a Hamás ante la mirada internacional: invitará a la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y a Hamás a participar en la cumbre del Movimiento de Países No Alineados. Cuando Mahmud Abas amenaza con boicotear la cumbre en caso de que asistiese Ismail Haniya, el Gobierno de Irán elige a Abas. El líder de la ANP volverá a pisar Teherán un año después, ocasión en la que agradecerá el apoyo persa en la votación de la ONU que dio a Palestina el estatus de «Estado observador no miembro» de Naciones Unidas. En este encuentro Ali Jamenei volvió a destacar que Irán rechazaba la solución que plantea la creación de dos Estados, pues consideraba que la tierra palestina es indivisible e inseparable.

Es posible que el acuerdo nuclear firmado por la RII y los miembros del Consejo de Seguridad de la ONU (cuyos detalles siguen siendo secretos) hubiera influido en este giro de estrategia de Teherán respecto a Hamás. Quizá sus nuevos socios le hubieran exigido que dejase de financiar a los grupos palestinos y le prometieran que a cambio EEUU garantizaría la

seguridad nacional de Irán e impediría un ataque militar de Israel contra la RII. Rebajar el enfoque militar del conflicto en beneficio de un esfuerzo diplomático y político puede abrir otras puertas poco escrutadas.

A Hamás le esperaba una etapa más difícil de lo que imaginaba. En julio de 2014, bajo el pretexto del secuestro de tres jóvenes israelíes por Hamás, Israel lanza la Operación Margen Protector, contra Gaza, matando e hiriendo a miles de palestinos y destruyendo aún más aquel dolorido territorio. Según publicaba el diario israelí *Haaretz*[19], una semana antes de la desaparición de los tres jóvenes en Cisjordania el jefe del Mosad, Tamir Pardo, había pronosticado: «¿Qué pasaría si, dentro de una semana, fuesen secuestrados tres jóvenes de 14 años en una de las colonias?». ¿Insinuaba el diario hebreo que se trataba de una guerra de bandera falsa: llevada a cabo por los propios israelíes, culpando a otras entidades? ¿Que Netanyahu había utilizado los 18 días de sufrimiento de los familiares de los chicos dándoles esperanza de encontrarlos vivos a sabiendas de que estaban muertos, mientras detenía a cientos de activistas palestinos, mataba, mutilaba y dejaba sin hogar a miles de civiles inocentes?

A pesar de que Hamás comete asesinatos contra la población civil israelí, este crimen no lleva su marca; de hecho, los lanzamientos de cohetes se habían reducido a unos cinco por mes en 2013, cuando en 2007 eran cerca de 200. Junto con Fatah, Hamás estaba formando el Estado palestino y un hecho de tal calibre dañaría severamente su imagen ante los políticos occidentales que habían apoyado la fundación de dicho Estado. Aquel secuestro tenía la clara intención de desestabilizar precisamente esta salida.

La reconstrucción oficial de los hechos era bastante difícil de creer. Por lo visto, los tres jóvenes israelíes habían subido a un coche de matrícula palestina (¿o era israelí?) en Cisjordania, después pedirán ayuda a través del teléfono móvil pero, a pesar del protocolo de guerra contra el terror en un país en estado de alerta constante, nadie toma en serio su petición de socorro. Después de la detención (y seguramente de la tortura) de unos 600 palestinos «implicados» en ese hipotético secuestro, Israel seguía sin saber de los jóvenes. No descubriría el lugar en el que estaban enterrados hasta 18 días después. Tampoco explicaron por qué los secuestradores no pidieron un rescate (como sí hizo Hamás tras capturar al soldado Guilad Schalit en 2006 para liberarlo en 2011 a cambio de cerca de mil hombres, mujeres y niños palestinos detenidos por Israel), o por qué nadie reclamó la autoría del

crimen. 18 días fue tiempo más que suficiente para acosar a los palestinos, culpar a Hamás sin ninguna investigación, prueba o indicio, y lograr el apoyo de la opinión pública interna y mundial para hacer lo que había planeado con anterioridad.

La estrategia de Netanyahu era echar mano al Plan Dagan, elaborado por el general Meir Dagan, asesor de seguridad de Sharon en 2001, que prevé el uso de la muerte de civiles israelíes para justificar operaciones militares contra enemigos, y romper los Acuerdos de Olso, que se basaban en el reconocimiento mutuo de Israel y la OLP, siendo el mayor mal que ha caído sobre Israel. Su objetivo fue dirigido, mediante una vasta operación de creciente intensidad, hacia el aislamiento progresivo de la Autoridad Palestina tanto a nivel nacional como a nivel diplomático… Días después, el grupo terroristas suní llamado el Estado Islámico de Iraq y Levante (EIIL) reclamaba la autoría del secuestro. Según Edward Snowden, el exagente de la CIA, el EIIL fue fundado por el Mosad, EEUU y Reino Unido con el objetivo de crear un avispero que involucrase a los Estados musulmanes de la región, protegiendo a Israel[20].

«Netanyahu es un mentiroso», dijo una vez el expresidente francés Nicolas Sarkozy, harto de las artimañas y chantajes del político judío. Hasta ese momento los gobiernos israelíes habían atacado Gaza para conseguir más apoyo de los sectores belicistas en vísperas de elecciones, para preservar una coalición de Gobierno, para acallar las protestas internas, desviar la atención pública de un escándalo o entrenar a sus tropas en un campo de batalla real, pero con esta agresión Netanyahu buscaba unos objetivos muy concretos:

Limar las fricciones políticas en el seno de su régimen y presentarse como un hombre duro ante sus adversarios. Netanyahu había sido acusado por algunos socios del Gobierno (como el ultraderechista moldavo Avigdor Lieberman, exministro de Asuntos Exteriores) de fracasar en el intento de atacar a Irán o de impedir que el Estado palestino ganase legitimidad en la ONU. Lieberman había dimitido días antes de ese secuestro, el 6 de julio, por considerar un ataque blando a la lluvia de misiles y bombas que caían sobre la Franja de Gaza; con su dimisión, forzaba al primer ministro a lanzar la ofensiva terrestre a cambio de seguir dándole estabilidad a su Gobierno.

Impedir la formación de un Estado palestino. Debilitando la infraestructura de Hamás, dañando su credibilidad y provocando que surgieran nuevas brechas entre Fatah y Hamás, permitía acabar con la unión entre ambas formaciones. Lo que buscaba Tel Aviv era que la organización derechista islámica siguiera gestionando el gueto de Gaza pero de manera lo suficientemente débil como para que los grupos descontrolados tomaran protagonismo y esto le sirviera de pretexto para atacar a los palestinos cada dos por tres. El objetivo real de la agresión, pues, no es Hamás sino el pueblo palestino, como en su día hizo con el Líbano, Iraq, Sudán, Libia o Siria. Radicalizando a este grupo provocaba un conflicto interpalestino, que podría convertirse en un estado de guerra permanente en la zona.

Hacer pedagogía del terror, en este caso dirigida a Mahmud Abas, por atreverse a pedir el reconocimiento de su Estado en la ONU y acercarse a Hamás.

Apoderarse de los yacimientos de hidrocarburos en Palestina. En enero de aquel año, Mahmud Abas y Putin habían negociado la explotación del yacimiento del gas de las aguas de Gaza para poder exportarlo, a Israel incluido. Alrededor del 20 por 100 estaba en manos de Gazprom.

Librarse de la presión de Barack Obama y John Kerry, que le exigían esfuerzos en el proceso de paz con los palestinos, además de parar los nuevos asentamientos. Este ataque era un claro mensaje a Obama: sin el apoyo de EEUU, Israel es capaz de lanzar destructivas guerras sin que haya un Gobierno con agallas, ni en Occidente ni en Oriente, que vaya a impedírselo o ni tan siquiera a amonestarle.

Recibir más ayudas militares de sus socios occidentales. Sin ir más lejos, Obama añadió otros 500 millones de dólares a la partida de 30.000 millones prevista para el periodo 2009-2018, entre otras entregas militares.

Impedir que el Estado palestino se acercase a Moscú –como lo estaban haciendo Cuba y los países exsocialistas de Asia Central– en un momento en que su pueblo había sido casi abandonado por los países árabes, Turquía e Irán.

Exhibir su poderío en la región con la complicidad de Egipto, aprovechando la catastrófica situación en la que se encuentran Libia, Sudán, Siria e Iraq, que agonizaban como Estados y naciones, y Líbano, que no lograba formar un Gobierno de consenso; una situación que duró desde

mayo de 2014 hasta diciembre de 2016 mientras Hezbolá se entretenía en la lucha contra los terroristas en Siria.

Mientras tanto, el regreso de los pragmáticos al poder iraní en 2014, con Hasan Rohani como presidente, prometía que la relación de Irán con Palestina podía experimentar un cambio. La guerra en Siria había debilitado el frente de resistencia antiisraelí, compuesto por Irán, Siria, Hezbolá y Hamás.

El representante de la OLP, Ahmed Majdalani, se encontrará en Teherán con el ministro de Asuntos Exteriores iraní, Mohamad Javad Zarif, y propondrá la mejora de las relaciones bilaterales… El 24 de julio de 2015, el alto funcionario de Hamás, Mousa abu Marzook, confirmaba que la RII había dejado de prestar la mayor parte de su asistencia financiera al grupo[21]. En consecuencia, el 11 de marzo el Ministerio del Interior de Gaza cerraba la sociedad Al Bakyat Al Salehat, que recibía ayuda de Irán para atender a las familias de mártires, heridos, detenidos, pobres y huérfanos desde que fue abierta en 2004.

Hay una explicación: cuatro meses antes, en marzo, Hamás había hecho patentes sus vínculos con Arabia Saudí y Qatar al respaldar los bombardeos de Arabia Saudí sobre las posiciones de los chiíes de Yemen. Era una clara confrontación con Irán, que se oponía de forma contundente a dicha intervención. Unas semanas antes, en ese mismo mes de julio, los líderes de Hamás habían viajado a Riad, motivo suficiente para que Teherán cancelara una visita del grupo palestino que estaba planeada para el mes siguiente. Se hacía evidente que la organización palestina perdía el compás ante Irán y Arabia Saudí, países para los que Palestina siempre ha sido un terreno de juego donde combatir su hegemonía regional.

La elección de Hamás entre Irán o Arabia Saudí determinaba, además, su estrategia ante Israel: si con las ayudas de Teherán lograba fortalecer el ala militar de la organización política y la dimensión bélica de la causa contra los ocupantes israelíes, con el apoyo saudí paliaba la pobreza de los habitantes de Gaza. Hasta hoy, ni la lucha política ni la armada han servido para que los palestinos se acerquen al objetivo de tener su propio Estado.

En febrero de 2016, el embajador iraní en Beirut, Ali Mohamad Fatah, anunciaba que entregaría una asistencia económica de 7.000 dólares a cada familia de un *shahid* («mártir») de la Intifada, y 30.000 para cada familia cuya vivienda hubiera sido destruida por los israelíes debido a la

participación de uno de sus hijos en la Intifada. El anuncio provocó el enfado de la Autoridad Palestina pues lo consideraba un gesto paternalista, de desprecio e intervencionista de la RII hacia las organizaciones, por eso exigiría que las ayudas se cursaran por los canales representativos del pueblo palestino. Ninguna de las partes planteaba abiertamente que con palos y piedras se pudiera luchar contra un ejército como el israelí, poderoso y con armas como el fósforo blanco, los cazabombarderos F-15E o las bombas de dardos de acero. Mandar a matar y morir a niños y adolescentes en tales circunstancias no tiene ningún mérito.

El Parlamento de la república islámica cuenta con una comisión centrada en su relación exterior con Palestina. A pesar de que la RII no ha dejado de apoyar la causa palestina, no parece haber encontrado la estrategia que haga efectivo este posicionamiento. La razón está, precisamente, en que el chiismo iraní no ha logrado tener una presencia destacada entre los palestinos. Su incapacidad es comparable a la impotencia del conjunto de 1.200 millones de «musulmanes» del mundo y sus 52 Estados, que no parece que puedan hacer nada por sus hermanos y hermanas palestinos, ni tan siquiera presionar a un pequeño Estado judío de tan sólo 7 millones de habitantes para que cumpla con las leyes internacionales.

Es importante recordar que Israel ha sido el gran ganador de todas las guerras de la región y de los fracasos de las rebeliones populares conocidas como las «Primaveras árabes». En ellas Israel y EEUU aplicaron la política de «control de daños», canalizando las rebeliones espontáneas en Egipto y Túnez, conteniendo las de Iraq, Yemen, Arabia Saudí y Baréin, y asaltando con agresiones militares directas a Libia y Siria, acabando con los dos últimos Estados que eran la esperanza de los palestinos.

Avanza así la construcción de un nuevo Oriente Medio diseñado por el imperialismo estadounidense e Israel, edificado sobre los cuerpos calcinados de cientos de miles de personas, en el que un «Gran Israel» nacería si consigue hacerse con los territorios, el petróleo y el agua que pertenecen a sus vecinos.

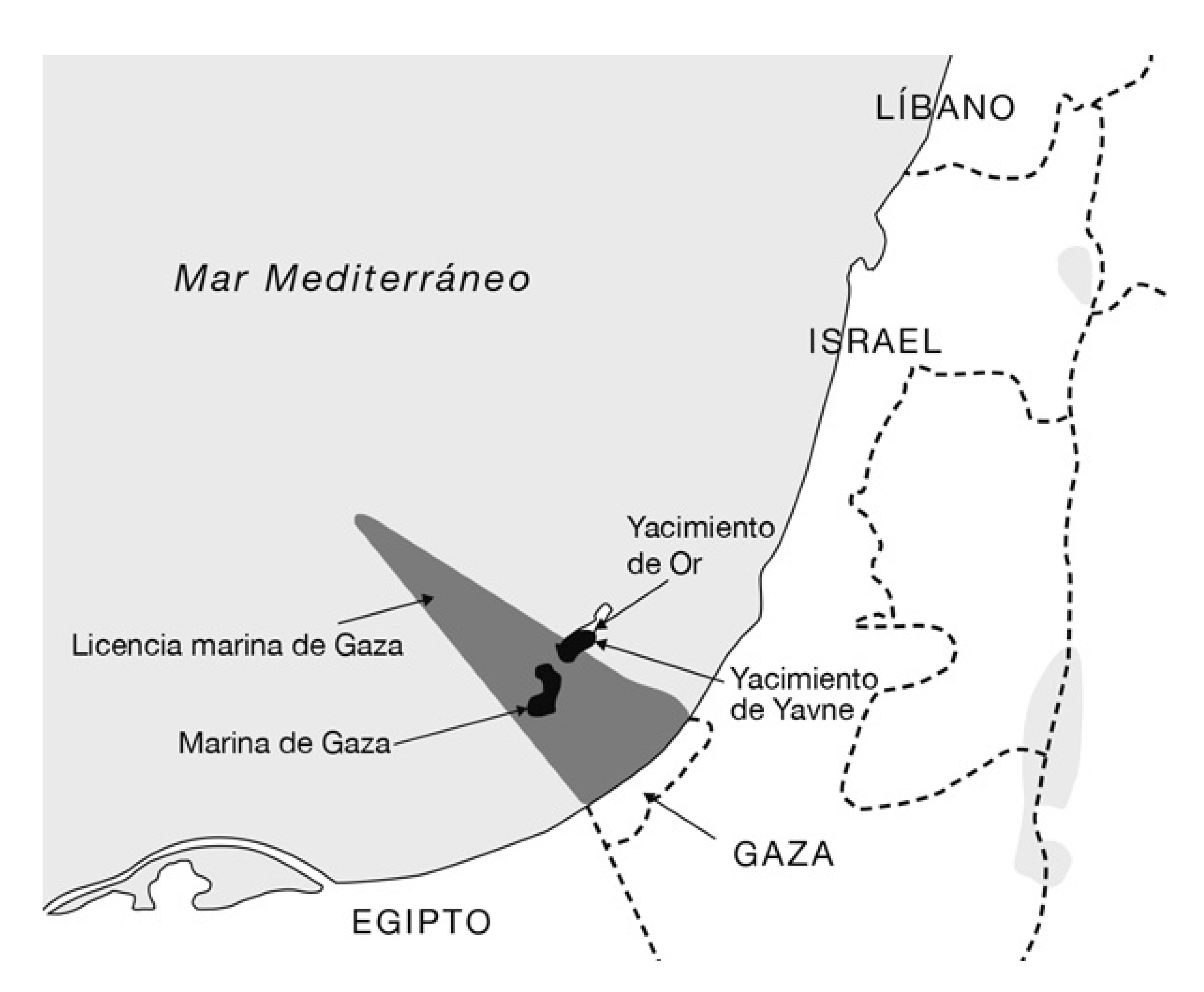
¡OH, SÍ, EL ORO NEGRO PALESTINO!

En 1999, año en el que la Franja de Gaza estaba bajo el control de la OLP dirigida por Yaser Arafat, se descubre que el suelo palestino guarda considerables bolsas de gas natural. Evidentemente, Israel las quiere. Poner fin a la inseguridad energética se había convertido para Israel en un asunto de seguridad nacional desde 1979, cuando la Revolución iraní puso fin al suministro del 60 por 100 del crudo que Israel recibía del Gobierno del sah. En 1982 la devolución de la península del Sinaí y sus campos petrolíferos a Egipto, que cubría el 20 por 100 de su consumo, volvió a hacer evidente su fragilidad energética. A partir de entonces Israel diseñó un ambicioso plan para diversificar la procedencia de sus importaciones, al tiempo que se puso a explorar los territorios bajo su control en busca de gas y petróleo. En 1990, gigantes petroleros como British Gas (BG Group) empezaron a trabajar en la zona y descubrieron grandes yacimientos de gas y algo de petróleo.

Hasta aquí todo bien si no hubiera surgido un problema para los israelíes: gran parte de aquellas reservas, unos 1.400 millones de pies cúbicos estimados, cuyo valor ascendía a 4.000 millones de dólares, estaban localizadas en la Franja de Gaza, y su soberanía, según las leyes internacionales, residía en la Autoridad Palestina, un Gobierno debilitado y acosado desde dentro por las fuerzas de la oposición y desde fuera por el Gobierno de Tel Aviv y sus aliados. En tal situación la ANP firmó un acuerdo en el año 2000 con British Gas para que, durante los siguientes 25 años, explorara sus costas mediterráneas. El pacto estipulaba que la firma británica se llevaría el 60 por 100 de los beneficios de la explotación, su socio greco-libanés Consolidated Contractors Company recibiría el 30 por 100, y el 10 por 100 restante quedaría en manos de los palestinos, sus verdaderos propietarios… y aún más: no recibirían directamente esos beneficios sino que el dinero se depositaría en una cuenta internacional.

No fueron los palestinos quienes no cumplieron ese precario y humillante acuerdo sino el Gobierno israelí, que exigía ser el único consumidor y dueño de aquella riqueza, al precio que fuera. Ariel Sharon se negaría rotundamente a comprar el gas palestino, paralizó los trabajos de BG y en su lugar facilitó la firma de un acuerdo entre la empresa israelí Merhav y la compañía petrolífera de Egipto para abastecer sus necesidades desde el delta de Nilo. Esta alternativa era un difícil negocio, tanto para el Gobierno de Hosni Mubarak (con la Intifada palestina de trasfondo, la opinión

pública de su país desaprobaba aquel trato) como para Israel, que recibía presiones sobre todo por parte del Gobierno británico de Tony Blair para que apoyara a BG y suspendiera sus acuerdos con El Cairo. Los egipcios tampoco escatimaron esfuerzos a la hora de cerrar los pozos de Gaza, porque no querían perder a Israel, uno de los principales clientes de su gas natural.



El gas del Mediterráneo que corresponde a Gaza, y se lo queda Israel[22].

Los planes de Israel para monopolizar el control sobre esos recursos entraron en una nueva fase cuando, en 2006, Hamás tomaba el poder en la Franja de Gaza. Tel Aviv ya podía respirar tranquilo, puesto que las leyes internacionales impedían que una empresa como BG firmara acuerdos con una organización considerada terrorista. Una vez que BG quedó apartada,

apareció en su lugar el consorcio israelí-estadounidense Yam Tethys, que extrae el gas de la costa meridional de Israel, y que llevaba esperando pacientemente el fin de las operaciones militares del ejército israelí para explotar o comprar las reservas de gas natural de Gaza, empapadas de sangre inocente.

Esta ansia de Israel por hacerse con pozos y rutas de tránsito del petróleo y gas ajenos explica la intervención y la presencia militar del régimen judío no sólo en Gaza, sino en cualquier zona de la región que desprenda el aroma del hidrocarburo. Esto explica sucesos sorprendentes, como fue ver en 2008 a cientos asesores militares de las empresas de seguridad israelíes al lado del ejército georgiano durante su ataque a Osetia del Sur. Aquel lugar era uno de los principales cruces de oleoductos y gasoductos estratégicos de los superpetroleros del crudo. Israel recibe la preciada energía a través del oleoducto que le conecta con Georgia, Azerbaiyán y Turquía –dos vecinos de Irán–, países a los que presta un generoso apoyo militar. La protección de la compleja red de tuberías que salen de las orillas del mar Caspio ha impuesto la militarización de su tránsito. Es interesante saber que la compañía Merhav es una de las firmas que están explotando el gas de Turkmenistán, país invadido por las multinacionales de gas, aprovechando la ocupación de Afganistán en 2001 por EEUU y sus aliados. Por supuesto, el pretexto para la invasión no fue el petróleo, sino ese producto siempre rentable llamado «Bin Laden y el terrorismo islámico».

Israel, además de consumidor de gas y petróleo, se ha convertido en un intermediario que transfiere esta mercancía a los países asiáticos, como por ejemplo a Japón, que a consecuencia de las sanciones del Consejo de Seguridad de la ONU a Irán, había bajado drásticamente su importación tradicional del petróleo de este país.

Con estos objetivos tan claros, Israel, que ha anunciado que nunca reconocerá un Estado palestino, considera que la única forma de mantener ocupados los territorios palestinos y preservarse como Estado rodeado de países hostiles es destruir aquellas potencias en la región que apoyen la causa palestina, además de eliminar a quienes cuestionen su expansionismo y rechacen su hegemonía en la región.

A pesar de la propaganda israelí, Gaza/Palestina no es Hamás, una organización de derechas religiosa, con grandes sombras y poca luz en sus acciones sociales y político-militares. Hombres y mujeres laicas, creyentes

de diferentes religiones, feministas o pacifistas forman parte de la resistencia palestina. Teniendo en cuenta los profundos cambios en la zona, esta «otra» Palestina trazará nuevas tácticas y estrategias para conseguir el objetivo final que es formar un Estado. Ante el arrollador poderío de Israel y sus socios occidentales, los palestinos no pueden lanzarse a batallas suicidas y emitir declaraciones pasionales propias de políticos aficionados como que «continuará su lucha hasta la última gota de sangre». Ya han entendido que, en ocasiones, habría que dar un paso atrás para luego dar dos hacia adelante.

Hamás no es Palestina y los conflictos de Oriente Próximo tampoco son de naturaleza «religiosa». No hace falta más que hacer un breve repaso a la historia de cómo se va construyendo la «imposibilidad palestina»: el desmoronamiento de la Unión Soviética en 1991, principal apoyo diplomático, político y financiero de las fuerzas progresistas palestinas.

La crítica situación de Irán, que se agrava con la presidencia de Donald Trump y su gabinete antiiraní, forzará a la teocracia chií a ser más cautelosa con la cuestión palestina. Incluso antes, en la era Obama, en 2014, el ayatolá Hasan Rohani presidente de la RII, intentó distender las relaciones con Israel enviando mensajes en *Twitter* a los judíos del mundo felicitándoles las fiestas judías del calendario, como fue la del año nuevo judío, deseando «que nuestras raíces comunes abrahámicas profundicen el respeto y traigan la paz y el entendimiento mutuo».

En diciembre de 2016, escasas semanas antes de abandonar la Casa Blanca Barack Obama, el único presidente de EEUU de las últimas décadas que no se hizo una foto junto a los líderes de Palestina e Israel, se convirtió en el único presidente estadounidense que no ha vetado en el Consejo de Seguridad de la ONU una resolución crítica con Israel. EEUU se abstenía en la resolución 2334 que exigía a Tel Aviv el fin de los asentamientos en Cisjordania y Jerusalén, así como la destrucción de las viviendas palestinas. La iniciativa fue presentada por Egipto, aunque había sido gestada por la Casa Blanca, como reflejaba la prensa israelí un mes antes. Si con ello Barack Obama pretendía, a estas alturas, colocarse en el *lado correcto de la historia,* y también salvar a Israel de sí mismo, fracasó en ambos objetivos. Esta resolución, que se niega a tomar medidas para forzar a Israel a cumplirla, que no hace ninguna referencia al cruel bloqueo a Gaza, ni

aborda el derecho de retorno de los refugiados, se convertirá en otro papel mojado.

Al principio de su mandato, Barack Obama mostró algo de simpatía hacia la causa palestina: eligió a Egipto, no a Israel, como el destino de su primer viaje al extranjero, donde reconoció «la intolerable situación del pueblo palestino». También intentó desligar la agenda política de EEUU para Oriente Próximo de los planes de Tel Aviv, pero ante los gritos de Netanyahu de «aquí mando yo», al final se rindió, convirtiéndose en el presidente de EEUU que más apoyo diplomático, económico y militar ha prestado al régimen israelí: vetó dos resoluciones en 2011 y 2013 que condenaban los asentamientos ilegales de Israel y se negó a reconocer el Estado palestino. Luego, sin rubor, respaldó la brutal agresión de Israel a Gaza en 2014 y firmó un paquete de ayuda militar a este país por valor de 40.000 millones de dólares (sacados del bolsillo de los estadounidenses), mientras presionaba a los palestinos para que se «portasen bien», tragando bombas, como condición previa para iniciar el proceso de paz. La cuestión palestina es otro de los grandes fracasos de Obama en su política exterior.

El provocador Donald Trump, que ha prometido «reducir la asistencia de EEUU a las Naciones Unidas» como castigo por esta resolución, comparte con Netanyahu la ideología racista: uno habla de la «supremacía blanca» (¡blanca estadounidense!) sobre el mundo y el otro, de la supremacía judía sobre los pueblos de Oriente Próximo. Entre las tareas de los cien primeros días en el cargo del presidente Trump está el traslado de la embajada de EEUU de Tel Aviv a Jerusalén. La gravedad de dicho plan es tal que Obama, en noviembre del 2016, renovó por otros seis meses la renuncia presidencial a mover la sede diplomática de Tel Aviv. Lo mismo hicieron Bush y Clinton. Sin duda, las discrepancias en el seno del poder en Washington sobre el papel de Israel en la zona es una de las principales barreras para la solución de la cuestión palestina.

Una relación asimétrica donde un pequeño país ha abusado de la superpotencia sin siquiera darle las gracias o mostrarle respeto, al menos en público. Israel está más interesado en la tierra, el agua y el petróleo de los vecinos que en la paz, y avanzará en sus planes de crear el «Gran Israel», ahora que la «cuestión palestina» no es prioridad para la ONU o para alguna potencia, y eso a pesar de que sus aliados temen *las imprudencias* de los mandatarios hebreos.

Esa derrota diplomática en el Consejo de Seguridad de la ONU de Israel no significa ninguna victoria para Palestina. La caída de la Unión Soviética primero y después la destrucción de Iraq, Libia, Siria y la soga al cuello de Irán, auspiciada por el acuerdo nuclear, han cambiado el equilibrio de fuerzas en la región en perjuicio del pueblo palestino. El proceso de paz está muerto y ya no sirven los mecanismos tradicionales de ejercer una presión tangible sobre Israel para que cumpla con la legalidad internacional. Difíciles tiempos para los palestinos que exigen nuevas e ingeniosas fórmulas para defender sus derechos.

[1] Véase [http://www.mapsofworld.com/palestine/information/population.html] y [https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/gz.html].

[2] Véanse los poblados chiíes en Palestina, disponible en [https://www.revolvy.com/main/index.php?s=Shia%20villages%20in%20Palestine].

[3] «Jomeini promete ayuda material a los palestinos», *El País,* 22 de febrero de 1979, disponible en [http://elpais.com/diario/1979/02/22/internacional/288486011_850215.html].

[4] Véase [http://english.ahram.org.eg/UI/Front/MultimediaInner.aspx?NewsContentID=91338&newsportalname=Multimedia].

[5] H. Zerouky, «Hamás fue creada por Israel», *Mundo Árabe,* 7 de agosto de 2008, disponible en [http://www.mundoarabe.org/]; también I. Tharoor, «Israel helped create Hamas», *The Washington Post,* 30 de julio de 2014, en [https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2014/07/30/how-israel-helped-create-hamas/?utm_term=.7f3b34d26fd0].

[6] H. Zerouky, «Hamás fue creada por Israel», *Mundo Árabe,* disponible en [http://www.mundoarabe.org/hamas_fue_creada_por_israel.htm].

[7] B. Martinez, «Former Israeli security chief called for “Sunni coalition” to assail Shias, Iran in 2012», *Medios no alineados,* 4 de abril de 2012, disponible en [http://nonalignedmedia.com/2015/04/former-israeli-security-chief-called-for-sunni-coalition-to-assail-shias-and-iran-in-2012/].

[8] Véase [https://ivarfjeld.com/2012/02/15/iran-to-hamas-keep-on-demanding-the-destruction-of-israel].

[9] El representante de Jamenei en el ejército de Guardianes Islámicos, Ali Saidi, cuerpo que defendió la candidatura de Ahamdineyad, aplastando las protestas ciudadanas del junio de 2009 por el fraude electoral, afrimaba que «nosotros no dominábamos las ciencias ocultas para conocer las intencioes de Ahamdineyad». Aunque, el mismo año fueron reveladas las conversaciones secretas entre Irán y EEUU en Omán para solucionar el conflicto nuclear que terminó con la firma del acuerdo de 2015. Véase [http://www.radiofarda.com/a/f4_saeedi_slam_ahmadinejad_revolutionary_guards/24746841.html].

[10] «Citas del ayatolá Jamenei sobre Yaser Arafat», en persa; véase [http://www.bbc.com/persian/iran/2013/07/130318_l17_archive_khamenei_arafat].

[11] *Diario persa de Aftab,* 9 de mayo de 2009, véase [http://aftabnews.ir/vdcdos0j.yt0jf6a22y.html].

[12] Véase [https://www.youtube.com/watch?v=5iW_glPRVqY].

[13] Véase [https://www.youtube.com/watch?v=zaqye-ybdjY], 10 de junio del 2010.

[14] Véase [https://www.algemeiner.com/2014/02/13/former-kkk-grand-wizard-david-duke-and-irans-press-tv-praise-presbytarian-church-usas-anti-israel-report/].

[15] Véase B. Wheeler, *BBC News,* Washington, marzo de 2012, disponible en [http://www.bbc.com/news/magazine-16190541].

[16] *Ibid.*

[17] M. K. Bhadrakumar, «"Colour" Revolution Fizzles in Iran», *Mainstream Weekly,* vol. XLVII, n.º 30, 11 de julio de 2009, disponible en [http://www.mainstreamweekly.net/article1502.html].

[18] Acerca de los motivos de la guerra siria y la alineación de sus actores, véase el capítulo IX.

[19] B. Ravid, «Mossad Chief's Chillingly Prescient Kidnap Prophecy», *Haaretz,* 15 de junio de 2014, disponible en [http://www.haaretz.com/israel-news/.premium-1.598751].

[20] «Nueva revelación de Snowden: el Mosad creó el Estado Islámico», *Actualidad de RT,* 17 de julio de 2014, disponible en [https://actualidad.rt.com/actualidad/view/134244-snowden-mosad-crear-estado-islamico].

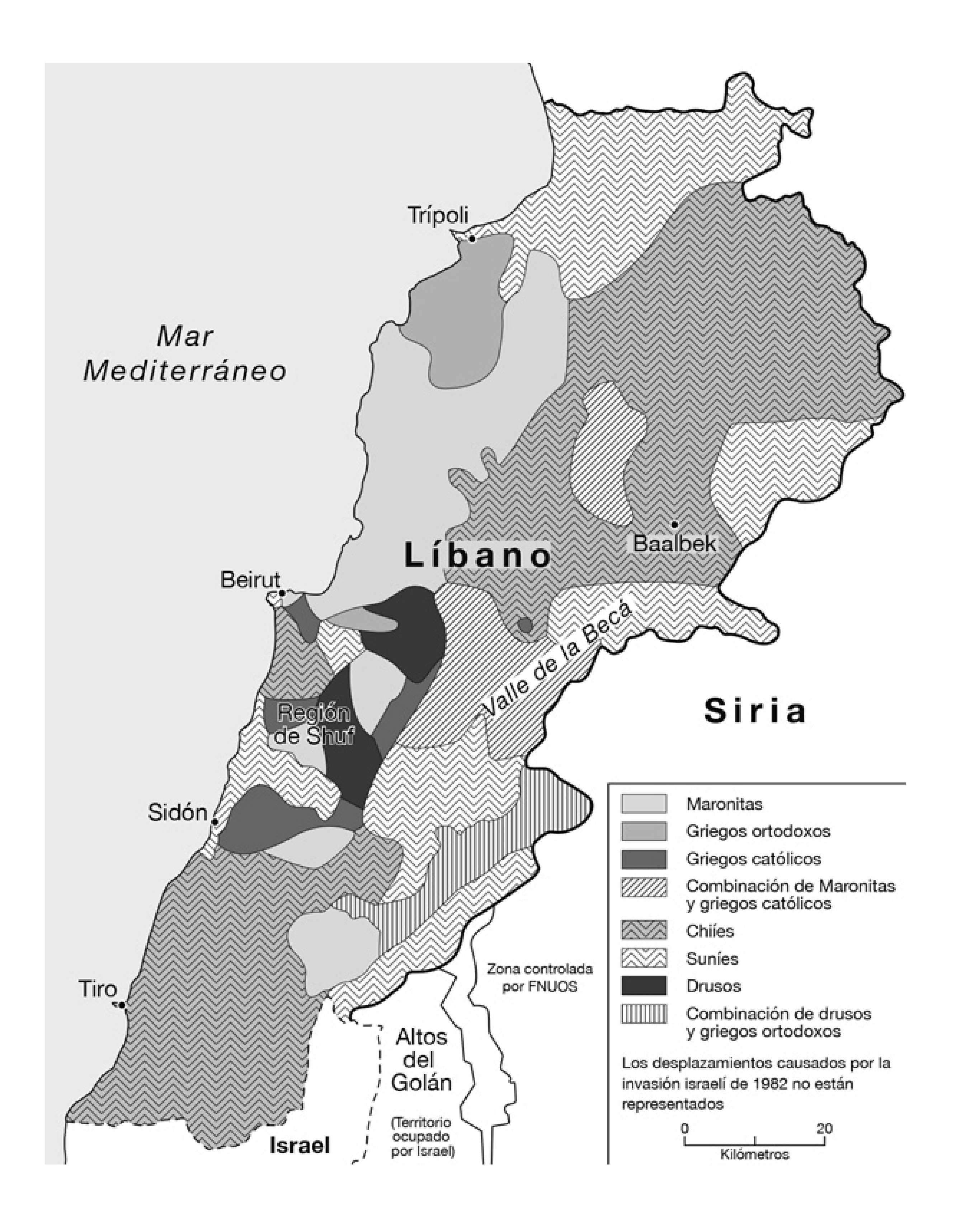
[21] «No more military assistance from Iran», 28 de julio de 2015, disponible en [http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-4684713,00.html].

[22] M. Chossudovsky, «War and Natural Gas: The Israeli Invasion and Gaza's Offshore Gas Fields», *Global Research,* 8 de enero de 2009, disponible en [http://www.globalresearch.ca/war-and-natural-gas-the-israeli-invasion-and-gaza-s-offshore-gas-fields/11680].

VI
LÍBANO: LABORATORIO DE LAS MILICIAS SUNÍES Y CHIÍES

Las estadísticas sobre la composición demográfica, étnica y religiosa de la República Libanesa, además de ser altamente cambiantes, no corresponden con la realidad porque las autoridades siguen utilizando el censo de 1932 realizado por los colonialistas franceses, que otorgaba mayor peso a los cristianos. La razón es que temen que una nueva contabilidad pueda afectar al reparto del poder, que se realiza en proporción del peso de las comunidades religiosas. La selección de los principales funcionarios políticos, así como en los más altos niveles dentro de la administración pública, se establece de acuerdo con esta proporción. De este modo, y desde hace casi cien años, el presidente siempre representaría al grupo religioso mayoritario (cristiano maronita), el primer ministro es suní y el presidente de la Cámara de Diputados, chií. Un nuevo censo desestabilizaría el orden institucional, de modo que han decidido congelar la realidad. Esto implica que las cifras oficiales procedan de fuentes extranjeras, cuya contabilidad no explican. Aun así, por intentar asomarnos a esta gran incógnita, nos hacemos eco de los datos recabados en diversas fuentes[1], que consideraban que vivían en el país unas 5.200.000 personas, entre las que se incluyen a 1,1 millones de sirios y 450.000 palestinos refugiados. La estimación de la CIA, a mediados de julio del 2016, otorgaba al Líbano una población de 6.200.000, posiblemente un aumento debido a la ola de refugiados sirios que llegan a esta tierra. A ellos se añaden varios millones de libaneses que viven en la diáspora, en Brasil, Argentina, Australia, Canadá, Colombia y Francia, entre otros países. Partiendo de esta interesada bruma de datos y de información, la composición étnica de la población libanesa estaría repartida así: un 70 por 100, árabe (de ella, un 9,5 por 100 de origen palestino); un 12 por 100, procedente de Armenia; un 7 por 100

de asirios y sirios, un 6 por 100 de kurdos y el resto, de judíos y otras minorías.



Distribución de los grupos religiosos.
Fuente: [http://www.worldstatesmen.org/Lebanon.htm].

En cuanto a la composición religiosa, la Constitución del país reconoce 18 comunidades religiosas y las distribuye así: el 56 por 100 de la población es musulmana, divididos casi por igual ente chiíes y suníes; el 40 por 100 es cristiana (la mayor proporción de cristianos en Oriente Próximo), repartida entre maronitas, ortodoxos griegos, católicos griegos, caldeos, coptos y asirios; un 6 por 100 es druso, que la ley incluye dentro de los musulmanes, aunque no lo sean ni se consideren como tales; el 10 por 100 restante se divide entre judíos, alavíes, bahaís, budistas, hinduistas y mormones.

La relevancia del Líbano estriba en su posición geopolítica, pues comparte fronteras con Israel, Siria y el mar Mediterráneo, de ahí que el peso político de la comunidad cristiana tenga un alto valor estratégico para las potencias extranjeras. Es precisamente esta condición geográfica la que ha sumido a su población en largas guerras, denominadas civiles para disimular el pulso entre las potencias regionales por hacerse con el control de la zona.

Lejos de estas manipulaciones e intereses, Líbano (que en semítico vendría a significar «tierra blanca») es un país heredero de los restos de una civilización de hace 7.000 años, una trayectoria que apenas nadie recuerda hoy. Su nombre ya aparecía en los textos de los mitos sumerios en el tercer milenio a.C. A lo largo de su historia ha sido ocupado por asirios, babilónicos, armenios, persas, macedonios, romanos, árabes, turcos, franceses, sirios… un complejo recorrido que da fe del atractivo que posee el lugar y que hoy se presenta como un simple conflicto étnico-religioso para disimular el pulso que mantienen Arabia Saudí, Qatar y Turquía (suníes), el Irán chií, el Israel judío y la Francia y los EEUU «cristianos». La constante injerencia extranjera en los asuntos del país y las agresiones militares consecuentes han conformado una realidad política tan dolorosa como falsa.

Para empezar, la composición étnico-religiosa del país de los cedros, árbol que cubría esta región en la época de los fenicios, no es la que se afirma oficialmente. En realidad, el número de cristianos parece que es casi el mismo que el de musulmanes chiíes y suníes, aunque las fuentes oficiales

sigan otorgándoles la posición mayoritaria –y por tanto las riendas del poder– a los cristianos maronitas. La Iglesia maronita fue fundada hacia finales del siglo IV por san Marón en Antioquía, ciudad que hoy forma parte de Turquía y que entonces había sido ocupada por los colonos griegos y contaba con una población siria. Los fieles de esta rama de la Iglesia católica oriental están vinculados con Roma, son de origen asirio y defienden que Cristo era a la vez Dios y hombre, creencia contraria a la de los musulmanes, ya que en su libro sagrado reconocen a Cristo sólo como un profeta más de Alá y consideran una grave blasfemia afirmar que el Creador invisible pudiera encarnarse.

El factor étnico-religioso lo distingue del resto de los países de la región; en manos de las potencias occidentales, la Iglesia maronita se convierte en una puerta de acceso al país y por ende a Oriente Próximo. Por lo que respecta al porcentaje musulmán, Líbano ha formado parte del Imperio otomano durante cuatro siglos; esto explica que la mayoría pertenezca a la rama suní del islam y que sea Turquía, heredera política y moral de aquel Imperio, quien mantenga la irresistible tentación de recuperar la antigua influencia en este país. Esta particularidad se debe al proceso de emancipación del Líbano, que nace como Estado tras un pacto secreto, firmado el 16 de mayo de 1916 por los colonialistas británicos y franceses, llamado Sykes-Picot. Lo que buscaban era repartirse los territorios del Imperio otomano como botín de guerra antes de ganar la contienda, es decir, antes de finalizar la Primera Guerra Mundial.

El diseño del Estado libanés por parte de los franceses era completamente distinto al de otras tierras que perdieron los otomanos. Para empezar, los libaneses no serán «ciudadanos» iguales ante la ley, sino que tendrían distintos derechos y obligaciones en función de sus fidelidades religiosas. Cada jefe religioso-tribal ocuparía aquellas instituciones del Estado que la ley le asignara dependiendo de su fe religiosa.

Técnicamente, el Líbano se constituye como Estado en 1943, después de haber sido protectorado francés durante 25 años. Tres años después, en 1946, estrenaba una Constitución colonial, que permitía que los altos cargos del Estado se repartieran entre los hombres pertenecientes a diferentes credos, en proporción a la población que representaban. Perversamente, las democracias que habían promovido esta Carta Magna desechaban dos de las principales conquistas de la propia Revolución francesa: la separación

de la religión del poder civil y el principio de igualdad de los ciudadanos ante la ley. Lo que no querían para ellos, lo imponían fuera. Líbano se sacó de la manga un modelo único de Estado, el «confesionalismo», que repartía el poder político en comunidades religiosas. La idea era reforzar la división otomana del poder entre confesiones con tintes de apariencia democrática. Sea como fuere, el resultado debía garantizar que el presidente fuera siempre un cristiano maronita, el responsable del Parlamento un musulmán chií y el puesto de primer ministro se reservara para los musulmanes suníes. El parlamento se compone de 128 escaños divididos al 50 por 100 entre cristianos y musulmanes, y de forma proporcional entre las comunidades religiosas minoritarias del país. Para que esto fuera formalmente posible obligaron a la población a apuntarse a uno de los 18 credos reconocidos, de modo que pudieran ser sometidos a los correspondientes tribunales, a las tradiciones y a las normas que habían sido redactadas hacía siglos.

Había una explicación para tanto despropósito: era la forma que se le ocurría a un Estado colonial para instalar una democracia controlada en las proximidades de la Unión Soviética. Por un lado se proporcionaba una Constitución, que daba una apariencia democrática al Gobierno, y por otro se subrayaba la afiliación religiosa de la ciudadanía al tiempo que se mantenía el sistema tribal-religioso como solución para mantener lejos a los «ateos comunistas». De este modo se generaba un Estado débil y manipulable, una sociedad predispuesta a caer en guerras «religiosas» y civiles; en definitiva, impedía la formación de una nación. Usar la religión para frenar el avance de las fuerzas progresistas de izquierda en todo Oriente Próximo y Norte de África y concretamente en las proximidades de la Unión Soviética será la vulgar y eficaz estrategia política que utilice Europa y EEUU para defender sus intereses estratégicos: consideran que quien controle el Líbano y Siria, controlará Palestina. No extraña que Líbano haya sido el centro del pulso entre los árabes e israelíes, el eje de la guerra interárabe, la guinda de la árabe-iraní y que a menudo su destino se defina por un conflicto interislámico protagonizado por chiíes y suníes.

LA UTILIDAD DE QUE TE LLAMEN CHIÍ SIN SERLO

De cómo dormir en un país y despertarse en otro saben mucho los libaneses, sobre todo los habitantes chiíes de siete pueblos: Qadas, Nabi Yusha, al Malikiya, Hunin, Tarbikha, Abil al Qamh y Saliha. Tras la desintegración del Imperio otomano, Francia les otorga oficialmente, en 1923, la nacionalidad libanesa; sin embargo, apenas tres años después, París decide ceder estos territorios al Mandato británico de Palestina, de modo que de golpe obtendrán la nacionalidad palestina. Su identidad volverá a dar un vuelco en 1948, cuando la guerra entre judíos y árabes les cambie de nuevo de pasaporte: serán desalojados de sus hogares y sus poblados para pasar a manos de los colonos judíos; así, unos se convertirán en desplazados internos, disueltos entre otros grupos étnico-religiosos del país ocupante, mientras otros huirán al Líbano, donde se los trataría como «refugiados palestinos» hasta 1994. Aquel año se les asignó la nacionalidad libanesa para formar parte de la población chií del Líbano, de cuyo seno nacerá Hezbolá.

Durante el protectorado francés (1918-1943) los chiíes libaneses, dirigidos por Adam Khanjar y Sadiq Hamzeh, se levantaron en armas en varias ocasiones contra los ocupantes europeos. Una de las operaciones más emblemáticas del movimiento de liberación libanés fue la emboscada que tendió la guerrilla urbana dirigida por Khanjar y Hamzeh al paso del coche del general Henri Gouraud, alto comisionado francés para Siria y el Líbano en ese momento (23 de junio de 1921) y que, un año antes, había anunciado el nacimiento del Estado del Gran Líbano. El general sobrevivió al atentado, mientras Khanjar fue capturado y ejecutado en 1922, dejando a los chiíes de este país sin liderazgo político durante varias décadas.

En este marco religioso existen dos grupos que destacan por sus singularidades: los alauitas y los drusos. Ambos conllevan a alineaciones políticas no convencionales, de ahí que sea interesante prestarles atención. Por ejemplo, con el fin de asignarles unas normas judiciales, los franceses colocaron a la fe alauita en la categoría chií en 1922. No extraña que hoy la prensa occidental considere a los alauitas sirios pertenecientes a esta corriente del islam para explicar su alianza con la teocracia chií iraní.

Como reacción, los alauitas ocultarán sus creencias y prácticas religiosas tanto ante los suníes como ante los chiíes. Poco a poco se irá «chiizando» a este ecléctico credo; el estudioso estadounidense-israelí Martin Seth Kramer (1954) considera que fue Musa Sadr, el clérigo iraní de misión en el

Líbano, quien en 1973 declaró el alauismo como parte del chiismo con el objetivo de legitimar al presidente de Siria, Hafiz al Asad[2].

Que los mandatarios sirios sean alauitas ha convertido a los seguidores de esta fe en el Líbano en el objetivo de los ataques de las organizaciones suníes libano-sirias, que desde la guerra de 2011 han intentado derrocar al presidente sirio Bashar al Asad.

Resulta difícil encontrar informaciones documentadas seriamente sobre la presencia de esta comunidad en el Líbano. Mientras en Wikipedia y otras fuentes occidentales estiman su número entre 40.000 y 120.000 fieles y datan su aparición en el siglo XVI, la Wikichií iraní habla de 65.000 a 100.000 alauitas cuyos orígenes, afirma, se remontan a los años 1920-1926, cuando los franceses trasladaron a Trípoli algunas comunidades alauitas que residían en Siria[3]. Sea como fuera, tras el acuerdo que firmaron en 1989 diferentes facciones del Parlamento libanés, este grupo religioso es reconocido por ley como una de los 18 credos oficiales del país y goza de dos escaños en el parlamento.

En cuanto a los drusos, actores determinantes del escenario político libanés, también hay discrepancia en la información sobre las cifras. Se baraja que sus seguidores alcanzan el millón de personas. Según el Instituto de Estudios Drusos, con sede en EEUU[4], entre el 40 y el 50 por 100 de los drusos viven en Siria, 30 o 40 por 100 en Líbano (que vendrían a sumar unas 200.000 personas), 6 o 7 por 100 en Israel y 1 o 2 por 100 en Jordania. El resto, varios miles, residirían en Venezuela, Estados Unidos, Canadá y Australia.

El credo fue fundado por Hamza ibn Ali y el predicador iraní Mohamad Nashtakin Darazi (del término persa «darzi», «costurero»), ejecutado en 1016 tras ser acusado de hereje por el califa fatimí de Egipto Al Hakim bi Amr Alah. A pesar de ser una fe monoteísta y haber nacido en el seno del chiismo ismaelita, se trata de una secta esotérica y de creencias ocultas al público que afirman que Hamza y no Mahoma fue el último profeta de Alá. Opinan que el Corán fue enviado a Salman el Persa, compañero zoroastriano iraní de Mahoma, y no al piadoso árabe; también creen en la teofanía, en la reencarnación del Creador en un ser humano y en que las almas pueden transmigrar tantas veces como para terminar fusionándose con la Inteligencia Cósmica. Al incorporar elementos de otros credos es lógico que con el tiempo se consolidaran como una secta religiosa

independiente del chiismo. Una de las singularidades de esta comunidad, que la permite adaptarse con facilidad a los modos de vida de la nación anfitriona, es que habla el idioma del país en el que residen, aunque este factor no significa que abran a los demás los secretos de sus creencias y ritos. Las incesantes persecuciones que sufrieron por los otomanos suníes y sufren hoy por parte de los yihadistas suníes del Estado Islámico, ha llevado a los drusos a usar la *taghiya* («disimulo», no decir la verdad). Actualmente, la comunidad está dirigida por Walid Jumbalat[5], del Partido Socialista.

Para el ayatolá Hadavi Teherani[6] este grupo ni pertenece a la familia del chiismo ni es musulmán siquiera, por mucho que algunos de sus líderes se definan como tales. Por eso este clérigo dicta que las mujeres chiíes no deben contraer matrimonio con los varones drusos, pues son considerados infieles.

Esta diversidad étnico-religiosa ha permitido que a lo largo de la historia se hayan creado inauditas alianzas capaces de cambiar el paisaje demográfico del país. Por ejemplo, los turcos otomanos suníes se unieron con los drusos para enfrentarse a los chiíes y cristianos maronitas. Como consecuencia de esta alianza, los chiíes, que habitaban la región de Khostrawan (al norte de Beirut), tuvieron que buscar refugio en el sur mientras que en la región de Yezin, que hasta mediados del siglo XVIII era un centro chií, terminó acogiendo a una mayoría cristiana.

LOS EFECTOS SECUNDARIOS DE FUNDAR UNA TEOCRACIA EN LÍBANO

Antes de la guerra civil del 1974, que duró 15 años, el Líbano, el país árabe más vinculado con Europa, era un paraíso para las petromonarquías del golfo Pérsico, que encontraban en este país un lugar donde poder divertirse y de paso invertir y conectarse con los mercados financieros del mundo. Su débil régimen, sostenido por la corrupta elite de las comunidades religiosas, la burguesía y los señores feudales de las comunidades chií, cristiana, drusa y suní, había creado milicias armadas para defender sus intereses.

A partir de la instauración de la RII, en este selecto grupo de políticos, unos se mostraban adictos al dinar saudí y otros al tomán iraní: por un lado, estaban los opositores del régimen sirio agrupados en la Alianza del 14 de Marzo y, por otro, los políticos agrupados en la Alianza del 8 de Marzo. El primer grupo está liderado por Saad Hariri, hijo del primer ministro Rafiq Hariri, asesinado en 2005, adopta esta denominación porque corresponde a la fecha de las protestas por su asesinato. Disfrutan del apoyo del Occidente y de Arabia Saudí. El segundo grupo lo componen los defensores del Eje de Resistencia contra Israel (compuesto por Irán, Siria y Hezbolá; había un cuarto miembro, Hamás, que terminó poniéndose en el lado anti-Asad) y cuenta con el apoyo de Amal, el Partido Comunista y el Movimiento Patriótico Libre de Michel Aoun. Unos y otros son respaldados por colectivos armados.

El confesionalismo[7] fuerza a las personas a estar dentro de un grupo religioso e impide que participen en las cuestiones que afectan a todos, pues los ciudadanos se dividen legalmente por su pertenencia religiosa y son sometidos a las ordenes de clérigos que, para más inri, no han sido elegidos por los fieles. En una religión como el islam, en la que no hay «comunión», los descendientes tienen que aceptar la fe otorgada por línea paterna, sin mucha posibilidad de poder abandonarla o de adoptar otra o, simplemente, de renunciar a toda creencia o fe religiosa.

Aquella solución neocolonial pronto resultará fallida. Una de las razones será la alta tasa de natalidad de los musulmanes, que cambiaba el equilibrio demográfico en el que se basaba la distribución de poder tal como lo habían planeado sus creadores. Un mayor número de nacimientos suponía privilegiar a la comunidad musulmana frente a la cristiana maronita, cuando lo que se pretende es lo contrario.

La frágil construcción demográfica que sostiene la democracia libanesa recibirá como un seísmo la paulatina llegada de refugiados palestinos. La primera avalancha sucedió con el establecimiento de Israel en 1948, la segunda oleada con la Guerra árabe-israelí del 1967, la tercera con el Septiembre Negro en Jordania en 1970 (que arrastró a medio millón de refugiados, en su gran mayoría suníes) y la cuarta en el año 2011, cuando la guerra de Siria envió a cerca de 1.500.000 refugiados sirios, también en su mayoría suníes.

El impacto de la expulsión de los palestinos de Jordania no será sólo demográfica, sino política. El traslado de la sede de la Organización para la Liberación Palestina a Beirut, dirigida por un nacionalista árabe-suní de gran prestigio y popularidad como Yaser Arafat (Egipto, 1929-Francia, 2004), fue un hito en la historia del Líbano.

Preocupado por la estabilidad de su régimen, el rey Husein de Jordania (árabe, suní y aliado de EEUU, Arabia Saudí e Israel) había expulsado del país a la OLP en 1970. El motivo fue la ola de secuestro de aviones que había realizado el FPLP de George Habash y otras organizaciones palestinas. En pocos meses los aviones de El Al, TWA, Swissair Dawson Field y BOAC, entre otros, fueron objeto de actos terroristas que provocaron decenas de muertos y heridos. Con estos secuestros Habash quería llamar la atención sobre la tragedia palestina a un mundo que se mostraba indiferente ante el problema. El rey Husein respondió sin piedad: favoreció que una turba organizada por el régimen agrediera durante días a la población palestina. El enfrentamiento, conocido como Septiembre Negro, dejó alrededor de 3.500 muertes y causó graves daños materiales. La fuerza y el peso de la OLP, los graves problemas sociales y la incapacidad de las autoridades del país a la hora de gestionar la situación darán pie al surgimiento de grupos armados con distintas fidelidades religiosas.

El impacto de la política exterior de la RII desequilibrará aún más al endeble Estado libanés. El interés de Irán por este país se remonta al siglo XVI, cuando la dinastía Safávida declaró el cambio de la religión oficial, dejando de ser suní para abrazar el chiismo con el fin de fortalecer las líneas divisorias entre Irán y el Imperio otomano, suní. El siguiente paso del rey Ismael Safavida (1487-1524) fue desarrollar una estrategia de proselitismo religioso-político. Con este fin enviará a diferentes territorios a clérigos chiíes duodecimanos descontentos con los otomanos suníes; Líbano será uno de esos destinos, donde encontrarán la complicidad de los chiíes árabes.

En cuanto a la historia contemporánea, el interés de la teocracia chií iraní por Líbano se puede dividir en tres etapas:

Una primera entre 1968 y 1979. La ausencia de un Estado fuerte en Líbano permite la presencia de diferentes grupos políticos iraníes, desde la organización marxista de los Fedayines del Pueblo y los islamistas (entonces) progresistas Muyahidines del Pueblo, hasta los liberales

musulmanes del partido Nehzat e Azadi («Movimiento por la Libertad»), liderado por Mahdi Bazargan, quien será el jefe del primer gabinete de la RII en 1979. El sur del Líbano se convierte en un territorio en el que desarrollar sus actividades políticas, incluso militares, al servicio de sus proyectos contra el sah.

La segunda etapa, entre 1979 hasta 1991, abarca desde la toma del poder del clérigo chií hasta la desaparición de la Unión Soviética. En ese contexto el Líbano será un trampolín para la estrategia del ayatolá Jomeini, que implica eliminar Israel, considerado como *sheytan e kuchak* («el pequeño demonio») y la fuente del mal para el mundo musulmán.

La tercera etapa, por último, arranca a partir de 1991. La dimensión del ataque de EEUU y sus aliados a Iraq, y el mismo hecho de que Irán fuese el siguiente objetivo de George Bush en su lista del eje del mal, hace que la RII renuncie al sueño de acabar con Israel para ampliar su «profundidad estratégica» y pase a una táctica más defensiva: protegerse. Líbano y Siria son dos puntos principales desde donde Irán organizará su defensa ante cualquier tentativa de EEUU de agredirlo militarmente.

En esta corta historia como Estado independiente, hay una figura que va a marcar el destino del país: el clérigo iraní Musa Sadr (Qom, Irán, 1928). Con la misión de dar visibilidad a los chiíes marginados libaneses, el clérigo iraní se traslada en 1959 a Beirut y, al estilo de los Hermanos Musulmanes egipcios, comenzará a fundar organizaciones benéficas y promover clases de alfabetización y de formación profesional para miles de familias chiíes excluidas. Apenas siete años después, en 1966, Sadr conseguirá que el Gobierno libanés legalice la Asamblea Suprema Islámica chií tras encabezar grandes movilizaciones populares en la capital libanesa. También hará que los chiíes libaneses dejasen de celebrar sus ceremonias de boda o funerales en las iglesias y de enterrar a sus muertos en los cementerios cristianos. El clero había logrado dar más cuerpo a la división religiosa de la sociedad libanesa al intensificar la identidad religiosa de la comunidad chií y promover el nivel de vida de sus integrantes. Sin embargo, donde Musa Sadr demostrará su liderazgo será durante la larga guerra civil que el país sufrirá años después.

LOS CHIÍES DE AMAL SE ENFRENTAN A LOS PALESTINOS LAICOS

Era difícil para Sadr competir con un peso pesado como Arafat y la simpatía que, bajo su liderazgo, la causa palestina despertaba en el Líbano y en todo Oriente Próximo. La ideología laica y semisocialista de Arafat chocaba de frente con la óptica religiosa desde la que Musa Sadr abordaba los problemas y ofrecía soluciones. Ambas propuestas ahondaron las divisiones ya existentes en el seno de la sociedad libanesa, complicando aún más la difícil y compleja lucha de una pequeña nación que vive pared a pared con un poderoso país como Israel, que cada dos por tres lo agrede.

Tradicionalmente, Beirut (que significa «Los Pozos» en fenicio) presumía de ser «el París de Oriente Medio» no sólo por su tranquilidad y su aceptable nivel de bienestar, sino también por ser el centro financiero de la región. Pero esta paz pronto será sepultada bajo el dolor de los miles de muertos que deja la guerra civil.

En 1974 Musa Sadr funda, junto con un exprofesor iraní de la Universidad de California, el doctor Mustafa Chamran, una organización de derechas a la que llamarán Amal[8]. Esta organización fundamentalista cambiará de forma radical e irreversible el escenario político libanés, pues marcará el inicio de la influencia de la futura RII en el destino de este país en perjuicio de Arabia Saudí. Hasta la llegada de los iraníes Arabia Saudí había sido el principal país musulmán en contar con una presencia destacable en el Líbano, de modo que desarrollará su propia estrategia ante esta nueva situación: por un lado, frenará el avance de los partidos chiíes en las instituciones y la sociedad libanesa y, por otro, impedirá que el país de los cedros caiga bajo el control de Irán y que Líbano se convierta en un campo de adoctrinamiento y entrenamiento de los chiíes de Baréin, Yemen e incluso de la propia Arabia Saudí.

En 1978, un año antes de la toma del poder por el ayatolá Jomeini en Irán, Musa Sadr hizo de enlace entre el presidente sirio Hafiz al Asad y los islamistas chiíes iraníes. Empieza a formarse el futuro Eje de Resistencia contra Israel.

El 25 de agosto de aquel año Sadr desaparece del mapa de forma inesperada; su rastro se pierde el día en que acepta la invitación de Muamar

al Gadafi para viajar a Libia. Los chiíes acusarán al presidente libio de haberlo asesinado aunque no tenían pruebas. Su ausencia será un duro golpe para Amal: los chiíes iraníes y los libaneses del grupo se dividen. Cobra fuerza un importante sector próximo a la Guardia Revolucionaria, comúnmente conocida por el nombre en persa *pasdaran* («guardianes»), un ejército islamista creado por la RII al margen del ejército clásico. Esto provoca el malestar de los líderes políticos y militares libaneses de Amal, de modo que, a partir de ese momento, los guardianes reclutarán y entrenarán a los jóvenes voluntarios libaneses de forma clandestina.

Unas semanas después, el 17 de septiembre, Israel y Egipto firman el tratado de paz de Camp David tras doce días de negociaciones secretas. A estas alturas el conflicto entre palestinos e israelíes se había convertido en la Guerra árabe-israelí, frente a la que los grupos extremistas de la zona son incapaces de presentar una alternativa.

En 1979, en el Irán de la república islámica, irrumpieron en escena cientos de hombres exaltados que se dividirán en grupos de 15-20 hombres armados con cadenas de hierro, palos y ácido para atacar a las mujeres que no portaran velo, a las sedes de las organizaciones, los periódicos, los sindicatos y los partidos políticos recién salidos de la clandestinidad, los cines, los teatros, las galerías de arte, etc., mientras corearán *«Hezb fagaht Hezbola, rahbar fagat ruhokla»* («Sólo hay un partido y es el de Dios y sólo un dirigente, y es Ruholah [refiriéndose a Jomeini]»). Se presentaban como Hezbolá (el «Partido de Alá») y afirmaban que su partido, al ser el único mencionado como tal en el Corán, es el único con derecho a existir. ¿A caso en la era de Mahoma había un partido socialista?

La primera acción abierta del Hezbolá de Líbano fue en 1981 y se llevó a cabo por iniciativa de la Guardia Revolucionaria estacionada en el valle de la Becá, al sur del Líbano, bastión de las fuerzas sirias. La toma de rehenes y los atentados contra intereses de países occidentales presentes en Líbano eran considerados excesivamente radicales por parte del Gobierno sirio.

Aquel mismo año el presidente egipcio Anwar al Sadat es asesinado mientras revisaba un desfile militar, a manos de miembros de una organización suní, la Yihad Islámica egipcia. Sadat había estampado su firma, tres años atrás, en los Acuerdos de Camp David, un tratado de paz con Israel que le reportó el Nobel y acabó costándole la vida.

No era la primera vez que un grupo armado islamista, tanto chií como suní, cometía un magnicidio. Los Fedayines del Islam son un claro ejemplo. Esta organización de extrema derecha fundamentalista chií fue fundada en 1946 en Irán por Navvab Safavi, un estudiante de teología que se autoasignaba la misión de limpiar el país de las figuras intelectuales y políticas que corrompían el islam y de acabar con las medidas modernizadoras burguesas del régimen de Pahlevi. Sus objetivos incluían la eliminación de las políticas a favor de las mujeres, la prohibición de la música, el tabaco y la lotería… y la restauración en Irán de las tradiciones y normas de los pueblos árabes del siglo VII. Los Fedayines del Islam cuentan entre sus víctimas al destacado historiador, exclérigo y luego anticlerical Ahmad Kasravi (1890-1946), que criticaba duramente la doble moral y la corrupción en las filas de los clérigos a los que presentaba como la principal fuerza reaccionaria de la sociedad. También asesinaron al primer ministro Ali Razmara, e hirieron de gravedad en 1952 al viceprimer ministro Husein Fatemi, miembro del gabinete del doctor Mohamad Mosadeq. El propio Mosadeq estaba en la mirilla de los fedayines por negarse a aplicar la ley islámica.

Safavi fue ejecutado en 1955 por el régimen del sah, aunque sus colaboradores fueron indultados. El grupo, que sobrevivió en la clandestinidad, nombrará más tarde al ayatolá Jomeini como su líder espiritual y adquirirá la suficiente fuerza como para volver a actuar durante la presidencia de Mohamad Jatami (1997-2005) reivindicando los llamados «asesinatos en cadena», en los que mataron a una veintena de intelectuales y políticos progresistas iraníes, entre ellos Mohamad Mojtari, Mohamad Yafar Puyande, Dariush Forouhar y su esposa Parvaneh Eskandari, veteranos dirigentes de un partido mosadequista.

Volviendo al Líbano, Hezbolá, al contrario de los islamistas de Irán, no ha incluido en su programa la eliminación de Israel. Pero se enfrentará a un escenario muy difícil de manejar, donde Siria es uno de los principales actores.

Las relaciones entre Siria y Líbano han sido históricamente muy complejas. Durante el Imperio otomano, el país de los cedros fue parte de la Gran Siria. Si bien es cierto que tras el fin de la Primera Guerra Mundial los colonialistas franceses convirtieron al Líbano en un país «independiente», Damasco seguirá considerándolo una especie de patio trasero hasta el

presente. Su influencia en el Líbano se consolidará durante la Guerra Civil Libanesa (1975-1990) a raíz de que, en 1976, el Gobierno sirio enviara cerca de 35.000 soldados al Líbano a petición de la Liga Árabe (que hoy busca derrocar a Bashar al Asad) para mediar. Los regímenes conservadores árabes, a través de Damasco, pretendían contener las actividades de la OLP y su carismático dirigente, Yaser Arafat.



El primer ministro Mohamad Mosadeq, artífice de la nacionalización de la industria petrolífera de Irán, rodeado por sus partidarios (Teherán, 1951)[9].

En 1983 Asad conseguirá expulsar a Arafat de Siria. El analista Ali Sadeq acusa al presidente sirio de ordenar varios intentos de asesinato contra el líder palestino en esa época[10]. En poco tiempo el dictador baazista llenará las prisiones de palestinos pertenecientes a numerosas organizaciones no islamistas como el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP) y el Frente de Liberación Popular Palestino (FLPP) entre otros.

Tras ser expulsado, Arafat no tendrá más remedio que recurrir al Acuerdo de El Cairo, redactado en 1970, para encontrar un lugar en el mundo. La OLP abre su sede en Beirut aunque sus miembros se sitúan en el sur del Líbano. El documento que autorizaba a la OLP a utilizar el territorio libanés

en su lucha contra Israel los obligaba, a cambio de mantenerse fuera de los asuntos del Líbano, a callar las tropelías contra los derechos de los refugiados palestinos. Por ejemplo, cuando el Gobierno del Líbano promulgó una ley que impedía a los palestinos trabajar en una veintena de oficios, la OLP no tuvo más remedio que quedarse al margen a pesar de que supiera que el Gobierno libanés mentía cuando argumentaba que esta orden pretendía proteger a los trabajadores libaneses. Era evidente que lo que buscaban era mantenerlos pobres para poder controlarlos, del mismo modo que debilitaban la autoridad de Arafat. En realidad pretendía minar la voluntad del líder y sus gentes de regir su propio destino.

LOS CAMPOS DE REFUGIADOS: ESCENARIO DEL PULSO ENTRE CHIÍES Y SUNÍES

Sólo entre 1982 y 1985 se suceden casi una treintena de atentados terroristas en territorio libanés. En abril de 1983 el objetivo es la embajada de EEUU en el Líbano, donde mueren 63 personas entre estadounidenses y libaneses. Es reivindicado por la Yihad Islámica, filial de la organización fundamentalista suní de los Hermanos Musulmanes, que exige la salida de las tropas de EEUU del país. Entre las víctimas está Robert Ames, analista de la CIA para Medio y Próximo Oriente, uno de los 1.200 miembros de las fuerzas de mantenimiento de la paz enviadas a Beirut.

En octubre de 1983 EEUU vuelve a sufrir un atentado en la zona, esta vez contra sus marines, en el aeropuerto de Beirut. Mueren 241 estadounidenses, 58 paracaidistas franceses y seis civiles libaneses. A partir de 1985 comienza una oleada de secuestros de personas y de aviones, entre ellos el secuestro de varios ciudadanos estadounidenses por parte del Partido Islámico Dawa (rama libanesa) y Hezbolá, para exigir la liberación de tres sospechosos de pertenecer al Dawa que estaban presos en Kuwait. El almirante John Poindexter, consejero de Seguridad Nacional de Reagan, barajaba entonces la decisión de atacar a Irán si los secuestrados eran asesinados. Al final Washington decidirá negociar su liberación con Teherán al margen del embargo de armas que oficialmente estaba realizando contra ese país.

Empieza a gestarse lo que se llamará el escándalo de *Irangate*. La mediación de la República Islámica de Irán en la liberación de los rehenes será recompensada con dinero y con la venta de armas por la vía «b», pues el Congreso de EEUU había impuesto el boicot contra el régimen de Teherán por la ocupación de su embajada. EEUU y otros países fabricantes de armas hacían su agosto a mediados de los ochenta, vendiendo armas tanto a Sadam Husein como al ayatolá Jomeini, para que las dos potencias rivales de Israel se destruyeran mutuamente. Los 47 millones de dólares que ganó Washington por la venta ilegal de armas fueron destinados a financiar a los terroristas de la contra nicaragüense para luchar contra los sandinistas.

A simple vista la ola de atentados y secuestros en el Líbano parece que era una respuesta a las injusticias que sufrían los palestinos y que iba dirigida en contra de los occidentales, pero no era así. En noviembre del 1985 la Organización de Liberación Islámica, de la extrema derecha religiosa, secuestró a tres ciudadanos soviéticos en Beirut con el fin de presionar a Siria para que retirara sus tropas y de paralizar la venta de armas soviéticas a Damasco. Durante esta acción terminarán matando a un funcionario de la embajada de la URSS, Arkady Katkov.

En estos años la RII se acercaba al régimen laico de Siria dentro de una cooperación estratégica contra Israel, mientras Asad, enemigo férreo de Sadam Husein, les apoyaba en la guerra contra Iraq (1980-1988). Entre los motivos de las discrepancias entre los baazistas iraquíes y sirios, que nacieron para promover una «unidad militar, económica, política y cultural» entre ambos Estados, se encontraban: la oposición de Bagdad a la aceptación de Damasco del alto el fuego patrocinado por la ONU en la guerra de 1973 contra Israel, acusaciones mutuas de patrocinar golpes de Estado contra sus presidentes y el temor mutuo a perder el poder si materializaban la unificación tan proclamada: prefirieron ser cabeza de ratón que cola de león.

Teherán, que aprovechaba esta división interárabe, prohibió a Hezbolá perpetrar ataques contra los intereses sirios. Para ello, el jeque Hasan Nasralah se pondrá al frente de la organización, que dejará de ser milicia para convertirse en un partido político con brazo armado.

En ese momento la popularidad de Hezbolá estaba en alza. En comparación al inocuo ejército libanés, formado por 60.000 hombres, su resistencia a los ataques israelíes era muy celebrada. Además estaba la

prestación de servicios que ofrecían a la población, como la construcción de escuelas y clínicas, amén de las ayudas directas a las familias pobres chiíes, en cuyos barrios se multiplican las fotos del líder del grupo junto a las de los ayatolás iraníes. Así era fácil que sus acciones fueran bien recibidas, los libaneses excluidos por su fe chií sentían que por fin recibían algo de atención y ayuda. Pero esta buena fama fue una especie de regalo envenenado, pues representaba la nefasta división de la sociedad en grupos religiosos que no sólo enfrentará a los cristianos con los musulmanes, sino también a los propios fieles a Mahoma, chiíes y suníes. No extraña que en esta división de clases desfavorecidas, las cristianas cifren sus esperanzas en que los colonialistas europeos, los israelíes y los falangistas cristianos vayan a socorrerlas. La Falanges Libanesas constituían entonces un partido político que, desde comienzos de los setenta ostentaba una rama militar, apoyada económicamente, entre otros, por Alemania Occidental y Bélgica.

Frente a ella, la influencia de la OLP parecía estar en retroceso, aunque contara con el apoyo de organizaciones de izquierda palestinas como el FDLP quienes, a pesar de sus estrechas relaciones con Asad, se pusieron del lado de Arafat, impidiendo la ruptura en el seno de la organización. Tampoco entró en este juego la Organización de Acción Comunista en el Líbano (OACL), dirigida por Muhsin Ibrahim, que siguió apostando por la unidad en la OLP a pesar de las presiones sirias.

La presencia en las tierras libanesas de la OLP y de su líder convertía al país en el escenario no deseado de la guerra de palestinos frente a israelíes, pero también de palestinos contra sirios, palestinos contra libaneses, cristianos contra musulmanes, suníes contra chiíes… Estos enfrentamientos ocultaban el verdadero problema: la tentación de las potencias regionales por apoderarse del país y la injusta producción y distribución de los recursos entre las clases sociales nativas, los chiíes y los palestinos recién llegados, extremadamente pobres y acusados de robar los precarios y escasos trabajos que tenían los chiíes libaneses. Estos, en su mayoría campesinos, se sentían resentidos por su presencia no sólo porque les «quitaban» el poco trabajo que había, sino porque consideraban que contribuían a convertir esta zona en el centro de los ataques del ejército israelí, como ya había sucedido en 1978 bajo el nombre de la Operación Litani.

Desde luego Arafat no lo tenía nada fácil. Además de estos factores estaba la propia estrategia de Asad quien, temiendo un conflicto con Israel, seguía intentando deshacerse de Arafat, el incombustible líder árabe de Oriente Próximo. Para ello llegará a utilizar todo tipo de recursos, desde organizar un golpe de Estado en la cúpula de la OLP hasta minar la organización con sus intrigas. En cooperación con un exdirigente de Fatah, el coronel Abu Musa, presionó tanto a los arafatistas que el mítico líder de la OLP tuvo que huir a Túnez. A pesar de sus cálculos, no logró que con la marcha del líder fueran derrotados los leales de Arafat ni que pudiera parar las actividades de los palestinos en el sur del Líbano, por lo que Asad toma otra decisión fatal: pactar con la milicia chií Amal, dirigida por Nabih Berri, el desalojo de los leales a Arafat de los campos de refugiados. En ese momento Amal también buscaba debilitar a la OLP y recuperar el control sobre los barrios chiíes de Líbano, de modo que aceptó la propuesta.

El 19 de mayo de 1985, estallaban los violentos enfrentamientos entre Amal y las milicias palestinas por el control de los campamentos de Sabra y Chatila, Ein Al Hilweh y Burj al Barajneh de Beirut. Amal, respaldado por Siria y por dirigentes palestinos anti-Arafat como Ahmed Yibril y Abu Musa, y enardecido por los aplausos de Israel, atacó con vehículos blindados los campos de refugiados utilizando la Sexta Brigada del ejército libanés (de mayoría chií) y la cristiana Octava Brigada, dirigida por el general maronita Michel Aoun. Para entender el alcance de aquellos terribles días en la realidad política palestina, es importante recordar que en 2016 el maronita Aoun se convirtió en el presidente del país, con el apoyo de Hezbolá.

La batalla en los campos de refugiados será muy desigual. La OLP contaba sólo con sus fuerzas, las pequeñas milicias libanesas propalestinas predominantemente suníes, o los peshmergas del Partido Democrático Kurdo (PDK) y otras guerrillas kurdas de izquierda. Para vencer a los refugiados, Amal impedirá el suministro de alimentos al campo Burj al Barajneh, matando a decenas de palestinos de hambre. Reducirán a cenizas las casas palestinas. Aquella barbarie no era más que una lección de terror para que los palestinos aprendieran la lección: debían de dejar de organizarse en su feudo, el sur del Líbano.

El 29 de septiembre de 1986 la fuerza aérea de Israel bombardeará las posiciones palestinas, mientras Amal someterá a los campos a un asedio de

seis meses; será tan cruento que en marzo de 1987 sus residentes-prisioneros solicitarán a los líderes religiosos una autorización para poder comer los cadáveres de sus compatriotas[11]. Los enfrentamientos entre Amal, Hezbolá, Siria y la OLP continuarán por todo el país hasta 1988, dejando miles de muertos a sus espaldas, en su mayoría los más oprimidos y pobres de la sociedad del Líbano: los refugiados palestinos. La violencia siembra futuros terribles. Entre el 22 y el 29 agosto del 2015 uno de aquellos campos desolados en los años ochenta volvió a ser escenario de duros enfrentamientos[12] entre los seguidores de Fatah y los salafistas de Jund al Sham. Se trata del campo Ein al Hilweh, uno de los doce abiertos a la población palestina y capaz de albergar a unas 90.000 personas. En esas fechas recibía a los palestinos recién huidos del campo de refugiados de Yarmouk, Siria, que había sido bombardeado.

¿Cuántas veces tendrán que huir estas familias, de un campo a otro, en busca de un cobijo, víctimas de los infames intereses de Estados, partidos y grupos, tan incapaces de dialogar y negociar que prefieren recurrir a las armas? ¿A quién beneficiaba que las dos comunidades más pobres y oprimidas del Líbano se odiaran hasta la muerte? ¿Por qué insistían en dividir a los libaneses entre propalestinos y antipalestinos? Si bien el conflicto «chií-suní» en el Líbano representa la lucha entre los trabajadores y desheredados chiíes libaneses y los refugiados pobres palestinos en disputa por los pocos recursos a los que pueden acceder, lo cierto es que su triste enfrentamiento oculta la batalla entre los líderes de ambas comunidades, apoyados por los gobiernos extranjeros por conseguir mayor cuota del poder e influencia en la zona.

Esperando que contara con el apoyo de los países «musulmanes» suníes y chiíes, Arafat proclamará el Estado palestino el 15 de noviembre de 1988. Sin embargo, la situación sigue siendo «no conveniente» para la materialización de tal sueño.

EEUU, «CRISTIANO», TOMA LA BATUTA

En 1989 las partes implicadas en el conflicto libanés firman el Acuerdo de Taif (en Arabia Saudí) y ponen fin a la guerra. El texto, propuesto por la ONU, otorgaba un papel decisivo a Siria como garante de la seguridad y

transfería parte de los privilegios institucionales de los cristianos maronitas a los musulmanes. El hecho de que disminuyera el poder en el Parlamento del grupo cristiano a favor del sector musulmán da fe de que EEUU estaba tomando la batuta en la zona con el apoyo de Arabia Saudí. El acuerdo no era más que el reflejo de la decadencia del imperialismo francés en el Líbano y en la región, una pausa antes del inicio de una nueva etapa de conflictos, un parche puesto por ambos países y Siria al margen de la RII.

La sombra de este nuevo reparto del poder en la zona es alargada. Hoy, viendo el escenario de guerra siria, sorprende que Hafiz al Asad llevara años desplegando sus tropas en el Líbano con el apoyo de contingentes saudíes, las petromonarquías del golfo Pérsico y Sudán. Hafiz murió de un ataque cardiaco el 10 de junio del 2000, el año en que las tropas israelíes se verán forzadas a abandonar el sur del Líbano, tras 22 años de ocupación. EEUU, Turquía y Arabia Saudí presionarán también a favor de la retirada de las tropas sirias.

La resolución 1559 del Consejo de Seguridad de la ONU promovida por Francia y EEUU en septiembre de 2004 es un paso más dentro de este mismo recorrido. Se determina expulsar a Siria del Líbano y desarmar a Hezbolá. Esta presión sobre el Gobierno sirio será constante, cualquier oportunidad es buena para potenciar el nuevo orden internacional de la zona. Por ejemplo, aprovecharán el asesinato del primer ministro libanés, Rafiq Hariri, el 14 de febrero de 2005, para acosar a Hezbolá, al que le imputarán los hechos aunque su autoría fuera incierta.

El 12 de julio de 2006 Israel empezará una guerra, que durará 34 días, contra el Líbano lanzando toneladas de bombas sobre su población con el pretexto del ataque de Hezbolá a una patrulla israelí cerca de la frontera. La organización chií libanesa había capturado a dos soldados israelíes para canjearlos por varios de sus presos y como represalia ante los atentados que sucedían en el Líbano, que la milicia libanesa consideraba obra de Israel. Como respuesta, el primer ministro israelí, Ehud Olmert, lo consideró «no un ataque terrorista sino la acción de un Estado soberano que atacó a Israel de forma injustificada» y decidió destruir el país bombardeándolo, lanzado incluso las ilegales bombas de racimo. Mató a cerca de 1.200 libaneses, provocó el desplazamiento de cerca de un millón de personas, destruyó viviendas, escuelas, hospitales e infraestructuras del país… aunque también perdió a 165 de sus ciudadanos. ¿Cómo es que Hezbolá no había calculado

esta reacción del Estado judío? En este estremecedor escenario, el régimen de Arabia Saudí no tuvo ningún problema de señalar a Hezbolá como responsable de aquel drama, pues había provocado a los israelíes. Esta postura perjudicó a la imagen de los saudíes entre los libaneses e hizo que la organización chií ganara en popularidad, al ser considerada la única capaz de hablar cara a cara con el ejército más poderoso de la región. La población libanesa parecía dispuesta a asumir las terribles consecuencias de tal atrevimiento y valentía. Así, Riad no sólo vio cómo aumentaba la popularidad del jeque Hasan Nasralah, el secretario general de Hezbolá, sino que los países musulmanes lo dejaban a solas con esta condena.

En esas fechas el Líbano ya era, después de Israel, el mayor receptor de la asistencia militar de EEUU y la Alianza 14 de Marzo de Saad Hariri su principal aliado. La razón era perversa. El general retirado estadounidense Wesley Clark reconocerá el 2 de marzo de 2007 que el Departamento de Defensa de EEUU tenía el plan de «desmembrar a siete países en cinco años, comenzando por Iraq, Siria, Líbano, Libia, Somalia, Sudán y acabando con Irán»[13]. ¡Hoy sólo faltan el Líbano e Irán!

Estos juegos estratégicos alentados por EEUU transformarán el equilibrio del poder en la zona de forma integral, pues tendrá consecuencias en la política interior de cada país afectado y al mismo tiempo permitirá que la panacea de la «alianza de religiones» salte en pedazos. En los primeros días de julio de 2015 empieza la «crisis de basura». Con el original lema de «apestáis» (señalando a los gobernantes), miles de indignados libaneses empezaron a ocupar las calles del milenario Beirut protestando contra un Gobierno que se mostraba incapaz de recoger la basura acumulada en las calles. El abrasador calor de julio se encargaba de multiplicar su desafiante aroma e insalubridad. El cierre del vertedero de la metrópoli, por el fin del contrato municipal suscrito con la compañía Sukleen, propiedad de varios políticos, hizo estallar el malestar ciudadano por las deficiencias generalizadas en las infraestructuras, todas privatizadas, desde continuos cortes de luz y agua, hasta el colapso de hospitales, falta de empleo, etcétera.

El miope Gobierno del primer ministro suní Tamam Salam mandó reprimir a los manifestantes pacíficos, que reaccionarán radicalizando sus lemas. De pedir el cese del ministro de Medio Ambiente pasarán a corear «¡revolución, revolución!», exigiendo la dimisión del Gobierno y la

disolución del Parlamento, a cuyos miembros acusaban de ser «mafiosos e inútiles». Los dos años sin servicio para la recogida de basura se convertían en el síntoma más evidente de la corrupción, la parálisis institucional y la ausencia del concepto de Estado.

Aquella protesta era, en el fondo, una respuesta a los cambios que se habían producido en la composición «religiosa» de sus habitantes, un cambio provocado por EEUU y Arabia Saudí. Los analistas internacionales abordaron aquella rebelión de forma muy alejada de la realidad. Los progresistas las bautizaron como «revolución de colores», o de «Primavera árabe *made in USA*», como si los problemas de clase no tuvieran peso por sí mismos, los conservadores negaron la confrontación de clases y pusieron énfasis en las diferencias religiosas.



Familias palestinas huyen del campo de refugiados de Ein al Hilweh, el 22 de agosto del 2015 (Foto de Ali Hashisho, *Reuters*).

Si bien es cierto que hubo un complot diseñado por la CIA para fabricar las falsas «Primaveras» en Libia y en Siria con el fin de destruir sus Estados

y derrocar a sus dirigentes (por ser dictadores independientes y no tutelados), en Baréin y Yemen hicieron lo contrario: EEUU y Arabia Saudí se emplearon a fondo para aplastar las Primaveras correspondientes en estos países. Por otro lado, la división religiosa entre los políticos de la misma clase social (y no sólo la injerencia de las potencias regionales) tuvo un impacto tal en los procesos políticos del país que impidieron que Líbano tuviera presidente desde mayo de 2014, fecha que finalizó el mandato del presidente maronita Michel Suleiman, hasta octubre de 2016.

Hezbolá apoyó aquellas protestas, aunque supusiera tragar algunos sapos pues la presidencia del Parlamento estaba a cargo precisamente de un chií, Nabih Berri. Él y otros diputados, ajenos a las calles, debatían sobre un homenaje al líder desaparecido chií Musa Sadr cuando sucedieron los hechos. Mientras el Gobierno, en bancarrota, se enfrentaba a otra gran crisis social, el Partido Comunista proponía un nuevo contrato social y acabar con el sistema confesional primitivo y tribal del país que dividía a los ciudadanos por su credo, lo que imposibilitaba la lucha conjunta de la clase trabajadora contra la elite gobernante. Por otro lado, Hezbolá, que cuenta con una estación de televisión y servicios de beneficencia, ahora se sienta en el parlamento y es capaz de poner en jaque al Estado libanés. Su influencia ya se demostró cinco años antes; el 12 de enero de 2011 consiguió derrocar al Gobierno de Unidad Nacional con la renuncia de once de sus ministros aparentemente en protesta por la negativa del primer ministro en formar una comisión de investigación sobre la verdad del asesinato de Rafiq Hariri, atribuido a la organización chií.

Mientras tanto, 1,07 millones de libaneses (el 28,5 por 100 de la población) viven con menos de 4 dólares al día, alrededor de 300.000 lo hacen con menos de 2,4 dólares por día[14] y la tasa de desempleo juvenil alcanza al 34 por 100.

Esta inestabilidad social, económica y política ha hecho que el Líbano no pueda enfrentarse a Israel a la hora de defender sus yacimientos de gas en el Mediterráneo, que se encuentran «entre 1.500 y 2.500 metros por debajo del agua, la distancia a la que se encuentran las reservas de la superficie del arco sirio, un territorio que va de Egipto a Siria pasando por Gaza, Israel y Líbano e incluye aguas chipriotas»[15]. En julio de 2010 Israel había denunciado al Líbano ante la ONU, presentando de forma unilateral un mapa que delimitaba una zona económica exclusiva. Posteriormente, al

declarar a Hamás como una organización terrorista, Gaza también perderá sus derechos reales sobre este recurso. Con un Gobierno sirio tambaleante es evidente que Israel consigue ser el único que puede quedarse con gran parte de estas gigantescas reservas, mientras los suníes y chiíes libaneses se matan.

HEZBOLÁ Y EL IMPACTO DE LA GUERRA DE SIRIA

El líder de Hezbolá, Seyed Nasralah, se equivocaba cuando afirmaba que el acuerdo nuclear entre Irán y las potencias mundiales «coadyuvaría a la restauración de la paz en la región»[16]. Teniendo en cuenta que todos los movimientos democráticos de la región han sido derrotados por el imperialismo y las fuerzas reaccionarias de la región, esa afirmación ha demostrado no ser más que una quimera. El llamado Eje de la Resistencia contra Israel ha dejado de existir y la ecuación estratégica en la zona ha dado un vuelco radical en beneficio de Arabia Saudí e Israel, que ya se habían liberado del Iraq de Sadam Husein y de la Libia de Gadafi. De hecho, en enero de 2015 Israel asesinó a un general iraní y a varios líderes de Hezbolá en su frontera con Siria sin que ninguno de los países pudiese tomar represalias. El valor de aquella agresión era, precisamente, hacer evidente su poderío.

«A perro flaco, todo son pulgas», dice el refrán. La llamada «crisis de los refugiados» desencadenada en 2015 hizo que Líbano recibiera un millón y medio de refugiados sirios más, produciendo unos cambios demográficos en el país que, por supuesto, afectan al equilibrio en la composición religiosa de la población. Esto es el caldo de cultivo de un peligro mayor: que el conflicto sirio pueda extenderse a Líbano; de hecho, ha habido varios atentados con la firma del grupo terrorista Estado Islámico, entre ellos el del 14 de noviembre de 2015 que dejó 43 muertos.

En estos momentos una cuarta parte de la población libanesa es refugiada siria o palestina, un 86 por 100 viven en 242 aldeas del Líbano[17]. A esta cantidad han de sumarse los 50.000 libaneses residentes en Siria que han tenido que regresar a su tierra huyendo de la guerra. El hecho de que la mayoría de ellos sean musulmanes suníes reduce el peso de los chiíes en la sociedad.

Por si fuera poco, el conflicto sirio afecta abiertamente a la economía libanesa en tanto que provoca la caída del turismo en la zona, lo que, según el ministro de Asuntos Sociales del Líbano, Rashid Derbas, supuso que el país dejara de percibir unos 16.000 millones de euros en 2016. Entre 2011-2013 Líbano ya había perdido 894.000 turistas (alrededor del 41,5 por 100 del total de turistas respecto al año anterior). A este descalabro económico ha de sumarse el paro: la fuerza laboral ha aumentado en un 50 por 100, duplicando las tasas del desempleo. Según esta misma fuente, de marzo de 2011 a marzo de 2015 las pérdidas económicas debidas a la crisis en Siria habían ascendido a 7.500 millones de dólares, mientras que el costo de los refugiados sirios en infraestructura pública fue de unos 589 millones de dólares en 2014. Tomando en cuenta estas cifras, el Gobierno libanés empezó a restringir la entrada de refugiados sirios al país; así, en 2016, les exigió que aportaran documentación sobre su identidad étnica y religiosa.

Desde el punto de vista de la seguridad, la presencia de tal cantidad de refugiados añade aún más ruido a su ya desequilibrada paz: a la delincuencia se suman los efectos de la guerra. En las calles libanesas estallan enfrentamientos como los sucedidos en agosto de 2014, entre el ejército, el Frente al Nusra –rama de Al Qaeda en Siria– y el Estado Islámico, que llevaron al secuestro de 25 soldados y policías libaneses, en las prisiones la presencia de los sirios también es enorme: son el 26 por 100 de la población presa. Por supuesto que no todo son pérdidas; por ejemplo, la guerra en Siria multiplicó por 14 las exportaciones de trigo a aquel país entre 2011 y 2013[18], pero son unos beneficios pírricos comparados con los perjuicios.

Sin embargo, el impacto más grande que ha tenido el conflicto sirio sobre el país vecino no procede de la economía sino de Hezbolá. El Occidente «cristiano» ha reducido su presión sobre la organización porque protege las fronteras del Líbano –uno de los pocos reductos donde los cristianos están a salvo– de los extremistas. Defendiendo al Gobierno de Bashar al Asad, Hezbolá consideró que las protestas de mayo de 2011 eran una conspiración contra el gobierno «chií» de Asad[19] y calibró los efectos que podrían tener en su papel tanto a nivel nacional como a nivel de la región. Combatir al lado de las fuerzas chiíes de Irán y de Iraq podría dañar esa popularidad que se había ganado como movimiento musulmán (y no chií) de resistencia a Israel. Pasar a ser un partido chií que lucha a las ordenes de Irán contra los

rebeldes suníes en Siria era bajar de escalafón, por mucho que los suníes fueran takfiríes, apodo dado por el Corán a los apóstatas de las religiones abrahámicas y que los chiíes aplican a los suníes que están luchando bajo la bandera del Estado Islámico.

En junio de 2016 el jeque Nasralah utilizó esta palabra («takfirí») para referirse a los saudíes cuando decapitaron a un clérigo chií, el ayatolá Nimr al Nimr. En realidad había cambiado tres veces su argumentación antes de tomar un posicionamiento tan abiertamente beligerante: la primera fue antes de enviar sus milicias a Siria, defendiendo las fronteras del Líbano asegurando que lo hacía ante las infiltraciones de los terroristas «islámicos». Una vez en Siria, afirmó que obraba de tal manera para defender los santuarios sagrados chiíes.

La tercera sucedió en mayo de 2013, durante la batalla de Al Qusair. Al considerar que el gobierno de Bashar al Asad se encontraba en apuros, afirmó que se limitaba a defender a un miembro del Eje de Resistencia contra Israel al tiempo que alegaba motivos de seguridad nacional y territorial. Tras denunciar un macroplan de EEUU e Israel para la región, consideró formalmente que el país de los cedros no tendría más opción que defenderse, pues era evidente que no se iba a salvar de esta conspiración. El hecho de que el grupo libanés Hezbolá fuera socio del Gobierno del presidente Michel Aoun, miembro del Movimiento Patriótico Libre (FPM), y estuviera luchando en Siria en contra de los intereses saudíes, provocó un conflicto diplomático con Riad, que actualmente es el mayor socio económico y comercial del país. Por supuesto que la capacidad de movimiento de una organización local en una guerra fuera de su país es limitada, sobre todo si pretende desempeñar un papel a nivel regional, de ahí que busque el amparo del paraguas de un Estado… Este no será otro que el archienemigo de Arabia Saudí: Irán.

Hezbolá se encuentra en una situación embarazosa: su dependencia de Irán, perteneciente al mundo «antiárabe», cuestiona su fidelidad con el nacionalismo árabe libanés. En un país tutelado por potencias extranjeras y después de ser la única fuerza capaz de retener los ataques israelíes (convirtiendo el territorio libanés en un escenario de la guerra indirecta entre Israel e Irán), Hezbolá pasaría, a los ojos de los árabes-suníes, de ser un partido patriótico nacional de resistencia al margen de las líneas confesionales a presentarse como un simple partido religioso que defiende

los intereses del chiismo y mata a los suníes. A Hezbolá le resulta difícil cosechar en el Líbano el fruto de sus heroicidades en Siria, debe de calibrar cómo afectaría este posicionamiento a su estructura organizativa, su imagen ante los libaneses y sus posiciones en la región, sobre todo en una guerra en la que la organización está condenada al fracaso. Además, Hezbolá ya ha perdido a cientos de hombres, entre ellos a destacados líderes como Mustafa Badr al Din, jefe de operaciones militares, que fue asesinado el 13 de mayo de 2016 en circunstancias no aclaradas, aunque la explosión en la que murió (cerca del aeropuerto de Damasco) fuera atribuida a un ataque israelí en un primer momento. Por otro lado está el desgaste; al contrario de las guerras contra Israel, que se sabía que terminaban en un periodo corto de tiempo, la de Siria no parece tener un final a la vista.

El impacto de su decisión en la zona, de mayoría suní, se hará notar enseguida: para empezar, se deterioran sus relaciones con Hamás, organización islamista suní palestina que ha defendido a los rebeldes; además, en este fenómeno de la «guerra sectaria», puede tener que ayudar en Iraq luchando contra los suníes del Estado Islámico y defendiendo el régimen chií de Bagdad. Para retenerlo, el 9 octubre de 2015 el embajador de EEUU, David Hale, entregó al Gobierno libanés 50 misiles aire-tierra Hellfire y municiones de precisión por valor de 8,6 millones de dólares. Un mes más tarde, el Congreso de EEUU prohibía a sus bancos trabajar con Hamás considerando que son un «movimiento terrorista»; le siguieron los países del Consejo de Cooperación del Golfo Pérsico (CCG) y la Liga Árabe. Paralelamente EEUU se disponía a ampliar su embajada en Beirut. ¿Será que quieren convertir la capital libanesa en otro gran centro de operaciones del Pentágono, como lo es su sede diplomática en el colonizado Iraq, que, con sus 42 hectáreas y un costo de unos 700 millones de dólares, es la más grande del mundo?

RIAD 0, TEHERÁN 1

La decadencia de las fuerzas prosaudíes y el triunfo de los proiraníes en el Líbano se debe principalmente a los siguientes factores:

El asesinato del primer ministro libanés, Rafiq Hariri, en 2005, de autoría desconocida –aunque EEUU culpó al Gobierno de Bashar al Asad y

Hezbolá señaló a Israel.

La debilidad del Gobierno siguiente, presidido por su hijo Saad Hariri, que impidió la recuperación de la amenazada influencia saudí.

La guerra de desgaste que inició Arabia Saudí con el respaldo de EEUU contra Yemen en marzo de 2015, y los millones de dólares invertidos en patrocinar a los yihadistas suníes que luchan en Siria contra el gobierno de Asad, han consumido la fuerza económica y política de Riad.

El acercamiento de Occidente a Irán tras el acuerdo nuclear en julio de 2015, que le ha dado más alas a Teherán, además de devolverle una ingente cantidad de dinero bloqueado en los bancos extranjeros que ahora podrá utilizar para fortalecer sus posiciones en el Líbano.

Irán ha demostrado ser más efectivo en el Líbano que su rival Arabia Saudí. La apuesta iraní ha sido armar a la milicia de Hezbolá al tiempo que ha creado una guardia pretoriana capaz de imponerse, incluso, al ejército libanés. En cambio, la estrategia de los saudíes ha sido invertir en la economía libanesa propiciando el clientelismo entre la clase política. Ahora Arabia Saudí utiliza sus petrodólares para asustar a los señores gobernantes del Líbano, pero no posee un ejército equivalente a los Guardias Islámicos iraníes (y su brazo exterior, la Fuerza Quds) capaces de proyectar e imponer el poder de sus dirigentes.

También se debe a las medidas punitivas tomadas por Riad contra el Líbano para mantenerlo en su órbita y alejarlo de Irán. Una de esta medidas ha sido aplicar una presión financiera y diplomática sobre el Estado libanés, sin importarle si el resultado fuera su definitivo desmoronamiento. Por ejemplo, el 19 de febrero de 2016, suspendió la prometida donación de 3.000 millones de dólares a las Fuerzas Armadas libanesas con las que pensaban comprar armas francesas, y tampoco les entregó la partida de 1.000 millones destinada a renovar el sector de la seguridad libanesa. Hay dos versiones que explican la razón por la que tomaron esta medida tan drástica:

La primera versión, la negativa del canciller libanés Gebran Basil, miembro del Movimiento Patriótico Libre y aliado de Hezbolá, a adherirse a la condena de la Liga Árabe ante los ataques a las sedes diplomáticas de Arabia Saudí en Irán. Estos ataques se habían producido en enero de 2016, tras la ejecución en Arabia Saudí del clérigo chií Nimr al Nimr; ante ello, el presidente Basil se declaró neutral.

La segunda versión dice, según el diario libanés *Al Akhbar*[20], que los 3.000 millones de dólares saudíes eran un regalo al presidente del país por haber ordenado el asesinato en la prisión del terrorista saudí Majed al Majed, líder de la franquicia de Al Qaeda en el Líbano, para, de este modo, garantizar su silencio. Majed, emir de las Brigadas Abdalah Azam, había actuado en Afganistán, Pakistán, Iraq, Siria y Líbano, asesinando a decenas de personas en dichos países. Su papel era planificar, financiar y reclutar terroristas con el fin de desestabilizar dichos Estados. A pesar de estar enfermo, este emir organizaba ataques contra Hezbolá y el ejército libanés y fue acusado de estar implicado en el atentado contra la embajada de Irán en Beirut en 2013. Su muerte protegería la base de datos de los integrantes del grupo, así como sus objetivos terroristas y sus contactos con los gobiernos extranjeros.

El 24 de diciembre de 2013, la Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa de EEUU (DIA), informó al Ejército libanés de que Al Majed había sido ingresado de forma secreta en el hospital Makased en Beirut para someterse a diálisis. El Ejército libanés lo localizará y lo arrestará. Días después, los saudíes anunciaban aquella ingente donación al tiempo que Líbano daba a conocer la muerte del terrorista[21]. Su cuerpo fue trasladado a Arabia Saudí. Mientras, Irán pide explicaciones sobre la sospechosa muerte del terrorista, aunque el presidente Hasan Rohani (que trata de mejorar sus relaciones con Riad) lo deja pasar.

El asunto no acaba ahí. Ghazanfar Roknabadi, que durante aquel atentado fue embajador de Irán en Beirut y uno de los blancos de los terroristas, desapareció en 2014 en Arabia Saudí, durante la peregrinación a La Meca. En este evento religioso perderían la vida aquel año unas 3.000 personas por la ola de calor y la falta de medidas necesarias para proteger a los peregrinos. En un primer momento el canciller iraní, Mohamad Yavad Zarif, quiso plantear su desaparición ante las Naciones Unidas y la Cruz Roja Internacional. Paralelamente, la prensa iraní insinuaba que el diplomático había sido secuestrado por los servicios de inteligencia saudíes para extraerle información sobre las actividades de Irán en el Líbano, relacionando el secuestro con la muerte repentina de Al Majed. En una contraofensiva informativa, Riad reveló que nadie con este nombre había solicitado visado de entrada al país y acusó a Irán de haberlo enviado con un pasaporte falso para una misión secreta. Tras realizar la prueba de ADN,

su cuerpo fue localizado y entregado a Irán, concluyendo que Roknabadi había sido uno de los cerca de 900 peregrinos que perdieron la vida en una estampida durante la celebración. El líder supremo de la RII, el ayatolá Jamenei, culpó a Riad por su mala gestión de los lugares santos del islam mientras que Arabia Saudí acusó a los peregrinos iraníes de provocar la tragedia.

Dentro de la misma estrategia de debilitar la economía libanesa, Arabia Saudí, Baréin y los Emiratos Árabes Unidos han pedido a sus ciudadanos que no viajen al Líbano, para así asestar otro gran golpe a la industria turística del país. Los turistas ricos de los Estados árabes del golfo Pérsico representaban el 7,5 por 100 del PIB del país en 2010. La presión no se queda ahí, Arabia Saudí amenaza con retirar sus fondos de los bancos y las inversiones y expulsar a miles de trabajadores libaneses de los países del golfo Pérsico, que ya no sólo privarán al país y a sus familias de recibir las remesas, sino que aumentarán la gruesa fila de los parados del Líbano, agravando su crisis económica. La estrategia es doblemente perversa si se tiene en cuenta que Arabia Saudí es el garante de la deuda libanesa, que ronda los 70.000 millones de dólares.

Queriendo dar la puntilla a Líbano, Arabia Saudí declarará «organización terrorista» a Hezbolá desde el Consejo de Cooperación del Golfo y la Liga Árabe. Mediante esta línea política, trata de aislar a Hezbolá y avisar de los costes asociados que implicaría permitir que el grupo chií tome mayor poder. El mensaje va dirigido a la Alianza 14 de Marzo: ha llegado el fin de las ayudas sin recompensa. A partir de ahora, si los suníes libaneses quieren dinero y patrocinio de Riad, deben cumplir con un objetivo: destruir a Hezbolá y expulsar a Irán del Líbano. Cabe aclarar que Riad ayudaba a una elite corrupta e inútil y no al pueblo libanés.

Tanto Francia como EEUU, que aprobó la Ley de Prevención de Financiación Internacional de Hezbolá en 2015, criticaron estas medidas pensando en las pérdidas que podrían suponer para las arcas de sus industrias militares; además, suponía dar otro campo abierto a Irán nada menos que en la frontera de Israel. Por otra parte, pretender reducir el peso de Hezbolá en la política libanesa y, por ende, el de Irán implicaba ignorar que el Gobierno libanés carece de capacidad para marginar a la poderosa organización chií. Encantada por el cariz de la situación, el 30 de septiembre de 2014 la República Islámica de Irán ofrecerá al Ejército

libanés material militar adecuado para hacer frente a la amenaza del Estado Islámico, aunque sin especificar el tipo ni el monto de dichos materiales.

El resultado de la guerra de Siria afectará sin duda al futuro de Hezbolá. Para estrechar el cerco alrededor de la organización chií, Israel y Arabia Saudí intentarán invalidar cualquier plan de paz consensuado para Siria y arrastrar a Irán al conflicto del Líbano, saboteando el acuerdo nuclear que firmó con las potencias internacionales y la ONU en julio de 2015.

El acuerdo alcanzado por Hezbolá con el magnate suní Saad Hariri (y ciudadano asimismo de Arabia Saudí) para consensuar el nombramiento del general cristiano Michel Aoun, de 81 años, como presidente de Gobierno disgustará enormemente a Arabia Saudí. Hariri, que antes de este acuerdo era director de la gran compañía de construcción Saudi Oger, será destituido por Riad, quien le recuerda además que cinco miembros de Hezbolá han sido acusados por un tribunal respaldado por la ONU del asesinato de su padre.

Como escenificación del triunfo de Irán en el Líbano, el 7 de noviembre de 2016 Aoun recibía en el palacio presidencial al canciller iraní, Mohamad Yavad Zarif, siendo el primer político extranjero en reunirse con el nuevo presidente.

La locura del cambio de alianzas políticas entre los jefes de las comunidades religiosas está servida. Los maronitas han sido tradicionalmente el sector social más rico de la población, han contado con respaldo económico suficiente desde la fundación del Estado, con armas francesas y con el apoyo de figuras como el señor Aoun, principal guardián de los intereses del imperialismo francés en el Líbano y jefe del mayor partido cristiano libanés. Aoun es el mismo que en 1990, perseguido por las tropas sirias, se refugió en la embajada francesa en Beirut y desde ahí comenzó un exilio que finalizó en 2005, cuando el ejército sirio fue expulsado. Hoy, este cristiano maronita es aliado de Siria, Irán y Hezbolá, es decir, opuesto al orden que EEUU y sus aliados quieren poner en la región.

El Líbano es la muestra perfecta de cómo las fuerzas reaccionarias nacionales, regionales y mundiales han conseguido convertir la lucha de clase en una lucha sectaria. Los trabajadores y los pobres de todas las religiones y etnias necesitan una clara política de clase propuesta por líderes de izquierda capaces de no dejarse arrastrar por la idea de la «hermandad

religiosa» (que empuja a la población a los brazos de su burguesía) o las perniciosas alianzas que facilitan las guerras y los abusos del poder. Sin embargo, ni siquiera el Partido Comunista libanés plantea salidas desde una perspectiva de clase, por el contrario, en alianza con Hezbolá, un partido de hombres religiosos de derecha, participa en la fragmentación de los trabajadores libaneses y palestinos.

Con todos estos ajustes, desajustes y reajustes, el Líbano es, por el momento, un satélite iraní; sus políticos son en su mayoría corruptos, incompetentes y fieles a intereses extranjeros y el Estado no tiene ni la voluntad ni la capacidad para controlar las influencias extranjeras, destructivas para la sociedad libanesa. Entre unos y otros intereses se ha convertido al Líbano en otro campo de batalla regional candidato a ser denominado «Estado fallido», lo que facilita la reconfiguración del mapa de la región por parte de las potencias regionales y mundiales. Los intereses enfrentados de Arabia Saudí e Irán desestabilizan aún más el delicado equilibrio político y sectario de un país que parece tener su capital más entre Teherán y Riad que en Beirut.

[1] «Religions in Lebanon», *The Global Economy.com*, 2 de abril de 2015, disponible en [http://www.theglobaleconomy.com/Lebanon/]; y «Religious Composition by Country, 2010-2050», *PewResearchCenter.* 2 de abril de 2015, disponible en [http://www.pewforum.org/2015/04/02/religious-projection-table/]; «The changing religious composition of Lebanon», *Popline,* 1985, en [http://www.popline.org/node/406190]; y CIA, *The World Factbook,* «Lebanon», en [https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/le.html].

[2] Más información disponible en [http://ketabestan4u2iran.blogfa.com/post/45].

[3] M. Kramer, «Syria's Alawis and Shi'ism», en *Shi'ism, Resistance, and Revolution,* ed. de M. Kramer, Boulder (Colorado), Westview Press, 1987, pp. 237-254.

[4] Véase [http://www.druzestudies.info/index.php/druzes].

[5] El apellido Jumbalat, es posiblemente la deformación del término «Jan Pulad», que en persa significa «cuerpo de acero», como Stalin en ruso. En la provincia Fars de Irán hay familias con este apellido.

[6] «¿Es legítimo casarse con los miembros de los drusos?», disponible en [http://www.islamquest.net/fa/archive/question/fa52264].

[7] Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán (OPEMAM), disponible en [http://www.opemam.org/node/976].

[8] En árabe, *Afuaj Muqauama al Lubnania.*

[9] Véase «History of Iran: Dr. Mohammad Mosaddeq Symbol of Iranian Nationalism and Struggle Against Imperialism», disponible en [http://www.iranchamber.com/history/mmosaddeq/mohammad_mosaddeq.php].

[10] «Palestinians and the Assad regime: for history and generations to know», 8 de julio de 2014, disponible en [https://www.middleeastmonitor.com/articles/middle-east/12640-palestinians-and-the-assad-regime-for-history-and-generations-to-know].

[11] S. J. Sosebee, «13 Years After Massacre, Beirut's Palestinians Are Still Under Siege», *Washington Post Report,* octubre de 1999, disponible en [http://www.wrmea.org/1995-october-november/13-years-after-massacre-beirut-s-palestinians-are-still-under-siege.html].

[12] A. Abu Amer, «Un campamento de refugiados palestinos en el Líbano se convierte en campo de batalla por el conflicto entre Fatah y los islamistas», *Arabia Watch,* 8 de septiembre de 2015, disponible en [http://arabia.watch/es/sept2014/mainstream/2845/Un-campamento-de-refugiados-palestinos-en-el-L%C3%ADbano-se-convierte-en-campo-de-batalla-por-el-conflicto-entre-Fatah-y-los-islamistas.htm].

[13] General Wesley Clark y A. Goodman, «Global Warfare: We're going to take out 7 countries in 5 years», *Global Research,* 14 de mayo de 2016, disponible en [http://www.globalresearch.ca/we-re-going-to-take-out-7-countries-in-5-years-iraq-syria-lebanon-libya-somalia-sudan-iran/5166].

[14] UNDP, «Rapid Poverty Assessment in Lebanon for 2016», disponible en [http://www.lb.undp.org/content/lebanon/en/home/Response_to_the_Syrian_Crisis/successstories/Rapid-Poverty-Assessment-in-Lebanon-for-2016.html].

[15] M. G. Prieto, «La nueva guerra entre el Líbano e Israel se libra debajo del mar», *Periodismohumano.com,* 14 de julio de 2011, disponible en [http://www.palestinalibre.org/articulo.php?a=33163].

[16] «Nasralah califica de constructivo resultado de diálogos Irán-G5+1», disponible en [http://www.hispantv.com/noticias/energia-nuclear/52625/nasrola-califica-de-constructivo-resultado-de-dialogos-iran-g51].

[17] K. Gebara, «The Syrian Crisis & its Implications on Lebanon: Social, Economic, Political and Security Challenges an Potential Solutions», *Université Saint Joseph,* 9 de marzo de 2015, disponible en [http://www.sciences-po.usj.edu.lb/pdf/The%20Syrian%20Crisis%20%20its%20Implications%20on%20Lebanon%20-%20Khalil%20Gebara.pdf].

[18] «The Impact of the Syrian Conflict on Lebanese Trade», The World Bank, abril de 2015, disponible en [http://www.worldbank.org/en/country/lebanon/publication/the-impact-of-the-syrian-conflict-on-lebanese-trade].

[19] Sobre la naturaleza de estas protestas, véase el capítulo IX.

[20] Ibrahim al-Amin, «Don't Let Majed al-Majed Be Killed», 4 de enero de 2014, disponible en [http://english.al-akhbar.com/node/18117].

[21] *Ibid.*

VII
BARÉIN

AQUÍ, UNA MINORÍA SUNÍ GOBIERNA A UNA MAYORÍA CHIÍ

«Entre mares», eso significa Baréin en árabe, aunque hay estudiosos que afirman que la palabra procede del término persa *«bahareineh gan»*[1] («primaverales»), nombre de una antigua localidad iraní del golfo Pérsico cuyos habitantes emigraron a este archipiélago, compuesto por 33 pequeñas islas.

En este estado semiteocrático suní, habitan 1,33 millones de personas (según el censo de 2013), en su mayoría chiíes. A pesar de ello, este estratégico reino, que alberga la Quinta Flota de EEUU en sus aguas, está gobernado por una minoría suní. Quizá tenga algo que ver el hecho de ser vecino de un país suní como Arabia Saudí, pero lo cierto es que, de los cerca del 80 por 100 de la población que se declaran musulmanes, alrededor del 65-70 por 100 son chiíes duodecimanos y septimano-ismailitas, de origen árabe-iraní y pakistaníes. El resto de ese porcentaje se declara suní wahabí o *ekhevani,* nombre árabe de los Hermanos Musulmanes, a la que se suma el 9 por 100 de cristianos, en su mayoría inmigrantes, y un 11 por 100 distribuido en varios credos, entre otros el hinduismo y el judaísmo.

El hecho de que el 55 por 100 de la población sean personas emigradas al archipiélago llena de matices esta distribución. La población bareiní nativa (árabe-chií) ha tenido que aprender a convivir en minoría con los ayam, que son los iraníes chiíes de habla persa que se instalaron en la isla hace varios siglos y los que eligieron este destino tras la fundación de la República Islámica de Irán en 1978; con los hules, que son iraníes suníes; los naydíes, árabes suníes originarios de Néyed; con urbes de Arabia Saudí, con los bonyan, indios hinduistas… además de filipinos católicos, bengalíes y pakistaníes de diversos credos.

A esta suma de factores se une otra particularidad: los hombres bareiníes, al igual que los de otros países de la zona, suelen viajar a Irán en busca de una esposa «blanca», por lo que existe una gran comunidad de mujeres de origen persa en este país. Al mismo tiempo, miles de hombres iraníes iban (y van) a Baréin para encontrar un trabajo bien remunerado, lo que los convierte en una nutrida población flotante.

El hecho de que Baréin sea el único país musulmán del mundo gobernado por una minoría suní a pesar de tener una población mayoritariamente chií es una paradoja que resume su historia.

Los lazos históricos de Baréin con Irán, separados apenas por 768 kilómetros, se remontan a antes de la invasión árabe-musulmana a Persia en el siglo VII. Su territorio formaba parte del Imperio persa desde los reyes sasánidas (224-651 d.C.), hasta que, con la caída del Imperio, junto con otras islas situadas en el golfo Pérsico, fue conquistado por colonos árabes. Después de que transcurriera toda la Edad Media bajo dominio árabe, en 1522 los marineros portugueses ocupan las islas, y harán de Baréin un enclave comercial durante décadas hasta la llegada de los Safávidas al poder en Irán. Tras declarar el chiismo como la fe oficial del Estado, el Imperio safávida (1501-1722) se lanzó a recuperar las tierras iraníes que habían sido ocupadas por los países vecinos y en 1602 expulsa a los portugueses y recupera Baréin. Pero, la disputa de ambas potencias regionales y mundiales por esta isla no cesa. El geógrafo alemán Carsten Niebuhr, en la expedición financiada por el rey de Dinamarca, tuvo la oportunidad de observar que aquella inestabilidad histórica había llevado a Baréin a un colapso demográfico, de modo que en 1763 el número de pueblos y aldeas, unos 600, se había reducido a 360.

Irán perderá Baréin a finales del siglo XVIII, centrado como estaba en la conquista de Afganistán, lo que no supondrá reducir la presencia en la zona al menos en lo que se refiere a la población, pues llegarán a la isla, en busca de un mejor destino en el golfo Pérsico, los llamados huwalas[2], emigrantes afroiraníes en su mayoría suníes cuyo nombre, «huwala», hacía referencia a «los que en la calle hablan árabe y en casa persa».

En 1783 la tribu árabe de Al Jalifa, que se había instalado en la isla a principios de siglo, aprovecha la debilidad iraní para apropiarse de las tierras de los chiíes indígenas, a quienes convertirá en sus campesinos. Esta familia suní, que todavía hoy dirige Baréin, lo declaró independiente de

Persia en 1830. Sin embargo, el acoso de los ingleses es tal que en 1860 el emir Al Jalifa envía una carta al rey de Irán, Naseredin Sah Kayar (1831-1896), pidiéndole protección frente a las tropas británicas, entonces dirigidas por el coronel Lewis Pelly. Este monarca vividor y despreocupado no tiene capacidad para mantener la integridad territorial del propio Irán (sin ir más lejos, en 1826 los rusos zaristas ya le habían conquistado el Cáucaso Sur –hoy Georgia–, Armenia y Azerbaiyán), de modo que dejará que Baréin se convierta en una colonia-protectorado de la corona inglesa, al margen de quién esté oficialmente al frente del Gobierno.

EL TORTUOSO CAMINO HACIA LA INDEPENDENCIA

En 1882 un mercader iraní llamado Ali Kazim Bushehri funda en Baréin un centro religioso desde el que organizar procesiones y ceremonias religiosas chiíes. Su deseo resultó muy fructífero: 30 años después, en 1910, la comunidad iraní tenía la suficiente presencia en el país como para que fundara una escuela, Al Ittihad, en la que se enseñaba persa a los hijos de los compatriotas emigrados. La vida en el interior del país va creando los senderos de un destino que no está del todo en sus manos. El pulso entre Gran Bretaña y el Gobierno otomano marca los itinerarios, sus dirigentes impiden que Baréin goce de una verdadera autonomía y al mismo tiempo son incapaces de tomar las riendas. Conscientes del desgaste, ambas potencias firmarán en 1913 un acuerdo por el que reconocen la independencia de Baréin. En realidad el país continuó siendo un protectorado británico; de hecho, cuando en 1927 el rey Reza Pahlevi tantee la obtención del dominio legal sobre la isla y solicite a la Sociedad de Naciones la devolución de Baréin, quienes saltarán de su silla serán los británicos y no los bareiníes. Como respuesta, Gran Bretaña aumentará su presencia militar en el golfo Pérsico, lo que provocará que los árabes vuelvan a reivindicar la soberanía de la isla.

Por supuesto, el Gobierno británico no dará su brazo a torcer, sobre todo cuando en 1932 se descubra petróleo bajo el suelo de Baréin. Sin perder tiempo, enviará la British Royal Navy a Oriente Medio, que alcanzará la isla desde el puerto iraní de Bushehr y apartará al rey. Baréin volvía a ser oficialmente británica. Esto no hará más que encender los ánimos

panarabistas; de ahí que en 1950 los líderes del movimiento del Comité Nacional de la Unión, compuesto por suníes y chiíes, desafiaran a los colonialistas británicos. Enardecidas por el avance del nacionalismo árabe, las fuerzas progresistas bareiníes, al igual que sus colegas en toda la región, defenderán que la descolonización del país democratizará la vida política, condición necesaria aunque en absoluto suficiente, tal como quedará demostrado con el paso del tiempo. La iniciativa fracasa y sus líderes serán detenidos o deportados, ese será el verdadero resultado.

A pesar de todo, la izquierda bareiní había cobrado fuerza. Entre 1954 hasta 1956 el Comité Nacional de la Unión (CNU), un movimiento anticolonialista asociado con los sindicatos obreros de la industria petrolífera, conseguirá que los caballerosos británicos pierdan los modales y tomen decisiones abiertamente reaccionarias: declararán ilegal al partido, detendrán a sus líderes y los encarcelan. Charles Belgrave, quien había gobernado hasta ese momento Baréin con mano de hierro fomentando el odio religioso, daba ahora un giro de rosca más y aplastaba al CNU sin disimulos. El CNU no tendrá más remedio que continuar su actividad en la clandestinidad.

A pesar de todo, el proletariado bareiní se había puesto en marcha y no iba a ser fácil de contener. En medio de una fuerte agitación social había nacido el Frente de Liberación Nacional de Baréin (FLNB), un partido marxista-leninista que simpatizaba con el movimiento del nacionalismo árabe. Fundado en 1955 con la colaboración del Partido Tudeh de Irán (comunista), será el primer partido de izquierdas en los países árabes del golfo Pérsico y formará parte de las reivindicaciones independentistas que recorren las calles del país.

Mientras, Irán sigue reivindicando la soberanía de la isla. De forma unilateral el sah Mohamad Reza Pahlevi declarará Baréin como la decimocuarta provincia de su reino en 1957; para formalizar esta decisión, el Parlamento le asignará dos escaños. Por supuesto, la ira de Gran Bretaña se enciende y contagia a Arabia Saudí y también a los líderes de Baréin, que para hacer frente al expansionismo iraní fortalecerán sus lazos con árabes y occidentales. Para el régimen de Al Jalifa es también una oportunidad para eliminar a sus opositores, acusándolos de ser agentes de Irán, incorporando esta persecución como parte de su política de «desiranización» de Baréin, medida que irá acompañada de la contratación de miles de trabajadores

árabes-suníes y de otras nacionalidades en la isla con el fin de introducir un cambio demográfico. La tarea de borrar la huella iraní será ardua, no hace falta más que recordar que el nombre de decenas de aldeas, ciudades, ríos, etc., son persas: Daih («aldea»), Karrana («orilla») o Samaheej («tres peces»).

Los británicos no se arredran e insisten en tratarla como su protectorado. La ciudadanía de Baréin es el eje de una rueda de tres radios formada por Gran Bretaña, Irán y los Al Jalifa. Sus intereses opuestos sobre la propiedad del territorio no serán óbice para que sus mandatarios establezcan alianzas ante un enemigo común: los partidos progresistas bareiníes, que podrían romper el juego. En 1958 es asesinado en Teherán Hasan Nezam, uno de los fundadores del FLNB, y cuadro regional del Tudeh en la provincia iraní de Juzestán. Su vida es segada por el SAVAK[3]. En 1964 el comunista armenio iraní, Erik Mansurian, es secuestrado y asesinado por sus contactos con la izquierda bareiní[4]. Durante la década de 1960, ambas formaciones dirigirán desde la clandestinidad, las protestas ciudadanas en pro de la democracia, luchando contra el colonialismo británico y el despotismo iraní.

Esta sangría con cuentagotas, que exigía la colaboración de los países en litigio, se potenció con una política represiva contra la población, que también se llevará a cabo de manera consensuada. En 1965, la huelga de los trabajadores de la Bahrain Petroleum Company (que duró un mes) terminaba con la detención de cientos de trabajadores. Con la represión ganaban tanto los británicos como los gobernantes de Baréin, dispuestos como estaban a hacer desaparecer cualquier vestigio progresista. Un año después, Londres enviará al coronel Ian Stuart McWalter Henderson (1927-2013) para organizar los servicios de inteligencia bareiníes. Este militar pasará a la memoria colectiva de la población isleña con el merecido apodo de el Carnicero de Baréin por sus torturas y asesinatos contra los activistas nacionalistas y las fuerzas de izquierda. Como responsable de la Dirección General de Investigaciones y de Seguridad del Estado de Baréin entre 1966 y 1998, será el encargado de sofocar con extrema dureza las manifestaciones populares que se realizaron en 1967 contra la reubicación de las bases navales británicas. Aquel era el año en el que los árabes habían sido derrotados en la guerra contra Israel y, en consecuencia, los ingleses

habían decidido mover su principal base naval en Adén (capital de Yemen) hacia Baréin.

Por su condición de colonia en litigio, los destinos de la población de la isla se verán afectados directamente por decisiones de carácter internacional durante decenas de años. Sin ir más lejos, el hecho de ser el principal problema entre el Irán del sah y los árabes marcará el apoyo que reciban de sus gobernantes. En 1967, Pahlevi anulará su visita oficial a Arabia Saudí porque una semana antes los saudíes habían recibido al jeque Isa bin Salman al Jalifa en calidad de jefe de Estado de Baréin.

Perversamente, las potencias coloniales serán las que decidan conceder la oportunidad de expresarse a la población de la isla, y lo harán a su manera. En 1970, con la mediación de la ONU, Irán y Gran Bretaña acuerdan celebrar un plebiscito en Baréin, para determinar el futuro político de la isla. Después de realizar un sondeo de opiniones, el representante de la ONU, Vittorio Winspeare Guicciardi, redactará un informe (registrado con el número 9772) en el que se afirma que la mayoría absoluta del pueblo de Baréin exige la independencia completa de su país. En realidad lo que se pretendía era desvincularla «oficialmente» de Irán de modo que pasara a estar bajo el mando exclusivo de Occidente, una intención que no pasó desapercibida para las fuerzas de oposición democrática iraníes, que acusarán al régimen del sah de ser un «tigre de papel» por haber cedido Baréin a Gran Bretaña y EEUU. Estas acusaciones se confirmarán cuando, en 1971 el sah de Irán se rinda ante EEUU y Gran Bretaña, renuncie a la soberanía de Baréin y reconozca al jeque Isa al Jalifa como rey del nuevo Estado.

Aquel mismo año los británicos abandonarán la isla. El FLNB, liderado por Ahmed Thawadi (1937-2006), celebrará la independencia formal de Baréin de Gran Bretaña, que va acompañada por la instauración del primer Parlamento en Baréin y su primera Constitución en 1973. El pueblo tomaba las riendas de aquella independencia programada por las potencias extranjeras. La confianza de los trabajadores otorgará a FLNB el 40 por 100 de los escaños, lo que suponía tener 8 de los 20 diputados que son elegidos; a ellos añadirá otros 20 designados por el monarca en las elecciones del 1974. Esta toma de poder producirá un *shock* en Washington y Londres, que cortarán por lo sano apoyando a Al Jalifa en todas sus decisiones: cuando en 1975 decida disolver el Parlamento, suspender la Constitución, declarar

ilegal al FLNB y detener y perseguir a sus líderes y miembros. La naturaleza reaccionaria del régimen se multiplicaba a medida que se acercaba a la dictadura de Arabia Saudí, deshaciendo lo que hasta entonces era una de las señas de identidad de Baréin frente a otros países de la zona: la ciudadanía tenía derecho a voto, aunque en las elecciones sólo los hombres podían votar y ser votados.

UN CARAMELO EN LA BOCA DE MUCHOS

Las presiones de Londres a Teherán para que Baréin renunciara a su soberanía coinciden con la llegada del imperialismo estadounidense al golfo Pérsico, haciendo evidente que la sociedad bareiní asiste a un cambio de guardia en la zona. No hará falta mucho tiempo para que EEUU instale una base militar en la isla creando un nuevo eje de poder. Acercarse a él implica también crear nuevas amistades en la zona. El acercamiento de la monarquía bareiní a la de Arabia Saudí será tal que en 1986 la isla se unirá físicamente a aquella potencia con un puente de 28 kilómetros llamado Calzada del Rey Fahd, el mismo pasillo que permitirá a los tanques saudíes entrar en Baréin y aplastar su Primavera en 2011. Aquel año en el que Baréin fue aplastado por Arabia Saudí, decenas de sus líderes y activistas clandestinos fueron detenidos y varios de ellos asesinados a causa de las brutales torturas. Los que sobreviven son condenados a largos años de prisión. La organización es desmantelada.

Este cambio de aires supondrá, evidentemente, que Baréin se separe más y más de Irán. En 1981 acusaría a este país vecino de estar detrás de un intento de golpe de Estado en la capital, Manama. Para Al Jalifa la RII también estará detrás de los disturbios que sucederán durante la década de los noventa.

Las nuevas lealtades harán que en enero de 1991 Baréin participe en la Operación Tormenta del Desierto, lanzada por EEUU y sus socios contra Iraq, como sede de la Quinta Flota de EEUU. Esta manifestación de lealtad será enseguida correspondida: en julio, la Corte Internacional de Justicia (CIJ) de La Haya defendería la soberanía de Baréin sobre las islas Hawar, Fasht ad Dibal y Qitat Jaradah, que un día le arrebató Gran Bretaña y que en ese momento disputaba con Qatar. Estos premios exteriores son

contestados con protestas interiores, la ciudadanía mostraba su visceral desacuerdo ante la decisión del Gobierno de atacar a países «musulmanes» como Iraq, amenazar a Irán y agredir a la clase trabajadora, a quienes discriminaba por su fe chií. La dura persecución contra las fuerzas de izquierda y la tolerancia del régimen hacia las organizaciones islamistas de derechas harán que la brecha religiosa sea cada vez más profunda.

Las potencias extranjeras observarán estas confrontaciones con interés, buscando cómo sacar el mejor provecho de la situación. En 1994 el jeque Ali Salman, clérigo chií, es detenido y liberado poco después; nada más poner un pie en la calle conseguirá asilo político en… Gran Bretaña. Ese mismo año cientos de trabajadores se sentarán pacíficamente frente al Ministerio de Trabajo en protesta por la creciente tasa de desempleo, que había llegado al 15 por 100. Aquella sublevación popular era la más grande de la historia del país hasta entonces; las fuerzas de izquierda, liberales e islamistas se habían unido para exigir, además, reformas democráticas… Los dirigentes de Baréin tomarán una decisión firme: reprimir y asesinar. Morirán cerca de 40 personas, algunas bajo tortura.

La influencia de EEUU es tal que, ante su necesidad de garantías sobre la estabilidad política del país, el emir incluirá a cinco varones chiíes en el gabinete ministerial en 1995, una operación de maquillaje que no cambia ni la discriminación de los chiíes ni acaba con las manifestaciones ni la persecución y detención de sus activistas. De hecho los chiíes seguirán siendo acusados de ser la quinta columna de Irán; con tal argumentación, se detendrá al jeque Abdul Amir al Jamri, clérigo chií, y se acosará al Hezbolá de Baréin bajo la acusación de haber planeado el atentado que sacudió el barrio comercial de Manama en enero del 1996.

En 1999 el rey Isa abdica en su hijo, Hamad bin Isa, y este sube al trono cumpliendo el ritual propio de los príncipes herederos: prometer reformas políticas y sociales para luego no cumplirlas. Promulgará unas limitadas reformas como la formación de sindicatos, partidos y un nuevo Parlamento, estos cambios permitirán que, por arte de magia, la mayoría de los diputados de un país de mayoría chií sean suníes. Las cuentas no salen y esto provoca nuevas protestas (aunque intermitentes) en las que se acusará al Gobierno de fraude electoral. La ley hacía evidente que ser mayoría no significaba tener poder, la normativa impedía a la población chií (es decir,

la mayoría de los bareiníes) ejercer profesiones relacionadas con el poder político, el militar y las fuerzas de seguridad de Estado.

Obviamente ni todos los suníes son ricos ni los chiíes son pobres, de hecho hay poderosos y funcionarios gubernamentales de alto rango que son chiíes, pero es pertinente no olvidar que las fuerzas armadas son uno de los estamentos donde tradicionalmente los hijos de los pobres suelen conseguir una seguridad laboral que les permita ascender socialmente. Impedir el acceso a la carrera militar a los chiíes los dejaba en el callejón sin salida de la pobreza. En este país sin grandes reservas de petróleo, cuya economía depende de los beneficios de la especulación financiera y el turismo procedente de los países árabes y de Occidente, los escasos puestos de trabajo solían ofrecerse a los fieles suníes. Una vez más, la guerra se convertía en un privilegio para los pobres, daba de comer a miles de personas mientras segaba la vida de otras en cifras que nunca son proporcionales.

Los suníes en general, y los de la escuela salafista wahabí en particular, no consideran musulmanes a los chiíes. Les llaman *munafiquin* («hipócritas», quienes enarbolan el Corán para aparentar pero que en realidad son incrédulos, o *«kafar»*), de ahí que les consideren una amenaza mayor que los enemigos no musulmanes. Que Alá haya dedicado el versículo 63 entero a los *munafiquin* y apunte que les ha guardado el lugar más temible del infierno lo dice todo. El jeque Adel al Muwda, segundo vicepresidente del Parlamento hasta el 2002 y exlíder del partido salafista Asalah («reforma»), ha llegado a decir oficialmente que los chiíes «justifican en sus libros la matanza de los niños e incluso la violación a las mujeres». En su interesada acusación Muwada oculta que Al Qaeda, los talibanes y el Estado Islámico (todos salafistas y wahabíes) y el propio ejército de Baréin y de Arabia Saudí habían cometido estas mismas atrocidades en Yemen, donde sus cazabombarderos habían matado a un mínimo de 394 niños en apenas 5 meses, de marzo de 2015 al 13 de agosto del mismo año, según la Unicef[5]. Parece que nadie tiene la exclusividad de cometer barbaries. Quizá sea este un buen momento para recordar que este tipo de violencia no es exclusiva de los chiíes, tanto la Biblia como el Corán (libro compartido por todas las corrientes del islam) legitiman estos actos violentos cuando se trata de derrotar al enemigo, de ahí que consideren a las mujeres como botín

de la guerra. Sirvan como ejemplo los versículos expresados en Deuteronomio 20:12-14 (Biblia) y en el Corán 33:50.

En 2001, el emir continúa con sus falsas reformas: convierte formalmente a Baréin en una monarquía constitucional, concede la amnistía a un nutrido grupo de prisioneros, los exiliados regresan a casa… La nueva Carta Nacional otorga a la mayoría de la población chií menos poder político de lo que esperaban; la Cámara Alta presencia el nombramiento de mujeres, de tecnócratas e incluso de un representante judío, ninguno de los cuales habría sido elegido con una política sectaria… Se trata de reformas que nada tienen que ver con intereses progresistas sino con un taimado juego de estrategias en el que las elites siempre deben salir ganando. Al año siguiente, reduce aún más las facultades de la Cámara Baja para evitar que entren los opositores. La respuesta de la población chií, que no de sus partidos, fue boicotear las elecciones legislativas del mismo año.

A pesar de que el rey Isa al Jalifa permitía el regreso de los exiliados desde el año 2000, el FLNB había decidido mantenerse en la clandestinidad y favorecer la creación de la Asociación Democrática de la Tribuna Progresista (PDTA) junto con otras organizaciones progresistas. En las elecciones parlamentarias de 2002, la elite gobernante facilitó que los partidos de derecha chiíes y suníes ocuparan los escaños del Parlamento y así desalojar a los marxistas y liberales de la PDTA. Esta asociación había conseguido tres diputados en las elecciones y la vicepresidencia del Parlamento, asumida por el presidente de la Coalición Bareiní de la Corte Penal Internacional (BCICC), Abdulhadi Marhoon.

Aquel mismo año, tras saltar la noticia de que Irán tenía instalaciones nucleares secretas, el rey de Jordania había advertido a los países suníes de la zona que la fuerza del «arco chií», que según él empieza en el Líbano, pasa por Siria, Iraq, Yemen e Irán y termina en Baréin, era un peligro ante el que tomar drásticas medidas. Esta alarma hace que las sensibilidades antichiíes y antiiraníes de los jeques bareiníes estén a flor de piel, lo que hace aún más incómoda la nueva composición parlamentaria. Sin duda, la injerencia de la República Islámica de Irán y de Arabia Saudí fue decisiva para la derechización-religionización de la vida parlamentaria de Baréin.

LAS MUJERES, LOS CHIÍES Y LA APOTEOSIS DE LOS EXCLUIDOS

Las reformas realizadas entre el 2000 y 2005 habían convertido al emir en un rey semiabsolutista. Los partidos políticos estaban prohibidos, aunque se les permitiera funcionar como asociación, esta fórmula generó grandes divisiones en el seno de los partidos: ¿Debían aprovechar la oportunidad o neutralizar la trampa del rey y seguir en la clandestinidad? La posibilidad de presentarse en las elecciones parlamentarias de 2006 hará que el partido derechista chií Al Wefaq se escindiera, dando lugar al Movimiento Haq (Movimiento de Justicia para la Libertad y la Democracia).

Para ganarse a la opinión pública en 2004 el Gobierno nombró, por primera vez en la historia del país, a una mujer como ministra, la doctora Nada Hafadh. El nombramiento será un golpe moral a los partidos islamistas misóginos de oposición. Hafadh ocuparía la cartera de Sanidad; un año después, la doctora Fatima Albalushi la acompañaría en el gabinete de Gobierno al convertirse en ministra de Desarrollo Social. Habrá una tercera, la cristiana Alees Samaan, a quien se designaría como presidenta del Parlamento. En 2006, la abogada y jequesa Haya bint Rashid al Jalifa será elegida para presidir la Asamblea General de la ONU, convirtiéndose en la primera mujer de Oriente Medio y la tercera en la historia en asumir este cargo.

Todas ellas adquirían un sillón en espacios de poder sin que nada cambiara en el estatus de «subgénero» de las mujeres del país derivado del sistema patriarcal y de las medievales leyes de la ley islámica. Estos gestos los hacía también el sah: su hermana gemela Ashraf fue representante de Irán en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU entre 1965 y 1979, para aparentar una modernidad estética que pasaba por encima de la realidad más dura: sus 40.000 presos y presas políticos que estaban sufriendo las torturas del SAVAK mientras la ley prohibía todo tipo de libertades políticas.

La verdadera mirada del régimen hacia la mitad de la población se revelaría en las revueltas del 2011, cuando decenas de ellas fueron golpeadas, detenidas, agredidas sexualmente, amenazadas de violación y condenadas a años de prisión. Rula al Safar, presidenta de la Sociedad de

Enfermería de Baréin, y Yalila al Salman, vicepresidenta de la Asociación de Profesores de Baréin, fueron juzgadas por un tribunal militar acusadas de «pedir el derrocamiento y el cambio de régimen por la fuerza»[6]. La activista Maryam al Khawaja denunciaría que «desde 2011 más de 50.000 personas han estado entrando y saliendo de la cárcel, y alrededor de 3.000 de ellas aún siguen en prisión, recibiendo palizas y torturas». Ella formó parte de ese río de dolor. Cuando estaba en la cárcel, la embajada británica en Baréin llamó por teléfono a su abogado y le ofreció la libertad de su cliente a cambio de su silencio, que no contara lo que había vivido, que no reflexionara sobre asuntos como que Baréin es uno de los clientes de las empresas armamentísticas británicas (en 2013, el rey Hamad visitó a David Cameron en Downing Street para discutir la venta de aviones de combate), que no se hiciera eco de la situación de la mujer en el país…

Baréin ocupa el puesto número 110 de 134 países en el Índice Global de la Brecha de Género (2013) a pesar de que ellas tienen el derecho legal de acceder a la educación y el empleo. En 2010, Alees Samaan se convierte en la primera mujer embajadora del país, que además pertenece a una minoría religiosa, en ocupar este puesto. Dos años antes, una mujer judía, Huda Nonoo, fue designada para ser la máxima responsable de la embajada de Baréin en Washington. Son victorias extrañas, pues la igualdad de derechos no ha formado parte de las protestas bareiníes; por ejemplo, la sociedad islámica Al Asala, suní y conservadora, se niega tener a mujeres en sus listas electorales, al igual que otras agrupaciones islamistas.

Entre mujeres ricas y poderosas, ajenas al sufrimiento de las mujeres de las clases trabajadoras, está también Ghada Jamshir, nombrada en 2006 por la revista *Forbes* como una de las «diez mujeres más poderosas y eficaces en el mundo árabe». A favor de las separación entre la religión y el Estado, Ghada llegó a criticar la instrumentalización de los derechos de la mujer en sus negociaciones con la oposición islamista, sobre todo en la Ley de Familia, terreno que en la mayoría de los países de la región (no sólo musulmanes, también Israel) es el feudo de las fuerzas religiosas reaccionarias.

Para que una falsa promesa se desvele a veces no se necesita más que tiempo, por eso, entre 2007 y 2010 miles de manifestantes se lanzarán a la calle a reclamar, entre múltiples reivindicaciones, las promesas no cumplidas. El resultado electoral de 2006 no satisfacía ni siquiera a quienes

alcanzaron representación parlamentaria con la ayuda del emir. A pesar de la discriminación en la representación política de los chiíes, la Gobernación norteña del país (dominada por chiíes, con alrededor de 91.000 votantes) logrará enviar a nueve candidatos al Parlamento, mientras que la Gobernación meridional (dominada por suníes, con tan sólo 16.000 electores) elegirá a seis miembros. A pesar de todo, la administración se ponía en manos de la elite chií, un hecho que boicoteó el partido suní extremista de Al Wefaq, hasta el punto de que en la Cámara Baja se opondría dura y abiertamente a la simple presencia de los chiíes en esta institución. El veto a los chiíes era ya un hecho en las fuerzas armadas, el régimen prefería encargar la defensa del país y de la familia Al Jalifa a los mercenarios importados de otros países antes que a los miembros de esta corriente religiosa.

El 2007, Husein Sariatmadari, representante de Jamenei en el diario gubernamental iraní *Keyhan,* escribe un artículo en el que expresa la voluntad de los bareiníes de regresar a los brazos de «la madre patria iraní», razón por la que reclama la soberanía de Irán sobre la isla. Esto provocaría una furiosa reacción del Gobierno de Baréin.

Los observadores internacionales temen que, entre los iraníes y los bareiníes, aumente la inestabilidad en la zona y por ello comienzan a mover ficha en el tablero de la OTAN. Lo llamativo no es que los sucesivos ataques de los cascos azules en Libia, Iraq y Afganistán no provocaran la sublevación ni de los suníes del mundo ni de los chiíes, sino que el Parlamento de Baréin aprobara en diciembre de 2007 una resolución no vinculante que prohibía el uso del territorio del país para cualquier ataque contra Irán. El hecho de que Irán y Baréin se miraran con recelo no era óbice para rechazar que la isla sea ninguneada por las potencias extranjeras. Aun así las discrepancias continuaron; en febrero de 2009, el clérigo Nateq Nuri, expresidente del Parlamento de Irán, recordará con nostalgia a la exprovincia iraní, lo que forzaría al ministro de Exteriores iraní a ofrecer sus disculpas al Gobierno de Baréin por el «malentendido».

La zona es un hervidero. La población iraní salió a la calle en junio de 2009 para reclamar, bajo el nombre del Movimiento Verde, los derechos de ciudadanía. Se trata de un preludio de las Primaveras árabes que tendrá mucho impacto en Baréin, pues en ambos países la ciudadanía rechaza la

teocracia, sea en su formato del califato bareiní o de la república islámica iraní.

Las protestas ciudadanas se multiplicarán en varios países al mismo tiempo. Hosni Mubarak y Bin Ali, dictadores de Egipto y de Túnez, son derrocados, los peores vaticinios expresados por las potencias extranjeras parecen cumplirse.

EL INVIERNO SIEMPRE SE TRANSFORMA EN PRIMAVERA

El 14 de febrero de 2011, día de San Valentín en Occidente, las calles de Baréin amanecieron cubiertas de miles de personas coreando demandas de forma pacífica. El botón de esta multitudinaria flor de invierno se levantaba en la plaza de Al Lulu («perla») de Manama. Era la cúspide de dos décadas de discriminación, humillación y represión de los Al Jalifa hacia la mayoría de la ciudadanía. A pesar de ser el Estado más pequeño del golfo Pérsico (665 kilómetros cuadrados), las protestas fueron tan masivas que EEUU puso en alerta a miles de soldados que custodiaban la Quinta Flota del país para vigilar y controlar los intereses vitales e ilegales estadounidenses en el golfo Pérsico, en el mar de Omán, en el golfo de Adén y hasta en el mar Rojo.

El nerviosismo en el palacio del rey Hamad bin Isa Al Jalifa, también era indescriptible, tanto como en la casa de Saud, que vigilaba lo que era prácticamente su protectorado. La rebelión popular a la que asistían estaba formada por una población mayoritariamente chií que se levantaba frente a la elite suní que la gobernaba. Baréin fue la única monarquía árabe que hubo de enfrentarse a la sublevación de los ciudadanos durante las Primaveras árabes, como lo hicieron las seudorrepúblicas de Egipto, Túnez, Siria, Libia o Yemen. Lo que comenzó de forma pacífica y transversal se convirtió en el clamor de una multitud progresivamente más violenta y compleja, capaz de llenar las calles exigiendo reformas políticas, la reapertura del Parlamento, libertades políticas, empleo, vivienda, derechos iguales para los ciudadanos chiíes…

Todo parecía que avanzaba hacia el fin de la dictadura. La izquierda bareiní planteaba la formación de un frente compuesto por chiíes, suníes y laicos para fundar una república democrática. Los numerosos partidos en

los que se dividirán los chiíes reivindicarán el derrocamiento de la monarquía suní. Uno de esos grupos será Al Haq («justicia»), proscrito por promover el cambio del régimen. Otro será la Sociedad Islámica de Acción por Baréin, también ilegal, que sustituyó al pro iraní Frente Islámico para la Liberación de Baréin, un partido acusado de estar involucrado en el intento del golpe de Estado. Un tercer grupo chií ilegal es Amal, más conocido como el Partido Shirazi por sus lazos con el ayatolá iraní Mohamad Shirazi; su dirigente, el jeque Mohamad Ali al Mafoodh, permanece en prisión desde la revuelta del año 2011. El cuarto es la Brigada Al Ashtar, que se autoatribuye algunos atentados con bomba. La escasa información y los pocos estudios que existen sobre los partidos político-religiosos bareiníes respaldan la posibilidad de que pudieran haber sido creados por el propio Gobierno para dividirlos y así impedir que Al Qaeda ocupara los espacios vacíos.

La corrupción inherente al capitalismo clientelar, el nepotismo y la falta absoluta de transparencia aumentaron la brecha de las desigualdades. A la corrupción se unía la malversación de fondos públicos y su indiferencia hacia la miseria de los desempleados, que no recibían ninguna ayuda. Eran 5.200 los millonarios bareiníes que amasaban una fortuna de entre 25 y 30.000 millones de dólares; cohabitaban con una población de unos 1.300.000 habitantes, la mitad sumida en la pobreza.

El 17 de febrero el ejército asaltaba la plaza, en la que serían asesinadas cuatro personas. Después del desalojo, el rey Hamad bin Isa al Jalifa pidió perdón a los manifestantes e incluso declaró luto nacional por las víctimas y propuso abrir un diálogo con los manifestantes (algo que los líderes de otros países de las Primaveras no hicieron), una iniciativa que fue rechazada por la oposición, que planteó unas exigencias maximalistas imposibles de aceptar por Al Jalifa: la libertad de un centenar de presos políticos, la dimisión del primer ministro, Jalifa bin Salman al Jalifa, que llevaba 40 años en el cargo, y la redacción de una nueva Carta Magna por parte de una asamblea constitucional elegida democráticamente. Los partidos chiíes radicales como Al Haq, acusado de tener lazos con Irán, no se conformaban con menos que derrocar al rey, de modo que rechazaron cualquier tipo de diálogo.

El 11 de marzo los manifestantes más radicales, posiblemente pertenecientes al partido chií de Husein, levantarán barricadas en Rifa,

lugar de residencia de la familia real. Dos días después cortaban el acceso al distrito financiero de Manama. La revuelta avanzaba mientras crecían las divisiones en el seno de la oposición, de modo que el Gobierno se quedará sin interlocutor válido. Además, los medios de comunicación bareiníes, iniciarán una masiva campaña propagandística en la que los líderes suníes volvían a presentar a los chiíes como la quinta columna de Irán. Los chiíes se convertirán en el eje de todo tipo de agresiones por parte de grupos paramilitares armados con palos y cadenas. Los asaltarán en las universidades, barrios y otros lugares.

El régimen contaba con el respaldo financiero y militar de sus aliados árabes y de EEUU para derrotar la rebelión popular, tal como se demostró el 14 de marzo, cuando unos 1.200 soldados saudíes y 500 policías de los Emiratos Árabes Unidos invadan Baréin bajo el mandato del Consejo de Cooperación del Golfo. Su objetivo era destruir el monumento de la Perla, símbolo de las protestas, y «limpiar» la plaza de las tiendas de campaña de los indignados. Este apoyo internacional los diferenciaba de las Primaveras de Egipto, Túnez, Siria o Libia, así como el hecho de que el ejército no tuviera posibilidades de enfrentarse al Gobierno por estar formado por soldados pakistaníes, jordanos y yemeníes. Existían otros dos rasgos que diferenciaban esta rebelión espontánea del resto: que el conflicto también pasaba por divisiones religiosas y que, siendo un país pequeño y desértico, no tenía posibilidad alguna de formar una insurgencia como sucedió en Yemen o Siria.

A pesar del apoyo internacional, los Al Jalifa sabían que no podrían apoderarse de la isla sin la cooperación de los nativos chiíes, de modo que colocaron a varias familias chiíes en posiciones de poder tales como puestos en los ministerios o en la hacienda. Esta decisión mantendrá aún más vivas las divisiones de las comunidades en etnias y religiones, lo que impedirá la construcción de una nación.

Un año después, el 13 de febrero de 2012, el rey Hamad afirmaba a la revista alemana *Der Spiegel:* «No existen presos políticos en Baréin. No se arresta a personas por expresar sus opiniones; solamente tenemos a delincuentes». Lo que buscaba el monarca era dar una buena imagen porque la isla era, aquel año, la sede de los campeonatos de la Fórmula 1. La Federación Internacional de Automovilismo (FIA) había cancelado la carrera automovilística el año anterior a causa de la agitación política del

país, y ahora estaba en juego la dimensión ética de los participantes. El montaje del régimen pretendía mitigar el escándalo producido por las torturas, detenciones ilegales de miles de manifestantes y asesinatos. Por ejemplo, el Observatorio de Derechos Humanos denunciaba que Baréin torturaba a los activistas políticos y que los condenaba a largos años de prisión sin un juicio justo.

Mientras los coches corrían en el circuito Sakhir, en la capital, Manama, miles de manifestantes intentaban amargar la fiesta al dictador Hamad bin Isa al Jalifa, que ahogará con puño de hierro cualquier voz repitiendo por todos los rincones que «Baréin va bien». Las peticiones de las organizaciones pro derechos humanos cayeron en saco roto, pues la FIA se había negado a suspender el Gran Premio de Fórmula 1.

En 2014 el Centro de Derechos Humanos de Baréin, cuyo expresidente, Abdulhadi Abdalah Hubail al Jawaja, fue detenido en abril de 2011 y condenado a cadena perpetua por criticar al monarca, solicitará a la FIA la suspensión de la carrera, apuntando los siguientes motivos:

Crear una farsa publicitaria, un dantesco espectáculo organizado por los reyes y sus príncipes para exhibir «normalidad» y aumentar el prestigio internacional de su dictadura.

Ser utilizada por el régimen para establecer un estado de sitio, colocando alambres y controles policiales en los barrios próximos a la carrera y realizar redadas contra los activistas.

Concebirla como excusa para «limpiar» las calles de mendigos e indigentes sin techo (además de matar a los perros y gatos callejeros e incluso incinerarlos vivos), mientras gastaban unos 65 millones dólares para albergar la competición, esperando ganar varias veces más esta cantidad. Las cuentas eran tan opacas que no permitían saber si habían generado unos ingresos relevantes para el país.

SE SILENCIA LA DRAMÁTICA REPRESIÓN DE LA PRIMAVERA BAREINÍ

A esas alturas Washington había convertido Baréin en una colonia. Había invertido 250 millones en la mejora de sus instalaciones e iba a gastar otros

580 millones para duplicar el tamaño de su base. El Pentágono, que también había traído a sus Fuerzas Navales del Comando Central, temía que un fortalecimiento de los chiíes pusiera fin a su presencia en la isla. Al Jalifa sacaba provecho de las amenazas iraníes de cerrar el estrecho de Ormuz para justificar ante sus ciudadanos los beneficios de contar con esta base en su suelo. Era un arma de doble filo, ya que Baréin podría ser uno de los principales objetivos de los misiles iraníes en caso de un ataque por parte de EEUU e Israel.

Las principales organizaciones de la oposición –Al Wefaq, Al Minbar y Asalah– exigían cambios que dejaban a un lado a importantes colectivos. Por ejemplo, pese a la masiva participación de miles de mujeres en las revueltas, ninguna de estas organizaciones había respaldado su principal reivindicación, que era cambiar y unificar las leyes de familia. La abogada Ghada Jamshir denunció al Gobierno por negarse a promover una ley «no religiosa» de familia, por utilizar la cuestión de la mujer en sus negociaciones con los líderes de la oposición islámica –todos hombres–, o por haber creado el Alto Consejo de la Mujer con el fin de obstaculizar el trabajo de las asociaciones no gubernamentales lideradas por mujeres periodistas, abogadas, médicas, maestras y amas de casa. Decenas de ellas fueron detenidas y torturadas durante y después de las protestas, entre ellas, Rula al Safar, académica y presidenta de la Sociedad de Enfermería, quien sufrió abusos sexuales y amenazas de violación durante los cinco meses que estuvo arrestada en 2011. La doctora Nada Dhaif vivió el mismo calvario y, además, fue acusada nada menos que de posesión ilegal de armas junto con otra veintena de médicos. Las autoridades utilizarán el término de «terrorismo» para bloquear y estigmatizar a sus opositores. El Movimiento chií de Justicia por las Libertades y la Democracia será acusado de formar una «red terrorista» para derrocar al Gobierno.

Es evidente que esta estrategia añade ruido a las cada vez más nutridas manifestaciones políticas convocadas a través de Facebook y Twitter, lo que alarma aún más a EEUU. Su temor a que el régimen se tambalease obligará a Al Jalifa a negociar con la oposición. Pero sus decisiones llegaban ya demasiado tarde, tanto que, lejos de pacificar, provocaron que las protestas se intensificaran, haciendo evidente la enorme desconfianza de la población hacía las promesas monárquicas. A las negociaciones se unió la posición del ala más derechista del régimen, encabezada por el primer ministro

Salman al Jalifa (¡que llevaba 42 años en el puesto!). Con la intención de condenar a los manifestantes, este ministro endureció la ley antiterrorista, y con ella en la mano amenazará con 5 años de prisión y una multa equivalente a 26.000 dólares si alguien se atrevía a ofender al rey.

Si bien carece de sentido atribuir la sublevación de decenas de miles de ciudadanos bareiníes contra la dictadura de los Al Jalifa a la injerencia de países extranjeros, estos no ocultarán su intención de canalizarla y aprovecharse de las aguas revueltas. En 2010, la intervención del clérigo chií iraní Eslam Hadi al Modarresi en el intento del golpe de Estado del 16 de diciembre del 1981 contra Al Jalifa, era obvia, por lo que fueron arrestados 73 miembros del Frente Islámico para la Liberación de Baréin. El propio clérigo conservador iraní lo reconocía desde su sede en Teherán. Estas revelaciones se lanzaban a la opinión pública de forma viral, es decir, a través de la página web velayat.com, de divulgación del chiismo. En ella se explicará que Hadi llegó a Baréin tras ser expulsado de Iraq en 1980 por Sadam Husein, y que empezó a dirigir el canal de televisión de *Ahl Beyt* en árabe desde Teherán con el fin de provocar la caída de Al Jalifa. Al mismo tiempo, su hermano, el ayatolá Taqi Modarresi, realizaba la misma misión en Kuwait y Arabia Saudí. Taqi fue el fundador de la escuela teológica de Emam Ghaem (1980) donde fueron «educados y entrenados unos 300 talabés, seminaristas islámicos, originarios de Arabia Saudí». Obviamente, a muchos intelectuales bareiníes no les habría hecho gracia salir de una dictadura sectaria para entrar en una teocracia, de modo que conocer estos datos levanta ampollas. Es por esto por lo que las autoridades de Manama mirarán con recelo a los talabés bareiníes que viajan a Irán o a Iraq para formarse como clérigos. A diferencia de la Escuela Teológica de Qom de Irán, en las ciudades iraquíes de Najaf y Kerbala los talabés aprendían a separar la religión del poder político y practicaban principalmente un chiismo «quietista», pero la inseguridad de un Iraq aún en guerra haría que la mayoría de estos seminaristas se dirigieran a Irán. Obviamente las preocupaciones de la RII no eran la pobreza y la dura vida de los chiíes bareiníes, ya que según la propia prensa oficial iraní cerca del 40 por 100[7] de los 74 millones de iraníes –país propietario de la primera reserva de gas y la tercera de petróleo del mundo– viven en la pobreza[8].

Hasta ese momento, una de las políticas del Gobierno de Baréin para lograr un cambio demográfico que redujera el peso de los chiíes había sido

ofrecer la ciudadanía a suníes de otras nacionalidades que quisieran vivir en el país. Esta decisión empezaba a pesar sobre los hombros los propios líderes suníes bareiníes. El Partido Minbar (formado en 1984), filial de los Hermanos Musulmanes en Baréin, estaba preocupado por el avance de los salafista-wahabíes de Asala. Sin ir más lejos, antes de huir del país (en 2013), el exoficial millonario y ahora clérigo wahabí, Turki al Binali, organizó una concentración frente a la embajada de EEUU en Manama con lemas populistas antiestadounidenses mientras sostenían retratos de Osama bin Laden. A los Al Jalifa tampoco les interesaba que los extremistas suníes, simpatizantes del Estado Islámico, dominaran el escenario político, por lo que empezaron a tomar medidas frente a ellos. Así, el rey Hamad retiraría la ciudadanía a Omar Bozboun, líder bareiní del EI, cuando en uno de sus discursos incorporó la amenaza de que «entraría en Baréin con armas de fuego para decapitar al rey».

EEUU necesitaba garantizar el equilibrio de un país tan estratégico para sus intereses, de modo que el 6 de marzo de 2011 Washington dará luz verde a las tropas de Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos para que invadan el país y asalten el campamento de los «indignados» en la plaza de Al Lulu. Sus tiros quedarán difuminados por el ruido de las bombas de la OTAN que caían en ese mismo momento sobre otro estratégico país árabe: Libia. Paralelamente el Gobierno del entonces presidente Barack Obama vendía armas al régimen de Al Jalifa por valor de 53 millones de dólares y ponía en marcha la ampliación de su base militar en el país. Obama archivaba en Baréin su intención de «estar en el lado correcto de la historia», como dijo aquella vez en la que no tuvo otro remedio que apartar del poder al presidente egipcio Hosni Mubarak.

Además de la represión, la Primavera de Baréin también tenía razones internas para fracasar. Por un lado estaba el maximalismo de los líderes de la protesta; una vez que ganaron las calles, su incapacidad de dialogar con el régimen desempoderó a la oposición. Además, no hubo un liderazgo visible, las convocatorias realizadas a través de las redes sociales no sirven como bandera política. Y, en tercer lugar, los objetivos del movimiento no estaban claramente definidos. Abdulwahab Husein, líder de Al Waffa, lanzó el lema de derrocar al régimen cuando esta no era una exigencia mayoritaria de las movilizaciones, que lo que reclamaban era una monarquía constitucional. En cuanto a la contraparte, la intención de los dictadores y

de los extremistas religiosos era que las negociaciones no llegaran a algún punto productivo. A pesar de todo, fue el primer gran golpe al régimen medieval de los Al Jalifa, que no saldría indemne de aquella Primavera.

Tras aplastar a los disidentes, los Al Jalifa continuarán atizando el fuego del conflicto sectario siguiendo la estrategia de «dividir para gobernar». Aún seguían creyendo que «aflojar la soga» (sinónimo de emprender algunas reformas) suavizaría la imagen de la dictadura gobernante. A este lavado de cara corresponde la autorización del regreso al país del exiliado Hasan Mushaima, líder de Al Haq, partido chií de derechas, mientras sigue encarcelando a disidentes.

Las reformas prometidas del monarca nunca se realizaron, incluida la recomendación de la comisión independiente, nombrada por el rey en 2011, de que el Gobierno debía «establecer y aplicar urgentemente un programa para la integración, en las fuerzas de seguridad, de personal de todas las comunidades de Baréin». El movimiento prorreformas políticas, formado tanto por suníes como por chiíes, creó una amplia plataforma antigubernamental. Una de sus primeras victorias fue impedir que los partidos religiosos dominasen el Consejo de Representantes de la Asamblea Nacional de 2014; las votaciones dieron sólo tres escaños a los dos partidos islamistas, Minbar y Asala.

Las elecciones parlamentarias de 2014 fueron acompañadas por disturbios en los barrios chiíes, en parte provocados por Al Wefaq, que pretendía boicotearlas impidiendo la participación de los votantes. Los chiíes no alcanzaron sus expectativas, que incluían lograr un Parlamento unicameral que dominarían por su número. En su lugar, obtuvieron un Parlamento dividido en dos: con una Cámara Alta designada por el rey y facultada para bloquear la legislación de la Cámara Baja.

El régimen de Baréin llegaba a la conclusión de que era imposible llegar a ciertos acuerdos, la caída del sah de Irán en 1978 o de Mubarak en 2001, entre otras dictaduras derribadas, demostraban que las reformas eran el inicio de su derrocamiento y que, por tanto, no debían aflojar la represión. Así, siguió arrestando a dirigentes de la oposición, no importaba ya su ideología. Uno de ellos fue Ali Salman, secretario general de Al Wefaq, detenido el 29 de diciembre de 2015 y condenado a 9 años de prisión acusado de haber boicoteado la pantomima de elecciones del régimen en noviembre; su partido fue declarado ilegal. Excepcionalmente, tanto la

ONU como la Unión Europea mostraron su disconformidad con la detención (no suelen pronunciarse cuando el detenido es progresista) y se hicieron eco de las torturas que había recibido durante su arresto. Del mismo modo, el régimen retiró la ciudadanía al jeque Isa Qasim, líder chií.

El ejemplo del desarrollo de la Primavera de Baréin muestra, dicho sea de paso, el error que comete una parte de las fuerzas de izquierda europea y latinoamericana de considerar las Primaveras árabes en su conjunto como una conspiración de EEUU.

Por otro lado, el diario progresista digital *Global Research,* si bien condenará las detenciones arbitrarias y torturas por parte del régimen de Al Jalifa a los líderes fundamentalistas y de la extrema derecha suní, rehusaba mencionar y subrayar que se trataba de un conflicto entre las dos facciones de la elite reaccionaria del país. La experiencia muestra que los frutos de esta batalla podrían debilitar a la familia gobernante, pero eso no significaría que llegaran al poder los partidos progresistas y tampoco garantizaba que los trabajadores de Baréin se vieran beneficiado. La entonces secretaria de Estado de EEUU, Hillary Clinton, llegó a condenar duramente el uso de la fuerza contra los manifestantes y la muerte de varios de ellos no porque fuese precisamente una defensora de los derechos humanos, sino por temor a que las protestas fueran a más en un país tan estratégico como Baréin –los chiíes, en una de sus convocatorias, la del 9 de marzo de 2012, habían conseguido reunir unos 100.000 manifestantes en la calle–. «Creemos que lo que está ocurriendo en Baréin es alarmante. Pensamos que no hay una respuesta de seguridad para las aspiraciones y demandas de los manifestantes», dijo en una entrevista con *CBS*[9].

Aun así, es evidente que EEUU se juega muchos intereses en Baréin y, en línea con sus históricas estrategias diplomáticas, eso implica su directa intervención en los asuntos internos del país.

EL CARIÑO ESPECIAL DE EEUU HACIA LA ISLA

Baréin es una isla situada en un lugar estratégico para la política de EEUU en Medio Oriente. El hecho de que se ubique a pocos kilómetros de la península arábiga, Irán y Qatar, las tres principales reservas de hidrocarburos del mundo, convierte al archipiélago en el corredor de EEUU

para el oeste asiático. Esta es la principal razón por la que es la sede de la Quinta Flota de EEUU desde 1995, aunque la marina de EEUU está alojada en Baréin desde el 1949. Con 15 buques y unos 6.100 empleados –número oficial del personal estadounidense en Baréin–, la base está ubicada a 125 kilómetros escasos de la costa iraní y, desde esa privilegiada situación geográfica, domina el mar Arábigo, el mar Rojo, la parte occidental del océano Índico y el golfo Pérsico. Dentro de los planes de contingencia, el Congreso de EEUU había ordenado al Departamento de Defensa reubicar la Quinta Flota, un acto poco probable por el gran esfuerzo que significaría mover la fuerza naval más potente del golfo Pérsico a otro centro. Por el contrario, el Pentágono solicitó en 2011 unos 800 millones de dólares al Congreso para ampliar dichas instalaciones.

Baréin es una plataforma de acceso de EEUU a los países vecinos por aire, tierra y mar. Además, alberga también las Fuerzas Navales del Comando Central de EEUU, que es el componente marítimo del Comando Central de EEUU para Oriente Próximo, y permite al Pentágono el uso de la base aérea de Sheik Isa y los aeropuertos del país. Esta ubicación permite a EEUU controlar el transporte del 45 por 100 del petróleo del mundo que pasa por el estrecho de Ormuz, está capacitado para autorizar o prohibir el tránsito de petroleros que transportan unos 17 millones de barriles de petróleo al mundo, prestar apoyo a los gobiernos árabes del golfo Pérsico, atender las necesidades militares de la OTAN en Afganistán y controlar Pakistán, Iraq, Jordania, Líbano, Arabia Saudí, Siria, Yemen, Egipto…

Es interesante subrayar la similitud de las situaciones entre Baréin y su base naval estadounidense y Siria, que cuenta con una base naval rusa en el puerto de Tartús. Al tiempo que exigía la dimisión de Bashar Al Asad por oprimir a su pueblo, Washington no dudaba en seguir respaldando a Al Jalifa, que actúa del mismo modo en Baréin.

El caso es que, para proteger sus propios intereses, EEUU utilizará el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) como el brazo de la OTAN en la región. En virtud de estos acuerdos EEUU instaló el Escudo de la Península en la ciudad militar de Jaled, Arabia Saudí, en las fronteras con Iraq y Kuwait. Lo hacía no sólo para amenazar a Irán y enfrentarse a las amenazas de este país, sino también para proteger a las monarquías del Consejo de la furia de sus súbditos. Washington utiliza a Arabia Saudí como su *proxy* («delegado») para que, en su nombre, aplaste las protestas en Baréin,

haciendo torpemente que las demandas populares de «una monarquía constitucional» se conviertan en «abajo la monarquía». De hecho, una semana después de la invasión saudí, el 13 de marzo del 2011 el entonces secretario estadounidense de Defensa, Robert Gates, llega a Manama para mostrar su apoyo a Al Jalifa.

Pero, sin lugar a dudas, una de las principales funciones de su presencia en las aguas de Baréin es espiar los movimientos de Irán. Razones no les faltan. Irán custodia el estrecho de Ormuz, uno de los siete cuellos de botella más importantes del mundo, por donde pasean los buques de guerra más avanzados, incluido el destructor Type 45 británico, con misiles guiados incluidos. No extraña que Londres firmara un acuerdo con Manama en 2014 para venderle armas y de paso ampliar sus instalaciones militares y construir una base permanente de operaciones en el puerto Mina Salman. Esta decisión pone de relieve el importante papel estratégico que Baréin tiene para Londres 40 años después de la salida oficial de la marina de guerra británica del golfo.

Desde la caída del sah, controlar Irán es fundamental para los intereses millonarios de las grandes empresas armamentísticas, en su mayoría estadounidenses. Sus magnates no olvidan que Irán es, al mismo tiempo, uno de sus mejores clientes. Sólo en un año, de 2009 a 2010, el Gobierno persa pasó de invertir 88 millones de dólares en armas a gastar 200 millones. El sector financiero tampoco le pierde de vista, pues Irán protege la estabilidad del sector financiero de Baréin, que actualmente es la principal sede de la banca islámica y un importante centro financiero del mundo.

Mientras tanto, Baréin responsabiliza a Irán de forma reiterada de estar detrás de complots contra su territorio y de financiar a grupos chiíes locales. El 4 de enero de 2016 volvían a sonar las bombas en la isla de Sitra, que causarán la muerte de dos policías. El Ministerio del Interior afirmó que los explosivos procedían de Irán, y de paso reveló que el 15 de julio del año anterior se había incautado de 43,8 kilogramos de explosivos C4, rifles de asalto Kalashnikov y municiones de la misma procedencia en un barco iraní que navegaba en las aguas territoriales de Baréin. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Baréin llamó a consultas a su embajador en Teherán mientras que la autoría del atentado era asumida por un grupo nuevo chií autodenominado Brigadas Saraya Waad Alá.

En la primavera del mismo año, las palabras del jefe de Estado de Irán, Ali Jamenei, acerca de que el acuerdo nuclear con EEUU no iba a cambiar sus políticas para salvar a los «pueblos oprimidos de Iraq, Siria, Yemen, Palestina y Baréin» provoca la ira del ministro de Exteriores de Al Jalifa, que pidió a los iraníes que «tengan paciencia y resistan a la opresión, el secuestro de derechos y la pobreza impuestos por las autoridades de la república islámica». La tensión aumenta cuando, el 18 de junio, Manama afirma haber desmantelado unas células del grupo terrorista chií Saraya Al-Ashta, incautándoles explosivos y armas automáticas. El Consejo Supremo de Asuntos Islámicos (SCIA) volvió a denunciar enérgicamente «la interferencia flagrante y repetida de Irán en los asuntos internos de Baréin». El objetivo de subrayar una y otra vez la lealtad de los chiíes hacia Irán era promover el temor de la población suní, una estrategia muy compleja para Al Jalifa, que asume el peso de los empresarios iraníes en la economía del país.

Mantener la estabilidad en la isla es una prioridad para Washington. Consciente de la imposibilidad de seguir apoyando a una minoría religiosa sobre la mayoría de la población, empezará a barajar algunos planes para el futuro de Al Jalifa. Uno de ellos es entregar el poder a los chiíes afines a EEUU, como lo hizo en Iraq tras acabar con Sadam Husein. El 6 de julio de 2014, las autoridades de Baréin expulsarán del país a Tom Malinowski, secretario de Estado adjunto de EEUU para la Democracia y los Derechos Humanos, al descubrir que se había reunido de forma secreta en la embajada de Estados Unidos en Manama con el líder de Al Wefaq, el jeque Ali Salman, y su adjunto, Khalil al Marzuq. Este hecho es una más de las variadas disputas diplomáticas entre Baréin y EEUU. Aquel mismo año se negó la entrada al país al congresista estadounidense Jim McGovern y un año después el propio rey rechazó la invitación de Obama para asistir a una cumbre en Camp David con la excusa de que, en las mismas fechas, debía de acudir a un espectáculo hípico en el Reino Unido. Ninguno de estos desencuentros llegarán a ser litigios porque ambos necesitan mantener el vínculo.

Ni EEUU ni Gran Bretaña van a hipotecar sus intereses estratégicos en la zona para que su aliado se porte como un demócrata. Aunque hagan declaraciones progresistas de cara a la galería, no dejarán de ser palabras. Así se ha de entender las críticas que realizó el secretario de Estado

norteamericano, John Kerry, en abril de 2016, después de su viaje a Baréin. Kerry se mostraba en contra de las medidas del régimen para suprimir a la oposición no violenta porque socavaban la cohesión y la seguridad de Baréin y la estabilidad de la región. Sus declaraciones no eran casuales, el secretario de Estado había aprovechado el viaje para reunirse con cinco líderes de la oposición, dos de ellos de Al Wefaq; a raíz de este suceso, el Ministerio de Justicia bareiní había prohibido el encuentro de las organizaciones políticas del país con diplomáticos, organizaciones o representantes de gobiernos extranjeros sin permiso. ¿EEUU no pretenderá convertir la dictadura de «sólo suníes» en una teocracia «chií-suní»? Este viaje y sus declaraciones no impidieron que el Gobierno de Baréin siguiera recibiendo el respaldo férreo de EEUU. Por otro lado, Baréin no hacía más que copiar a su manera la Ley Patriota de EEUU por la que el país norteamericano controla a los opositores acusándoles de «pertenecer a redes terroristas».

En julio de 2016 Amnistía Internacional denunciaba el juicio del defensor de los derechos humanos Nabeel Rajab, acusado de hacer comentarios en Twitter contra la guerra de Yemen, y las presuntas torturas a las que fue sometido en la principal prisión de Baréin. Su caso hacía evidente el grado al que llega la represión institucional, sin embargo Baréin siguió recibiendo denuncias por parte de organizaciones internacionales de derechos humanos por este uso sistemático de la tortura en sus cárceles sin que la comunidad internacional se rasgara las vestiduras.

LA POBREZA NO SE NEGOCIA

Según el Centro para los Derechos Humanos de Baréin[10], la tasa de la pobreza del país iba en aumento en el año 2004. El mercado laboral adquiría comportamientos esclavistas, al que se verán arrastrados preferentemente las mujeres y los niños y niñas. El 25 por 100 de los trabajadores vivían ya entonces por debajo del nivel de pobreza. A pesar de que la Constitución garantiza un seguro social para todos, unos 30.000 hombres (que con sus familias llegan a ser 80.000 personas) no reciben ningúna ayuda. Alrededor de las 44.000 familias que viven en infraviviendas tendrán que esperar al menos diez años para conseguir un

piso de protección oficial mientras que el Gobierno seguía vendiendo grandes extensiones de tierras a capitales extranjeros, cuyas inversiones están libres de impuestos (los ciudadanos deben pagar hasta 23 tipos diferentes de impuestos).

El hecho de que la discriminación y la pobreza fueran padecidas por una población mayoritariamente chií dio un halo religioso al conflicto. Sus protestas tenían el mismo contenido que las de los ciudadanos suníes de Arabia Saudí que se echaron a las calles de Samtah, Yeda, Qatif, Hofuf y Al Amawiyah[11] en el larguísimo Día de la Ira que comenzó en noviembre de 2010 y fue definitivamente aplastado el 11 de marzo de 2011.

El deterioro de la situación económica creó nuevos problemas sociales, entre ellos el aumento espectacular de los divorcios entre las parejas de credo mixto, generando una crisis capaz de destrozar el tejido social e incluso provocar odio religioso entre los suníes y chiíes. Afirma el doctor Ali Fakhro, exministro de Educación, convertido en columnista de prensa, que «se trata de un problema político, que no religioso, y prueba de ello son los miles de matrimonios *sunshis*»[12], que es el nombre que dan los bareiníes a los matrimonios mixtos de fieles de ambos credos.

Frente a esta masa de seres desheredados se levantan las grandes fortunas acumuladas por apenas 5.200 personas bien vinculadas con el poder político. Los Al Jalifa preferían meter su cabeza en la arena y no mirar el barril de pólvora con la mecha encendida que tienen delante. Temiendo la presión popular, la corona, al frente de ese puñado de bareiníes ricos, se armaba hasta los dientes, gastando cientos de millones de dólares en mantener su arsenal de F-16, tanques Abrams, misiles Stinger, helicópteros Blackhawk, entre otros artefactos.

Con tales respaldos exteriores, los Al Jalifa seguirán atizando el fuego del conflicto sectario, de modo que a la afirmación «divide y vencerás» añadirán la «guerra religiosa» como útil herramienta. El estancamiento político producido por la pérdida de legitimidad del régimen, que sigue sin integrar a otros actores sociales en el juego del poder, se desatascaría si separaran la religión del poder político e impidieran la formación de partidos religiosos. Cuando hay una menor disparidad económica y una mayor garantía de los derechos políticos, las fronteras religiosas se difuminan.

Esta iniciativa podría resolver la profunda crisis de identidad en Baréin. Evidentemente, debería de ir acompañada por reformas sociales, políticas y económicas, ya que la división sectaria de Baréin proviene de la disparidad económica, de la negación de los derechos civiles y de un cambio en el régimen existente. Quizá fuera este un buen momento, ahora que se ha fragmentado en facciones, los Al Jalifa se enfrentan desde hace años a una lucha por el poder entre el príncipe heredero, Salman bin Hamed bin Isa al Jalifa, y su tío, Jalifa bin Salman al Jalifa, primer ministro desde que Baréin declaró su independencia de Reino Unido en 1971. El actual rey, Hamad bin Isa al Jalifa, teme que su hijo encabece un golpe de Estado blando y ponga en práctica un «modelo catarí» para rebajar la tensión acumulada…

El principal obstáculo para que se produjera esta separación (religión/poder político) serían precisamente las potencias que juegan sus bazas en la zona. Por supuesto, ni EEUU ni los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo (formado por Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, Omán, Emiratos Árabes Unidos y Baréin) apoyarían que existiera una apertura política en Baréin. Por lo que respecta a Arabia Saudí, este país ya había demostrado cuál era su apuesta años atrás, durante la Primavera de Baréin. Su intervención militar el 16 de marzo de 2011, además de defender a la pequeña monarquía, fue una reacción a la desesperada ante su pérdida de influencia en Túnez, Egipto, Líbano y Siria. La posible caída del monarca Al Jalifa podría tener un efecto dominó que se llevara por delante el resto de las dictaduras del CGC, incluida la propia Arabia Saudí, de modo que la invasión era un mensaje indirecto para su propia población: los chiíes debían de tomar conciencia de su firmeza.

«¡Que vienen los “chiíes iraníes”!» fue el grito de Manama y de Riad, lo que dio un halo religioso al conflicto de clases de Baréin. Los ayatolás de Irán habían intervenido en el conflicto social interno de Baréin, era cierto, pero no para defender los intereses de los trabajadores oprimidos sino por importantes intereses geopolíticos: minar la influencia de EEUU y parar los pies de la casa de Saud, su enemigo jurado, que parece dispuesto a controlar la política de Baréin hasta «engullirlo». Irán no era el único que temía que Riad quisiera anexionarse la isla; la Administración Obama también contemplaba este peligro. La posible anexión por parte de Arabia Saudí, que obviamente no sucedería sin la autorización de EEUU, cambiaría el frágil equilibrio de la zona de forma paradójica: por un lado, fortalecería a

Riad frente a Teherán; por otro, haría que los reyes saudíes se enfrentaran a la población bareiní dentro de su propio territorio, en su mayoría hostil a la casa de Saud por defender al régimen despótico de Al Jalifa y también por haber aplastado directamente las protestas ciudadanas de 2011. La situación que, en un principio, favorecería a los saudíes terminaría aumentando la influencia de Irán. A pesar de estos riesgos, en 2013, el CCG discutiría esta posibilidad contemplando una posible confederación o una unión estratégica.

Los países menos vinculados con la casa de Saud, como Qatar, Omán y Kuwait, también temen que Riad se acostumbre a usar sus tanques en los países vecinos. Probablemente piensen «¿Y cuál será el siguiente?». El único ganador del asalto de los tanques saudíes a Manama en 2011 fue EEUU. Obama había delegado en la casa de Saud el protagonismo a la hora de aplastar los levantamientos de Baréin y de Yemen para reparar sus relaciones, dañadas por haber apartado a Mubarak y Bin Ali del poder.

Partiendo de lo que se suele llamar «el dilema de seguridad», ese ideal giro político en Baréin no sólo no contaría con el soporte de Arabia Saudí, sino que tampoco lo apoyaría Irán. Las protestas en pro de la democracia se están convirtiendo en conflictos sectarios entre chiíes y suníes, lo que aumenta la posibilidad de un pulso abierto entre Irán y Arabia Saudí en aquel territorio.

En su interés por proteger sus fronteras y su influencia en la zona, ambas potencias han entrado en una espiral de temor por las amenazas que reciben de su contrincante. El hecho de ser base militar de EEUU y un estrecho aliado de Arabia Saudí le convertiría en un objetivo de los ataques iraníes en caso de que Irán fuera agredido militarmente por dichos países. En el pulso entre Irán y Arabia Saudí, Teherán intentará impedir el dominio total de Riad sobre la isla, mientras que los saudíes procurarán doblegar a Irán con el respaldo de EEUU, la UE y el CCG. Aun así, todos se unirían para impedir una unión entre los trabajadores de todas las etnias y religiones.

Hasta el exembajador del EEUU en Baréin, Ronald E. Neumann, considera exagerados los miedos de los Al Jalifa ante Irán[13]. A pesar de que los manifestantes bareiníes llevasen banderas iraníes y fotos de líderes iraníes durante sus protestas, o que estos planteen en sus declaraciones sus deseos de ver instaurada en Baréin una teocracia chií, considera que deben

ser interpretadas en clave interna y cuestiona que la sede de la Quinta Flota de EEUU[14] esté realmente amenazada.

Baréin es hoy un país peligrosamente polarizado, sin una oposición progresista capaz de presentarse como una alternativa a los partidos integristas suníes y chiíes, que no tienen ninguna propuesta para paliar las desigualdades profundamente arraigadas en Baréin. Lo único que persiguen estos partidos integristas es derechizar aún más al régimen de Al Jalifa. Sin embargo, ¿por qué considerar que una democracia no religiosa es una opción imposible para Baréin? Al fin y al cabo, el archipiélago carece de esos grandes ingresos procedentes de la venta del petróleo que otras potencias de la zona han usado para sobornar a la población y así evitar un cambio político, tal como hizo Arabia Saudí. Sus reservas se secarán en menos de dos décadas y la actual producción de 48.500 barriles al día no le permite el despilfarro.

[1] Dr. Mojtahed Zadeh, Piruz, «Los iraníes en el golfo Pérsico» (en persa), *Diario Mardomsalari.*

[2] Hola (etnia). Véase [https://en.wikipedia.org/wiki/Hola_(ethnic_group)].

[3] SAVAK: siglas en persa de la Organización de Información y Seguridad del Estado, policía política del sah fundada en 1957; aunque oficialmente se disolvió con la Revolución del 1979, sus dirigentes, como el general Husein Fardust (1917-1987), ofrecieron sus servicios al ayatolá Jomeini, colaborando en la formación de SAVAMA, los servicios de inteligencia de la RII, y en la detención de decenas de miles de activistas de izquierda, recién salidos de la clandestinidad.

[4] Véase [http://www.nlf-bahrain.com/doc.htm].

[5] Véase [http://www.un.org/spanish/News/story.asp?newsID=33091#.VdW-M8vovX4].

[6] «No se debe juzgar a activistas ante un tribunal militar», Amnistía Internacional, 22 de agosto de 2011, disponible en [https://www.es.amnesty.org/noticias/noticias/articulo/no-se-debe-juzgar-a-activistas-ante-un-tribunal-militar/].

[7] Diario *Khabar on line,* 2 de noviembre de 2014, disponible en [http://www.khabaronline.ir/detail/383414/Economy/1379].

[8] «15 millones de iraníes pasan el umbral de la pobreza», *Diario Alef* (en persa), 24 de mayo de 2015, disponible en [http://alef.ir/vdcjm8e8vuqeaxz.fsfu.html?272461.di].

[9] L. Noueihed, «Baréin reprime las protestas y desata críticas de EEUU», 16 de marzo de 2011, disponible en [http://lta.reuters.com/article/topNews/idLTASIE72E0JA20110316].

[10] Center for Human Rights, 24 de septiembre de 2004, disponible en [http://www.bahrainrights.org/en/node/199].

[11] «2011-2012 Saudi Arabian protests», disponible en [https://en.wikipedia.org/wiki/2011%E2%80%9312_Saudi_Arabian_protests].

[12] R. Erlich, «In Bahrain, a growing Sunni-Shia rift», 20 de marzo de 2013 disponible en [http://reeseerlich.com/2013/03/20/in-bahrain-a-growing-sunni-shia-rift/].

[13] R. E. Neumann, «Bahrain: A Very Complicated Little Isla», *Middle East Policy* XX, 4 *(*invierno de 2013), disponible en [http://www.mepc.org/journal/middle-east-policy-archives/bahrain-

very-complicated-little-island?].

[14] «Iran's Quds Force Commander Qassem Soleimani Warns Bahrain to Stay Away from Sheikh or Wait for Overthrow», 20 de junio de 2016, disponible en [http://en.farsnews.com/newstext.aspx?nn=13950331001402].

VIII
YEMEN

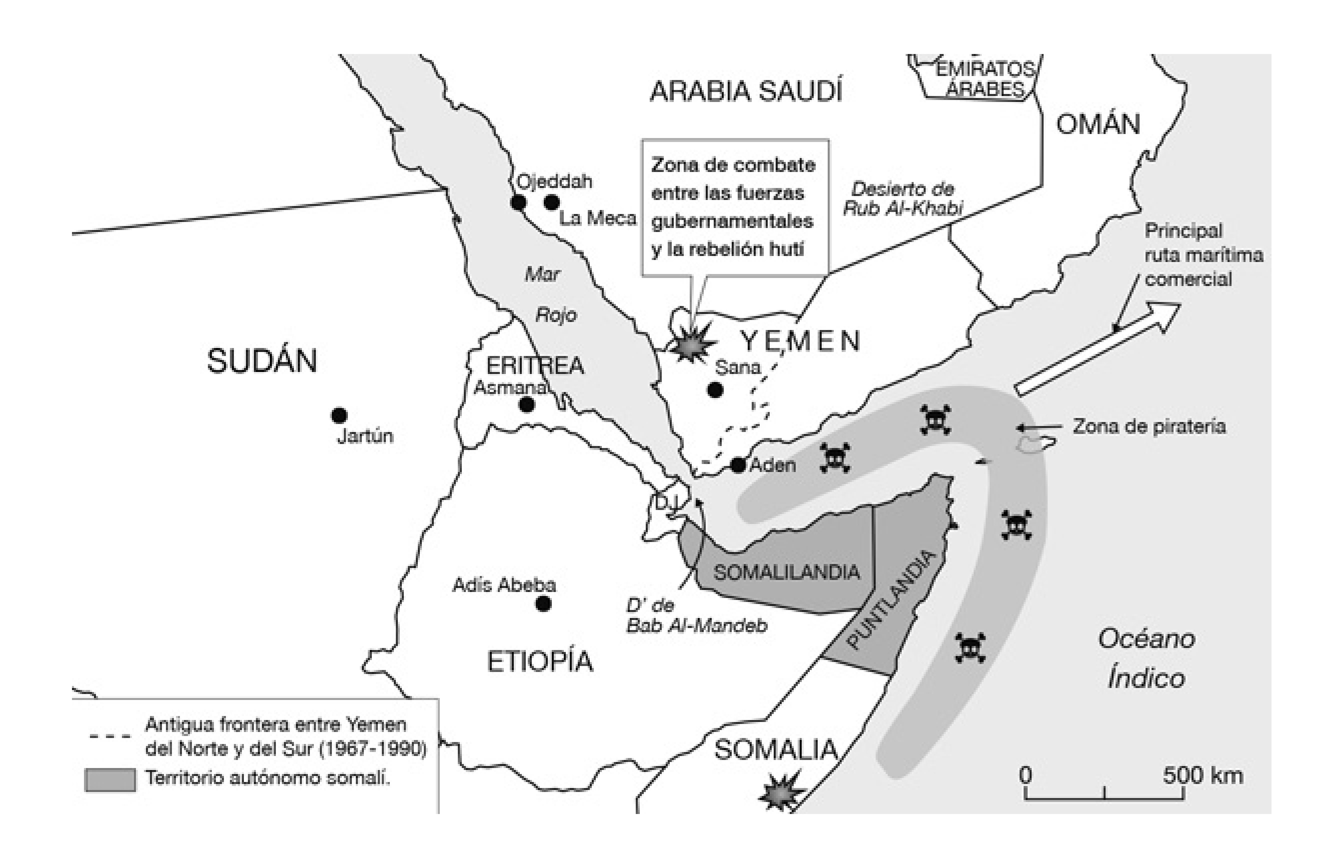
MENOS RELIGIÓN Y MÁS GEOGRAFÍA

El 22 de marzo de 2015, en el *New York Times* aparecía un artículo que decía:

> El conflicto [en Yemen] ha adquirido las características de una guerra de poder regional, con Irán respaldando a los hutíes, cuyos líderes son zaidíes chiíes, y Arabia Saudí y las demás monarquías suníes regionales respaldando al Sr. Hadi, presidente de Yemen.

Este párrafo es un ejemplo más del efecto de los análisis simplistas en clave religiosa: reducen los tres complejos y simultáneos conflictos de Yemen –nacional, regional e internacional– a un enfrentamiento entre creencias. Este enfoque sesgado no hace más que alimentar la base reaccionaria de los saudíes, la teocracia más violenta y represiva del mundo que cuenta con el respaldo de las «democracias» occidentales, convertir la complejidad geopolítica, política, económica y social de Yemen en una mera anécdota.

Según las estadísticas del año 2016, la población de Yemen era de 27.392.779 en el mes de julio. Aunque la mayoría es árabe, esta cifra también recoge a afroárabes, asiáticos del sur, pequeños grupos de iraníes y europeos. El 99,1 por 100 de los habitantes de esta mítica tierra son musulmanes. De ese porcentaje el 65 por 100 se declara suní mientras que el 35 por 100 es chií, en su mayoría de la corriente zaidí (cerca de 5,6 millones), cuya doctrina se asemeja más al sunismo que al chiismo. En cualquiera de ambas corrientes del islam abundan las cofradías místicas, contrarias a la ideología de los islamistas intransigentes, a los que consideran corruptos e hipócritas.



Antes del actual conflicto que se ha iniciado en 2011, el otro 0,9 por 100 de la población era un crisol de minorías formado por cristianos, judíos, bahaíes e hindúes, en su mayoría procedentes de otros países. Por pocos que sean, cristianos y judíos tienen sus propios templos. Existe uno en Amran con capacidad de acogida para unos 500 judíos yemeníes; en Adén han levantado cuatro iglesias (tres católicas y una anglicana) para una comunidad de entre 1.000 y 3.000 cristianos, en su mayoría extranjeros; en Sana, la capital de la república, los etíopes de la Iglesia Tewahedo Ortodoxa tienen su propio centro religioso. Antes de la «guerra contra el terrorismo» de EEUU en 2001 y el inicio de la inestabilidad del país, en Yemen también operaban misioneros cristianos. Estas cifras reflejan cómo, a diferencia de su vecina del norte, Arabia Saudí, Yemen es un país tolerante y religiosamente inclusivo en el cual las guerras por razones religiosas carecen de sentido para la población.

Es mucho más interesante orientar la vista a su ubicación: situado en el Cuerno de África, en la península arábiga, en la boca del mar Rojo, en cuyo extremo opuesto se levanta el canal de Suez, o el ya casi olvidado hecho de

que antes de que se unificara con la región del norte, en 1990, Yemen del Sur fue el primer país «musulmán» con un Estado socialista en 1969.



Miles de niños se mueren del hambre producida por la guerra en Yemen[1].



Yemen sufre la mayor crisis humanitaria del mundo[2].

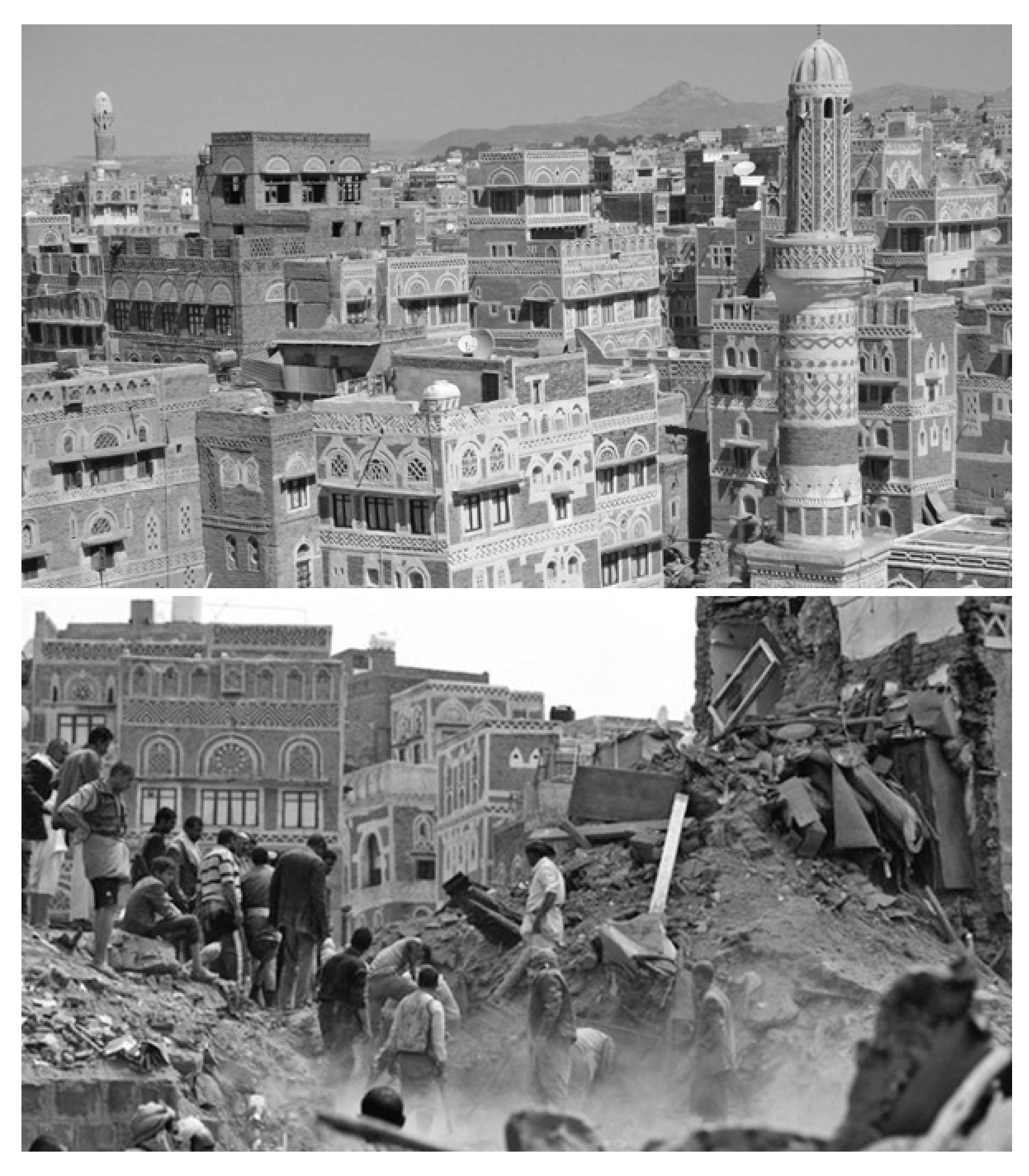
A pesar del silencio mediático, que centra su atención en la cortina de humo de Siria, Yemen vive una cruenta guerra. Los crímenes de guerra cometidos por la alianza saudí-estadounidense no alcanzan los titulares de los informativos. La coalición formada por Estados Unidos, la Unión Europea, Arabia Saudí, Jordania, Marruecos, Baréin, Kuwait, Qatar, Egipto, Sudán, Emiratos Árabes Unidos y Pakistán ha provocado, desde marzo de 2015, la mayor crisis humanitaria del mundo: miles de muertos, varios millones de refugiados, mutilados, huérfanos, supervivientes de la violencia que terminan muriendo de sed o de hambre. Más de la mitad de los niños y niñas sufren de desnutrición.

Los depósitos de agua y de alimentos en Asir (oeste), en Urdhi (centro) y Noqum (este), han sido bombardeados. La Corporación Económica de Yemen, uno de los mayores centros de almacenamiento de alimentos del país, fue destruida por tres ataques con misiles de la coalición en Hudayda[3]. De acuerdo con la Oficina para la Coordinación de Asuntos

Humanitarios de la ONU, el 61 por 100 de los yemeníes necesita asistencia humanitaria.

El bloqueo del país y la destrucción del aeropuerto internacional de Yemen cortaron durante meses el suministro de alimentos, agua y medicinas. Los ataques indiscriminados alcanzaban las oficinas de las Naciones Unidas y los postes eléctricos… ni un solo hospital quedó en pie. Los pocos yemeníes que pudieron huir de la muerte alcanzaron Somalilandia y Puntlandia, Estados autónomos surgidos de las cenizas de Somalia, en barco.

Curiosamente estos crímenes contra la humanidad tampoco han sido denunciados en el Consejo de Seguridad de la ONU por China y Rusia, «enemigos» de la coalición de países encabezada por los saudíes. Según Amnistía Internacional «Aunque Estados Unidos no forma parte oficialmente de la coalición dirigida por Arabia Saudí, está contribuyendo a su campaña aérea con información de inteligencia y medios de repostaje en vuelo para sus cazabombarderos»[4]. Entre otras tantas atrocidades, la coalición utiliza bombas de racimo BLU-97, de fabricación estadounidense, para sembrar el campo de Yemen y así garantizar la muerte para hoy, mañana y los años venideros. «Una serie de ataques de la coalición contra un pueblo de Sabr, cerca de Sada, mataron al menos a 50 civiles, en su mayoría niños y niñas, e hirieron a otros 9 el 3 de junio por la tarde. La mitad del pueblo quedó completamente destruido»[5]. Es difícil que la opinión pública internacional tenga acceso a este tipo de información, su cultivada ignorancia permite que las instituciones miren hacia otro lado.



Yemen, antes y después de la agresión militar liderada por EEUU-Arabia Saudí en 2015[6].

¡Qué lejos de esta realidad queda su nombre, Yemen!, aquella milenaria tierra fértil a la que identificaron como «Yumn», que significa «feliz», en contraposición a su desértica vecina, Arabia Saudí. Su cruel destino se debe al papel de primer orden que desempeña en el tablero internacional: une el

Cuerno de África con Oriente Próximo. Conecta el mar Rojo con el golfo de Adén y el mar Arábigo, y el océano Índico con el mar Mediterráneo. El fin de los gobiernos izquierdistas de Yemen del Sur y de Etiopía en 1991 hicieron que el mar «Rojo», dejase de serlo, de modo que la «puerta de Oriente Próximo» para China pasó a ser controlada por los buques de guerra de la OTAN. Hoy el 60 por 100 de las importaciones energéticas chinas deben pasar por el golfo de Adén.

Se trata del poderoso Bab el Mandeb –«puerta de lamentaciones o de invitación», en árabe–, uno de los siete[7] cuellos de botella de las rutas comerciales marítimas más transitadas del mundo. De 115 kilómetros de longitud, este canal que se encuentra entre Yemen, Yibuti y Eritrea, enlaza el mar Rojo con el golfo de Adén en el océano Índico y con el Mediterráneo, separando además África de Asia. Por él pasan las exportaciones de mercancía del golfo Pérsico al canal de Suez, incluidos los 3,2 millones de barriles de petróleo diarios enviados a los mercados de Asia, Europa y EEUU.

Yemen comparte 1.700 kilómetros de frontera con Arabia Saudí, el principal exportador mundial del petróleo. No extraña que por todo ello Riad considere la «profundidad estratégica» de este país, que se niega a ser tratado por el régimen teocrático de la familia de Al Saud como un Estado vasallo.

Si las relaciones con Arabia Saudí son una de las principales fuentes de conflicto en Yemen, las que mantiene con Israel tampoco son fáciles. Este canal que Yemen flanquea es también la salida de Israel al océano Índico. Esto le confiere una enorme importancia bélica ya que, en caso de un conflicto con Irán, sus submarinos nucleares de la clase Dolphin (gentileza de los fabricantes alemanes) deberían de tener licencia de paso por sus aguas jurisdiccionales.

QUIÉNES SON LOS ZAIDÍES

La zaidí es una secta moderada del chiismo que nació en el siglo VIII. Toma su nombre de Zaid ibn Ali, el nieto de Husein ibn Ali, tercer santo del chiismo, quien lideró un levantamiento fallido contra el califa Hisham ibn Abd al Malik Omeya (724-743), al que acusaban de corrupto y déspota.

Constituyen la rama más antigua de los chiíes y llegó a ser la más numerosa antes de que el rey iraní Ismael, de la dinastía de los Safávidas, declarase el chiismo duodecimano la religión oficial del Imperio en el siglo XVI.

El chiismo zaidí se diferencia del duodecimano en cinco aspectos:

– No creen en la infalibilidad de los santos.
– Defienden que el poder religioso no tiene por qué pasar de padre a hijo. Los hombres descendientes de Fatima, la hija de Mahoma, y cualquiera de los descendientes varones directos de Mahoma podrán ser imanes de la comunidad, de modo que el poder puede ser transferido de forma horizontal, por ejemplo, entre hermanos. Yemen fue gobernado por dichos descenentes, llamados imanes hashemitas, durante más de 1.000 años, hasta que en 1962 una alianza de militares nacionalistas tomaron el poder y fundaron la República Árabe del Yemen.
– Creen que el imán debe ser capaz de manejar la espada para batallar por el islam, por lo que no reconocen este título para Mahdi, el último imán de los duodecimanos, que «desapareció» a la edad de 7-8 años y al que esperan que vuelva a aparecer algún día junto con Jesús para llenar el mundo de justicia. Aún hoy, en Yemen, los zaidíes llevan colgada del cinturón una pequeña daga llamada *jambia.*
– Rechazan la santidad de Muhamad al Baqir (676-743), el quinto imán de los duodecimanos por haberse negado a luchar contra la tiranía del califato Omeya. En su lugar se reúnen alrededor de las enseñanzas de su medio hermano Zaid ibn Ali, que sí encabezó una lucha armada contra aquel mandatario, al que consideraban tiránico y corrupto.
– Al contrario de los duodecimanos, que ven imprescindible que en cada época haya un imán o sus representantes llamados ayatolás, los zaidíes admiten la existencia simultánea de más de un imán o incluso su inexistencia en un momento determinado.

En general, su jurisprudencia es más parecida a la escuela hanafí del islam suní que al chiismo duodecimano.

En Yemen los zaidíes conforman la mayor parte de la población chií. Dentro de este grupo se encuentran los hutíes, que toman su nombre de las tribus del norte de Sada, provincia que controlan desde 2010, a quienes los medios de comunicación suelen presentar como «grupo rebelde chií»,

mientras que Al Qaeda o el Estado Islámico no son etiquetados como «grupo radical suní». Por cierto, durante sus 12 siglos de existencia en el país, la comunidad zaidí nunca ha «amenazado» antes la seguridad nacional de nadie.

Los zaidíes constituyen aproximadamente el 0,5 por 100 de la población musulmana del mundo. Alcanzaron el poder político en dos ocasiones, la primera vez fue en el siglo VIII, cuando se pusieron al frente de Tabarestan, Gilan y Deilaman, localidades iraníes situadas en las orillas del mar Caspio. La segunda ocasión fue en Yemen, de la mano de Yahya bin Husein (1869-1948), el imán de los yazidíes que gobernó entre los años 1904 y 1948.

Los hutíes zaidíes están organizados políticamente bajo el nombre de Ansaralá («Partidarios de Dios») que acoge a otros insurgentes de otras tribus y credos.

DE LA REINA DE SABA AL REINO DE TERROR

Los relatos míticos enlazan Yemen con el Reino de Saba y a su gobernante, la reina Makeda, Balkis para los árabes. Cuenta la literatura que esta mujer conquistó el corazón del rey israelita Salomón en Marib, Yemen. Con lo que hoy sucede en el llamado «mundo musulmán» es difícil de imaginar que un día esta tierra hubiese sido administrada por una mujer. Su nombre queda relacionado con el dominio de los mineos, los sabeos y los himyaritas, los tres pueblos gobernaron la estratégica zona entre la India y el Mediterráneo, que fue una de las Rutas de la Seda entre el siglo XII a.C. y el VII d.C.; concretamente gozaban del monopolio del comercio de especias.

Al igual que otros territorios pequeños de la región, Yemen osciló entre la independencia y la sumisión durante siglos. Entre el 572 y el 630 fue anexionado al Imperio persa; luego fue dominado por las tropas árabes de Mahoma y más tarde fue administrado por los lejanos califas de Damasco y Bagdad, situación que permitiría a los zaidíes fundar sus primeras «autonomías», aunque de corta vida, en el siglo VIII. Más adelante llegarán los egipcios, los otomanos, los portugueses (siglo XV), quienes convierten la bella isla de Socotra en una base militar que traspasarán en el siglo XVIII

a Ibn Saud, fundador de la dinastía saudí. En 1839 Yemen se convertía en una colonia de Gran Bretaña.

Lo que hace única a Yemen en la historia de la región fue la huella de los Estados independientes zaidíes que, junto con otras autonomías dirigidas por un Consejo Federal, resistirán en 1927 a un ataque militar de los saudíes, que terminarán anexionándose la región de Asir, mientras Adén –denominada la «Arabia del Sur»– continuará bajo el control de los británicos. En 1945 Yemen conseguirá que la ONU le reconozca como Estado soberano. A partir de ese momento Yemen empieza a hacer sus propias revoluciones: en 1962, bajo la influencia del Movimiento Panarabista de Oficiales Libres dirigido por Gamal Abdel Naser, derrocan al rey. Se establece la República Árabe de Yemen, pero esta nueva situación dará lugar a un enfrentamiento armado que hará que la república entre en el feudo de las monarquías medievales por derecho divino. Entonces no existía aún la República Islámica de Irán, de modo que será la teocracia suní de Arabia Saudí la que apoye a los defensores de la monarquía zaidí-chií, frente a los republicanos naseristas y los nacionalistas de todos los credos: ¡antes una monarquía, aunque sea chií, que una república!

El presidente Naser enviará a unos 50.000 soldados al norte de Yemen para apoyar a los republicanos liderados por Ali Abdalah Saleh en su lucha contra los monárquicos, que entonces ya estarán apoyados por el sah de Irán, Arabia Saudí, Jordania, Israel, Francia y Reino Unido. No extraña que perdieran los republicanos. Naser bautizaría más tarde aquella guerra como el «Vietnam de Egipto». Para él se trataba de una guerra entre tribus y en la que entraron sin conocer la naturaleza de su tierra, de sus tradiciones y de sus ideas; de hecho Naser llegó a perder unos 15.000 hombres. Este fue el principal motivo por el que el general Al Sisi, actual presidente de Egipto, rechazó la propuesta de Riad de enviar tropas de ayuda en el actual conflicto de Yemen. La muerte de tantas unidades de su ejército hace pensar al líder egipcio que la geografía permitía a los guerrilleros hutíes colocar emboscadas a los invasores, que desconocen el terreno, tal como sucedió a los soldados de Naser.

Mientras, en la región de Adén, la guerrilla marxista desafiaba el colonialismo británico. Así, en 1967 convierte a Yemen del Sur en la República Democrática Popular del Yemen, el primer estado árabe

socialista de la historia. En el norte, Yemen seguirá el camino opuesto: un capitalismo dependiente de EEUU, Gran Bretaña y Arabia Saudí.

Que Yemen del Sur estuviera bajo un Gobierno dirigido por comunistas, nacionalistas y liberales, mostraba que las personas musulmanas, lejos de ser fanáticas, pueden apoyar a un gobierno laico que trabaje por su bienestar y libertad. Lo mismo sucedió en Afganistán, donde la República Democrática del Gobierno del marxista Mohamad Najibulah se mantuvo en pie tres años después de la salida del ejército soviético por el apoyo popular del que gozaba. ¿Cuántos días aguantaría la monarquía de Al Jalifa de Baréin sin la flota estadounidense allí aparcada?

La caída de la Unión Soviética en 1991 propiciará la reunificación de Yemen a favor del domino de la República Árabe de Yemen (del Norte) sobre la República Democrática Popular del Sur. Ali Abdalah Saleh (1942), presidente de Yemen del Norte desde 1978, pasará a ser el presidente del país reunificado, cargo que ostentará hasta 2012, fecha desde la cual la inestabilidad y la guerra azotan la nación.

Las concesiones unilaterales del Gobierno del Sur a los norteños y su posterior disolución originaron una crisis multidimensional que ha desgarrado el país, dejando decenas de miles de muertos y unos 250.000 desplazados desde entonces. La derecha tomó al asalto las políticas sociales que se habían desarrollado en el Sur, suprimiendo la sanidad y la educación universales y gratuitas, eliminando la pensión para ancianos y discapacitados, convirtiéndolos en mendigos, privatizando las grandes empresas y fábricas, etc. Estas decisiones arrastraron a la mitad de la población, en su mayoría jóvenes menores de treinta años, a la pobreza, la desesperación y también a la protesta. Así, la lucha de clases liderada por arraigadas organizaciones de izquierda que en sus manifestaciones portaban imágenes de la hoz y el martillo o del Che Guevara, se terminará mezclando con el movimiento de los hutíes, que exigen el fin de su discriminación, (y eso a pesar de que el presidente Saleh es zaidí) y de las continuas injerencias de las potencias mundiales y regionales en los asuntos internos de la nación.



La Primavera de Yemen, 2011[8].

Mientras se producía esta explosiva mezcla, EEUU utilizaba Yemen para entrenar a los muyahidines anticomunistas afganos al tiempo que respaldaba las políticas de islamización del Ali Abdalah Saleh, quien sembraba el país de decenas de escuelas teológicas, financiadas por Arabia Saudí. Las autoridades de Riad, en realidad, se habían opuesto a la reunificación de Yemen desde el primer momento, pues la suma de territorios favorecía la aparición de un Estado más grande y potente donde siempre consideró que se levantaba su patio trasero. El nuevo Yemen representaba no sólo una rivalidad potencial sino una amenaza a sus aspiraciones hegemonistas. Ante tal perspectiva, los saudíes apuestan por una estrategia de dos caras, si por un lado establece lazos económicos, políticos, militares con el nuevo Estado, por otro ofrece un regalo envenenado: abrir decenas de escuelas teológicas wahabíes en su territorio. Aparentemente su objetivo era crear simpatía ideológica con su nuevo poderoso vecino cuando en realidad quería introducir la intransigencia religiosa para dividir a aquella nación apacible y tolerante. A esas alturas Arabia Saudí ya había participado en la creación de Al Qaeda, junto con

Pakistán y EEUU, para acosar al Gobierno marxista de Afganistán en la década de los ochenta y para vigilar a Irán y su república chií. Convirtiendo Yemen en uno de tantos refugios estratégicos de aquella organización terrorista, dirigida a la sazón por un tal Bin Laden… pretendía desestabilizar Oriente Próximo y llevar adelante la nueva agenda de Washington y su nuevo orden internacional tras la caída de la Unión Soviética.

LA TIERRA DE BIN LADEN

Que los luchadores religiosos hutíes tuvieran la capacidad de aparecer con fuerza en el escenario político yemení se debió en parte a que el expresidente Saleh decidió financiar escuelas teológicas zaidíes a finales de los años noventa para crear una barrera al expansionismo del wahabismo saudí. Del resto se encarga la discriminación a los hutíes, poniendo fin a su paciencia. Será en vano que Saleh les pida deponer sus armas y entregarlas al Gobierno. Ante la negativa de la guerrilla religiosa, Saleh les declararía la guerra, enviando el ejército para aplastarlos.

En octubre del año 2000, el supuesto Al Qaeda de Yemen se responsabilizaba del ataque al destructor estadounidense USS Cole, perpetrado en el puerto yemení de Adén, que mató a 17 marines estadounidenses. Es inexplicable que EEUU y sus aliados tardaran más de 14 años en derrotar a algunos miles de hombres de Al Qaeda armados con dagas y bombas de fabricación casera en este país; EEUU es la principal potencia militar del planeta, cuenta con el Centro de Mando Conjunto Militar de EEUU-Yemen, y, junto con sus aliados, está equipado con tecnología que le permite detectar el movimiento de la reina de las hormigas en el subsuelo. Cierto que sus modernísimos aviones bombardeaban el país, sin embargo, en vez de a los «terroristas», mataban a miles de civiles inocentes. Mantener vivo ese monstruo llamado «Al Qaeda» servía de pretexto para luchar contra el terror, es decir, para militarizar aún más esta región del planeta. Tampoco se explica cómo aquel terrorismo yihadista podía tener comprobadas conexiones con los regímenes aliados de Occidente como Afganistán, Pakistán, Arabia Saudí, Iraq, Yemen y Turquía (este socio de la OTAN, que participaba en el

patrocinio del Estado Islámico en Siria), entre otros, sin que la ONU actuase contra sus Estados, por ejemplo, imponiendo algún tipo de sanción de modo que dejasen de albergar a los terroristas.

Cuatro años después, en junio de 2004, el presidente Saleh acusaría a los hutíes de sedición y, en consecuencia, rechazaría su reclamo de restaurar la autonomía en la región bajo una teocracia chií-zaidí. No sólo eran los hutíes sino los zaidíes en general quienes se sentían amenazados por el crecimiento de la ideología de los grupos wahabíes. En septiembre del mismo año el ejército asesina a Husein Badreddin al Huthi, líder del movimiento; será su hermano, Abdul Malik, quien se ponga al frente de Ansaralá. Este movimiento yemení llevaba años protagonizando una rebelión intermitente desde la provincia de Sada, en la región montañosa del norte de Yemen, y pretendía además una autonomía administrativa de corte religiosa. En vista de que las negociaciones y maneras pacíficas no hacían efecto sobre el régimen, habían decidido conseguir sus objetivos con una rebelión armada.

Se hacía evidente que la reunificación era un desastre. Las protestas se multiplicaron año tras año, en el Sur por los derechos perdidos y en el Norte por las esperanzas frustradas. En agosto de 2009, el presidente Saleh lanza la Operación Tierra Quemada contra los hutíes y en noviembre deja entrar a las tropas saudíes como refuerzo.

El temor a que esta organización pudiese desempeñar el mismo papel que el grupo chií libanés Hezbolá fue uno de los principales motivos paranoicos que facilitaron la invasión saudí. Su miedo no tenía en cuenta dos significativos detalles:

– Que Hezbolá puede tener legitimidad a la hora de plantearse una participación determinante en el poder de un Líbano muy fragmentado en confesiones religiosas, gracias a que representa a la mitad de la población chií del país. Ansaralá no sólo no tiene esta legitimidad, sino que tampoco representa a la totalidad de la minoría chií de Yemen.
– Que el Líbano posee una «profundidad estratégica» para Irán por compartir frontera con Israel, desde donde puede disuadir a Israel en caso de que quisiera agredir a Irán. Sin embargo, Yemen no despierta ni el más mínimo interés en Teherán, aunque si alcanza este papel estratégico para Arabia Saudí. Los ayatolás iraníes consideran que ante

> la imposibilidad de llevar al poder a un pequeño grupo que no goza de ninguna simpatía entre la mayoría de la población, es preferible llevarse bien con Riad, el amo de la OPEP, y disfrutar del hundimiento de los saudíes en aquel lodazal desde las gradas.

La Operación Tierra Quemada dirigida por Riad se efectuará con armamento avanzado suministrado por EEUU en el que se incluyen misiles tierra-aire, helicópteros de ataque Apache y aviones de combate Phantom. A pesar de sus armas sofisticadas, Arabia Saudí perderá un gran número de soldados en la contienda. Lo cual no significa el triunfo de los contrarios. La debilidad del ejército yemení, cuyas fidelidades habían quedado divididas tras las décadas de inestabilidad social y política, las guerras independentistas del Sur y las intervenciones militares de Arabia Saudí y de EEUU sólo desgastaban a las fuerzas antiEEUU y antisaudíes.

El 29 de diciembre de 2009 sucede algo absolutamente surrealista: un joven nigeriano es detenido en un vuelo Ámsterdam-Detroit por llevar explosivos en sus calzoncillos, según EEUU. Las autoridades afirman que este aficionado al terrorismo pertenecía a la sucursal yemení de Al Qaeda. «Suceso» que justificaba las promesas del aquel entonces presidente de EEUU, Barack Obama, a su aliado el presidente Saleh de aumentar en 70 millones de dólares su ayuda en la lucha antiterrorista (mientras dejaba a un lado el hambre que pasaban millones de yemeníes), y al mismo tiempo intensificar los bombardeos sobre las posiciones de los hutíes utilizando drones, máquinas que matan sin necesidad de poner en riesgo a los soldados de sus propias filas.

Todo esto sucedía en los mismos días que las potencias mundiales se felicitaban por haber neutralizado las inexistentes bombas iraníes ultimando la firma del acuerdo nuclear. La voz de las multitudinarias protestas ciudadanas pidiendo el cese de los ataques de Arabia Saudí (que andaba patrocinando la bomba nuclear «ilegal» de Pakistán) se entierra bajo el aluvión de las noticias sobre el triunfo de la comunidad internacional en el desarme de Irán.

LA PRIMAVERA YEMENÍ TERMINA EN GUERRA

En 2011 Washington y Riad abortaban la gran Primavera yemení, reemplazando a Saleh (que estuvo bajo su protección unos 32 años en el poder), por el vicepresidente, Abdrabu Mansur al Hadi. Con la elección de este suní se pretendía mantener intacto el sistema, acercándo al país a Arabia Saudí. El retrato que mejor representa la realidad de Yemen de aquel año es la fotografía ganadora del World Press Photo de aquel año. En ella aparecía una mujer completamente tapada, de negro, con las manos también enguantadas, sosteniendo en sus brazos a un hombre (su hijo), herido con el cuerpo desnudo. Aquella *Pietà* yemení, inmortalizada por el español Samuel Aranda, consolidaba el cliché que hay en la mente de los occidentales sobre la mujer «musulmana»: una mujer con el rostro robado y el tacto negado, un objeto al servicio de hombres sacrificados, que restaba potencia a la revolución democrática que estaba viviendo el país. La fotografía afirmaba que ninguna Primavera sería capaz de cambiar a unas mujeres que parecen amar su estatus de subgénero y merecen ser gobernadas por los fundamentalistas misóginos.



Lo que ve un fotográfo occidental: una *Pietà* yemení[9].

Aquel año fue prolijo para Yemen en lo que se refiere a su imagen en el exterior. Tawakel Karman, activista del grupo fundamentalista suní Hermanos Musulmanes, recibió el Premio Nobel de la Paz. Su premio daba la espalda a cientos de mujeres que luchan por la igualdad y la democracia política y social para todos y todas las yemeníes, que defienden que la religión y la fe dejen de ser instrumentalizadas y regresen al espacio privado de la vida de los creyentes. El islamismo y la islamofobia no sólo se retroalimentan sino que existen gracias a la persecución de las fuerzas laicas y progresistas, que promueven con sus actos y discursos un sistema político capaz de respetar también el credo personal de miles de cristianos, judíos o ateos yemeníes.

Pero si se habló de Yemen aquel año fue fundamentalmente por formar parte de aquella oleada de movimientos llamados «Primaveras árabes» en los medios occidentales. Influidos por el clima esperanzador de las revueltas de Egipto y Túnez, el movimiento hutí ganó un estatus favorable entre las fuerzas del cambio. Al sentirse acorralado, el general Mohsen hizo lo mismo que Bashar al Asad con los kurdos, cuando miles de hombres armados entraron al país para derrocarlo: cederles la autonomía y así disminuir la presión que recibía el Gobierno desde otras fuerzas políticas, que exigían el cese del dictador que llevaba en el poder tres décadas. Aunque los hutíes aceptaron la propuesta del federalismo, se opusieron a las demarcaciones y las fronteras de los cantones, y continuaron su lucha.



Sana, Yemen. Primavera de 2011. Un manifestante antigubernamental sostiene retratos del revolucionario argentino Ernesto Che Guevara. Fotografía: Yahya Arhab / EPA[10].

A pesar de todas sus estrategias, Saleh se vio obligado a abandonar el poder en 2012, lo que convirtió a la sociedad yemení en auténticamente revolucionaria… aunque no alcanzara la victoria. La debilidad del Estado había fortalecido a la milicia zaidí, que atacó y derrotó a una de las principales formaciones tribales suníes del norte, la Federación Hashid, lo que forzó el desplazamiento de miles de personas de esta fe. Pudieron hacerlo después de que la Guardia Republicana, dirigida por el propio hijo de Saleh, Ahmed, estableciera una alianza con la milicia, aquella que durante años fuera su enemiga. El objetivo de los Saleh era claro: utilizar a los hutíes para recuperar el poder.

Mientras tanto, EEUU y sus aliados occidentales, árabes y turcos, conseguían abortar las Primaveras egipcia y tunecina, acabar con el Estado libio y la vida de su mandatario, Muamar al Gadafi, y destruir otro gran

Estado árabe, Siria. No hará falta más de tres años para todas estas «victorias».

En 2014 la situación en Yemen daba un giro radical, el presidente Hadi, realizaba una extraña maniobra: con el fin de acabar con la influencia del destituido Saleh y también del Partido Islah («reforma») de los Hermanos Musulmanes, dejará que las milicias hutíes tomen la capital y el mando de las principales instituciones. A continuación propondrá un diálogo nacional con los grandes partidos del país, incluidos el Partido Comunista y las organizaciones independentistas del Sur. Se trataba de una jugada compleja pero efectiva: el colapso total del Estado central y la amenaza de un golpe de Estado por parte de los oficiales del ejército (divididos en lealtades sectarias) habían dejado el terreno más que allanado para una intervención de EEUU y Arabia Saudí. Este tándem, por supuesto, ejecutará su agenda sin despeinarse.

En septiembre de 2014, el grupo fundamentalista chií yemení Ansaralá, compuesto mayoritariamente por los hutíes, se hará con el control de la capital Sana ante la presencia masiva de los militares de EEUU. Su reivindicación era que se reconocieran sus derechos religiosos y se mejoraran las condiciones de vida de su comunidad, históricamente sometida a una pobreza extrema.

Pero lo que hará que el destino de los yemeníes se dirija hacia un puerto oscuro serán dos acontecimientos que suceden muy lejos de sus fronteras. En diciembre de 2014, el Partido Demócrata de EEUU pierde la mayoría en el senado a favor de los republicanos y, sobre todo, de su sector neoconservador. Días después, el 7 de enero de 2015 tiene lugar el atentado terrorista contra la redacción de la revista francesa *Charlie Hebdo* en París, que deja 12 muertos y es atribuido a Al Qaeda de la Península Arábiga (AQPA), sin ninguna investigación ni prueba fehaciente al respecto. El impopular presidente francés François Hollande, que no consigue triunfos ni en Mali ni en Siria y que estaba perdiendo las elecciones municipales por los escándalos de corrupción y las fuertes tensiones sociales, utiliza la conmoción generada por el atentado como cortina de humo y presenta la tragedia como el 11-S francés, echando fuera los balones de la crisis interna. En un gesto napoleónico envía el portaaviones De Gaulle hacia el golfo Pérsico, amenazando a los «terroristas» yemeníes.

El 14 de enero, la *CNN* emite un vídeo en el que un hombre, a pesar de tener colgada la bandera del Estado Islámico, dice pertenecer a AQPA y se hace responsable del atentado. Resulta significativo que ni Barack Obama, ni ningún alto cargo de su Administración participasen en la gran marcha de París en solidaridad con las víctimas que reunió a unos 50 líderes mundiales. ¿Pretendía el Gobierno francés forzar a Obama a enviar a la OTAN (y así a las tropas francesas) a Oriente Próximo, bajo la falsa bandera de la supuesta lucha contra el terror? Acusar a Yemen de ser «refugio del terrorismo de Al Qaeda» era la misma acusación que la OTAN utilizó para referirse a Afganistán.

El mismo 7 enero, el del atentado en París, otro acto terrorista mataba a 33 personas de fe chií en Yemen. Comenzaba una nueva ronda de matanzas de civiles que pasó desapercibida ante la opinión pública mundial pero que empujaría al país definitivamente hacia el caos. El 19 de enero la milicia Ansaralá, descontenta con una propuesta que pedía dividir el país en seis regiones federales, conseguía vencer con sus dagas y rifles al ejército yemení, entrenado y equipado por EEUU y Arabia Saudí desde hacía tres décadas, y rodear el palacio presidencial. Consciente del apoyo internacional con el que contaba el presidente Abdrabu Mansur al Hadi, la milicia hutí declaró que no tenía intención de dar un golpe de Estado, sino de exigir el cumplimiento de sus promesas de reforma. Ante la negativa de Hadi, le arrestan, ocupan los edificios gubernamentales, y proponen que el presidente desempeñe un papel menor a cargo de la transición. A cambio de participar en el Gobierno, Ansaralá aceptaba entregar el Parlamento y la capital a una fuerza de unidad nacional bajo el control de la ONU. Contrario a este y a cualquier otro acuerdo negociado, Riad impedirá una posible salida política del conflicto.

CÓMO SE ENCIENDE EL FUEGO

El 23 de enero, después de que Riad anunciara la muerte del rey Abdalah de Arabia Saudí, el presidente Hadi y su gabinete dimitieron, sorprendiendo a Barack Obama, que resistía a la presión saudí de entrar militarmente en Yemen. La renuncia de Hadi deja un peligroso vacío de poder. ¿Querían complicar la situación para dejar la puerta abierta a una intervención

extranjera? Lo que sucederá a continuación es que las tribus suníes se levantarán en armas y se lanzarán a la batalla contra la milicia chií, dejando decenas de muertos por ambos bandos. Este enfrentamiento es uno de los principales rasgos de las sociedades tribales precapitalistas: las lealtades entre los miembros de un clan prevalecen sobre la lucha entre las clases sociales y también sobre las fidelidades religiosas. En este país, al igual que en el Iraq pos-Sadam, las tribus suníes y las chiíes luchan entre sí por tomar el liderazgo en sus correspondientes clanes, barrios, ciudades o sectores sociales.

Con Baréin y Yemen en tensión, el inquietante escenario de la península arábiga se complica aún más: el nuevo monarca saudí, Salman bin Abdulaziz, de setenta y nueve años (y al parecer muy enfermo) debe tranquilizar a quienes se preocupan por el equilibrio de potencias en esta sensible región del planeta. Decenas de líderes del mundo «democrático» asistieron al funeral de su predecesor, Abdalah, monarca de un reinado de terror, y rindieron así homenaje a otro dictador que murió en la cama sin ser juzgado por los crímenes cometidos dentro y fuera de su país, uno de los principales patrocinadores del terrorismo suní-wahabí en medio mundo.

Un día después, el 24 de enero, el clima antiiraní se intensifica en los medios de comunicación prosaudíes, proisraelíes y republicanos de EEUU, que implican a Irán en la revuelta de los hutíes. Toman como pretexto el asesinato del fiscal argentino, Alberto Nisman (1963-2015), que estaba investigando la implicación de la República Islámica de Irán en el atentado terrorista contra Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) del 18 de julio de 1994, en el que murieron 85 personas. El juez había acusado a las autoridades de Irán y Argentina de conspirar para sepultar el expediente de aquel ataque.

El objetivo principal de esta alianza, más propia de la literatura, era impedir la pacificación de las relaciones entre Teherán y las potencias mundiales, en conflicto por el programa nuclear de los ayatolás. El del presidente Obama era impedir que Irán se hiciera con la bomba nuclear, pero no encontraba prueba alguna de la intervención iraní en los disturbios yemeníes: el chiismo duodecimano iraní deslegitimaba la fe zaidí, ya que la consideraba un sunismo disfrazado.

Los saudíes creyeron que un mayor «orden del caos» en la zona podría hacer que la Administración Obama abandonara la idea de replegar parte de

las tropas para rodear a China, y que así permaneciera en la región. Según el entonces expresidente Hadi: «Si Irán controla Bab el Mandeb, no necesitará la bomba atómica». Así, las autoridades prosaudíes de Yemen acusarán a los hutíes de ser los *proxys* (testaferros, delegados) de Irán para poder aplastar el movimiento antigubernamental y exagerarán el poderío de un Irán que ni es árabe ni tiene afinidad cultural ni religiosa con los chiíes yemeníes. Un sector de la RII no oculta su deseo de implicarse en el conflicto, lo cual demuestra que tal intervención, al menos de forma oficial y eficaz, no existía. Washington y Riad no tienen pruebas de la injerencia iraní en la rebelión hutí. Por el contrario, Irán ya había negado el envío de armas a Siria y Yemen en abril de 2013, en respuesta a las acusaciones del secretario de Defensa de EEUU, del iranófobo Leon Panetta. Sin embargo, *The New York Times* había publicado en marzo de 2012 que «fuentes anónimas» militares y de inteligencia de EEUU aseguraban que la Fuerza Quds, el grupo de elite de los Guardianes Revolucionarios de Irán, suministraba de forma clandestina armas a los rebeldes hutíes en Yemen. En esta misma línea, en enero de 2013, la *CNN* reportó que un alijo de armas con marcas iraníes había sido incautado a un barco frente a las costas de Yemen. Este alijo incluía misiles tierra-aire, explosivos C-4 y otras armas, todo supuestamente destinados a los hutíes.

Lo cierto es que los rebeldes no requerían del apoyo de Teherán: contaban con armas suficientes en el libre mercado de armas de Yemen gracias a las obtenidas del propio ejército yemení. Lo que sí necesitaban era dinero para llevar adelante su movimiento, aunque en eso tampoco podría ayudar Irán, cuyos bancos se encontraban bajo las sanciones de la ONU y de EEUU. También es cierto que en aquellos momentos la estrategia de Irán era defensiva: su gran preocupación era protegerse de las amenazas internas y también de las externas. Además, sería absurdo que los hutíes pretendiesen reemplazar a los saudíes por los iraníes, por mucho que en este Oriente Próximo las alianzas sean dinámicas y sorprendentes. A Irán le interesa mejorar sus relaciones con Arabia Saudí y con EEUU, y pacificar su entorno, más que apoyar a una minoría religiosa sin ninguna posibilidad de triunfar y gobernar sobre una población suní en un país con una base militar de EEUU.

Los acontecimientos se precipitan en Yemen: el 25 de enero, Washington decide repatriar a una parte de los cerca de 250 militares y civiles de su

embajada en Sana. Su total evacuación hubiera impedido otra tragedia como la de Bengasi (Libia), donde su embajador, Christopher Stevens, y otros tres estadounidenses fueron asesinados el 11 de septiembre de 2012, sin embargo su opción es otra. El embajador seguirá en Sana; mientras, el Pentágono enviará a las costas de Yemen dos buques militares (Iwo Jima y Fort McHenry) para evitar que los hutíes «proiraníes» amenacen el control del estratégico estrecho de Bab el Mandeb, según palabras del general Daniel Bolger.

Los marines estadounidense estacionados en Omán, Arabia Saudí, Baréin y Yibuti (además de los que ya estaban en Yemen desde 2001) no harán otra cosa que esperar órdenes. ¿Había un plan para ocupar militarmente Yemen? ¿Estaban participando en otro golpe de los sectores más belicistas de EEUU? ¿Echarían mano de la política de «usar drones en vez de mandar tropas» y del modelo de «lucha antiterrorista *low cost*» propios de Obama? Quizá no deberían preocuparse; la principal ventaja de la forma de actuar de Obama era que impedía bajas propias. Además le importaba mucho reparar la imagen dañada de su país, que en todas las miradas aparecía como invasor, lo de menos eran las miles de vidas arrancadas por las bombas lanzadas por los aviones no tripulados, ni el odio hacia el agresor occidental que esta forma de violencia sembraba entre las poblaciones atacadas. Obama parecía haber olvidado los sollozos de Brandon Bryant, exoperador de drones, cuando explicaba cómo mató al menos a 1.600 «sombras de gente» sólo en Pakistán e Iraq. Además, había un sinsentido: si el objetivo era atacar a los terroristas wahabíes de Al Qaeda ¿por qué daba la orden de bombardear las posiciones de los combatientes de a pie en Yemen y a los jefes milicianos locales chiíes?

El 26 de febrero los hutíes forman un Gobierno provisional, denunciando los planes que tenían EEUU y Arabia Saudí de atacar el país. El 20 de marzo un atentado provoca una masacre en las mezquitas Al Badr y Al Hashush, morirán unas 300 personas. En esta ocasión, Abdul Malik al Huthi acusa a EEUU e Israel de estar detrás de los grupos terroristas del Estado Islámico y Al Qaeda.

LOS OBJETIVOS DE ARABIA SAUDÍ EN SU INVASIÓN DE YEMEN

En el momento en el que la guerra de la coalición liderada por EEUU y Arabia Saudí contra Yemen comienza, el país se encontraba en el puesto 161 entre 179 Estados del mundo con mayor corrupción en el sector público[11]. Su economía estaba paralizada y en declive. La vida política estaba colapsada tras los continuos intentos fallidos de formar una unidad nacional; las diferencias entre los partidos del Norte y del Sur del país eran insoslayables. Su Índice de Desarrollo Humano le deja en el triste puesto 154[12] en el *ranking* mundial: la esperanza de vida era de unos 63,09 años en ese momento y una tasa de mortalidad en el 7,22 por 100, lo que deja otros índices –como el del empleo juvenil–, por los suelos. La escasez de recursos es motivo de la inseguridad y de la masiva presencia policial. Los chiíes denuncian haber sido discriminados bajo regímenes suníes prosaudíes, consideran que viven en peores condiciones que sus compatriotas… Los hombres yemeníes observan este difícil panorama masticando qat, una planta que no sólo carece de valor nutricional y se lleva la poca agua que tiene esta tierra sino que deja un país con millones de hombres narcotizados[13].

Es ese mismo país tan frágil en el que una docena de Estados interviene militarmente para enfrentarse contra un pequeño grupo de hutíes. Su único e increíble argumento es que utilizan las armas para encauzar la lucha de varios sectores, como la de diversos y grandes grupos sociales que reivindican una democracia económica y política. Yemen es un país con una pobreza escandalosa, ha estado gobernado históricamente por una elite incompetente; la lucha de clases y los lazos tribales yemeníes prevalecen sobre la afiliación religiosa. Su actual tinte sectario es el resultado del derrumbe social y político del país provocado por el juego de alianzas de una gran variedad de actores, que incluye a las potencias regionales y mundiales. Sin embargo, este resultado se toma como excusa para iniciar una guerra y llenar la terrible prisión de Guantánamo de decenas de ciudadanos yemeníes.

El 20 de marzo de 2015 el Estado Islámico realiza un atentado en una mezquita en la capital de Yemen, Sana. Mueren 143 personas, los heridos

ascienden a 350. Lo inquietante es que los heridos zaidíes yemeníes son rechazados de los hospitales de la capital. Hosam al Hamdi, administrador de uno de los centros de salud de Sana, afirmaba haber sido testigo personal de dos incidentes en los que se les dijo a los pacientes zaidíes que abandonaran las instalaciones y buscaran tratamiento en otra parte. Yemen nunca había experimentado un problema de este tipo. Es evidente que la tradicional tolerancia yemení hacia «los otros» está destrozada y el tejido social, destruido.

El 24 de marzo el Consejo de Seguridad redacta la resolución 2216, con la abstención rusa y el voto afirmativo de China. En ella se acepta la solicitud del presidente de Yemen de que el Consejo de Cooperación del Golfo y la Liga de los Estados Árabes utilicen «todos los medios y medidas necesarias, incluida la intervención militar, para proteger al Yemen y a su pueblo de la continua agresión de los hutíes». Según el presidente yemení, los hutíes han demolido un país indefenso, cometiendo crímenes de guerra como arrasar viviendas, hospitales, escuelas, depósitos de alimentos, instalaciones eléctricas, impidiendo la ayuda médica a miles de heridos, etc. Esta resolución no es más que el abrazo del oso a la casa de Saud: el 26 de marzo de 2015, Arabia Saudí lanza la Operación Tormenta Decisiva. El ataque está respaldado por la aviación de EEUU y Gran Bretaña, que participan en este banquete de sangre y expolio bombardeando el aeropuerto de Sana, hospitales, escuelas, hogares y campos de refugiados, dejando miles de muertos y heridos entre la población civil.

Las razones oficiales de los saudíes para iniciar el ataque son:

– Devolver a Hadi como presidente legítimo.
– Contener el movimiento hutí.
– Frenar la influencia del Irán chií en el país.

No extraña que el 2 de octubre de 2015, el presidente de Yemen corte sus relaciones diplomáticas con Irán, acusándole de apoyar a los rebeldes, aislando aún más a Teherán entre las monarquías del golfo Pérsico. Con el lema de «Irán, patrocinador del terrorismo» Arabia Saudí pretende sabotear el acuerdo nuclear entre EEUU e Irán. La prensa saudí, que hace diez años llamaba «rebeldes» a los hutíes para más tarde apodarles «rebeldes chiíes» ahora pasa a calificarles como «rebeldes chiíes proiraníes». El silogismo de

que si los hutíes son chiíes, todos los chiíes son hutíes, y todos son la quinta columna de Irán, se sostiene evidentemente en una lógica interesada. Según WikiLeaks, en 2007 el Gobierno de Saleh utilizó los restos de un dron estadounidense caído en el sur de Yemen para presentarlos como el avión iraní derribado por su ejército.

La afirmación de Benjamin Netanyahu de que «Irán ya controla cuatro capitales árabes –Damasco, Bagdad, Beirut y Sana– además del golfo de Adén», no sólo es una ofensa a EEUU y a los árabes, sino que los desacredita ante la realidad de un Irán acorralado y cercado militarmente por los cuatro costados por la OTAN, las bases de EEUU y de Israel, los ejércitos y grupos terroristas financiados por los salafistas saudíes y los Hermanos Musulmanes de Turquía y Qatar. Además, las finanzas están demasiado tocadas por las sanciones internacionales como para patrocinar a los hutíes, de modo que Irán se limita a pedir el cese de los bombardeos y opta por ser un observador más del trágico escenario.



Media luna chií. Los números muestran el porcentaje de chiíes en la población[14].

Por supuesto, los verdaderos objetivos de los saudíes son otros, y además numerosos:

– Quieren estrangular lo que queda de la Primavera árabe, que en Yemen aún no ha sido oficialmente derrotada. Concretamente, desean acabar con su modelo multipartidista, mal referente para las dictaduras de las *familias* de los jeques. La democracia emergente de su patio trasero les resulta una amenaza desde cualquiera de sus facetas. Por ejemplo, el hecho de que los hutíes tengan una cuota y las mujeres también no les resulta soportable.
– Obtener las reservas de petróleo de las provincias yemeníes de Masila y Shabwa y castigar al país por su negativa de permitir la construcción de un gasoducto que saldría de Hadramaut, en Arabia, y terminaría en el puerto de Adén. Con ello, Riad pretendía esquivar el golfo arábigo, el golfo Pérsico y el estrecho de Ormuz, exportando su gas.
– Mantener el dominio político-militar sobre el destino de Yemen, cuya «seguridad» es inseparable de la seguridad de los jeques saudíes. Arabia Saudí no tiene acceso directo a los tres cuellos estratégicos de la zona (estrecho de Ormuz, golfo de Adén y Bab al Mandeb), necesita hacerse con los dos últimos para reducir riesgos, disminuir su dependencia del golfo Pérsico y tener capacidad de respuesta en el caso de que su enemigo iraní decidiera cerrar el estrecho de Ormuz.
– Poner en marcha la llamada OTAN árabe, que habían creado el 28 marzo de 2015 en la cumbre de la Liga de los Estados Árabes celebrada en la ciudad egipcia de Sharm el Sheij. Ya existía una unión de defensa árabe formada por Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Baréin y Omán, pero esta «OTAN» (al igual que el Consejo de Cooperación del Golfo) se ofrecía como una contratista militar útil y rentable de cara a las futuras guerras con Irán.
– Restaurar al presidente fugitivo Al Hadi, mientras que trabaja con EEUU para derrocar a Bashar al Asad del Gobierno sirio.
– Dar una buena lección a los hutíes para que a los chiíes de Arabia Saudí y de Baréin tampoco se les ocurra portarse mal.
– Evitar que eso de «negociar» se convierta en un método para los pueblos de la zona en sus reivindicaciones político-sociales. De hecho, según el exenviado de la ONU Jamal Benomar en Yemen, «cuando comenzó esta campaña, pasó desapercibido el importante hecho de que los yemeníes estaban cerca de un acuerdo para compartir el poder con todas las partes, incluyendo los hutíes». Con la invasión se acababa de

un plumazo con todas las posibilidades de alcanzar una solución negociada.
– Vigilar el escenario donde discurre parte de la lucha encarnizada entre distintas facciones de la elite saudí: algunos jeques opositores ayudan a los hutíes y al sector antisaudí del yihadismo suní; son capaces de utilizar los lazos de lealtad existentes entre los miembros de las tribus con Al Qaeda, con presencia en ambos países.
– Sembrar las semillas de futuras guerras fraticidas. Para ello utilizan una estrategia perversa: envían a la guerra a un gran contingente de soldados de origen yemení que sirven al ejército saudí (al igual que miles pakistaníes, indios, etcétera).
– Asegurar sus 1.770 kilómetros de frontera porosa con Yemen, el eslabón más débil en el cinturón militar que se ha creado Arabia Saudí a su alrededor.
– En línea con el anterior objetivo, Arabia Saudí entra en guerra con Yemen para frenar la imparable emigración de miles de yemeníes. Hasta hoy ha bombardeado las aldeas fronterizas, ha repatriado a cientos de miles de inmigrantes, y ha levantado muros y alambres de púas en la frontera.
– Dar un golpe al acercamiento entre EEUU e Irán, justo en la recta final de *las negociaciones nucleares.* Riad necesitaba una victoria en el momento en el que Obama se negaba a derrocar a Asad.
– Presentar esta intervención como un triunfo no sobre una pequeña milicia sino sobre Irán, el enemigo hereje.
– Exportar la crisis interna que encubre la lucha de clases sociales y las brechas internas de la elite gobernante.
– Convertirse en el gendarme de la zona, ocupando el lugar de Irán de la era del sah.
– Poner a prueba la fidelidad de los militares egipcios y consolidar sus lazos de vasallaje, arrastrándolos a este conflicto. Lo mismo pretende con Hamás, recordándoles que los jeques no son simples «cajeros automáticos».
– Intentar anexionar el sur de Yemen a Arabia Saudí. La mayoría de los sureños son suníes, y muchos tienen parte de su familia en el reino.
– Y, en clave interna, mostrar ante los príncipes rivales la valía del joven ministro de Defensa saudí, Mohamad bin Salman, hijo del rey y jefe de

> la casa real, como garante de la seguridad nacional frente a los iraníes, antes de que su padre anciano y enfermo fallezca. De este modo, se rompería por primera vez la regla de transmisión de poder en Arabia Saudí, que se realiza teniendo en cuenta la edad de los hijos de Ibn Saud, el fundador del reino. Es decir, el legítimo heredero del actual rey sería su hermano menor, Muqrin bin Abdulaziz (setenta años), y después de él Mohamad bin Nayef (cincuenta y seis años). Salman, por tanto, queda muy lejos de ser el heredero.

Otro de los objetivos de Arabia Saudí era fortalecer el frente antiiraní implicando a Egipto y Turquía, pero enseguida tuvo que desdeñar la idea. El presidente de Turquía, Erdogan, se cuidó mucho al decir que «podrá considerar» y que ofrecía su «apoyo logístico basado en la evolución de la situación». Después de ver la dura crítica de Irán a su tibia posición y tras su visita a Irán el 7 de abril de 2015, el presidente turco cambió de opinión. Había una gran razón para pisar el freno. Tal como recordaba en aquel momento la prensa internacional, la familia del propio Erdogan así como los altos cargos del Partido para la Justicia y el Desarrollo (AKP) que lidera, estaban involucrados en el escándalo «Oro a cambio de hidrocarburos». Los hechos se produjeron entre marzo de 2012 y junio de 2013: en aquella época los turcos transfirieron, a través de los Emiratos Árabes Unidos, 13.000 millones de dólares en oro a cambio de vender en el mercado internacional y de forma ilegal los hidrocarburos de los iraníes; además, malversaron 2.800 millones de dólares en comisiones, que se repartieron entre los altos cargos del AKP y funcionarios iraníes. El presidente Erdogan, suní y dirigente del ala turca de Hermanos Musulmanes, debió de calcular que el fin de las sanciones a Irán abriría un gran mercado para los productos turcos precisamente en un momento en que la Unión Europea no le permite entrar a formar parte del club. Además, participar en esa guerra dejaría miles de cadáveres civiles «musulmanes», lo que estropearía su imagen ante esa comunidad. Por tanto, ¿perder Irán a cambio de qué en Yemen? ¡No, gracias!

Egipto tampoco se dejó llevar por las iniciativas saudíes. Este país, otro gran centro del sunismo, rechazó la petición de enviar tropas a Yemen porque es un lugar terriblemente difícil a la hora de gestionar una guerra. Con los ataques aéreos y sin tropas de tierra la posibilidad de obtener una

victoria es cero. El Cairo aún recuerda la masacre de sus soldados en este país en la era de Naser.

Pakistán, país de mayoría suní y con un 20 por 100 de la población chií, fue otro de los que se negó a entrar en este berenjenal a pesar de que recibe miles de millones de dólares de ayuda saudí y de que el actual primer ministro, Nawaz Sharif, fue acogido por Riad cuando huía de la furia de los generales de Islamabad en 1999. El Parlamento del país votó el 10 de abril del 2015 de forma unánime la neutralidad del país en el conflicto, rechazando la acusación de la amenaza de los hutíes para Arabia Saudí.

El resultado de esta intervención en Yemen termina siendo un fracaso para los saudíes, y no sólo en el aspecto militar. Riad se da cuenta de que necesita «conducir a Yemen hacia un futuro estable» demasiado tarde, pues ha ignorado que el Estado yemení está hundido después de tantos, largos, simultáneos y no concluidos, conflictos multidimensionales, y que fueron justamente los saudíes quienes se encargaron de terminar de sepultarlo bajo los escombros. Ahora debe asimilar las consecuencias de tener un Estado fallido en su larga frontera. Su forma de hacerlo es peculiar: si en 1990 se opuso a la reunificación de Yemen, ahora intenta romperlo en dos mitades para facilitar su control.

EEUU TAMBIÉN TIENE SUS PROPIOS INTERESES, Y SUMAN 18

En aquel marzo de 2015 EEUU enviaba a Yemen el portaviones USS Theodore Roosevelt a la vez que ordenaba que las tropas estadounidenses se instalaran en la base aérea Al Anad, en el sur del país. El portaviones se unía a otros ocho buques de la marina en las aguas de Yemen. Obama lidera la agresión militar «desde atrás» *(«leading from behind»)* también en busca de sus propios objetivos, tan numerosos como los saudíes:

– Quiere hacerse con el control total del Cuerno de África. La militarización de sus aguas está en consonancia con otras acciones previas, como la campaña lanzada en 2009, contra supuestos «piratas somalíes» que al parecer habían puesto en jaque a los megabarcos de medio mundo.

– Neutralizar la creciente influencia de China. Dos años antes, en septiembre de 2013, militares de alto rango de la República Popular China y de Yemen acordaron fortalecer sus relaciones a la vez que negociaron el alquiler de puertos yemeníes. El acuerdo formaba parte de la estrategia china llamada «Collar de perlas», que consiste en alquilar puertos en las rutas marítimas estratégicas del mundo. El miedo de Washington hacia China carece de sentido si se tiene en cuenta que el Pentágono posee bases militares en esta región desde Osan y Okinawa, a Diego García, Yibuti, Pakistán, Afganistán, Turkmenistán, Kirguizistán, Uzbekistán, Iraq, Arabia Saudí, Omán, Yemen, Qatar, Baréin y Kuwait, mientras que China no tiene ni una sola instalación militar fuera de su territorio.
– En línea con el anterior objetivo: sabotear la iniciativa marítima china de crear «la Ruta de la Seda del siglo XXI», que incluye el golfo de Adén y el mar Rojo. Controlando el puerto de Adén, Washington podrá cerrar el estrecho de Bab el Mandeb por el que pasa la mayor parte del comercio de China destinado a los países del mar Rojo. Paralelamente, a Washington le resulta menos costoso dominar Bab el Mandeb y vigilar el paso de los petroleros (y de paso chantajear a China) que disuadir a Arabia Saudí de vender su petróleo al rival asiático.
– Ganar la batalla contra Pekín por explorar y explotar el petróleo de las cuencas de Masila y Shabwa de Yemen. La petrolera francesa Total también espera su parte. En el momento de la intervención, los chinos recibían el 8 por 100 de la producción petrolífera de Yemen, unos 20.000 barriles por día, y EEUU importaba el gas licuado de este país. El Gobierno de Obama tenía el informe del Servicio Geológico de los Estados Unidos, fechado en 2002, sobre las vastas reservas de gas y petróleo de Yemen en el mar Rojo y el golfo de Adén, además de los 3.000 millones de barriles de su subsuelo. Según una filtración de WikiLeaks, el embajador de EEUU en Sana, Stephen A. Seche, confesaba en 2008 que «las provincias de Shabwa, Marib y Al Jawf tienen un alto potencial como yacimientos de gas».
– Frustrar cualquier cambio en Yemen que pueda afectar a la estabilidad de Arabia y por ende a la economía mundial.
– Frenar el regreso al poder de los neosocialistas en Yemen y disuadir a las fuerzas progresistas de la región.

– Respaldar a Arabia Saudí y aliviar sus temores hacia Irán tras la firma del acuerdo nuclear.
– Entrenar a los pilotos saudíes para el correcto manejo de los nuevos aviones de guerra que les han vendido y así reducir las bajas civiles durante los ataques: ¡así, en vez de cometer 36 crímenes de guerra, cometerán 20!
– Romper el país en el marco de su proyecto de un nuevo Oriente Próximo, que consiste en fragmentar en mini-Estados a los países clave de importancia estratégica. El «caos controlado» de la guerra oculta contra Yemen está dirigido a cumplir este plan.
– Imposibilitar que los hutíes ganadores de la guerra civil compartan el control sobre Bab el Mandeb con Irán. Para ello EEUU cuenta con la cooperación de Israel y de Riad (el primer beneficiario de la caída de Mohamad Morsi en Egipto, de Gadafi en Libia y de Asad en Siria). Si no consiguen un Yemen «entero», siempre podrán dividirlo, volviendo a separar el Sur y entregando una parte del territorio a Arabia Saudí.
– Tentar a Irán para que caiga en la trampa de entrar en la guerra en apoyo a los chiíes (como sucedió en Iraq y Siria) y así desgastar su potencial. El frente antiiraní, compuesto por los árabes, turcos, judíos y pakistaníes deja a Irán absolutamente aislado y vulnerable.
– Proteger las inversiones de las petroleras occidentales (Total, Hunt Oil Company, Halliburton, Baker Hughes o Schlumberger) que trabajan en la zona ante posibles ataques de los «enemigos».
– Preservar los intereses de Israel, puesto que Bab el Mandeb es el único enlace del mar Rojo con el océano Índico. En Eritrea, Israel (al igual que Irán) ha alquilado al menos tres bases. Desde ellas los submarinos israelíes pueden acceder a las costas iraníes del golfo Pérsico. Las tropas desplegadas de EEUU y Francia en Yibuti, Somalia, bajo el pretexto de luchar contra el grupo Al Shabab, vigilan a Irán con mucha atención.
– Teniendo en cuenta las importantes desavenencias entre Arabia Saudí y EEUU, no se debe descartar la posibilidad de que EEUU estuviera involucrando a Arabia Saudí en una guerra de desgaste. Al fin y al cabo Yemen es un terreno áspero, con altas montañas y cuevas, ideal para una guerra de guerrillas. Con este desgaste podría ejecutar más libremente los cambios que planea en la región. No se trata de una desconfianza unilateral: Riad, el principal suministrador de petróleo de China, ha

dejado de utilizar el dólar en su comercio con este país, y ha destrozado los planes de Obama en la zona. El politólogo ruso Kamran Gasanov afirma en este sentido que «Yemen desempeña el mismo papel en el derrocamiento de la dinastía saudí que el que se le asigna a Ucrania para socavar la estabilidad política en Rusia». La dinastía de Al Saud ha dejado de ser la gran aliada de EEUU para ser considerada una socia intratable que no conviene a Washington, aunque sus jeques controlen ingentes toneladas de petróleo. En lugar de buscar una solución política para resolver sus conflictos, Washington ha fortalecido a Al Qaeda en la península arábiga, lo que representa la mayor amenaza para la monarquía saudí. Se hace evidente, pues, que Arabia Saudí es la piedra angular del poder de EEUU en Oriente Medio y también su talón de Aquiles.

– Seguir vendiendo armas a una región que se confirma como el principal destino del mercado armamentístico del mundo. Arabia es el segundo mayor importador mundial de estos productos (después de China) mientras que Irán recibió en 2013 solo el 1 por 100 del total de los artefactos bélicos exportados a Oriente. Acelerar la entrega de aviones, armas y equipamientos militares a los países árabes del Golfo Pérsico sigue siendo un buen negocio para estas multinacionales.

– Barack Obama no iba a romper el acuerdo nuclear con Irán por los sultanes del golfo Pérsico pero les echó una mano a su manera. Al enviar armas a Yemen, firmar un pacto de defensa mutua con sus socios árabes, realizar misiones conjuntas y designar a Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos como «principales aliados, fuera de la OTAN» (con ventajas militares incluidas)… se aseguraba de que cualquier tentativa de ayuda por parte de Irán a los hutíes sería considerada una violación de la mencionada resolución de la ONU.

– El resultado es que coordina los ejércitos de los países árabes de la zona con el Centro de Operaciones Conjuntas de los EEUU al tiempo que mantiene el cerco militar alrededor de Irán. En caso de guerra ahogaría sus buques en el estrecho de Bab el Mendab, las mismas aguas por las que paseaban a sus anchas los tres submarinos nucleares israelíes (Dolphin, Tekuma y Leviatán), listos para atacar las costas iraníes.

– De paso, reformaba la ley que prohibía la venta de armas a los países árabes si con ello se produce una desventaja militar de Israel. Como

compensación, propuso soluciones de este tipo: que los árabes reciban los avanzados aviones de combate F-35 tres años después de haber sido entregados a Israel, ¡como muestra de la gran confianza entre Washington y sus aliados árabes!

LOS VERDADEROS GANADORES DE ESTA GUERRA

Que el petróleo saudí ha alcanzado su «pico» y que no hay más reservas de las ya conocidas no es noticia. Aun así, entre otras políticas e inversiones sin sentido, Riad sigue explotando frenéticamente ese bien tan escaso para llenar el mercado de fuel con la única intención de bajar los precios para perjudicar a Rusia e Irán, forzándoles a que dejen de apoyar a Bashar al Asad. Esto explica la invasión militar de los jeques a las regiones petrolíferas de Yemen por tierra y por mar. Se había lanzado al ataque contando con el compromiso del respaldo activo de sus aliados, pero ni Egipto, ni Pakistán, ni Turquía enviaron tropas a Yemen.

La agresión militar, además de ilegal, fue una violación de la Carta de la ONU y el derecho internacional. Ni siquiera se podría justificar recurriendo al artículo 51 de la Carta, que autoriza «la defensa propia ante un ataque», porque ni Yemen ni Ansaralá habrían supuesto ninguna amenaza para Arabia Saudí ni para EEUU. La intención de los saudíes era ocupar parte del país, de ahí que enviaran a unos 150.000 soldados. Un día antes de la agresión, John Kerry viajó a Riad. Fue el embajador de Arabia Saudí en EEUU y no el ministro de Exteriores o de Defensa, en un hecho insólito, quien anunció el inicio de los ataques. El pretexto que daba era «restaurar la legalidad» y devolver el poder al fugitivo presidente yemení Al Hadi.

Teherán y Riad rompen ese fino lenguaje indirecto oriental que habían utilizado hasta el momento para mostrar su odio mutuo, y pasan al ataque, que de momento será verbal. A pesar de que el desencadenante había sido la invasión militar de Arabia Saudí y EEUU a Yemen, la noticia de la supuesta agresión sexual a dos peregrinos iraníes en el aeropuerto de Yeda por parte de los funcionarios saudíes desató la furia en Irán. Se organizaron protestas antisaudíes; se suspendieron las peregrinaciones menores *(«hach umrah»)* a La Meca, a las que se apuntan medio millón de fieles iraníes cada año; como guinda, el general Ahmad Purdastan, comandante de las

fuerzas militares terrestres de Irán, llegó a advertir al vecino árabe que llegaría el «día en que los petardos estallen en Riad» a raíz de que denegaran el permiso de aterrizaje en su suelo a un avión de pasajeros iraní.

Sin embargo, lo que más dolió al rey Salman de Arabia Saudí fueron las palabras del ayatolá Jamenei, quien había dicho que «unos jóvenes sin experiencia en Riad están reemplazando la dignidad por la barbarie». Con ese «joven sin experiencia» se refería ni más ni menos que al hijo del monarca, el joven príncipe Mohamad, a cargo entonces del Ministerio de Defensa y de la casa real, que había acusado a Teherán de apoyar el terrorismo hutí en Yemen. El Gobierno del presidente Hasan Rohani, que intentaba pacificar las tensas relaciones de Irán con los árabes, tuvo que hacer de bombero y afirmar que el asalto sexual a los peregrinos había sido un malentendido y que los saudíes habían prometido castigar a los responsables. Poco más podrá hacer frente a la nueva política exterior de Arabia Saudí, la más agresiva y expansionista de la corta historia de este país.

El resultado es que la alianza de los guerreros hutíes con los oficiales leales al expresidente Ali Abdalah Saleh, con el apoyo «moral» de Irán –y quizá también financiera hasta que EEUU cortó las transferencias bancarias extranjeras a Yemen–, ha sido superior a la desordenada coalición de las milicias irregulares de las tribus suníes y los miles de hombres que se han apuntado a la batalla por cuatro duros, recibiendo armas y dinero de los países árabes y EEUU. Esto no implica que el tándem hutíes-Saleh haya triunfado. Sin apoyo de su pueblo, y con todas las potencias mundiales en contra, no tendrá otra opción que rendirse, por mucho que el ejército saudí haya sido técnicamente derrotado. Alargar esa guerra tampoco los beneficia.

Si tuviera que buscarse un ganador quizá se debiera dirigir la mirada hacia EEUU. Al fin y al cabo Barack Obama ha intentado que su país tuviera un perfil bajo en la guerra no sólo para evitar la «norteamericanización» del conflicto ante una nación muy sensible ante la presencia de tropas extranjeras en su tierra, sino que ha suministrado inteligencia, entrenamiento y equipo militar al régimen de Yemen para provocar este desgaste, de ahí que haya seleccionado los objetivos de los bombardeos. Es la misma estrategia tomada en la guerra contra Libia, donde ofreció al

presidente francés, Nicolas Sarkozy ser el rostro de la demolición de aquel estado árabe.

En esta guerra de desgaste que permite mantener su poderío en la zona, EEUU pretende devolver la presidencia a Al Hadi que ha huido a Arabia Saudí, mientras impide el regreso del presidente de Ucrania, Viktor Yanukovich, huido a Rusia. No importan las contradicciones, el juego de apariencias e intereses siempre le favorece, lo importante no es la coherencia sino ganar.

El asunto consiste, además, en implicar a terceros países en el conflicto, de modo que todos pierdan. Así, ha involucrado a Jordania (donde entrena a los mercenarios en el Centro de Entrenamiento de Operaciones Especiales Rey Abdalah II, conocido por sus siglas como KASOTC), y a Iraq, aprovechando que este país no quería el dominio saudí sobre Yemen. Lo mismo ha hecho promoviendo la participación de saudíes y de otros Estados suníes. Después de la caída de Bagdad y Trípoli, este puñado de países consideró que tocaba tomar Sana. Los 16.000 millones de dólares entre 2013 y 2015 que la Arabia Saudí suní pagó al Israel judío sionista para crear una alianza anti-Irán chií, les generó el espejismo de ser los ganadores de ese «caos controlado» promovido por Washington, cuando lo único que estaba haciendo Washington era seguir dibujando su mapa. El problema es que los «intereses vitales del propio EEUU» en el extenso y complejo Medio Oriente son cada vez más frágiles.

[1] Véase [https://www.debate.com.mx/mundo/Tragedia-Hambruna-en-Yemen-20160331-0208.html].

[2] Véase [http://tresbcomunicacion.tumblr.com/post/151422398899/son-muy-duras-pero-hay-que-denunciarlo-15-fotos].

[3] «La coalición saudí asesina a 26 civiles en Yemen», *Monitor de Oriente,* 25 de septiembre de 2016, disponible en [http://www.monitordeoriente.com/20160925-la-coalicion-saudi-asesina-a-26-cviles-en-yemen/].

[4] D. Rovera, «La carnicería humana de la guerra de Arabia Saudí en Yemen», 10 de sptiembre de 2015, disponible en [https://www.es.amnesty.org/nuestro-trabajo/blog-con-nombre-propio/historia/articulo/la-carniceria-humana-de-la-guerra-de-arabia-saudi-en-yemen/].

[5] *Ibid.*

[6] Véase [http://www.swissinfo.ch/spa/la-guerra-en-yemen-afecta-al-80--de-los-civiles/41486616].

[7] Otros seis son: estrechos de Turquía, canal de Suez, estrechos daneses, estrecho de Ormuz, canal de Panamá y estrecho de Malaca en China.

[8] «Yemen protesters carry Che Guevara banners», véase [https://louisproyect.org/2011/04/08/yemen-protesters-carry-che-guevara-banners/].

[9] Véase [https://www.worldpressphoto.org/collection/photo/2012/worldpress-photo-year/samuel-aranda].

[10] Véase [https://www.theguardian.com/world/gallery/2011/feb/15/demonstrations-yemen-bahrain-in-pictures].

[11] «Índice de Percepción de la Corrupción 2014», en [http://www.datosmacro.com/estado/indice-percepcion-corrupcion/Yemen].

[12] «Yemen - Índice de Desarrollo Humano», disponible en [http://www.datosmacro.com/idh/Yemen].

[13] Á. Espinosa, «Un país narcotizado», *El País,* 11 de noviembre de 2012, disponible en [http://internacional.elpais.com/internacional/2012/11/09/actualidad/1352476342_882953.html].

[14] Véase [http://clasico.aurora-israel.co.il/articulos/israel/Opinion/56086/].

IX
SIRIA Y TURQUÍA

¿SE PUEDE HEREDAR UNA REPÚBLICA?

Nominalmente Siria es una república presidencial aunque en realidad debería llamarse república «hereditaria», pues la familia de Asad gobierna el país desde 1970. Los 22,85 millones de habitantes que este país tenía en el año 2013, antes de la bestial guerra, llevan heredando desde hace casi 50 años a la misma familia presidencial, con todos sus complementos: *lobbies,* intereses empresariales, deudas, alianzas internacionales, *vendettas*…

La composición étnico-religiosa de este país es una de las claves para comprender cómo la guerra que lo asola desde el año 2011 distorsiona la realidad de quienes lo habitan. Semitas de origen, el 90 por 100 son considerados de etnia árabe. La población kurda supone entre el 4 por 100 y el 9 por 100, el resto es turca, armenia y asiria. Antes del conflicto debían de sumarse a estas cifras el cerca del millón y medio de refugiados iraquíes, un 6,5 por 100 de la población aproximadamente, de diversas etnias y credos, los cerca de 580.000 refugiados palestinos (2,5 por 100 de la población) en su mayoría árabes suníes, y un número desconocido de residentes libaneses.

No constan censos con enfoque étnico en este país desde 1960 y nunca se han llevado a cabo con enfoques religiosos y lingüísticos. La información podría ser verosímil en tanto que los mandatarios de los países de Oriente Próximo son poco partidarios de realizar este tipo de estadísticas por el temor a que luego tengan que reconocer los derechos de las minorías religiosas y étnicas. Lo cierto es que el mapa étnico-religioso de Siria es muy complejo. Pero, siguiendo con la ficción de las estadísticas y teniendo en cuenta que esta guerra ha causado en cinco años la huida de millones de personas del país, entre sirios, iraquíes y palestinos, y después de consultar varias fuentes, podría concluirse que el 90 por 100 de la población es musulmana; de ella, el 64 por 100 sería suní, el 13 por 100 es drusa y el 13

por 100 alauita (nusairí). El 10 por 100 restante sería cristiana ortodoxa, grecocatólica, armenia, sirio ortodoxo-jacobita, judía y yazidí o izadí.

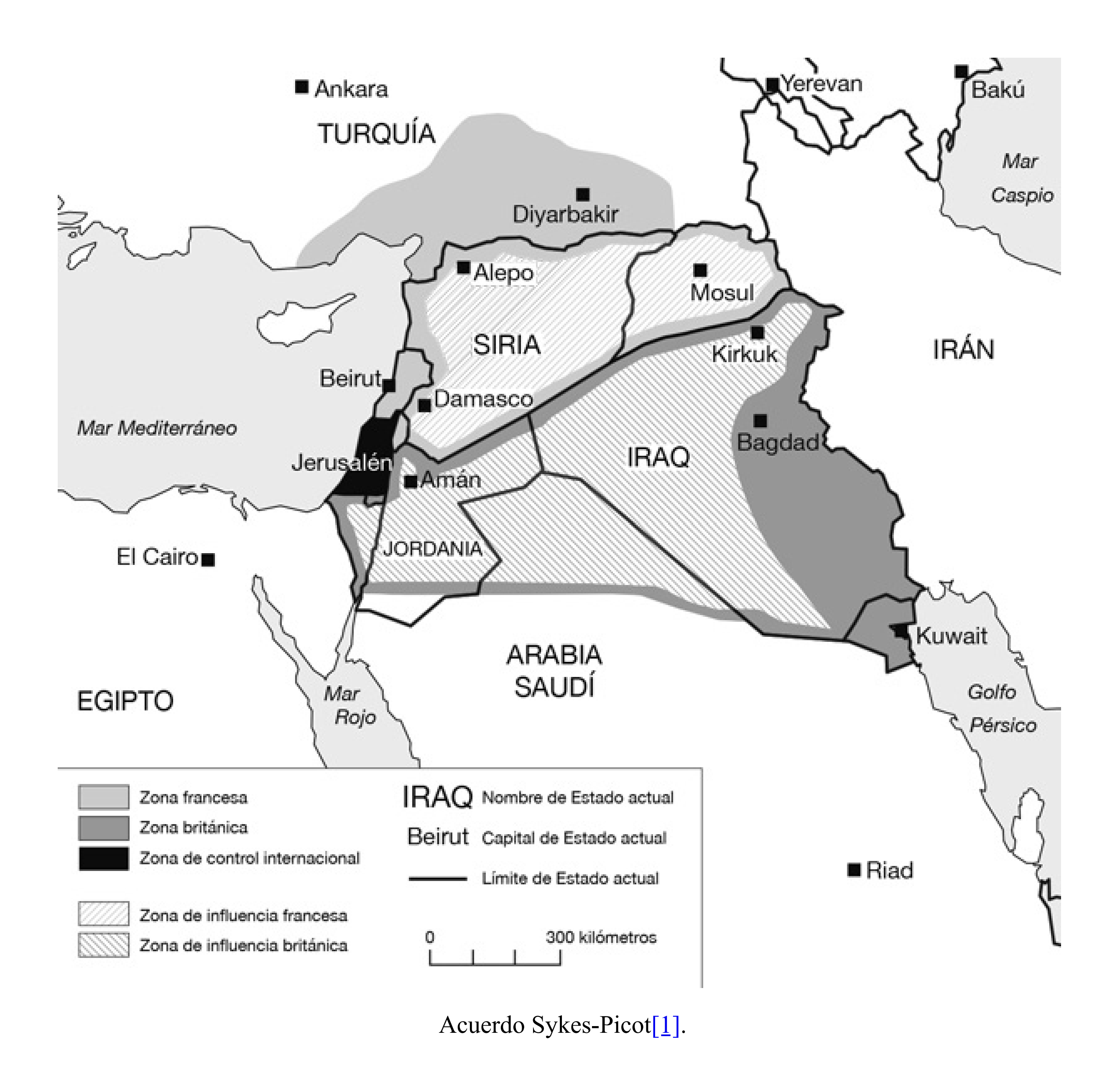
Entre las singularidades de este escenario está el peso específico de dos elementos que no corresponden precisamente a la mayoría de la población: el grupo étnico kurdo y la religión alauita que profesa la familia de Asad, considerada chií desde hace poco. Factores que generan mayor complejidad a lo que podría simplificarse como que la mayoría de los kurdos, árabes y refugiados iraquíes y palestinos que viven en Siria son suníes. Por lo demás, hay una paradoja: esta tierra acoge importantes santuarios chiíes, como la mezquita de Sayidah Zaynab, que alberga la tumba de Zaynab, la nieta de Mahoma, y la de su bisnieta Sayidah Ruqaya, hija de Husein ibn Ali Talib, entre otros. Cuentan las leyendas chiíes que Zaynab, una niña de 3 o 4 años, cayó prisionera en la batalla de Kerbala, donde su padre Husein fue asesinado. Cuando la llevaron a la corte del califa Yazid, el personaje más odiado por los chiíes, él le enseñó la cabeza cortada de su padre, causando la muerte de la niña días después por la angustia. La existencia de dichos templos justifica la presencia de la milicia Fatemiyún, enviada por Irán a Siria para «proteger los santuarios chiíes» del ataque de los grupos islamistas suníes. También se encuentra en este país el cementerio Bab al Saghir, donde se cree que están enterrados: Umm Kulthum, que era la hija de Ali y Fatima; Soghra, Sakina y Ameneh, las hijas de Husein; Abdalah Yafar Sadegh, el sexto imán del chiismo, Bilal al Habashi, uno de los esclavos liberados y leales de Mahoma convertido en muecín, y Umm Salamah y Umm Habiba, dos de las 11 esposas oficiales de Mahoma, entre otros.

Lo que hoy es una paradoja, durante siglos ha sido una combinación posible porque, al fin y al cabo, suníes y chiíes pertenecen a la misma familia religiosa. Lo que hace que ahora parezca insostenible son las estrategias geográficas: estas personas viven en un espacio que linda con Israel y tiene acceso al mar Mediterráneo. La guerra mediática de Siria, que contrasta con el silencio de los medios de comunicación de masas occidentales sobre el conflicto de Yemen, la ha convertido en uno de los más complejos y enredados conflictos de las últimas décadas. Una decena de capas de cebolla ocultan enfrentamientos internos con una fuerte connotación de clase, un cruento pulso entre los países de la región y otro de carácter internacional. Junto con los choques étnicos y religiosos está la

batalla por el agua, los hidrocarburos y las rutas de gasoductos. Todos estos factores han causado la masacre de cientos de miles de civiles y el abandono de sus hogares de millones de ciudadanos del país.

CÓMO DESINTEGRAR LA REALIDAD KURDO-SIRIA

Siria nace de los restos del Imperio otomano, desintegrado tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Mark Sykes, en representación de Gran Bretaña, y François Georges-Picot, por Francia, firmaron un acuerdo secreto el 16 de mayo de 1916 (o sea, antes de finalizar la guerra), con el beneplácito de la Rusia zarista, Alemania e Italia. El conocido como Acuerdo Sykes-Picot implicaba el reparto de los territorios otomanos del Próximo Oriente como botín de guerra antes de que el vasto Imperio turco se desmoronase.



Acuerdo Sykes-Picot[1].

En un primer momento el reparto geográfico no supuso la desaparición de los partidos y sus propuestas, contrarios a las decisiones de esta guerra imperialista y neocolonialista. Los comunistas sirio-libaneses se organizaron bajo el nombre del Partido Comunista Sirio-Libanés (PCSL) en 1924, bajo la dirección del libanés-egipcio Fuad al Chimali, el libanés Yusuf Yazbek y el armenio-libanés Artin Madoyan. Su secretario general fue el kurdo-sirio y cristiano Kaled Baktash (1912-1995) que lideró la organización desde 1936 hasta su muerte. Cuando Francia bombardee Damasco en 1925 lo que hará en realidad es aplastar el levantamiento

popular contra el imperialismo francés. La dura represión a las fuerzas democráticas por su participación en la organización de esta revuelta, llevó a la prisión a los dirigentes del partido. Desde la clandestinidad, la estrategia del partido fue otorgar prioridad a la lucha anticolonial antes que a la lucha de clases y la batalla por el socialismo.

El acuerdo entre los británicos y franceses había previsto la formación de un país kurdo y otro armenio, pero el posterior Tratado de Lausana (1923) determinó las fronteras de los nuevos Estados del antiguo Imperio otomano, acabando con el sueño de un Estado kurdo. Aun así, los kurdos de Siria, que habitan las regiones Jazira, Afrin y Kobani, un total de 20.000 kilómetros cuadrados, no pierden la esperanza y plantean sus reivindicaciones ante la Asamblea Constituyente de Siria el 28 de junio de 1928. Sus principales exigencias son el derecho de hablar y recibir la educación en la lengua kurda y ser contratados en la administración del Estado en las regiones kurdas. En este camino dicho pueblo se enfrentará a dos grandes barreras: por un lado, el nacionalismo árabe, agrupado en el Bloque Nacional, que sospechaba de una eventual alianza étnico-religiosa entre los kurdos, los armenios y los asirios; y por otro, la vecindad de Turquía e Iraq, quienes temían que la iniciativa kurdo-siria se convirtiera en un modelo para la población kurda de sus respectivos países y un refugio para la guerrilla peshmerga, a la que perseguían.

A pesar de las dificultades, los kurdos consiguieron algunos derechos, como publicar en su lengua. En sus filas contaban con muchos intelectuales refugiados procedentes de una Turquía que en ese momento estaba sometida al régimen chovinista de Atatürk, aliado de los británicos. Llegaron a fundar su primera organización político-cultual en 1925: Khoybun («independencia»), como un espacio de debate. Fue la primera asociación kurda en Siria, que les sirvió de herramienta para debatir y buscar respuestas a una situación que se complicaba por momentos. El dilema al que se enfrentaban era si unirse a los nacionalistas árabes para desalojar a los ocupantes franceses, o aliarse con los franceses para impedir la constitución de un Estado árabe en Siria.

Esta cuestión y otras eran publicadas en las revistas que empezaron a surgir. En 1932, bajo la dirección de Celadet Bedir Khan (1893-1951), sale el primer número del rotativo *Hawar,* escrito con el alfabeto romano y el dialecto kurmancí del kurdo. Era el anuncio de un gran movimiento cultural

kurdo. Cinco años después *Hawar* era clausurado como represalia por parte de los franceses a la colaboración de los kurdos con los nacionalistas sirios en favor de la desocupación del país. Cinco años es un tiempo muy breve para transmitir, leer, aprender y madurar tantas ideas y tantas aspiraciones. Aun así, a pesar de que hoy los grupos y facciones religiosas han ocupado el escenario político y bélico de Siria, se hace evidente que las verdaderas fuerzas que han sostenido el pulso de Siria han sido las laicas.

En 1936 los franceses ceden el poder al Parlamento de Damasco al tiempo que los nacionalistas árabes intensifican el proceso de arabización de las regiones kurdas y también a la propia población kurda. Dentro del marco de esta política, el gobernador de Hasaka es destituido y en su lugar se coloca a un árabe. La respuesta de los kurdos es organizar masivas protestas en Jazira y dirigir sus quejas y reivindicaciones al presidente de Francia, pidiéndole autonomía administrativa para esta región y así impedir males mayores. Pero demandan en vano. Los franceses no tienen ojos ni oídos para los kurdos y además ponen su granito de arena a la hora de aplastar la protesta. Están muy ocupados, vigilando a los nacionalistas árabes; hay muchos intereses en juego y los kurdos no son más que una moneda de cambio dentro de la estrategia del equilibrio de fuerzas en el Oriente Próximo.

En 1958 nace el Partido Democrático del Kurdistán de Siria (PDKS), fundado por el doctor Nureddin Zaza, entre otros, desde la clandestinidad, que se pone a organizar el movimiento espontáneo y desorientado de los kurdos. Las reformas exigidas por el PDKS en su lucha pacífica incluían: ser reconocidos como pueblo por la Constitución; poder participar, de manera proporcional al peso de su población, en la administración del Estado a nivel legislativo, ejecutivo y judicial; declarar la lengua kurda cooficial en las regiones kurdas; que la radio y la televisión sirias emitieran programas en esta lengua; libertad cultural; declarar el Nouruz fiesta nacional en todo el Estado; contar con un porcentaje proporcional del presupuesto del Estado para las áreas kurdas y así recompensar la negligencia crónica a la que han sido sometidas; suspender el programa del Cinturón Árabe (instalar colonos árabes en las regiones kurdas) al tiempo que indemnizar a los campesinos que fueron perjudicados por dicho plan; y contar con una autonomía administrativa. El Gobierno sirio desalojó a miles de familias kurdas que vivían en la frontera turca y las aisló del contacto

con sus hermanos kurdos de Turquía, creando, con los colonos árabes, un cinturón de seguridad de 375 kilómetros de longitud y 15 kilómetros de anchura a lo largo de la frontera turca, como parte de la política de limpieza étnica contra los kurdos. Los deportados fueron trasladados a las zonas yermas y subdesarrolladas del país, condenados a vivir en la miseria.

El punto central del programa del PDKS no era formar un Estado independiente de Kurdistán, principalmente por falta de un territorio continuo habitado por ellos, debido a su reducida población, sino un Estado autonómico dentro de las fronteras del país. Se trataba de un punto de vista que compartían con el Partido Comunista de Siria y con el histórico Khaled Baktash, «el decano del comunismo árabe», cuyo partido contaba con una contundente presencia kurda entre su militancia.

En febrero de aquel año, 1958, el presidente suní-laico egipcio Gamal Abdel Naser anunciaba la formación de la República Árabe Unida, compuesta por Siria y Egipto, bajo su liderazgo. A continuación se disuelven todos los partidos políticos de Siria, incluido el Baaz, que, si bien se había postulado en favor de la unión, se oponía a la disolución del país y sus instituciones.

Esa fusión dura poco. En 1961 los militares sirios, disgustados por ser tratados como el socio inferior, decidieron poner fin a aquella iniciativa y recuperar la independencia de su país. Tanto el sentimiento patriótico sirio como el fracaso de los árabes en su guerra contra Israel aumentarán el descontento entre los oficiales del ejército, que propician un golpe de Estado en septiembre del 1961 y disuelven la asociación con Naser.

Aunque la Constitución siria no reconocía otra etnia que la árabe en el país, la realidad era que los árabes y la minoría kurda de Siria habían aprendido a coexistir de manera pacífica; esta armonía, sin embargo, saltará en pedazos cuando los chovinistas panarabistas tomen el poder y comiencen a prohibir las publicaciones en lengua kurda y a penalizar la posesión de libros o discos en esta lengua con varios años de cárcel.

En 1963, el Partido Socialista Árabe, Baaz, fundado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial por el cristiano ortodoxo Michel Aflaq y un musulmán suní, Salah Bitar, toma el poder. En el paquete de reformas emprendidas primero por el presidente Bitar y luego por Yusuf Zuwayin, incluyeron la reforma agraria, la nacionalización de la banca, la industria y el comercio exterior, pero no ofrecieron ninguna propuesta para un cambio

en el estatus de la minoría kurda. Había una firme decisión de continuar con la política de asimilación, negando los derechos más elementales de cerca de dos millones de personas. Los kurdos dejarán de existir de golpe, pues serán privados de un carné de identidad, del derecho al trabajo, al voto, a la participación política y a la posibilidad de viajar (ya que carecen de pasaporte), de hospedarse en los hoteles, de registrar sus uniones matrimoniales y el nacimiento de sus hijos, de poseer propiedades e incluso de alquilar un piso a su nombre.

Paralelamente, Damasco impone la política de arabización de los nombres de personas, ciudades, aldeas, montañas y ríos. Así, el apellido de las gentes del clan Jan Pulad («cuerpo de acero») se convertirá en Jumbalat, la montaña de Mozane pasará a denominarse Jabal al Arab («el monte de los árabes»), etcétera.

LA BANALIDAD DEL PANARABISMO

El panarabismo, una copia del paneuropeísmo, es una ideología que fue utilizada durante la Primera Guerra Mundial por los imperialismos británico y francés para desintegrar el Imperio multiétnico otomano. Su presencia, que deshace por dentro a los principales países árabes, propició la toma del poder en Siria, Iraq, Egipto, Libia y Argelia en sus dos vertientes, baazismo y naserismo. Se trataba de una victoria meramente discursiva porque la Gran Nación Árabe era inviable, entre otros motivos porque en todos los países árabes hay millones de ciudadanos no árabes cuyos derechos quedaban afectados. El panarabismo impedía la construcción de una nación de todos los ciudadanos más allá de sus fidelidades religiosas y tribales. El trágico final de aquel movimiento fue la consolidación de las dictaduras policiales tribales, donde la lealtad a las autoridades era la clave de la supervivencia de los ciudadanos.

Los panarabistas basaron su gobierno en tres pilares: el partido, los militares y la burocracia, aunque cada país asignaba de diferente manera el peso de cada uno. En Iraq mandaba el todopoderoso partido mientras que en Siria lo hacían los militares, quienes pisotearon sin tapujos la esencia del panarabismo. Hafiz al Asad rompió su alianza con Naser, expulsó del partido a los naseristas sirios, apoyó en los años ochenta a Irán en la guerra

contra Iraq –oponiéndose a su hermano árabe Sadam Husein– y en los noventa celebró la destrucción de Iraq, la matanza de su pueblo por la agresión militar de una coalición de unos 40 países liderados por EEUU y el bloqueo genocida impuesto sobre aquella noble nación.

Tampoco fructificaron los intentos del líder libio Muamar al Gadafi de crear uniones políticas con Egipto, Túnez y Marruecos. Aquel teatro de operaciones estaba ocupado por hombres intolerantes que perseguían todo tipo de disidencias, desde la oposición marxista hasta la liberal y la islamista. Al igual que los «padrinos» de las «familias», ninguno de ellos mostraba piedad hacia sus parientes y amigos, con quienes compartían además el poder. En Iraq, Sadam Husein llegó a ejecutar a sus dos yernos, mientras que en Siria Hafiz al Asad, que había regalado el puesto de vicepresidente a su hermano Rifat (1937), le destituye del cargo en 1998 y con el paso del tiempo terminará en la cárcel acusado de planear un golpe de estado. Paralelamente, el hijo pequeño del presidente, Maher, responsable de la Guardia Republicana, mataba con un disparo en 1999 a su cuñado, Asef Shaukat. Es evidente que las lealtades más básicas no funcionaban dentro del panarabismo.

Aun así, los líderes panarabistas se mantuvieron largos años en el poder. Obviamente, la represión no explica su permanencia: había algo así como un «pacto social» implícito, entre el poder, la población e incluso parte de las fuerzas progresistas, perseguidas y en la clandestinidad, que consistía en que los primeros satisfacían las necesidades básicas de la población, desde los alimentos, vivienda, trabajo hasta servicios sociales, a cambio de su obediencia. El pacto no parecía traumático, sobre todo cuando millones de personas habían logrado salir de la pobreza absoluta. El lema totalmente integrado era «pan y orden antes que libertad». Este acuerdo tácito se romperá al aumentar la brecha entre los pobres y los ricos, lo que se sumará al descarado nepotismo, la corrupción desmesurada nacida de las ganancias del petróleo, del turismo y otros negocios, y los males de las continuas de las guerras.

Si la nacionalización del canal de Suez (1956) por Naser fue su gran triunfo, la Guerra de los Seis Días (1967) será el inicio de su derrota. Hoy, el espacio del panarabismo está ocupado por un nacionalismo local, de modo que lo que fue el conflicto árabe-israelí se llama ahora palestino-israelí. Esto explica trayectorias como la de Hamdin Sabahi, el candidato

naserista a la presidencia de Egipto en 2012, quien conseguiría el 21 por 100 de los votos. En Líbano, Sudán y Yemen los baazistas mantendrán su organización. En Túnez, el Movimiento Baaz ha llegado a homenajear a Sadam Husein en un acto público mientras que en Iraq, ocupado, caótico y humillado, aquel sanguinario dictador se convertiría en un héroe, un mártir. Esta situación es la macabra demostración de cómo el presente puede ser peor que el pasado.

La política de los baazistas llevó más allá la amenaza de «arabizar» las regiones kurdas: se acercará una ofensiva «kurdicida». De golpe tacharán de *maktumin* («extranjeros») a los más de 120.000 kurdos que habitan en la región de Jazira, sin que sus papeles de residencia o incluso la posesión de la nacionalidad siria los salvara de ser considerados «ilegales». Entre esta masa de personas «sin identidad» estaban incluidos también los hombres que habían prestado servicio militar en el ejército sirio. Miles de familias kurdas fueron expulsadas, deportadas de sus ancestrales y fértiles tierras, que pasaron a manos de colonos árabes; fueron tachadas de «emigrantes ilegales» por parte del régimen, que no tuvo pudor en afirmar que habían venido desde Turquía durante la década de 1920. Desde que Saladino, que era kurdo, conquistara aquella región durante las cruzadas, miles de kurdos se habían trasladado a aquella zona, por lo tanto, no eran recién llegados, sin embargo toda aquella teoría servía para que decenas de miles de kurdos, acusados de «destruir el carácter árabe del país», fueran forzados a abandonar sus tierras, ricas en petróleo y agua. Al tiempo que deportaba a miles de kurdos a Turquía, el Gobierno aprobó un plan de 12 puntos en perjuicio de los kurdos que, entre otras injusticias, los privaba del derecho a la educación y a la asistencia médica que gozaba el resto de la población.

En 1966, los antibaazistas del ejército, que abogan por el «regionalismo» y autonomía de cada país árabe, toman el poder, y eso a pesar de que se habían unido a Egipto cuando fue atacado por Israel. Pero los árabes pierden la Guerra de los Seis Días e Israel ocupa los Altos del Golán sirios en 1967, cuyo pico más alto alcanza 2.814 metros sobre el nivel del mar. Los Altos del Golán no sólo constituyen un tercio del suministro total de agua de Israel, sino que también proporcionan nieve para la única estación de esquí de Israel, en el monte Hermón. Comenzaba el fin del panarabismo.

El golpe de Estado «blando» y sin sangre de Hafiz al Asad en noviembre de 1970 fue el inicio de unos años de estabilidad y también de la aplicación

de políticas modernizadoras para Siria. Al mismo tiempo que se emprende la construcción de universidades, escuelas, carreteras y hospitales, Asad instaura un régimen policial con numerosas agencias de inteligencia que persiguen a los críticos. Se trataba de otra dictadura que se ponía en el lado de la Unión Soviética no por su naturaleza «progresista», sino por la necesidad de tener amigos en un mundo hostil.

Con la toma del poder por el ala moderada del Partido Baaz, representado por Hafiz al Asad, se abre una nueva etapa en la vida de los kurdos que se puede resumir en la famosa frase del nuevo presidente: «dejar las cosas como están» para que el «no más represión» fuese sinónimo de más derechos. Resultado: se paralizan las deportaciones y se afloja la presión sobre los kurdos.

¿QUIÉNES SON LOS KURDOS?

El peso que tiene el pueblo kurdo en el destino de Siria como país hace pertinente esta pregunta. ¿Un grupo étnico? ¿Un pueblo sin Estado?

Se les considera posibles descendientes de los *qardu,* una comunidad nombrada en una tablilla sumeria de hace 5.000 años, aunque su mitología plantea que son hijos e hijas de los *gord* («corpulento, fuerte», ¡esta es, posiblemente, la etimología del adjetivo español «gordo»!), aquellos guerreros medo arios que habitaban las tierras iraníes hace unos 4.000 años y que se salvaron de la matanza de Zahak, sanguinario conquistador de Babilonia. Es una población políglota porque además del kurdo –una lengua irania del grupo de lenguas indoeuropeas– habla los idiomas oficiales de los Estados donde habitan hoy. En cuanto a sus creencias religiosas, en Iraq, Turquía y Siria profesan mayoritariamente un islam suní, en Irán también abrazan la fe chií. En cualquiera de los casos, en sus ritos religiosos mantienen fuertes huellas de los credos preislámicos de Zaratustra, izadí, budismo y judaísmo.

Salvo en Irán, donde son el tercer grupo étnico tras los persas y azeríes, los kurdos han sido el segundo grupo más grande de Turquía, Iraq y Siria. Hoy, la fabricación imperialista de las fronteras ha hecho que varios millones de kurdos vivan como refugiados o inmigrantes en Armenia, Georgia, Israel, Azerbaiyán, Líbano, Europa y EEUU. En cuanto a las

tierras en las que han vivido durante generaciones, desde hace miles de años, son fuente del 40 por 100 del crudo que hoy se considera iraquí, el 10 por 100 del iraní, y casi la totalidad del escaso fuel extraído en Siria y en Turquía.

Los baluches, un grupo de tribus iranias que hablan el idioma baluchi, y los kurdos son los dos grandes pueblos de Oriente Próximo que, además de carecer un Estado propio, han vivido bajo regímenes despóticos. Su historia está marcada casi desde sus orígenes. Descendientes de los medos, los kurdos se convirtieron en parte del Imperio persa cuando Ciro el Grande (siglo V a.C.), de madre meda y padre persa, conquistó sus tierras. El término Kurdistán («stán», del verbo indoeuropeo *astan* «estar, lugar de hábitat») no aparecerá en el vocabulario hasta casi 1.700 años después, concretamente en 1150, y lo hará como provincia iraní cuya capital era Ecbatana (Hamadan), urbe que alberga la tumba de Ciro el Grande.

En el siglo XVI, Irán pierde buena parte del Kurdistán en la guerra con los otomanos. Es ahí cuando comienza la historia de su desintegración y también cuando arranca el proceso de disolución de los principados semiautónomos kurdos en ambos lados de la frontera gracias al fuerte centralismo de sus respectivos gobiernos. Esto hará que se multipliquen las insurrecciones, la última en 1847, en tierras entonces consideradas otomanas o turcas.

Una nueva guerra interimperios hará que los kurdos vuelvan a dividirse. Tras la Primera Guerra Mundial los que habitaban en el derrotado Imperio otomano se quedarán encerrados en los límites de nuevas fronteras inventadas: Turquía, Iraq y Siria. La única población kurda que se salvará de la represión y la pobreza será la que vive en la Unión Soviética, a la que se unirán miles de emigrantes ilusionados con las promesas de la Revolución bolchevique y la llamada leninista del «derecho de autodeterminación para todos los pueblos». En el Kurdistán rojo podrán estudiar Kurdología en la universidad por primera vez en su historia, e investigar sobre sus orígenes, su lengua y sus apasionantes credos.

En 1944, aprovechando la derrota del fascismo, los comunistas y socialdemócratas kurdos y azeríes de Irán toman el poder y declaran sus provincias como repúblicas democráticas. No tuvieron en cuenta el equilibrio de las fuerzas en el país, en la región y en el mundo, de modo que apenas un año después, fueron masacrados por el ejército del sah. Las

reformas que los kurdos llegaron a realizar en este corto periodo de tiempo fueron de índole lingüística y administrativa, no económica, lo que provocó la decepción y división en el seno de los trabajadores.

Las guerras imperiales van dando forma al diamante kurdo. La del 1991 contra Iraq, que también es el año del derrumbe de la URSS, hace que la cuestión kurda vuelva al escenario regional y mundial. Será el inicio de una nueva mutilación: los kurdos tendrán una autonomía, un oasis tutelado por Washington, con la condición de que no miren el infierno de bombas, muertes y dolor que sucede en el lado árabe del país, o de lo contrario les caerá una maldición por desobedientes y se convertirán en una estatua de sal, como la mujer de Lot.

Los señores feudales kurdos iraquíes conseguirán la Región Autónoma del Kurdistán en Iraq (RAKI): a cambio de vender su alma al diablo. Colaborarán con la alianza liderada por EEUU en la agresión militar a Iraq y a la población árabe, aplastada bajo toneladas de bombas. Cambiar de amo por una miseria fue un macabro y estúpido negocio pues a partir de ese momento serán sometidos a la voluntad de EEUU, Turquía e Israel. Al igual que los palestinos, los kurdos no siempre han tenido líderes sensatos, hábiles, progresistas y modernos capaces de dirigir su durísima y compleja batalla en un cambiante contexto regional y global. Las influyentes familias kurdo-iraquíes de Masud Barzani, el actual dirigente de la autonomía kurda, y Yalal Talabani, el que fuera el presidente de Iraq desde la invasión de EEUU en 2003, representan esta situación turbia y supeditada a los intereses de la elite kurda y sus aliados regionales (Turquía, Qatar, Israel) y mundiales (EEUU y la UE). Desde hace décadas estos dirigentes echan arena sobre los ojos de los kurdos de a pie para confundirlos sobre quiénes son sus verdaderos amigos y quiénes los oportunistas o interesados despiadados que se enriquecen gracias a su tragedia.

DEL SOCIALISMO ÁRABE-ISLÁMICO A LA DICTADURA REPUBLICANA

El Partido Baaz y su controvertido socialismo islámico-árabe (el mismo al que apelaría Muamar al Gadafi durante los primeros 20 años de su

Gobierno) recibió apoyo y justificación por teorías como la de la «vía no capitalista del desarrollo» elaborada por Rostislav Olianovski. El académico soviético planteaba que los gobernantes «progresistas» de los países en vías de desarrollo –que incluían también al Iraq del Partido Baaz, a la Siria de Hafiz al Asad, la Libia de Gadafi o a la Argelia de Ben Bella– tenían capacidad de esquivar el capitalismo y dirigir el país hacia el socialismo, a pesar de ser dictatoriales. Ponía como ejemplo lo que se hizo en la URSS mediante la NEP, la Nueva Política Económica, propuesta por Lenin en 1920. Olianovski destrozaba así uno de los pilares del marxismo al olvidar que medidas como la NEP podían dar resultados positivos sólo si estaban supervisadas por la clase trabajadora dirigida por su vanguardia comunista y no por los militares pequeño burgueses de fidelidades tribales, nacionalistas o religiosas, carentes de visión de clases. Además, la NEP pertenecía a una etapa del socialismo de la URSS, y nunca fue una tercera vía entre el capitalismo y socialismo porque, simplemente, tal vía no existe.

Con estos argumentos parte de la izquierda ha llegado a defender a regímenes de corte fascista, que inicialmente gozan del respaldo de sectores de la población, con sus horteras cultos a la personalidad, porque reparten algo de caridad entre los pobres al tiempo que mantienen su pantomima lanzando gritos antiestadounidenses, que en esta decadencia ideológica se ha convertido en el principal criterio para ser considerado «progresista». Confunden ser el «antiestadounidense» con ser «antiimperialista».

La sociedad tribal estaba acostumbrada a considerar que un caudillo vitalicio era una salida capaz de establecer el orden en una sociedad fragmentada. Se trata de un terreno fértil en el que sembrar sofisticados mecanismos de dominio, la constante intimidación de alta y baja intensidad, las redes ciudadanas creadas para espiar al vecino y premiar a los colaboradores… La mayoría aprenderá a besar la mano que no puede cortar, sin ir más lejos, ni la oposición progresista se opuso a la conversión de la república en una monarquía tras la muerte de Hafiz al Asad. Max Weber llamaba «patrimoniales» a este tipo de sistemas. Son autoritarismos que tienen un origen legítimo.

Las cárceles de Asad se habían hecho pequeñas para tantos activistas kurdos y árabes y se mantuvieron aún más llenas después de su muerte en el año 2000. Que Alemania entregara en este año al kurdo solicitante de asilo,

Husein Daoud, a los servicios de inteligencia sirios (Mukabarat) no era un caso aislado de la hipocresía «democrática» europea.

No serán los kurdos y sus derechos, sino la relación con el pueblo palestino y los vínculos con Líbano, entre otros factores regionales e internacionales, los que influyan en la división del Partido Comunista Sirio (PCS) en 1973. El sector oficialista de Bakdash apoyará el baazismo mientras la facción crítica seguía acariciando la utopía de crear una nación de los arabohablantes y recuperar el orgullo herido de este pueblo con medidas como la estatalización de las grandes empresas y los recursos naturales, la educación y la sanidad universales, el reconocimiento de los derechos de la mujer y de las minorías religioso-étnicas, entre otras. Las agresiones de Israel al Líbano y el conflicto civil que se desarrollaba en este país provocaron que Siria interviniera en 1976 en la guerra civil del país vecino a petición de las mismas monarquías árabes que hoy se han unido para destruir a Siria. El objetivo de Damasco era contener a los israelíes y mantener en el poder a sus aliados maronitas cristianos.

En 1979, el triunfo de los chiíes en la Revolución iraní da aire a los alauíes que están en el poder en Siria, quienes ponen más énfasis en su «chiismo» para disfrutar del respaldo de los ayatolás iraníes, que ya les habían incluido dentro de la familia chií en Líbano y a través del clérigo Musa Sadr; eso sí, con la boca pequeña. El 2 de febrero del 1980 el Gobierno de Hafiz al Asad aplasta el levantamiento de los árabes suníes en la ciudad de Hama, dirigido por los Hermanos Musulmanes, una organización de extrema derecha suní, para quienes los alauíes son una secta antislámica y herética. La represión dejará entre 10.000 y 25.000 muertos y heridos a sus espaldas. Este será el primer levantamiento en Siria de tinte religioso. Los baazistas no tendrán piedad hacia ningún grupo opositor: matan a miles de suníes y también arrestan a cientos de miembros del Partido Comunista, incluido Riad al Turk, primer secretario del partido, quien se opuso a la fusión de Siria y Egipto en la República Árabe Unida bajo el liderazgo de Naser en 1958.

En septiembre de aquel mismo año, las tropas del régimen de Sadam Husein invadieron el territorio de la República Islámica de Irán. Esta decisión se enmarca en la doctrina de *Dual containment* («Doble contención»), diseñada por Henry Kissinger, cuyo objetivo era impedir el desarrollo económico, político, social y militar de Irán e Iraq en beneficio

de Israel y de EEUU. Siria respalda a Irán, en consonancia principalmente con la rivalidad tradicional entre las direcciones del Baaz en Iraq y Siria. Cómo no, Israel aprovecha la situación y en junio del 1982 invade la base de la OLP, en Beirut, y ataca al ejército sirio.

En esta convulsa década, determinante para el destino de Siria, los kurdos recibían de las autoridades «una de cal y otra de arena». Si bien se les permitía la celebración del Nouruz, su fiesta nacional de primavera, no se dudaba en emplear a fondo balas y porras cuando la fiesta se volvía reivindicativa. Eso sucedió en la primavera de 1986, momento en el que el ejército mató a 10 protestantes e hirió y arrestó a centenares de personas en diferentes ciudades kurdas.

La invasión de Sadam (un árabe-suní) a Kuwait, otro Estado árabe y suní, en 1991 y el posterior apoyo a la coalición liderada por EEUU en el bombardeo de Iraq por parte de la mayoría de los países árabes de la misma corriente del islam dividen aún más a los países «musulmanes». Entre los que apoyaron la invasión estaba el presidente Hafiz al Asad. Si no fuera por los millones de víctimas de la actual guerra siria, lo que sucede hoy con este país podría llamarse «justicia poética», pues la misma coalición que hoy lo agrede, destruyó Iraq en 1991 y 2003, ejecutando los planes de EEUU de reconfigurar el mapa de la región. En su política interior, el presidente decidió abolir la pena de muerte en 1992 y autorizó a unos 4.000 judíos sirios a que emigraran a otros países mientras la situación de los kurdos se enquistaba. En una vuelta de rosca repentina, el 20 de abril de 2000, el gobernador de Alepo iniciaba una nueva campaña contra la cultura kurda: ordenó clausurar todos los establecimientos de venta de cintas de vídeo en esta lengua kurda y prohibió todas las celebraciones y festejos kurdos en público y en privado dentro de su feudo.

LA SIRIA DEL DOCTOR BASHAR Y UNA PRIMAVERA DE PAPEL MACHÉ

La muerte de Asad en el año 2000 no podía influir de peor manera en el destino de su hijo, el doctor oftalmólogo Bashar al Asad (1965), quien se vio obligado a acceder a la presidencia por «accidente» y no sólo en su

sentido metafórico. En esta república hereditaria, el siguiente en convertirse en jefe del Estado iba a ser su hermano mayor Basel, pero había muerto en un accidente automovilístico seis años antes, en 1994. Bashar recibe en herencia la república y, como suele ser habitual en esta toma de posesiones, promete una serie de reformas. Lo que no imaginaba era que iba a ser devorado por el poderoso aparato del partido y su vieja guardia.

Al igual que otros hijos de los mandatarios vitalicios de Oriente Próximo –como Mohamad VI de Marruecos, hijo del rey Hasan II, hijo del rey Mohamad V–, la llegada del joven presidente implicó una relajación en las restricciones impuestas a la libertad de expresión. Así, surgieron foros políticos y asociaciones culturales en defensa de la sociedad civil y de los derechos humanos. En esta «Primavera de Damasco» de aquel año 2000, se puso en libertad a unos 600 presos políticos y se autorizaron las actividades de los Hermanos Musulmanes, así como de algunos partidos políticos. 99 «intelectuales» liberales sirios, la mayoría afiliados a los movimientos de la sociedad civil, hacen llegar al régimen de Asad una petición pública con varios puntos importantes: poner fin al estado de emergencia y la ley marcial vigente desde 1963, otorgar un indulto a todos los detenidos políticos y disidentes exiliados, reconocer las libertades de reunión y expresión y levantar las leyes restrictivas y las «diversas formas de vigilancia» que se habían impuesto a los ciudadanos.

La reacción no debió de sorprender a nadie. Los medios estatales se negaron a mencionar la citada declaración y el régimen prohibió la venta de periódicos extranjeros que la hicieron pública. ¿Cómo pretendía aquel oftalmólogo promover la democracia en el país si él mismo actuaba como el perfecto depositario de una monarquía autoritaria? El aparato del poder dictatorial formado por clanes y familias permanecía intacto, esa era parte de la respuesta.

Las flores de la Primavera siria se marchitaron en un abrir y cerrar de ojos. En febrero de 2001 las autoridades sirias, arrepentidas de haberse presentado como demócratas, vuelven a restringir las actividades culturales y sociales, argumentando que «habían infringido las directrices dictadas por el Gobierno en la materia». Fue el inicio de la detención de decenas de activistas que pedían elecciones libres.

Un año después, el 20 de junio de 2002, Amnistía Internacional informaba de la situación de Musallam Sheykh Hasan, destacado miembro del Partido

de la Unión Democrática kurda en Siria, detenido el 7 de mayo de aquel mismo año. Se encontraba recluido desde entonces en régimen de incomunicación, expuesto a sufrir torturas o malos tratos. Su delito había sido distribuir publicaciones políticas kurdas. El 15 de diciembre de aquel año, Hasan Saleh y Marwan Uthman, destacados miembros del Partido de la Unión Democrática kurda en Siria, son detenidos en Damasco. Iban al encuentro «trampa» al que habían sido invitados por el ministro del Interior, el general Ali Hamud. Estas detenciones se produjeron cinco días después de una manifestación pacífica convocada en la capital frente a la Asamblea Nacional, en la que se reivindicaba una mayor protección para los derechos de los kurdos en Siria.

En 2003, justo cuando EEUU dirige una criminal agresión militar contra la nación iraquí, unas manos oscuras no escatiman esfuerzos para fragmentar la sociedad y poner en peligro la integridad del país. El Gobierno de Siria, miembro integrante de la lista del eje del mal de George Bush, necesita más que nunca el apoyo de sus ciudadanos para hacer frente al acoso de Israel y EEUU; al no saber hacerlo, cava su propia tumba: el 25 se celebra en Damasco una manifestación pacífica convocada frente a la sede del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) con motivo de la celebración del Día Universal del Niño. Los manifestantes, entre 200 y 300 personas, con numerosos menores presentes, pedían derechos civiles y políticos para la población kurda siria, así como el derecho a recibir enseñanza en lengua kurda. La concentración fue disuelta de forma violenta y una veintena de personas fueron detenidas, entre ellas unos 20 menores, a quienes les infligieron lesiones graves como fracturas de nariz, perforación de tímpanos… Muhamad Shukri Allush, un joven kurdo de dieciocho años, murió bajo custodia de la policía. Por las cicatrices en sus cuerpos se hace evidente que la policía siria empleaba torturas con los detenidos: descargas eléctricas en las manos, pies y zonas sensibles del cuerpo; golpes violentos al chocar las cabezas de los niños de forma violenta, causando lesiones y hemorragias nasales; golpes con cables eléctricos y con culatas de rifles… Son barbaries comunes en todos y cada uno de los países de la zona.

La caza de brujas aplicada a los kurdos sospechosos de rebeldes alcanzó los centros de enseñanza del país. Cientos de estudiantes fueron expulsados o expedientados por «amenazar la seguridad nacional». Europa echa una

mano en esta represión a Asad: Husein Daoud, un kurdo sirio solicitante de asilo es expatriado por Alemania; pasará lo mismo en Noruega con Abdulkader Hasan Khalaf, otro kurdo sirio. La solicitud de asilo de Khalaf, su esposa y sus cuatro hijos es rechazada y el Gobierno noruego les exigirá abandonar el país.

La democracia republicana a la que aspiraba el nuevo presidente se alejaba más y más de la realidad y con ella también va alejándose la paz. Dos años después de aquella barbarie, en 2005, Bush cortará las relaciones diplomáticas con Damasco, acusándole del asesinato del primer ministro libanés Rafiq Hariri en Beirut. Según WikiLeaks, es entonces cuando empiezan las operaciones encubiertas de la CIA contra Damasco como medida para garantizar una agresión militar exitosa contra Irán. Washington consideraba que la desestabilización de Siria desactivaría a Hamás y Hezbolá y dejaría a Irán sin protección frente un posible ataque israelí.

El 20 de septiembre de 2006 la *BBC* emitía un reportaje en el que se mostraban imágenes de los entrenamientos de la guerrilla kurda de los peshmergas iraquíes, por los militares israelíes. En julio de 2007, el programa *Newsnight* de la misma cadena revelaba torturas y malos tratos en sus prisiones del Kurdistán iraquí. ¿Qué diferenciaría a un Kurdistán independiente bajo el mando de esta clase de dirigentes, con los regímenes de Arabia Saudí, de Irán o de Turquía? Aquella «autonomía democrática reclamada» a la que aspiraban parecía ir por mal camino.

Ya que puede, en 2007, el Gobierno israelí bombardea un reactor nuclear sirio. A estas alturas las operaciones encubiertas de la CIA incluyen financiar al ala derecha de la oposición y montar bandas criminales para provocar el terror entre la población y generar caos. No están haciendo más que aplicar el mismo plan que llevaron a cabo en Iraq en el año 2003, cuando la embajada de EEUU en Bagdad organizaba los escuadrones de la muerte chiíes llamados Fuerzas Especiales bajo el mando de John Negroponte y Robert Ford, que luego se convertirá en el flamante embajador de Washington en Damasco.

Hay un importante sector de los analistas europeos y latinos que, defendiendo las tesis de los gobiernos de China y Rusia, consideran que las rebeliones que tuvieron lugar en Egipto, Túnez, Yemen, Baréin, Libia o Siria fueron todas una conspiración preparada por EEUU con el fin de cambiar sus regímenes y renovarlos, adaptados a sus necesidades del siglo

XXI. Si fuera así ¿cómo es que llegaron a aplastar las protestas en Baréin, en Yemen, en Iraq y a controlar, con mucho nerviosismo, las de Egipto, Túnez, Marruecos, Iraq y Arabia Saudí?

Los cambios en la postura de Barack Obama ante los acontecimientos durante las semanas que duraron las protestas en la plaza de Tahrir de Egipto muestran cómo el expresidente de EEUU intentaba evitar la caída de Mubarak. Sólo fue bajo la incontenible presión de los manifestantes que en menos de dos semanas se vio forzado a apartarlo del poder para cerrar la crisis e impedir que las fuerzas progresistas se hicieran con el mando de las protestas.

El Gobierno de Obama, que antes de las revueltas llamaba «reformista» a Bashar al Asad, (¿por acatar las órdenes del FMI?), cedió ante el proyecto del nuevo Oriente Próximo que rediseñaba el mapa de la zona a medida del nuevo siglo de EEUU y en enero de 2011 envió al siniestro Robert Ford para que se pusiera al frente de la embajada en Siria. Fue a partir de su llegada cuando empezaron a estallar bombas en este país, demoliendo su Estado y desgarrando su nación. En 2013 este personaje será enviado a Egipto para hacerse cargo de la embajada de Washington después de que la embajadora Anne Patreson respaldará abiertamente a los Hermanos Musulmanes, lo que había provocado la ira de los egipcios contrarios a esta organización.

El caso es que todo indicaba que Washington también iba a aprovechar las minoritarias protestas en Libia y Siria para desmontar sus Estados. Es en este contexto, concretamente el 15 de marzo de 2011, cuando empiezan los disturbios en Siria. Las protestas sociales nacidas al calor de las Primaveras árabes defendían una mayor libertad y justicia social. A pesar de que fueron pacíficas el clan Al Asad las aplastó duramente. La Primavera siria que había nacido como cauce del profundo descontento de un sector de la población terminaría provocando el levantamiento de miles de hombres armados llegados de Jordania y Turquía.

Se suman muchos factores. Para empezar el contagio de las rebeliones populares auténticas y originales que se sucedían en aquellas mismas fechas en Egipto, Túnez, Yemen y Baréin. Es también el momento en el que EEUU y sus socios desarrollan su complot contra Libia.

La crisis económica estructural, empeorada por masivas privatizaciones y reajustes exigidos por el Fondo Monetario Internacional, había provocado

un aumento espectacular del desempleo, agravado por el incremento descontrolado de la población (si en 2000 la población siria alcanzaba los 18 millones de personas, en 2005 eran 21 millones). Aplicar las políticas económicas neoliberales fue el último clavo al ataúd del régimen. El Gobierno sirio abrió el mercado a las importaciones extranjeras, sobre todo a los productos turcos y chinos, provocando el cierre de cientos de fábricas y talleres que dejaron a millones de trabajadores fuera del mercado. Miles de ellos se unirán pronto a las filas rebeldes, a cambio de un sueldo. Por si fuera poco, una brutal sequía había lanzado en 2008 a cerca de un millón de campesinos a las periferias de las grandes ciudades, donde vivían arruinados desde entonces. En este contexto la elite burguesa, corrupta y clientelista, no se lanzaba a la calle; a pesar de estar encabezada por los alauitas, gozaba del respaldo de las clases altas suníes y cristianas. Esto hacía evidente que aquellas protestas no expresaban un «conflicto religioso de la población suní contra la minoría chií que les gobernaba», como apuntan algunos analistas sino que eran expresiones de la lucha de clases.

Las protestas eran, pues, legítimas y tenían su lógica. Lo que no se entiende es que en un país dictatorial, que había reprimido duramente cualquier tipo de disidencia hasta ese momento, surjan de repente decenas de miles de hombres armados, que aparezcan en las manifestaciones y que den comienzo, prácticamente de un día para otro, esa guerra «ni religiosa, ni civil» que hoy presenciamos.

LOS INTERESES DE EEUU, RUSIA E ISRAEL EN ESTA GUERRA SEMIMUNDIAL

En el actual escenario bélico sirio, se pueden distinguir dos grupos enfrentados: por un lado están EEUU y el resto del «Occidente» cristiano o laico, los países suníes como Arabia Saudí, Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Turquía, y el Israel judío. En el otro bando estarían el Gobierno legal (reconocido por la ONU) de Bashar al Asad, los actores chiíes, como Irán, Iraq y el Hezbolá del Líbano, y la Rusia ortodoxa. ¡A ver qué dios puede dar una explicación religiosa a estas alianzas! Las razones son absolutamente mundanas, no hay ni pizca de espiritualidad o de sacrificio

por su credo religioso en esta carnicería que se ha organizado. Veamos los intereses que persigue cada uno de los actores, para desenredar este complejo conflicto.

Teniendo en cuenta que la doctrina Obama se centraba en relajar la presencia militar de EEUU en Oriente Próximo y Asia Central con el fin de centrarse en cercar a China, se puede barajar la posibilidad de que la participación de este país en la guerra de Siria –al igual que en la de Ucrania– estuviera promovida por sectores de la CIA y del Pentágono próximos a los halcones tanto del Partido Republicano (John McCain, entre ellos) como del Partido Demócrata, con Hillary Clinton a cabeza.

Los objetivos que llevan a Washington a participar en el conflicto abierto en Siria son:

– Dominar Eurasia desde Siria, su eslabón débil, para hacerse con el control militar de todo el Levante mediterráneo, otanizándolo. Después de la caída de la Libia de Gadafi en 2011, Siria es el único país no socio de la OTAN en esta zona. Quizá sólo falta atraer a Argelia a esta órbita.
– Cortar la Nueva Ruta de la Seda China, el megaproyecto con el que este gran país asiático pretende conectarse con las principales rutas comerciales del mundo, vía mar y con ferrocarriles. En este entramado de comunicaciones Siria sería el acceso directo de Pekín al Mediterráneo.
– Desmantelar la base militar rusa en el puerto de Tartús, humillar al Kremlin en su zona de influencia y de paso destruir el ejército sirio, por sus vínculos con Rusia. Así, reduce la influencia militar de los eslavos por el planeta. EEUU hizo lo mismo con las fuerzas armadas de Iraq y Libia.
– Eliminar a los rivales de Israel. Es decir, no se trata de «destruir países musulmanes porque EEUU es islamófobo» como afirman algunos, ni porque el «extremismo islámico sea enemigo de Occidente», como abogan otros. Que los regímenes de Sadam Husein, Gadafi o Asad hayan sido semilaicos y que Occidente haya tenido magníficas relaciones con los integristas oscurantistas saudíes, invalidan ambos argumentos. EEUU, por primera vez en su historia, cuenta con dos bases militares en Siria, gracias a su alianza con los kurdos de este país.

– Engendrar «el nuevo Oriente Próximo», que iría acompañado de grandes «dolores de parto», según decía Condoleezza Rice. Su diseño exige despedazar los grandes Estados, formando mini protectorados para así garantizar el dominio duradero de EEUU sobre la estratégica región con mayores reservas de hidrocarburo del mundo, por la que pugnan contra China, Rusia y Europa. Es evidente que en este punto el plan del Pentágono ha sido exitoso. Desde 1991 ha logrado desmembrar Iraq, y hacer que su Kurdistán sea prácticamente independiente; Yugoslavia, el último Estado socialista de Europa; Sudán, el país más grande del África «musulmana» y con importantes bolsas de petróleo; Libia, defensora de Palestina y dueña de inmensos campos de petróleo y de bolsas de agua dulce, dividida entre yihadistas socios de la OTAN; y ahora le toca a Siria. Se trata de un paso más para hacerse con el verdadero trofeo: Irán, la primera reserva de gas y la tercera de petróleo mundial. Para realizar una agresión militar exitosa contra Irán, el equipo de Bush consideró que primero debía desestabilizar Siria pues con ello también desactivaría a Hamás y Hezbolá. Así lo confirman los cables del WikiLeaks de 2006 sobre las operaciones encubiertas de la CIA contra Damasco. Este es el principal motivo de la guerra que ha devastado Siria, aprovechando el caldo de cultivo de la crisis económica y social del país, incluso en la era Obama. El expresidente se negó a plantear una guerra bélica abierta contra Irán, pero no una ciberguerra y una guerra económica. Por lo demás, optó por convertir a Siria en una trampa para los rivales de Israel, alargando el conflicto hasta hoy.
– Anular aún más a la ONU y echar abajo lo que queda de los sistemas legales que hacían de freno en las pretensiones belicistas.

Rusia empezó a liderar la coalición «proAsad» en 2016, asestando un golpe significativo al protagonismo de Irán en Siria como principal valedor del presidente Asad. Los objetivos de Moscú se encuadran en lo que se conoce como la «doctrina Putin», que se centra en recuperar la influencia de Moscú en el panorama político internacional (dañada en 1991) y mostrar su capacidad de influir sobre los acontecimientos internacionales. Estas son sus metas:

– Proteger su base naval en Tartús, tan estratégica como la base de Crimea en el mar Negro. Durante las operaciones militares Rusia ha conseguido instalar en Damasco una segunda base militar.
– Fortalecer la posición rusa en Siria, y por ende en Oriente Próximo, lo que le permitiría regatear con Occidente las sanciones que le impusieron por la anexión de Crimea.
– Presentarse como un actor mundial, ya que Siria no es un país vecino suyo, y ofrecer un plan de paz que pueda ser viable frente a las políticas de EEUU, país responsable de la expansión del terrorismo religioso por todo el mundo. La imagen que Putin pretende labrarse es la de un líder para el mundo que sabe manejar la diplomacia pero que también es un tipo duro.
– Contener el avance de los islamistas. Los chechenos (musulmanes suníes), liderados por el comandante Tarkhan Batirashvili, son el mayor contingente de extranjeros en las filas del Estado Islámico (EI). En esta tarea, Moscú cuenta con el apoyo de China, que sigue sufriendo continuos ataques terroristas de yihadistas suníes.
– Negociar el destino de Ucrania. Hasta ahora había preferido una Ucrania inestable en la frontera europea antes que una integrada en la OTAN. Desde Damasco su voz sobre Kiev tendrá otra melodía.
– Impedir la construcción del gasoducto «chií», que planeaba llevar el gas iraní al Mediterráneo pasando por Iraq y Siria, y también el proyecto rival «suní» que iba a nacer en Qatar para pasar por Arabia Saudí, Iraq, Siria y alcanzar el mismo mar.

El tercer actor, Israel, es sin duda el principal beneficiario (¿o promotor?) de la guerra de Siria. Su objetivo es debilitar a Irán, eje de sus acciones en el territorio sirio:

– Para empezar ha podido destrozar el llamado Eje de Resistencia contra Israel, compuesto por Irán, Siria, Iraq, Hezbolá y Hamás, y poner en jaque la seguridad de Irán también en sus fronteras occidentales. Irán está rodeado en sus cuatro costados por las bases militares de EEUU o de Israel, salvo en el norte, en su frontera con Turkmenistán donde cuenta con un contingente, esperando conseguir una base permanente.

– Ha conseguido ver cómo sus enemigos y rivales en la región se hunden en una guerra de desgaste. Irán, Hezbolá, Hamás, Arabia Saudí, Turquía, Iraq, gastan miles de millones de dólares y tienen efectivos militares y paramilitares matándose en Siria. ¡Ni en sus mejores sueños los israelíes habían imaginado un festín de este calibre capaz de debilitar a todos sus rivales de golpe!
– La guerra le ha permitido anexionar los Altos del Golán sirio a su territorio, y quedarse con su agua. Es tal la escasez histórica de agua en Israel que el Plan Yeor, diseñado en 1974, ya preveía desviar el agua del Nilo desde la ocupada Gaza. «Establecer una zona de seguridad hidráulica» y controlar los recursos hídricos de Líbano fue uno de los objetivos del Plan Oranim, santo y seña de la invasión israelí al Líbano en 1982. La conquista del agua también fue uno de los factores de la destrucción del Estado libio en 2011 por la OTAN, porque allí está la segunda reserva de agua dulce del mundo. En un planeta en deshielo constante, las reservas de agua dulce son tan importantes o más que la de los hidrocarburos.
– Quedarse con la parte del gas y el petróleo sirios descubiertos en las costas mediterráneas en 1999 por British Gas (BG). Sin Siria, y con un Líbano y una Palestina debilitados, Tel Aviv puede quedarse con la totalidad de ese tesoro.
– Ha logrado convertir Siria en un Estado débil. El neoconservador Richard Perle proponía en 1996 que «Israel, en cooperación con Turquía y Jordania, debería debilitar a Siria y eliminar el poder de Sadam Husein en Iraq». Aquel plan se ha ido ejecutando paso a paso hasta lograr disolver Siria e Iraq, como Estados, como naciones. Con la destrucción total del país y su sociedad, cualquier escenario en Siria será favorable a Israel, no importa si al final se fragmenta en cantones o en mini Estados, si se convierte en un sistema confesional parecido al del Líbano o si desciende al infierno del Estado fallido. Siempre es mejor que tener a un Estado fuerte como vecino. Ahora los sirios se han convertido en la segunda población de refugiados más grande del planeta después de los olvidados palestinos.
– Convertir la guerra de Siria en una cortina de humo para ocultar la cuestión palestina. Así, la guerra total del régimen de Netanyahu contra

Palestina se ha relegado a un segundo plano y ha puesto fin al debate sobre los dos Estados.

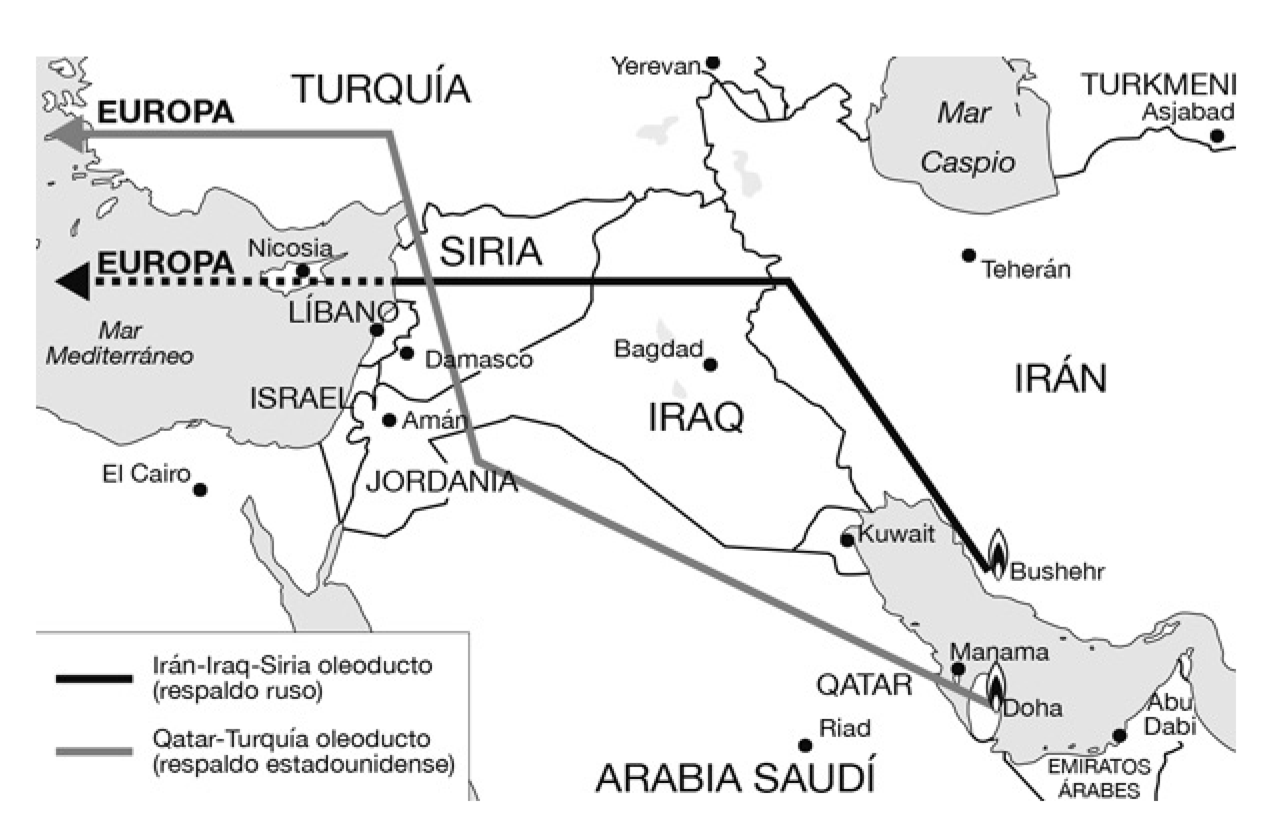
ARABIA SAUDÍ, TURQUÍA E IRÁN TAMBIÉN TIENEN SUS RAZONES

Arabia Saudí, el abanderado del sunismo salafista, es el cuarto país que pretende derrocar al Gobierno de Bashar al Asad. Promovido por una paranoia antiiraní, su rivalidad tiene que ver con cuestiones económicas, de seguridad y religioso-ideológicas. Al ver el fantasma del chiismo iraní por todas partes considera que Siria es el principal aliado de Teherán en la zona y, por tanto, un objetivo al que tumbar. Con su intervención, Riad ha pretendido:

– Provocar a Irán en el suelo sirio y romper «el acuerdo del siglo» firmado entre la Administración Obama y Teherán.
– Retener las tropas de EEUU en la región e impedir que Obama las trasladase a las fronteras de China. Al carecer de un ejército poderoso, los saudíes se sienten amenazados por el poder militar de Irán, a pesar de que este país ha estado bajo el embargo militar de EEUU y también de la ONU desde 2003.
– Ante una posible derrota de Irán en Siria, sueña con arrancar Iraq, como país árabe-suní, de la influencia iraní. Sin duda el error más grave que cometió la Administración Bush en 2003 fue entregar el Gobierno a los chiíes iraquíes, porque esto aumentaba el poderío de Teherán precisamente ante las mismísimas fronteras de Arabia Saudí. Desde entonces, saudíes, israelíes y turcos intentan desestabilizar el país por cualquier medio con tal de expulsar a los chiíes del régimen. Por supuesto, mientras tanto Teherán y Bagdad también utilizan sus propios medios para impedírselo.
– Acabar con la amenaza de la «media luna chií», que empieza desde el Hezbolá libanés, pasando por los alauitas de Siria, los chiíes de Iraq, Irán y Baréin.
– Construir el megagasoducto «suní» Arab Gas Pipeline, que atravesaría Iraq, Egipto, Jordania, Siria, Líbano alcanzando el Mediterráneo, y así

impedir el proyecto de tubería iraní-iraquí-siria que transportaría el gas de South Pars, uno de los mayores depósitos de gas del planeta, situado en las aguas del golfo Pérsico. Hasta el año 2012 EEUU era importador de gas y petróleo, compraba el 40 por 100 del gas catarí –la tercera reserva mundial de gas, después de Irán y Rusia y uno de los primeros productores mundiales de gas licuado–, pero la situación ha cambiado por el *fracking* hasta el punto de que ha previsto eliminar barreras legislativas de EEUU a la exportación. Esto implica que Qatar tiene que buscar nuevos mercados y empezar a girar la mirada hacia Asia. Si llegara a construir este gasoducto, Turquía será una de las grandes perjudicadas, pues dejaría de ser la ruta del tránsito de hidrocarburo a Europa.

– Arrinconar al poderoso rival, los Hermanos Musulmanes en Siria, hoy respaldados por el «hermano» turco Tayeb Erdogan.



Detrás del conflicto de Siria no podía faltar la «guerra por los hidrocarburos»[2].

El quinto actor de la guerra siria es Turquía, país que fue laico hasta la llegada al poder en 2002 del Partido para la Justicia y el Desarrollo próximo a los Hermanos Musulmanes, que propaga el islamismo suní. Desde que Tayeb Erdogan consiguió asimilar que la Unión Europa no iba a admitir a Turquía en su seno (principalmente porque llevaría las fronteras europeas a las «emocionantes» puertas de países como Iraq, Irán, o Siria), ha intentado buscar nuevos mercados donde exportar sus productos. Este protagonista imprevisible de la guerra de Siria ha tenido los siguientes propósitos:

– Convertirla en la pieza clave de un proyecto para recuperar la influencia turca entre los árabes del antiguo Imperio otomano y de paso tener acceso a los mercados sirios y sus reservas de gas y petróleo. La misma ambición llevó a Turquía a participar en el derrocamiento de Muamar al Gadafi en Libia en el año 2011.
– Hacer que Siria dependa económicamente de Turquía. Los turcos ya consiguieron este objetivo con el Gobierno Regional del Kurdistán de Iraq (KRG). Tras la invasión estadounidense a Iraq en 2003, los kurdos se acercaron al régimen turco. La explicación era el extremismo chií y antikurdo del primer ministro iraquí, Nuri al Maliki (2005 y 2014). Erdogan no es antikurdo, es anti PKK: persigue a la izquierda, turca o kurda, y cuenta con el apoyo de los señores feudales y derechistas de la KRG, quienes le echan una mano en la persecución del PKK.
– Reemplazar a Asad por un Gobierno formado por la rama de Siria de los Hermanos Musulmanes. Esto garantizaría los intereses económicos de Turquía en la región. Ankara es el único jugador del actual escenario con medios y capacidad para cambiar la dirección de la guerra.
– Acabar con la influencia regional de Irán y las redes chiíes, y, de este modo, poder ascender como la potencia regional más importante.
– Impedir la formación de una autonomía kurda siria. Algunos de los dirigentes del PKK han sido sirios, al igual que miles de sus combatientes. En 2012 el principal partido nacionalista kurdo-sirio, el Partido de la Unión Democrática (PYD) declaró la autonomía de los tres cantones desconectados de Jazira, Kobani y Afrin, que se extienden a lo largo de la frontera turco-siria.
– Posicionarse como potencia (mini) imperialista y por primera vez en su historia organizar el cambio de un régimen, en este caso el de Siria.

Irán se posiciona como sexto país en este particular *ranking* de dolor y muerte de miles de seres humanos. Mientras respaldaba el levantamiento popular de 2011 en Egipto, Teherán se colocó al lado del presidente sirio Bashar al Asad en Siria, considerando que las protestas respondían a una conspiración extranjera. En realidad lo hacía porque este país, que no tiene frontera común con Irán pero sí con Israel, posee para Teherán un enorme valor estratégico. Por eso intenta:

– Salvar a Siria como socio del Eje de Resistencia contra Israel.
– Impedir la caída de Asad. Un Asad débil aumenta la inseguridad de Irán. El pacto entre ambos Estados consiste en que Irán financie y proteja al Gobierno baazista acorralado de Damasco a cambio de que este le permita actuar contra Israel en caso de una amenaza de guerra por parte de Tel Aviv contra Teherán. Con la desaparición de Asad, Irán perderá su última barrera de protección.
– Contener el terrorismo suní «takfiríes» (infieles), que incluye a Al Qaeda, al Estado Islámico, entre otra veintena de grupos semejantes, todos patrocinados por la petromonarquías del golfo Pérsico, Turquía, Israel y EEUU. La poderosa alianza antiiraní entre los EEUU de Trump, Israel y Arabia Saudí, está poniendo hoy más en jaque la seguridad de Irán que en la era de Bush.
– Mantener la conexión con el Hezbolá libanés y el Hamás palestino, ambos retenes disuasorios ante la tentativa israelí de un ataque militar.
– Llevar adelante el proyecto del gasoducto «chií».
– Entrenar a los militares iraníes en este escenario real de guerra, para poder enfrentarse a futuras amenazas. El problema es que estar involucrado en una guerra prolongada de desgaste en Siria podría hacer innecesaria una agresión militar de EEUU a Irán.
– Fortalecer la posición de los Guardianes Islámicos, contrarios a las políticas de «distensión» de la facción pragmática de la República Islámica con los países occidentales y árabes. La Fuerza Quds, el brazo operativo exterior de los Guardianes Islámicos, cuenta con varias organizaciones armadas en Siria como las Fuerzas de Defensa Nacional (FDN), las milicias iraquíes de Kataib al Imam Ali, los pakistaníes y afganos de Fatemiyún y las brigadas Zaynabiyún, la Brigada 65 Nohed o la Brigada 258 Shahrood, entre otros. Quds coordina también las

actividades militares de Hezbolá, y suministra servicios técnicos y otro tipo de apoyo al régimen sirio, y su dirigente, el General de división Qasem Soleimani –el hombre más poderoso de Irán–, es quien se suele reunir con los dirigentes rusos, para las operaciones de envergadura.

CHINA SE LA JUEGA

China es el último Estado relevante presente en la guerra de Siria. De forma muy discreta y actuando a través de Rusia, este país aplica su tradicional política de «acupuntura» frente a los «ataques quirúrgicos» de otros países. En realidad China no tiene un interés especial en mantener a Asad en el poder, no los unen lazos ideológicos, ni políticos, ni económicos. Pues, el comercio bilateral en 2010 fue tan sólo de 2.500 millones de dólares, y aunque Siria forma parte del proyecto de la Nueva Ruta de la Seda china a través de Eurasia, también es cierto que podría ser reemplazada por Israel, que ha mostrado su interés en el proyecto. Sin embargo, prefiere a Bashar al Asad y esto se debe a que su caída permitiría que Occidente aumentara su presión sobre Irán, país clave para sus suministros de petróleo. Por otra parte, lo que más le preocupa a China en este momento es el posible sucesor de Asad porque no le gustaría nada que fuera un islamista y tampoco un prooccidental o proturco. Por ello y por pensar que el fin de Asad podía ser una posibilidad, China ha mantenido contactos con la oposición siria.

Los objetivos de Pekín en Siria son los siguientes:

– Impedir otra invasión militar de EEUU y la OTAN en Oriente Próximo, por su impacto sobre el suministro de hidrocarburo y su precio. Sin el voto chino, Occidente no puede establecer un orden mundial en el que no se respeten sus intereses. De paso, avisa de que China no va a permitir intervenciones militares ilegales contra ningún Estado. Con este enfoque, Pekín apoyó el Acuerdo de Ginebra de 2012, participó en el Grupo de Acción para Siria vetando en tres ocasiones las propuestas de Barack Obama contra el Gobierno de Bashar al Asad, a pesar de que el veto ruso era suficiente para rechazarlas. China quería enseñar los dientes además de impedir que la cuestión siria se convirtiese en un

asunto entre la Casa Blanca y el Kremlin. De este modo reclamaba un nuevo papel en el escenario mundial.

– Presentar estrategias viables para que el fin de Bashar al Asad no signifique la desestabilización de Irán, pilar de Oriente Próximo y región desde donde recibe cerca del 55 por 100 del petróleo que consume.

– Apoyar la contención de los yihadistas. Con cerca de 30 millones de musulmanes suníes, Pekín ya sufre los atentados terroristas de los grupos extremistas de derecha suníes que son patrocinados por EEUU, Turquía y Arabia Saudí. Al igual que Rusia, India y Egipto, China ve en Asad un freno para el fundamentalismo religioso. La última maniobra antiterrorista de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) fue realizada en junio de 2014 en Mongolia. En agosto, China y Rusia hicieron unos ejercicios navales conjuntos en el mar de Japón con el terrorismo religioso como enemigo a batir. Este mal representa para China un obstáculo al desarrollo económico y una amenaza a su seguridad nacional. Los atentados con paquetes bomba en 16 explosiones, produjeron numerosos muertos el 30 de septiembre de 2015 en la región de Guangxi.

– Debilitar a Tayeb Erdogan, el presidente de Turquía, quien participa en el patrocinio de los grupos islamistas uigures. A Pekín no le disgustaba la idea de que los bombardeos de Rusia empujaran al Estado Islámico hacia Turquía, porque así el presidente turco probaría su propia medicina.

– Mostrar su lealtad hacia Rusia, consolidando la asociación estratégica vital establecida para preservar los intereses comunes. Los terroristas «religiosos» ya actúan en Rusia, China, Kirguizistán, Uzbekistán y otros territorios de la OCS. Siria es el lugar donde la OCS, como bloque de seguridad colectiva, actuaba por vez primera fuera de su geografía. Al extender el «arco de crisis» a Asia Central, los yihadistas aumentan los atentados perpetrados por los islamistas en Xinjiang. Desde sus fronteras con Pakistán, los Servicios de Inteligencia de Pakistán (ISI), que protegen a grupos como el Movimiento de los Talibanes Pakistaníes, con cientos de uzbekos y uigures en su seno, entrenan y envían a los talibanes a China, provocando terror. En 2007, el jeque pakistaní Abdul Maulana Aziz, que hoy apoya al califato de EI, organizó un mini-Estado islámico en los barrios que rodean la Mezquita Roja de Islamabad. Que

detuviera y torturara a decenas de mujeres y hombres estudiantes chinos fue uno de los motivos del asedio a la mezquita, planeado por el expresidente Musharraf y en el que se masacró a cientos de personas.

Su postura en Siria difiere de la que tomó ante la agresión de la OTAN a Libia en 2011. Entonces Pekín no usó su veto, y al igual que Rusia se abstuvo en la votación en el Consejo de Seguridad de la ONU para establecer una zona de exclusión aérea. Argumentar que ambos países fueron «engañados» por EEUU, que «aprovechó» el mandato para derrocar a Gadafi con el fin de conseguir sus objetivos en aquel país, es un insulto a la inteligencia de los líderes de dichas potencias. Hasta los niños de parvulario sabían que la zona de exclusión aérea era un complot contra el Estado libio. Se buscaba derrocar a su jefe de Estado y dar un nuevo paso hacia el diseño del nuevo Oriente Próximo. Si Moscú y Pekín se abstuvieron fue porque consideraban imposible parar el ataque de la Alianza a Libia y porque también querían estar en el futuro de la Libia sin Gadafi, participando en el reparto del pastel.

Esta sofisticada política exterior de China se reflejó también en la crisis nuclear iraní. En el Consejo de Seguridad, firmó las sanciones impuestas por los occidentales contra Teherán, quizá por la desconfianza que sentía hacia el Gobierno de Irán o quizá porque consideró que era mejor una batería de sanciones que un ataque militar estadounidense-israelí a uno de sus principales proveedores de energía. De esa forma, también pararía el expansionismo estadounidense por la región.

El expediente sirio en el Consejo de Seguridad de la ONU no sólo ha sido la primera prueba del buen funcionamiento de la asociación estratégica chino-rusa, sino también el anuncio de la nueva política exterior de China, emprendida por el expresidente Xi Jinping. Pekín abandona el perfil bajo en las crisis internacionales y, sin pretender ser protagonista, juega sus cartas manejando tres ejes: cooperación, negociación y resolución de conflictos. La cooperación con Rusia se intensificó con la aplicación de la doctrina de Obama del «regreso a Asia» para contener a China. No se trata de una directriz antioccidental, China no se opuso a los supuestos bombardeos de EEUU contra el EI en Iraq, donde tiene varios miles de empleados trabajando en el sector petrolífero.

Hace unas décadas fuimos testigos de cómo la doctrina insensata y anticientífica de Mao Tse Tung sobre los «tres mundos» invitaba a la izquierda a unirse al imperialismo «decadente» de EEUU para derribar el «socialimperialismo ascendente» de la Unión Soviética y así acelerar la llegada de un socialismo «verdadero». Hoy Pekín prefiere la paz para seguir haciendo negocios. Aun así, en septiembre de 2013 y como respuesta al despliegue naval de EEUU cerca de Siria, envió unos buques de guerra a la zona para «observar» la situación.

ES MÁS RENTABLE UN ASAD HERIDO QUE MUERTO

Quienes iban pidiendo una intervención militar de EEUU en Siria bajo la excusa de «salvar al pueblo» deberían saber que desde el 2012 sus Delta Force ya estaban operando en aquel país. Es cierto que el expresidente Obama no había eliminado a Bashar al Asad con un ataque terrorista, un «asesinato selectivo» o un bombardeo al palacio presidencial en Damasco. Si no lo hizo fue por tres razones. La primera, para no provocar a Irán en medio de las negociaciones sobre su programa nuclear, pues Teherán lo habría considerado un paso definitivo hacia una agresión militar. Si esto hubiera ocurrido la potencia iraní hubiera buscado y utilizado todos los medios para defenderse, dejando en un juego de niños las guerras que Washington había emprendido en las dos últimas décadas. En segundo lugar, mantener en el barro a Siria era rentable porque debilitaba a Rusia, Irán, Turquía, Arabia Saudí y Hezbolá, enemigos o rivales de EEUU y de Israel. Además, no tenía una alternativa a Asad y era evidente que no pensaba crear un vacío del poder que pudiera crear un caos descontrolado en las fronteras de Israel. Armar a grupos rebeldes y «yihadistas» del Consejo Nacional Sirio, que coreaban «alauitas al ataúd, cristianos a Beirut», daba una pista sobre el perfil pseudofascista de dichos grupos.

Paralelamente, pensando en una alternativa gubernamental, EEUU barajaba la posibilidad de aumentar el peso de algunos opositores baazistas para mantener la estructura del Estado sirio, como el exvicepresidente Abdul Halim Jadam, hoy en el exilio. En esos momentos, ignorando la ira del Gobierno «soberano» de Bagdad, Washington estaba negociando con los veteranos del Partido Baaz de Iraq para devolverlos al poder, del mismo

modo que estaba haciendo con los talibanes en Afganistán. ¿Estaba aplicando las lecciones aprendidas con la invasión a Iraq? Israel, Turquía y Arabia Saudí estaban apoyando el fin del régimen chií iraquí, aliado de Irán, demostrando su preferencia por los antiguos baazistas frente a los islamistas chiíes de ahora…

Según el expresidente finlandés Martti Ahtisaari, Obama, Cameron y Holland ignoraron en 2012 el plan de paz de Putin para Siria, a pesar de que incluía la retirada de Asad. ¡Cuántas vidas se han perdido desde entonces! En agosto de 2012, Asad realiza una de las jugadas más astutas de la guerra de Siria: ordena la retirada del ejército de las zonas kurdas, ofreciendo al Partido de la Unión Democrática (PYD), la rama siria del Partido de los Trabajadores del Kurdistán de Turquía (PKK), la posibilidad de declarar su autonomía. Se trataba de un premio por no haber tenido una presencia destacada en las protestas iniciales. En realidad no es que a los kurdos les faltaran las ganas y las razones, es que después de décadas de dura represión, el temor de ser acusados de separatistas hacía imposible una mayor presencia. Además recordaban lo que les pasó a los kurdos y chiíes iraquíes en 1991, cuando fueron invitados a sublevarse por Bush padre; una vez que lo hicieron, él se fue a pescar y los abandonó a su suerte ante la furia desatada de Sadam. La voluntad de Asad no era la de saldar una deuda histórica con los kurdos, si concedía (demasiado tarde) la nacionalidad siria a los kurdos «sin identidad» era porque quería usar «la carta kurda» en un conflicto donde tenía todas las de perder.

El oftalmólogo de Damasco tenía ojo y dos grandes motivos:

– Dividir y debilitar a la oposición. PYD no permitía que el Consejo Nacional de Siria (CNS) operara en las áreas que vigilaban, ya que esta formación se negaba a reconocer los derechos kurdos en una Siria pos-Asad.
– Hundir a Tayeb Erdogan, uno de los patrocinadores del CNS, y desestabilizar a Turquía. Así, extendería el conflicto a lo largo de la frontera común en manos del PKK y además elevaría las exigencias de los kurdos de Turquía; ¿cómo es que los cuatro millones de kurdos iraquíes y el millón y medio de kurdos sirios tienen una autonomía, y los 14 millones de kurdos de Turquía no?

Instantes después de recibir este interesado regalo, las banderas kurdas hondeaban en los edificios públicos de varias provincias del nordeste de Siria, a las que los kurdos llaman Rojava («occidental»), uno de los cuatro puntos cardinales del territorio de Kurdistán. Los otros se llaman Bakur («norte»), situado en Turquía; Başur («sur»), que corresponde a Iraq y Rojhilat («oriental»), que es iraní. Nacía así la autonomía kurda, dirigida por la izquierda anarquista kurda, con Asad aún en el poder.

Bashar no se equivocó en sus previsiones, la creación de esta autonomía será el inicio de la perdición de Erdogan y el fracaso de su gran país. Las ambiciones turcas se convertirán en una aventura criminal en Siria, pues no escatimarán recursos a la hora de patrocinar a los grupos de bandidos y terroristas más bárbaros existentes en el mundo, como el llamado Estado Islámico. «Si el techo de tu casa es de cristal, no tires piedras al tejado de tu vecino», dice el refrán. Erdogan no había tenido en cuenta hasta qué punto ese 20 por 100 de la población de Turquía que es kurda y vive privada de los derechos políticos básicos podría volverse contra él. No había imaginado, ni en sus peores pesadillas, que al debilitar el Gobierno sirio lo que estaba haciendo era reforzar el movimiento kurdo en toda la región.

Miles de mercenarios reclutados por Turquía, Arabia Saudí, Qatar y el propio Pentágono, entre las clases más desfavorecidas y entre veteranos militares que habían aprendido a matar por dinero, fueron entrenados en los países aliados de EEUU de la región. Debidamente armados, se infiltraban en Siria desde las porosas fronteras del país con Jordania, Iraq y Turquía, demostrando que la teoría del «choque de civilizaciones» –que aseguraba que los musulmanes se habían unido en bloque para perturbar la paz de la civilización «occidental»– no era más que una ficción. ¡Ay, Siria! ¡Tantos años preparándose para evitar un ataque israelí y resulta que los que vienen a destruirla son Turquía y Arabia Saudí!

La exclamación «¡que se maten entre ellos!», se propaga por Oriente Medio, la exclama, jubilosa, Israel, que hasta ese momento había observado con nerviosismo las rebeliones populares sucedidas en los países árabes. No es que apueste por la pasividad, simplemente está esperando su mejor momento. El 23 de enero de 2013, un día después de ser reelegido, y tras repetir que su prioridad será contener a Irán, Benjamin Netanyahu ultima los detalles del plan de ataque a Siria. Siete días después, 16 cazas israelíes invaden el cielo del Líbano y Siria para bombardear un convoy y una

instalación militar en territorio sirio, en los que sospechaban de la presencia de militares iraníes. Se trata de una agresión «preventiva» ilegal que pretende evitar la transferencia de misiles antiaéreos SA-17 rusos al partido Hezbolá del Líbano.

Las Fuerzas de Paz de la ONU, instaladas en los Altos del Golán, juran no haber visto nada. De Ban Ki-moon no se podía esperar ni siquiera una condena a secas contra Israel por violar el derecho internacional y agredir a dos países soberanos. Apenas tres meses antes, en octubre de 2012, Netanyahu había descargado bombas contra un arsenal de municiones en Sudán. Entonces se habían preguntado cuál sería el siguiente país…

Sin embargo hay una pregunta que se mantiene en el aire: ¿Por qué visibilizarse? Si hasta ese momento tanto EEUU como Israel habían tenido cuidado en no exhibirse en la crisis de Siria, presentándola como un conflicto interno, ¿por qué cambian de estrategia? La respuesta es múltiple. Para empezar, dicha acción marcará la entrada abierta y oficial de Israel en el conflicto, lo que permitiría desgastar a su contrincante, Irán, al arrastrarlo a una guerra directa en el suelo sirio, donde carece de logística, con la que podrá acusarle de «terrorismo» ante la opinión pública de Occidente, ahora que no hay armas de destrucción masiva. Además, impedirá que Hezbolá, aliado de Teherán, consiga nuevas armas sofisticadas, Israel no podría atacar a Irán con un Hezbolá fuerte en su frontera. Con esta decisión también repararía el orgullo herido de los israelíes, que vieron volar en el cielo de su país un avión de reconocimiento durante la crisis de refugiados en Ankara. Sin rubor, permite que la exigencia internacional de «levantar el bloqueo a Gaza» quede archivada, con lo que Tel Aviv puede restablecer contactos que hasta ese momento eran imposibles. De hecho, habrá un aumento en la cooperación militar y de inteligencia en la zona en calidad de contactos diplomáticos públicos.

LA INTOLERANCIA RUSA A LOS CHANTAJES

Aquel año, 2013, el jefe de inteligencia de Arabia Saudí, el príncipe Bandar bin Sultan, viaja a Moscú como enviado indirecto de EEUU para negociar con Vladimir Putin sobre Siria. Según el diario *The Telegraph,* Bandar ofrece al presidente ruso una mezcla de incentivos y amenazas en

un intento por cerrar la guerra siria y al mismo tiempo ganar el partido: un amplio acuerdo para controlar juntos el mercado petrolero mundial y suculentos contratos de gas. Además, le garantizaba la seguridad de los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi en 2014, calmando a los chechenos si el Kremlin dejaba caer al régimen de Asad. ¡En árabe y en ruso, esto sonaba a un formidable chantaje! ¡Y tenía muchas posibilidades! Ni en sus mejores sueños una dictadura medieval como Arabia Saudí se hubiera imaginado que con un ejército de papel pudiera poner de rodillas a un país que durante siglos y hasta hacía poco había sido un gran Imperio. No hay que menospreciar el poder de compra que tienen los petrodólares.

Ante tales planteamientos Putin rechaza la propuesta y advierte a los saudíes de las consecuencias de tales impertinencias. Sin embargo, Arabia Saudí no se arredra y tras recibir su negativa entra en acción. El 29 de diciembre de 2013 Riad cumple su amenaza: desata a sus mercenarios religiosos para que atenten desde Volgogrado contra la organización de las olimpiadas de Sochi. El evento queda congelado por el terror. Matan a una treintena de civiles y hieren a un centenar. Si han elegido esta urbe, el antiguo Stalingrado, es por su alto valor simbólico, pues representaba el orgulloso triunfo soviético sobre el fascismo.

Con este acto violento humillan al Gobierno de Rusia pues hacen evidente su incapacidad de garantizar la seguridad de los juegos y disuaden a los atletas extranjeros sobre su participación. Han roto el «anillo de acero» de seguridad formado por 37.000 policías y han puesto patas arriba la organización del evento que ha costado 50.000 millones de dólares. Además, al operar cerca de Moscú, lejos de su bastión en la tensa región del Cáucaso norte, exhiben su potencial como país invasor. El acto también provoca la división entre los ciudadanos ruso-cristianos y checheno-musulmanes en medio de las celebraciones navideñas, pues afirma que la ciudad de Sochi está edificada sobre las fosas comunes de miles de caucáseos masacrados en 1864 por los rusos. Matando a quienes hoy viven en este lúgubre lugar sólo muestran hasta qué punto los asesinos comparten la visión bárbara del ejercicio del poder sobre los más débiles e inocentes.

Tras los atentados, el mandatario ruso pedirá al Consejo de Seguridad de la ONU que incluya a Arabia Saudí en la lista de países patrocinadores del terrorismo. Los análisis internacionales apuntan en ese momento que los hechos fueron organizados en la sombra por EEUU y Gran Bretaña como

represalia a la concesión del asilo político a Edward Snowden (exempleado de la CIA) y también subrayan la postura de Moscú frente a la crisis de Siria y Ucrania. Lo cierto es que son muchos los que se beneficiarían de la desestabilización de un gigante energético que ha vuelto con determinación a la arena internacional para cambiar el equilibrio geopolítico perturbado en 1991 con la caída de la Unión Soviética.

Mientras tanto, Arabia Saudí se frota las manos. Rusia es tentadora para los wahabíes saudíes no sólo porque este país se hubiera unido con el Irán chií para salvar a Asad sino porque le permite utilizar la religión para conquistar nuevos territorios.

El islam es la segunda religión más profesada de Rusia, tras el cristianismo ortodoxo. Se estima que 14 de los 143 millones de los ciudadanos de Rusia pertenecen a familias musulmanas, de los que entre 7 y 9 millones pueden ser practicantes (que no fundamentalistas o radicales), siguiendo los edictos de la escuela hanafí de la corriente suní. Dicha escuela pragmática y semimística del islam recibe acusaciones de los fanáticos de ser adulterada por la cultura viciada rusa, al autorizar el sacerdocio femenino, o celebrar festividades eslavas. A esta población se suman los tres millones de inmigrantes de credo musulmán (azeríes, kazajos, uzbekos, tayikos y kirguises). Ante tal panorama Arabia Saudí empieza a enviar predicadores, armas y dinero a los pocos salafistas de las zonas sureñas de la Federación de Rusia al tiempo que reciben a cientos de estudiantes rusos de teología, ante la escasez de profesores de religión en Rusia, en sus madrazas en Turquía y en la propia tierra de Mahoma. Allí los sumergirán en una versión minoritaria, inmóvil y superficial del islam.

Sin duda, muchos rusos confunden el islam (la religión) y los musulmanes (los fieles) con el islamismo (islam fundamentalista, de derecha). Putin, que gobierna el país europeo con la mayor comunidad musulmana, intenta defenderse de un islamismo violento y oscurantista que crece en las fronteras del país, desde la Asia Central hasta Eurasia, pero comete un grave error: en lugar de consolidar la laicidad del Estado, el líder eslavo propaga la ortodoxia cristiana, una de sus principales herramientas para recuperar la influencia soviética en los nuevos Estados independientes.

El islam se instaló en el país en el siglo VII, tras la caída del Imperio persa (los «-stán» de Asia central formaban parte del Imperio iraní), de la mano de guerreros procedentes de Arabia. En vez de expulsarlos o cometer

una limpieza étnico-religiosa, los sucesivos gobiernos rusos habían seguido la estrategia de reducir el peso político de la última religión abrahámica mediante desplazamientos y deportaciones forzosas de la población, practicando la rusificación de todas las minorías étnico-religiosas, e incentivando las reformas político-económicas para calmar sus ánimos separatistas. El número de las mezquitas en Rusia había crecido de las casi 500 de la era soviética a cerca de 5.000 en la primera década del siglo XXI. En Daguestán, los 27 templos musulmanes de 1988 llegaron a ser unos 700 en 1996. Moscú incluso cierra los ojos ante la imposición del velo en la República de Chechenia, a pesar de la prohibición estatal. Pero en 2012 miles de moscovitas dicen *nyet* al velo y a la creación de más mezquitas. El alcalde de Moscú se vio forzado a anular la concesión del terreno para la construcción de una nueva mega mezquita –que hubiera sido capaz de acoger a 60.000 musulmanes–, y se comprometió a no expedir más permisos en esa línea, con el argumento de que ya había suficientes mezquitas para los fieles rusos y que quienes las solicitaban solían ser inmigrantes temporales.

El presidente Putin sigue la política centenaria de Moscú frente a la periferia musulmana: les otorga la libertad de gestionar su localidad a cambio de su fidelidad. Por ejemplo, el fortalecimiento de las posiciones del islam moderado en Chechenia ha ido acompañado del ofrecimiento de una amplia autonomía, una política opuesta a la que se lleva a cabo en Siria, donde se intenta contener el avance del islamismo. En Siria miles de rusos –segunda nacionalidad de los rebeldes extranjeros después de los árabes–, se foguean en el frente de guerra y regresan como yihadistas profesionales a Rusia.

EL DELEZNABLE TEATRO EN TORNO A LAS ARMAS QUÍMICAS

Todos mueven ficha. Turquía negocia en secreto con Irán sobre los detalles de un plan que prevé el fin de los combates, un Gobierno de unidad nacional y la convocatoria de elecciones bajo la supervisión de la ONU. El desacuerdo sobre el papel de Bashar al Asad en el futuro de Siria impedirá

su firma, causará la muerte de otras decenas de miles de sirios y la huida desesperada de un millón más a ninguna parte.

El año avanza y la exhibición de fuerza no cesa. El 16 de mayo de 2013, 41 países liderados por el Pentágono realizan unos ejercicios navales sin precedentes en el golfo Pérsico. Una semana después, el Senado de EEUU aprueba, por 99 votos a cero, una resolución de apoyo a un posible ataque de Israel contra Irán, noticia que pasará desapercibida y no escandalizará a nadie. El 5 de junio, 8.000 soldados de 19 países hacen maniobras en la frontera jordano-siria con misiles Patriot y aviones de combate F-16, llamándolas Eager Lion («león impaciente»). Asad en árabe significa león.

El 23 de agosto de 2013 las imágenes de horror sacuden la opinión publica del mundo: un vídeo borroso difundido por los opositores (nadie comprobó la «cadena de custodia» de la cinta) mostraba los cuerpos de niños de la ciudad de Guta en el suelo, sin sus madres, sin funeral público, tan importante en la cultura musulmana. Se trata de un ataque químico sin autoría clara. Apenas hay más imágenes sobre lo que debió haber sido una carnicería. ¿Por qué esa escasez cuando los móviles con cámara abundan en todas partes, incluso en una Siria en guerra? Si se compara con la cantidad de fotos y grabaciones existentes de la matanza de los kurdos en Halabche en 1988 bajo la dictadura de Sadam, estas fotografías parecen obedecer a un plan más complejo.

Ante tales hechos Asad no parece ser tan suicida ni estúpido como para cruzar «la línea roja», y provocar una guerra justo cuando goza de una cómoda ventaja sobre los rebeldes. Por otra parte ninguno de los bandos rehusa plantearse los futuros usos de estas armas. En ese momento en el que el jefe de la Casa Blanca afirmaba no tener la intención de derrocar a Asad, los insurgentes podían volver a emplear dichas armas, para tumbar al presidente con una guerra devastadora. ¿A quién beneficiaba, pues, este ataque químico? ¿Podría tratarse de una guerra de bandera falsa?

Sin que se hubiera realizado una investigación seria al respecto, la Administración Obama señalaba al Gobierno de Bashar al Asad, a pesar de que la prensa ya había publicado que los propios insurgentes habían reconocido su crimen a la periodista de *Associated Press,* Dale Gavlak, admitiendo que se trataba de armas químicas enviadas por Arabia Saudí que explotaron al ser mal manipuladas. Las cifras se fueron cerrando en las semanas posteriores al atentado. Aquella matanza se había cobrado la vida

de más de 1.400 personas y dejó a otras 3.000 heridas. Carla del Ponte, miembro de la Comisión de Investigación de la ONU sobre el uso de armas químicas en Siria, informaría posteriormente que estos delincuentes habían usado el gas sarín en el conflicto. El mismo mes doce opositores sirios habían sido detenidos en Turquía por la tenencia de dos kilos de gas sarín. ¿Cómo lo habían conseguido?

Sea como fuere, la ONU no hizo nada y EEUU y sus aliados, en vez de desmarcarse de estos criminales, aumentaron las ayudas económicas y militares que prestaban a los rebeldes desde 2011. Aquellos acontecimientos resonaban en la memoria de apenas un puñado de analistas internacionales. Diez años antes, Colin Powell, armado con fotos y gráficos apareció en la sede de la ONU, y mientras sujetaba (¡sin guantes!) un frasco con un polvo blanco juraba que era ántrax enviado por el rais iraquí. Escribió Nicholas Kristof, del *The New York Times,* que «el FBI sabe desde hace tres meses que el autor de los ataques de ántrax es un norteamericano». El terrorista se llamaba Bruce Ivins, un científico empleado en el programa de biodefensa de EEUU en Fort Detrick, en Frederick, Maryland. Obviamente, después de ejecutar aquel acto, se «suicidó». Posteriormente Powell y Bush acusaron en falso al presidente iraquí de estar implicado en los atentados del 11-S, colaborar con Al Qaeda, comprar uranio a Níger y matar a bebés kuwatíes en sus incubadoras. Ahora en Siria, el Pentágono presentaba «evidencias innegables» de que las armas de destrucción masiva fueron disparadas por Asad.

Era evidente que Turquía y Arabia Saudí, un sector del Pentágono y la CIA pretendían arrastrar a la OTAN a la guerra. Anteriormente Obama había dicho que la opción militar contra Siria sería posible si Asad usaba sus armas químicas, este dato da luz a la hora de buscar quién estaba interesado en ver el fin del doctor Asad. Sin embargo, Vladimir Putin rescata a Obama (y a Asad e Irán) advirtiendo de los peligros de una nueva agresión militar de EEUU a la región y propone a Asad que entregue, como gesto de buena voluntad, sus armas de destrucción masiva. Paralelamente, la prensa empieza a señalar directamente a Arabia Saudí y a los rebeldes, como el suministrador y los usuarios de aquellas armas, respectivamente.

Tayeb Erdogan, que no podía desconocer la verdadera historia, insiste en la culpabilidad del presidente sirio. Lo que pretendía era forzar a la OTAN para acabar con él pues ni Turquía ni su ejército podían hacerlo siquiera en

colaboración con los países árabes. Vladimir Putin será quien saque de una situación embarazosa a Obama al proponer que en vez de bombardear Siria sea la ONU la que exija a Asad la entrega de dichosos gases fuera de Siria.

Obama era consciente de que esta guerra podría ser mucho más peligrosa que todas las que había emprendido anteriormente. Tenía muy presente lo que ocurrió en 1983, cuando, en respuesta a la invasión israelí al Líbano y los bombardeos de EEUU, la Yihad Islámica mataba en Beirut a 241 marines estadounidenses y 58 paracaidistas franceses en un doble atentado simultáneo. Además el Pentágono había calculado que para «controlar las armas químicas de Siria» necesitaba a 75.000 soldados en suelo sirio, algo que iba en contra de su política de «salir de Oriente Próximo e ir a rodear a China». También tenía que buscar un pretexto para dar un halo de legalidad al ataque; la Carta de las Naciones Unidas sólo permite el uso de la fuerza en dos casos: defenderse ante un ataque inmediato –que no es el caso– o contar con la autorización del Consejo de Seguridad en respuesta a una amenaza a la paz y la seguridad internacionales, que tampoco lo era.

Los congresistas, que reciben suculentos donativos de los grupos de presión, aprobarán la acción militar, al fin y al cabo la industria armamentística había donado a los candidatos de ambos partidos 22,6 millones de dólares durante la campaña electoral de 2009-2010. Las arcas de la industria empezaban a ganar dividendos. Arabia Saudí pagaría 70 millones de dólares de los gastos iniciales de la invasión. Las acciones de estas empresas subieron con la amenaza de un ataque de EEUU a Siria. Llegaron tantas armas a Oriente Próximo que parecía que no podía absorber más. Además, estaba el festín para las empresas petrolíferas. Hacían sustanciosos cálculos: si el precio del petróleo sube a 120 dólares el barril, exportando diez millones al día, ¿cuánto ganarían en las semanas, los meses o los años que pudiera durar el conflicto? Además, la suma de guerra más «petróleo caro» ayudaría a tumbar la economía china. La guerra en Siria generaba pingües beneficios para ciertas partes, estaba claro.

El festín pronto se convierte en una orgía de sangre y dinero que empieza a ser insultante. La «obligación moral» que implica castigar a un dictador que supuestamente usa armas químicas contra su población, fuese o no verdad (que no lo es, lo que ha quedado en evidencia cuando los propios regímenes occidentales o sus aliados israelíes o turcos han tenido que reconocer que las usaban), no convence. Fue durante la presidencia de

Obama cuando Israel utilizó el fósforo blanco, arma química prohibida, y no le pasó nada a su moral. Aplicar la ley de talión y lanzar un castigo colectivo a los inocentes por lo que han hecho unos individuos aún por identificar resulta absolutamente inadmisible, tanto como para movilizar a la opinión pública internacional. Los aliados desafían el papel de liderazgo de Washington y la ciudadanía estadounidense se moviliza por la paz. Si Siria tuviera la bomba atómica, Obama hubiera guardado su obligación moral en un baúl bajo siete llaves.

En realidad, la línea roja que EEUU había trazado no marcaba el límite del uso de esas armas sino de otro asunto: el ejército sirio pasó esa línea cuando empezó a recuperar las localidades ocupadas, como el enclave cristiano de Malula, de habla aramea, que estuvo bajo el control de los fanáticos Al Nusra.

QUIÉN PARA LOS PIES A TURQUÍA, EL «HERMANO MUSULMÁN»

El presidente turco estaba llevando a su país y a sí mismo al borde del precipicio. La relación estrecha entre el EI y Ankara empezaba a ser un secreto a voces. Era evidente que el poderoso «Gobierno en la sombra», compuesto por los políticos corruptos, agentes de los servicios secretos y empresarios mafiosos, estaba manteniendo a estos grupos armados para quedarse con parte de los millones de dólares que las monarquías del golfo Pérsico destinaban a los yihadistas instalados en la frontera con Siria. Desde la MIT, la Agencia de Inteligencia Turca, se coordina el movimiento armado suní: Jabhat al Nusra, el Frente Islámico, el Ejército de los Muyahidines, Ajnâd al Sham, el Ejército Libre de Siria, o el Movimiento Hazem, entre otros. Lo que preocupa a Ankara es la presencia de tantos turcos en las filas del EI, comprende que su «política blanda» de implantar sucursales de los Hermanos Musulmanes en los países árabes y apoyarlos para que tomasen el poder, ha fracasado. Ahora Tayeb Erdogan recurre al «realismo agresivo», creando una estrecha alianza con el Gobierno suní-feudal de la Región Autónoma del Kurdistán de Iraq y con el EI al mismo tiempo, pero de ahí a que hubiera tantos turcos en sus filas…

Por supuesto, EEUU no va aceptar que el presidente turco compre misiles de defensa antiaérea HQ-9 a China, que acepte formar parte de su Nueva Ruta de la Seda, que se niegue a participar en las sanciones contra Rusia o que tenga «su propia agenda» desligada a la de la OTAN. El presidente Obama, que había apostado por los Hermanos Musulmanes, ve ahora cómo «el modelo turco» del islam político no es la mejor salida; comprende que ha llegado la hora de buscarle un sustituto y comienza a diseñar un golpe de Estado.

Los republicanos de EEUU acusan a Obama de ser un líder «débil» al no lanzar un ataque terrestre a Siria y acabar con Bashar al Asad. Consideran que podía haber eliminado a Asad en uno de los típicos «asesinatos selectivos» de la CIA y del Mosad. Sin embargo, el expresidente tiene otro plan magistral y que precisamente consiste en no matar a Asad. De lo que se trata es de alargar la guerra, para que los enemigos y rivales de EEUU y de Israel se desgasten en un costoso y pantanoso conflicto, ahora que no tenía ninguna alternativa viable para acabar con aquel «enemigo leal» de EEUU e Israel.

Por otra parte, no quería provocar a Irán precisamente ahora que había conseguido paralizar su programa nuclear. Si Siria no fuera vecina de Israel, no le hubiera importado suministrar a estas bandas del terror armamento avanzado (sin ir más lejos ya había entregado misiles Stinger, portátiles y guiados por láser a los muyahidines afganos) y destruir Damasco en pocos días, pero debía proteger a su aliado. Fue precisamente por eso por lo que obligó a Asad a entregar sus armas químicas y no por el rastro de víctimas inocentes que había provocado, puesto que miles de sirios han muerto y siguen muriendo por las armas convencionales que Washington, Ankara y Riad proporcionan a los rebeldes. Derrocar a Asad hubiera sido empujar a Teherán a reanudar sus intentos de hacerse con alguna arma de destrucción masiva, y esta vez no se andaría con remilgos.

Decía la exsecretaria de Estado (1996) Madeleine Albright que la existencia misma de la mayor maquinaria militar de la historia humana exige que se haga uso de ella. La misión se convierte en objetivo desde el momento en el que EEUU no tiene ningún interés sustancial en este conflicto. Pero que nadie subestime el papel de la estupidez en la historia. EEUU juega con el esquema Ponzi, nombre de un estafador italiano que recaudaba grandes cantidades de dinero y, sin hacer nada, pagaba intereses

a los inversores con el dinero de ellos mismos o de nuevas víctimas. Si el montaje de Obama duró varios años fue porque el número de ilusionados estafados no paraba de crecer.

Mientras tanto la opinión pública internacional continúa con sus protestas contra la guerra en Siria. En septiembre de 2013 el Parlamento británico aprueba el «no a la guerra», no para mostrar su pacifismo –ya que son los mismos que aprobaron con entusiasmo la invasión de Iraq y del embargo genocida contra aquel pueblo–, lo que están haciendo es cumplir el consejo de Sun Tzu: «la guerra hay que ganarla antes de declararla». Esto sólo sería posible si el blanco es débil. Siria no era un Iraq agonizando tras años de asedio, ni la Libia previamente desarmada, ni mucho menos el Afganistán de unos desharrapados que no tenían ni un helicóptero para defenderse. Los diputados eran valientes con los débiles. Mientras, en estos momentos el ejército sirio aún era poderoso, contaba con armas modernas, y recibía el apoyo de Rusia e Irán. Meterse con Siria supondría altísimos riesgos para la seguridad nacional británica y sus intereses en la región ahora que, además, vuelven a reanudar las relaciones diplomáticas con Teherán.

En respuesta, en septiembre de 2013 China envía discretamente unos buques de guerra al Mediterráneo para advertir que «¡cuidado, estamos aquí!».

ISRAEL Y SUS TRAJES

El 14 de febrero de 2014 el mundo despertaba con una foto increíble: Netanyahu aparece junto a un herido «rebelde» en un hospital militar israelí de los Altos del Golán, toda una prueba. Parecía increíble que un político que tacha de terroristas a los islamistas de Irán y de Hamás y pide al mundo que los bombardeen, fuera dando la mano a un «terrorista islámico». ¿Dónde dejaba su discurso sobre la pretensión de estos terroristas de «borrar a Israel de la faz de la tierra»?. Hacía tiempo que las Fuerzas de las Naciones Unidas de Observación de la Separación (FNUOS) instaladas en los Altos del Golán habían informado de la «interacción» entre el ejército israelí y el Frente al Nusra, que es la fuerza dominante entre los «contras sirios» de la zona. Israel llevaba años prestando apoyo militar y logístico a Al Qaeda en Siria, como mínimo desde 2011.

Quien daba a conocer este retrato era el veterano activista druso Ahmad Makat, que ya había pasado 27 años de su vida en las prisiones israelíes. Evidentemente volvería a ser arrestado días después. La respuesta a este giro de Netanyahu quizá la tenga el director del Centro israelí Begin-Sadat de Estudios Estratégicos, quien afirma que el Estado Islámico «puede ser una herramienta útil» en el debilitamiento de Irán pues el cuartel de los miembros de al Nusra está a poca distancia de la base militar de Israel en los Altos del Golán. Se trata de una nueva versión de lo que se entiende como «coexistencia pacífica».

Sea como fuere, la explicación oficial ha sido que la fotografía expresaba la «ayuda humanitaria» a unos seres humanos en un conflicto bélico. Este arrebato de sensibilidad pretendía compensar la imagen de un régimen que practica un despiadado genocidio contra los civiles desarmados palestinos, incluido los niños, siendo además el único país vecino de Siria que no acoge a refugiados. Por otro lado, ¿no estaba Al Qaeda acusado de perpetrar atentados en EEUU, Europa y el resto del mundo, matando a miles de personas? Quizá detrás de todo esto esté la voluntad de los yihadistas de «ofrecer algunas oportunidades estratégicas para Israel», como confiesa Amos Yadlin, el exdirector de la inteligencia militar israelí. Lo que olvida Yadlin es que Israel ha introducido a un número indeterminado de palestinos colaboracionistas en las filas yihadistas, para que cubran su terror con un halo de «legitimidad» y simpatía ante los suníes.

«Israel debe aplastar toda Gaza como EEUU destruyó Hiroshima», aconseja Gilad Sharon, el hijo del carnicero de Sabra y Chatila, el mismo que prefiere tener en las fronteras de Israel a los decapitadores y violadores del Estado Islámico que a un Hezbolá proiraní. ¿Se trata de «pescar en río revuelto» o de revolver sus aguas con la intención de pescar algo? Se sirven de «yihadistas» para convertir la vida y la civilización de las gentes de Gaza, Iraq, Afganistán, Libia, Yemen y aun Rusia en cenizas. Incluso el bombardeo ruso sobre las posiciones de estos grupos beneficiaba a Tel Aviv ya que los forzaba a huir hacia Iraq y Turquía, aumentando la inestabilidad de estos rivales.

El día que Rusia apareció en este escenario para liderar la coalición pro-Asad, Netanyahu lo celebró con champán: asestaba un duro golpe a la imagen y a las tácticas diseñadas por Teherán como el principal valedor del presidente sirio y le enviaba a un segundo plano. Moscú aseguraba así a Tel

Aviv que las fuerzas iraníes y libanesas serían desalojadas de Siria una vez que terminara el conflicto. Moscú firmó durante años las propuestas de EEUU de imponer sanciones a Irán por su programa nuclear, el gran rival en el negocio del gas. Ha sido una extraña realidad que las relaciones de Netanyahu con Putin fueron mucho mejor que con Barack Obama, quien en este caso intentaba aumentar el peso de Irán en perjuicio de Arabia Saudí y de Israel.

UNA GUERRA EN EL FINAL DE LA ERA DEL PETRÓLEO

En noviembre de 2014 Arabia Saudí y EEUU deciden también utilizar el petróleo como arma para expulsar a Rusia e Irán de Siria: los saudíes vierten en el mercado unos 11,8 millones de barriles (dos millones más que su cuota) a un precio de 50-60 dólares el barril, es decir, hasta 40 dólares menos que meses atrás. En términos económicos esta situación es inexplicable, según la fórmula demanda-oferta, la elevada tensión y las guerras que están azotando Oriente Próximo, junto con las fluctuaciones en la oferta de Iraq, Libia, Irán, Nigeria y Siria, deberían haber empujado los precios al alza. La rentabilidad debe de venir por otro lado, al fin y al cabo ¿qué es más caro, bombardear o tirar los precios del petróleo? El conjunto de las explicaciones convencionales apuntan a la necesidad de Arabia Saudí de conseguir ingentes cantidades de dinero para llevar a cabo los megaproyectos de construcción de infraestructuras, gracias a una suma compleja de circunstancias: necesita recompensar la reducción de sus exportaciones a EEUU, país que ha aumentado su producción propia; padece la desaceleración de China y el estancamiento de la zona euro; el fracaso de *Abenomics,* el proyecto de reformas económicas en Japón lanzadas por el primer ministro Shinzo Abe, los hace tambalear; además está la bajada de tensión entre Ucrania y Rusia e incluso la disminución del avance del Estado Islámico en Iraq… Ninguna de estas razones es baladí, sin embargo, existen otras dos posibilidades que no deberían perderse de vista.

La primera es absolutamente beligerante, se trata de la voluntad de EEUU y Arabia Saudí de hundir las economías de Rusia, el principal productor de petróleo en el mundo, e Irán. De paso castigaría también a Moscú por su

política en Ucrania y Crimea y por su apoyo a Bashar al Asad, ya que fuerza al Kremlin a reducir sus gastos militares. Por lo que respecta a Irán, tirar los precios del petróleo servía para sacar más ventaja a Teherán en las negociaciones nucleares que entonces estaban en curso y restarle fuerza en la región. Esta estrategia no es nueva; en 1985 los saudíes quintuplicaron su producción de 2 a 10 millones de barriles diarios y los vendieron a 10 dólares en vez de a 32, que era su precio de entonces, forzando a la URSS ofrecer su barril por 6 dólares. Esto les permitió hundir su economía planificada.

A primera vista podría tratarse de otro caso de manipulación de precios de los saudíes, así no sólo golpearían a Rusia e Irán sino también a EEUU por su «revolución del esquisto». Es decir, Arabia Saudí ganaba aún más con esta estrategia. Lo que conseguiría sería unos contratos interesantes en Asia al tiempo que saboteaba la petición de las compañías estadounidenses al Congreso, que querían levantar la prohibición sobre las exportaciones de petróleo. Aunque… si Riad hubiera querido perjudicar a EEUU, habría desligado el petróleo del dólar pero lo que ha hecho ha sido reducir los precios siendo consciente del estatus de «Estado cliente» que es EEUU, además de aliado estratégico. Su existencia y seguridad siguen dependiendo de la protección militar del Tío Sam, quien controla, entre otros mecanismos, mediante la venta de armas.

Pero, en medio de la guerra de Siria, Iraq y Libia, EEUU podía tener otro gran objetivo: desmantelar la OPEP y salvar el petrodólar. No hace falta más que echar la vista atrás para ver la luz. Fue en 1973 cuando Henry Kissinger sugirió que EEUU debía invadir Oriente Próximo y disolver la OPEP. Acabar con el control de esta organización sobre los precios del petróleo, animar a que cada socio fije el precio de forma individual para así bajarlos e impedir que utilicen otra moneda que no sea el dólar, ha formado parte siempre de la guerra de precios. En aquel momento hubo dos líderes que intentaron sustituir el billete verde por el euro, Sadam y Gadafi, curiosamente ambos fueron asesinados décadas después. Antes de su muerte violenta, en septiembre del año 2000 el presidente iraquí llegó a anunciar la venta de su petróleo en euros y en 2002 convirtió los 10.000 millones de dólares del fondo de reserva del país en la ONU en la moneda europea, depreciando el valor del dólar. Una vez puestas estas cartas encima de la mesa, merece la pena hacerse una pregunta: ¿Quiere EEUU sancionar,

acosar o atacar a todos los productores de petróleo para obligarlos a usar el dólar? ¿No defienden el capitalismo de libre mercado?

Por lo que respecta a Irán es importante recordar que, a pesar de que China había bajado la importación del crudo iraní hasta un 30 por 100 por «reparar sus refinerías» (quizá porque Irán había roto meses antes un contrato de 2.500 millones de dólares con la Corporación Nacional de Petróleo de China por el incumplimiento de este, en el cual se comprometía a perforar 185 pozos en seis años), los ejércitos de ambos países realizaron en septiembre una maniobra conjunta en el golfo Pérsico, en la que participaron Changchun y Changzhou, un destructor y una fragata de misiles. Irán es la pieza clave para la estrategia china de su «marcha hacia el Oeste» (Asia Central, Asia del Sur, Oriente Medio y océano Índico) y para ampliar un cinturón económico marítimo en la vieja Ruta de la Seda.

En cuanto a Rusia, lejos de aislar a este país lo que ha conseguido Occidente es que forme nuevas y temibles alianzas. Pekín y Moscú se han acercado sin precedentes tras la muerte de Stalin. Por otro lado, se hace evidente que son cada vez más mandatarios los que se declaran abiertamente enemigos de los jeques saudíes.

Es obvio que el final de la era del petróleo da al traste con las relaciones diplomáticas y las estrategias internacionales. Ahora se está utilizando el último 25 por 100 de la reserva aprovechable del planeta, cuya oferta, se prevé, se agotará en 25-30 años. Ante el cenit del petróleo y los escenarios impredecibles, lo único garantizado son los nuevos conflictos en las regiones.

EL ENIGMA DEL ESTADO ISLÁMICO

En junio de 2014 el planeta despierta con una noticia: un tal Estado Islámico de Iraq y el Levante o EIIL (en inglés ISIL, de Islamic State of Iraq and the Levant), también denominado Dáesh por sus siglas en árabe («al Dawla al Islamiya al Iraq al Sham»), anuncia la fundación de un califato en la ciudad iraquí de Mosul. De repente las pantallas de la televisión se llenan de imágenes de la barbarie cometida por esos «yihadistas» decapitando a civiles, violando a mujeres o destruyendo el patrimonio histórico de Siria e Iraq. ¡Son casi las mismas imágenes

protagonizadas por muyahidines (o sea, yihadistas), también *made in CIA,* con las que George Bush consiguió en 2001 conmover al mundo e invadir a Afganistán! ¿Cómo puede suceder tal cosa en un país como Iraq que está bajo el control militar absoluto de EEUU, Gran Bretaña, Francia e Israel? Obama no parece conmoverse o no tanto como para enviar tropas; está más preocupado por China que por las peleas vecinales en aquella región. O quizá es que simplemente no se sorprende. Según el exempleado de la NSA, Edward Snowden, este monstruo había sido creado por la CIA, el Mosad, el MI6 y el MIT turco, y financiado por los jeques árabes, tal como había denunciado en su momento Hillary Clinton.

Si EEUU permanece quieto no harán lo mismo los países imperialistas europeos, que no dejan escapar la oportunidad de ganar dinero con la venta de armas. La primera en probar suerte fue Alemania, que en julio de 2015 había aumentado la venta de armas en 32 por 100 con respecto a la misma fecha en 2014, lo que les había proporcionado unos ingresos de 7,9 millones de euros. Sus clientes eran los árabes del golfo Pérsico, sí, los mismos a los que acusaba de patrocinar el terrorismo yihadista, Eso sucede al tiempo que los medios de comunicación censuran las imágenes de miles de niños y adultos yemeníes asesinados por las bombas de EEUU y Arabia Saudí, quienes además han destruido los depósitos de agua y alimentos, centrales eléctricas y hospitales matando a otras decenas de miles de civiles de hambre, enfermedades y heridas.

Lo cierto es que la fabricación del Estado Isámico (EI) es una de las «ingenierías militares» más audaces hechas por EEUU en las últimas décadas. Su aparición tiene que ver con la imposibilidad de EEUU de que el Consejo de Seguridad de la ONU le permita atacar a Siria, aunque sin tener la intención de acabar con Asad. Los vetos de China y Rusia hacen que «de repente» el mundo sea testigo de la aparición de unos «rebeldes sirios» que ahora se llaman EI capaces de violar a las mujeres izadíes iraquíes, decapitar a cientos de iraquíes y también periodistas occidentales, destruir el patrimonio de la humanidad… Su aparición facilita que ahora sea la opinión pública occidental la que exija que «alguien haga algo» y este alguien, por supuesto, es EEUU y la OTAN, diga lo que diga el Consejo de Seguridad de la ONU. Tienen un buen argumento: para destruir al EI se ha de atacar su cuartel general y… ¡Bingo! resulta que está en Siria. Dicho y hecho, Washington consigue violar el cielo sirio sin el permiso del

Gobierno del país ni de la ONU y sin que nadie le condene por realizar un ataque ilegal, como fue el caso de Iraq en 2003.

A pesar de que el islam político es una creación de los laboratorios subterráneos de EEUU, cuyo fin es introducir cambios en el mapa político y geográfico de varias regiones claves del mundo, Barack Obama moderó el uso dichos grupos para provocar «caos y choques» durante su segundo mandato. Esto no significa que no lo siguiera haciendo, es de dominio público que EEUU, Francia e Inglaterra apoyan a los terroristas rusos; el checheno Ilyas Akhmadov es refugiado político en Washington, simplemente no quiso caldear demasiado esta fuente de caos y dolor, una decisión contraria a la de los republicanos de EEUU, Israel, la casa de Saud y la CIA, que se niegan a soltar esta gallina de los huevos de oro.

El 15 de mayo de 2015, los líderes árabes del golfo Pérsico se reúnen con Obama en Camp David, lugar elegido a propósito, pues el nombre resuena a la paz firmada entre Israel y Egipto en 1978 con la mediación de EEUU, para pedirle acciones contra Irán. A cada una de sus exigencias, el presidente de EEUU fue diciendo «no»: no a enviar tropas a los conflictos «innecesarios» de Siria, Yemen e Iraq; no a formar una alianza militar con los árabes; no a desmantelar el programa nuclear iraní. A cambio les prometió vender más y más armas para que se defendieran solitos. ¿Se trataba de nueva guerra árabe-iraní a la vista? Obama pretendía mantener el frágil equilibrio entre los iraníes y los árabes simplemente para que se mataran entre sí, es decir, no quería que ninguno ganara ninguna guerra. Eso sí, les prometió que forzaría a Irán a aceptar el fin de Asad, consciente de que Teherán no podía seguir invirtiendo en un conflicto más que perdido a pesar de que Siria se sitúa en su «profundidad estratégica».

El rey Salman al Saud menospreció la reunión y no acudió. ¿Quién sabe? Puede que las últimas dos bombas estalladas en mezquitas chiíes de Arabia Saudí y atribuidas al EI fueran sólo un mensaje: que Riad dejara de chantajear a Washington y se ocupara de la seguridad de su casa, amenazada no por Irán sino por el terrorismo antiwahabí.

El pulso en la región alcanzará una fecha de inflexión el 15 de julio de 2015. Aquel día las potencias mundiales firmaron con Irán el acuerdo nuclear. Después del pacto de Camp David entre Egipto e Israel es el tratado más importante firmado por EEUU con un país de Oriente Próximo. Fue el resultado de la convergencia de dos hechos fundamentales: EEUU ya

no podía lanzar ataques militares como antes e Irán tampoco podía seguir con su programa nuclear debido al peso ya insoportable de las sanciones que habían estrangulando la economía del país. Llegado a este punto, Teherán se comprometía a paralizar el funcionamiento total o parcialmente de sus instalaciones nucleares, no construir nuevas plantas y dejar de interferir en los asuntos de otros Estados y de pedir la eliminación de países miembros de la ONU. A cambio, se le devolvían sus fondos bloqueados en los bancos mundiales y le levantarían parte de las sanciones. Se trata de un cambio cualitativo en el equilibrio de las fuerzas en una región que hasta este momento estaba en favor de Israel, Turquía y Arabia Saudí.

Con este acuerdo la República Islámica de Irán se salvaba de un ataque militar de EEUU y además conseguía el compromiso de Obama de no intervenir militarmente en Siria. El rey Salman de Arabia Saudí, temeroso de que Irán volviese a ser el «gendarme del golfo Pérsico» con ese respaldo de EEUU y regresara al mercado del petróleo, se apresurará a tener una reunión con Obama en la Casa Blanca el 4 de septiembre del mismo año. No hace falta más que leer con detenimiento la declaración final de la visita emitida por los estadounidenses para comprender que el encuentro será en vano: no contiene ni una sola mención a Irán ni a sus intervenciones en Siria y Yemen.

Los peores vaticinios de Ankara y Riad se estaban cumpliendo. En busca de una salida, decidieron presionar a los europeos para que fueran ellos quienes pusieran fin al Estado sirio cuanto antes. La situación económica de ambos países no les permitía seguir financiando a los rebeldes armados, y la negativa de Asad de aceptar los planes de paz de Irán y Rusia –que preveían elecciones anticipadas y un periodo de transición, sin asignar un papel al presidente en el futuro del país– había cerrado las vías de una salida menos dramática a la crisis política.

Las autoridades de ambos países diseñan un plan: inundar Europa de refugiados con el solo propósito de forzarlos a derrocar a Asad ahora que EEUU se negaba a hacerlo. Seguramente cuentan con la complicidad del presidente francés François Hollande y de la canciller alemana Angela Merkel. En consecuencia, Ankara dejará abiertas las puertas de los campos de refugiados de Turquía, que acogían a unos 2 millones de sirios, afganos, iraquíes e iraníes, y les señala el camino hacia Europa. Para ello se

preparará a cientos de barcos y a cientos de «contrabandistas» para que ejecuten esa huida en masa hacia las costas griegas.

Mientras, en Occidente se preparaba a la opinión pública para que clamase una intervención militar en Siria. Sus dirigentes se preparan ante la pregunta ¿cómo Europa puede paliar el dolor de los sirios? Una de las repuestas posibles sería: «ya que es imposible que podamos acoger en Europa a los 18 millones de sirios que huyen de la dictadura de Asad, lo racional es expulsar a Asad como el único responsable de esta tragedia, para que la gente no salga de su país». Aunque pareciera lógico, se trataba de un falso argumento, no hace falta más que mirar sus actos: fue después de que hubieran derrocado a Sadam Husein y a Muamar al Gadafi, precisamente tras sus asesinatos, cuando la población iraquí y libia empezó a huir de sus hogares a miles. Es decir, el objetivo que ocultaban no era otro que acabar con Asad sin importar lo que pasara con los sirios.

Cinco días después de aquel encuentro, el 20 de julio, se produce un atentado en el campamento de la Federación de Entidades Socialistas de Turquía precisamente cuando recogían ayuda humanitaria para la población de la ciudad siria de Kobani. El suceso deja 32 muertos y un centenar de heridos en la ciudad de Suruç. En medio del giro radical en la situación política turca el atentado lo único que hace es acelerar el proceso. Mientras el presidente turco responsabilizará al EI de la masacre, los kurdos lo acusarán a él y a Hakan Fidan (el jefe de los servicios de inteligencia turca, MIT) de utilizar la «bandera falsa». ¿Fue obra del MIT o de los yihadistas? ¿Y si fuera la segunda opción, por qué sus supuestas acciones siempre están dirigidas a la población civil y a los kurdos y nunca al Gobierno? Horas después, cientos de activistas de formaciones progresistas serán detenidos en una gran redada organizada por el régimen turco. Una vez más era el mundo al revés: un atentado contra la izquierda ha servido para agredir a la izquierda. Todo un clásico.

Erdogan decide cambiar el orden de sus prioridades, si antes lo principal era derrocar a Asad y posteriormente contener a los kurdos, ahora la prioridad será destruir a la izquierda kurda en Turquía y en Siria. Incluir al EI en este escenario es puro teatro que sirve para evitar más críticas de la opinión pública, que lo acusa de patrocinar el terrorismo yihadista. Pero lo que mueve a Tayeb Erdogan, el jefe «espiritual» del AKP, un inquietante y malabarista personaje con delirios de grandeza, no son los asuntos externos.

Desde el cómodo sofá de su «Casa Blanca», el megapalacio situado ilegalmente en un bosque protegido, no podía asimilar la derrota de su partido en las elecciones parlamentarias de junio (de 2015) y el gran triunfo del Partido Democrático de los Pueblos (PDP) que reunía a las fuerzas progresistas kurdas y turcas. El PDP había ganado 80 escaños, 32 destinados a sus mujeres candidatas.

Bajo la excusa de aplicar la «lucha antiterrorista», el sultán turco pretendía imponer a los kurdos una guerra y forzarlos a esconderse en los montes para volver a ser el único gran protagonista de la política turca. Un grupo guerrillero en la montaña es menos peligroso que un partido capaz de organizar huelgas generales con millones de trabajadores. Además, quería evitar la unión entre las dos comarcas kurdas sirias, Kobani y Jazira, que se extendían a lo largo de su frontera. Las victorias militares de los kurdos sirios habían coincidido con las conquistas políticas de sus hermanos en Turquía, creando fuertes vínculos.

Tras la derrota en las urnas, Erdogan deja de agitar la bandera palestina y de pronunciarse sobre la negativa de Netanyahu de respetar «la solución de dos Estados». Al mismo tiempo, se gasta 1,5 millones de dólares en la reforma de la sinagoga de la ciudad turca de Edirne –que es la tercera más grande de Europa–, ignorando la propuesta de las fuerzas progresistas de convertirla en un museo hasta que Israel levante las restricciones a los fieles musulmanes para acceder a la mezquita de Al Aqsa en Jerusalén.

Por otro lado, el proselitismo en favor de los Hermanos Musulmanes y el afán de liderar a los fieles del islam-suní del planeta le había enfrentado a Arabia Saudí, otro aspirante al mismo puesto que no dudará en pararle los pies desde Egipto, derrocando al hermano Mohamad Morsi. Para «el mundo árabe-suní» los turcos suníes son considerados igual de intrusos que los iraníes-chiíes: es una cuestión del orgullo étnico, la religión, aquí también, es un asunto secundario.

KURDISTÁN SE CONVIERTE EN LA NOTICIA DEL VERANO

Agosto de 2015. Los medios de comunicación de masas prestan inusitada atención a las actividades y la lucha de los kurdos de Siria. EEUU está planteándose que quizá sean ellos los que puedan llevar a cabo la estrategia del Pentágono en la zona y no los islamistas, que han provocado un profundo rechazo y odio entre los propios musulmanes. Michael Hayden, el exdirector de la CIA, afirmaba en aquellas fechas que un Kurdistán «independiente» asegurará la presencia de EEUU, donde podrían «tener una base desde donde operar, y cuando sea necesario, aplicar cuidadosamente el poder estadounidense». En su imaginario no hay mejor solución que crear un segundo Israel.

Tras el fracaso de los experimentos con los «rebeldes sirios», Washington ha de asimilar su incapacidad para formar una alternativa al régimen sirio. Es evidente que los intereses de los pueblos no pueden coincidir con los de la oligarquía energética o armamentística, que organizan y dirigen estas guerras. Ante tal realidad los kurdos afines se ofrecen como la mejor salida: son más presentables y sus mujeres van sin velo y además recuerdan a las partisanas europeas. Esta opción permite al Pentágono domesticar al PKK, no sólo a través de Barzani, sino negociando directamente con el Partido de la Unión Democrática kurda (PYD), a cambio de la promesa de «salvarlos». Se tratará de otra apuesta inútil, los estrategas norteamericanos han exagerado el poder y la capacidad de los kurdos y no han tenido en cuenta la reacción de Irán, la potencia de quienes habitan en un Iraq balcanizado, ni la posición de Turquía, cuyas ambiciones pretendían contener antes de que fuera por libre y amenazara sus intereses.

En el diario *New York Times* del 23 de septiembre de 2013 ya se había pronosticado que el nuevo Oriente Medio de EEUU nacería del descuartizamiento de cinco grandes países convertidos en 14 diminutas naciones controlables y sometidas. Se decía entonces que cambiar el mapa de Iraq, por ejemplo, supondría expulsar del sur y de Bagdad a unos 400.000 kurdos. La existencia de un Estado kurdo sirio y de otro iraquí formaban parte del borrador de este diseño, al que Arabia Saudí se oponía entonces porque romper Iraq significaría la tutela de Irán sobre la región petrolera del sur chií, y regalarle un acceso terrestre directo a la zona también chií de la tierra de Mahoma.

Los análisis y las suposiciones se multiplican sin que haya respuestas convincentes. Resultan incomprensibles las magníficas relaciones de

Estados como Israel, EEUU y Francia con los kurdos de «izquierda». ¿Cómo es que Tel Aviv es el único que defiende un Estado independiente kurdo hasta el punto de presionar a Obama para que lo inventase? Su verdadero objetivo era desintegrar los países grandes de la zona con kurdos en su seno; convertir la zona kurda en su base militar en las fronteras de Irán, Iraq y Turquía; llevarse el petróleo kurdo y también imponer un largo conflicto de desgaste entre los kurdos y aquellos Estados. Que el hijo de Morris Amitay (exdirector ejecutivo de AIPAC, siglas en inglés del Comité Estadounidense Israelí de Asuntos Públicos) dirigiera el Instituto Kurdo en Washington es toda una expresión de voluntades y alianzas.

Importantes sectores de los partidos kurdos de «izquierda» sienten una especial fascinación hacia Israel, al que perciben como el modelo de «un pequeño pueblo perseguido capaz de crear un gran país». Este deslumbramiento les impide recordar que fue el Mosad quien buscó y atrapó al líder kurdo Abdalah Öcalan en su exilio en Kenia el 15 de febrero de 1999 para entregarlo a los militares turcos y que se pudriese en la cárcel. Esta cercanía tiene su propia historia, es un secreto a voces que Tel Aviv entrena a la milicia kurda iraquí desde 1960 a cambio de su cooperación en los espionajes a Iraq e Irán. La llegada del primer cargamento de petróleo kurdo iraquí a Israel en la víspera de la invasión de la OTAN a Iraq en 2003 es una prueba más de su estrecha relación. Israel necesitaba acceder al petróleo y agua de este país, de hecho fue uno de los principales objetivos de la agresión militar que Tel Aviv delegó en Bush. ¿Qué ganaron realmente los kurdos? Se hubieran beneficiado de un Iraq estable y democrático sin tener que poner en riesgo la autonomía que estaban consiguiendo. ¿Desconocen o no quieren reconocer que las leyes de la dialéctica e incluso de la química les impedirá vivir en un oasis creado en el medio de un infierno de guerras de expolio en curso? Por el contrario, el nacionalismo clasista, miope e insolidario de los kurdos los había convertido en cómplices necesarios de los ataques de las potencias mundiales a los desarrapados de la región.

¿HABRÁ UN ESTADO KURDO?

El nacimiento de un nuevo país no depende de la voluntad de sus habitantes, sino de que las potencias mundiales lo reconozcan como tal. El último en ingresar en la ONU fue Sudán del Sur, y no Palestina o Kurdistán. ¿Por qué los kurdos de Siria, que están bajo los bombardeos continuos de la aviación turca, pensaron que podrían fundar su propio Estado? La lucha heroica de los kurdos sirios contra el terrorismo, las medidas sociales que tomaron en su pequeña autonomía y la desintegración en marcha de Siria han aumentado las expectativas de crear un Estado para el Kurdistán en un territorio formado por la suma de Rojava y Başur, o sea, el Kurdistán occidental (Siria) y el Kurdistán sur (Iraq); no parecen darse cuenta que el proyecto de un Estado kurdo, hoy por hoy es inviable.

El protagonismo de los combatientes kurdos, mujeres y hombres, en la lucha contra el terrorismo llenaron de ilusión a quienes, desde la derecha e izquierda, ya veían la posibilidad de la creación de un Kurdistán independiente en el territorio de las regiones kurdas de Iraq y de Siria. Su error es que daban por hecho la desintegración de dichos países. ¿Se esperaba que un Estado kurdo fuera el premio para quienes no son más que la carne de cañón de un conflicto creado por potencias que no han querido poner sus botas sobre suelo sirio?

Los factores que hoy obstaculizan la independencia kurda son:

– La negativa de los gobiernos de EEUU. Obviamente, sin la aprobación de la superpotencia ningún pueblo, por numeroso y oprimido que esté, podrá convertirse en un Estado. Precisamente fue EEUU quien creó la llamada Región Autónoma de Kurdistán de Iraq (RAKI) en la zona de habla kurda (y sin petróleo) durante su agresión militar de 1991. Aquel mini país kurdo, sin soberanía nacional, estaba sometido a la tutela de Washington y eso tenía un enorme valor estratégico para el Pentágono, tal como quedó demostrado el 9 de mayo de 2015. Aquel día, después de que los kurdos iraquíes hubieran liberado la ciudad petrolífera de Kirkuk de la ocupación del Estado Islámico, el presidente de RAKI, Masud Barzani, viajó a Washington para solicitar la declaración de independencia de la región. La respuesta de Obama fue un rotundo no, tan contundente como el que espetó a los kurdos sirios ante la misma petición. Para EEUU los costos políticos de tener un Estado kurdo serían mayores que los beneficios. Además, hubiera supuesto una ruptura

brusca con Bagdad, lo que agravaría la situación en la zona, amén de que la RAKI podría perder incluso su actual estatus.

– Turquía amenazaba con desmantelar la base militar de Incirlik si no incluía a los partidos kurdos de la izquierda siria en la lista de grupos terroristas. Y si Turquía atacara al hipotético Estado del Kurdistán, ¿en qué lado se colocaría Washington? El astuto Tayeb Erdogan, que empezó unas conversaciones de paz con el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) en 2013, estaba cambiando la vieja política de turquización de los kurdos por una eficaz islamización con el fin de alejarlos del nacionalismo kurdo y sobre todo de las fuerzas de izquierda. Su juego fue doble. La dictadura capitalista-religiosa de Erdogan, que bombardea sin pestañear a los «musulmanes» sirios, no es antikurda: disfruta de grandes negocios establecidos con el régimen feudal de la RAKI, de una base militar, de los 600.000 barriles de petróleo por día que recibe y ahora también del estratégico gasoducto de Sirnak, en construcción, que unirá la autonomía kurda con Turquía.

– Iraq, al igual que cualquier otro Estado, se resistirá a perder territorio. Su alianza con Irán y el hecho de ser una gran reserva mundial de petróleo serán bazas que utilice Bagdad para persuadir a Occidente, Arabia Saudí e Israel de la tentación de desmembrar sus territorios. Los iraquíes recuerdan que fue justamente el descubrimiento de petróleo cerca de Kirkuk el causante del incumplimiento de la promesa de los colonialistas europeos de crear un Estado kurdo. En 1905, Winston Churchill, entonces primer *lord* del Almirantazgo, cambiaba el carbón, el combustible utilizado por la Marina Real Británica, por el petróleo. Al mismo tiempo, Northern Oil y una tenebrosa Anglo Persian Oil Company (el futuro BP) empezaban a saquear los inmensos campos petrolíferos de la zona. Kirkuk, la urbe con 5.000 años de antigüedad, alberga hoy el 40 por 100 del petróleo iraquí.

– Irán tampoco aceptaría un Estado kurdo, aunque este hipotético Estado no incluya a sus propios kurdos, sino al Kurdistán iraquí. El motivo es que está tratando de consolidar su alianza política con Bagdad, ahora que Siria está en una situación tan difícil.

– Un Estado para Kurdistán sólo cuenta con el apoyo de Israel y no por la solidaridad con un pueblo perseguido y disperso por el mundo. Si Israel es el único país que apoya un Kurdistán sobre las ruinas de Turquía,

Irán, Iraq y Siria es porque está aplicando la «doctrina de la periferia» de David Ben-Gurion, que propone la alianza de Israel con países y grupos no árabes. Paralelamente, los líderes kurdos confunden a sus gentes al identificar el pueblo judío con la extrema derecha que gobierna Israel, ocultándoles cómo el Mosad capturó en Kenia y entregó a Abdalah Öcalan a los militares turcos en 1999.
– El Estado del Kurdistán, que se basaría en una sociedad tribal y no en una nación, tiene grandes opositores también en el seno de su pueblo. Lo que los divide es mayor que lo que los une. A las diferencias lingüísticas, culturales, políticas y religiosas –una mayoría suní convive con millones de chiíes, importantes grupos fundamentalistas de ambas corrientes, cristianos, izadíes y judíos–, se añade un factor determinante: la separación entre ricos y pobres. En la RAKI, por ejemplo, Nechervan Barzani, sobrino del presidente de la autonomía, es primer ministro y dirige el principal canal de televisión kurda. Sirwan Barzani, otro sobrino, controla el negocio de la telefonía móvil. En la calle, miles de trabajadores protestan por no percibir sus salarios desde hace meses, mientras se preguntan: «¿dónde se ha ido el dinero de los millones de barriles de petróleo vendidos?».
– Los líderes de la RAKI ya confiesan que la independencia es inviable. Sin ir más lejos Abdalah Öcalan ha renunciado a la idea. Desde la plataforma formada por una quincena de partidos –que lejos de reflejar una admirable pluralidad muestra su fragmentación–, los kurdos de Siria expresan que no quieren independencia sino una «confederación del norte de Siria» que incluya a las minorías étnico-religiosas de Siria.
– Las profundas discrepancias entre los líderes tribales kurdos, incluso los del mismo país, pueden provocar otra guerra civil. Durante 1994 la pelea entre la Unión Patriótica y el Partido Democrático de Kurdistán (ambos iraquíes) dejó un rastro de miles de muertos.

Está por ver qué sucedería si dejaran de estar sometidos a la voluntad de turcos, árabes y persas, para convertirse en rehenes y peones de EEUU o Francia; la incógnita queda aún más en el aire si la opción fuera la independencia. Los kurdos nunca han sido tan fuertes como hoy y un paso insensato podría echar a perder sus logros en la oscura aventura del independentismo. Una de las posibilidades que no se descarta es el

federalismo, pues un Estado kurdo sin acceso al mar no podría vender sus toneladas de petróleo sin pasar a través de los países hostiles a la causa kurda.

La dictadura capitalista-religiosa de Erdogan jamás hubiera pensado que su injerencia en Siria fortalecería la posición de los kurdos (y turcos) de izquierda en el propio país. Erdogan planea instalar en la zona kurda una universidad religiosa con la intención de desbancar a Marx (que cohabitaba con Mahoma) en los corazones kurdos. Su *umma* oculta la lucha de clases. Mientras, detiene a los kurdos, bombardea sus posiciones en Siria y en Iraq y negocia con Rusia, todo para poner fin a este proceso independentista.

Hay muchas voces contrarias al independentismo kurdo en sus diversas posibilidades. EEUU les niega un Estado propio y por otro los estimula para desintegrar Iraq. El Gobierno de Irán, por su parte, que no ha concedido ni una mínima autonomía administrativa a una docena de naciones del país, también impediría cualquier paso en esta línea. En Iraq, tras el «no» de Obama, los principales líderes kurdos buscan un amplio federalismo dentro de Iraq. Lo mismo sucede en Turquía, Abdalah «Apo» Öcalan, presidente del PKK, ha renunciado a la idea, igual que a la lucha anticapitalista, después de abandonar el marxismo a favor del anarquismo de Murray Bookchin. Los kurdos de Siria piden una «confederación del norte», y los de Irán, ni eso. Los kurdos iraníes no habían levantado cabeza desde el asesinato de sus líderes en la década de 1990 en Europa, y es ahora cuando vuelven a declarar la lucha armada contra la república islámica, un sinsentido. En definitiva, los propios nacionalistas kurdos tampoco quieren la independencia.

Hoy el Estado del Kurdistán está basado en una sociedad tribal que no tiene por qué aspirar a ser nación. En la Región Autónoma de Kurda de Iraq la corrupción y el nepotismo de las dos familias millonarias de Barzani y Talabani son las que dominan la política. Mientras unos 70.000 kurdos viven en la pobreza, han desaparecido 1.107 millones de dólares de las arcas públicas. El Gobierno congela los salarios mientras encarcela y tortura a los detenidos. La mirada mutilada del nacionalismo etnocéntrico, insolidario y con aires de superioridad, es tan incapaz de entender la lucha de clases como lo son las elites regionales y mundiales. Han intentado vender un conflicto reaccionario e imperialista en la zona como una lucha

romántica de liberación nacional, utilizando incluso la imagen de mujeres bellas y sin velo kurdas.

Quienes acarician la idea del independentismo parecen haber olvidado que en 1994 los partidos kurdos iraquíes iniciaron una guerra civil que dejó un reguero de miles de muertos. Quizá el único lazo que los una sea el enemigo común.

RUSIA INTERVIENE EN SIRIA

El 30 de septiembre de 2015 el escenario bélico de Siria parece dar un vuelco. Vladimir Putin lanza una intervención militar contra las fuerzas anti-Asad. El líder ruso, que había conseguido cierto apoyo de Occidente para una solución política a la crisis siria, sustituyendo la frase hecha de «Assad debe irse» por la de «de momento, mejor que se quede hasta terminar la transición», comete el grave error de echarlo todo por la borda. Dos días antes, Barack Obama había tenido una reunión con Putin en la sede de la ONU. Del tranquilo tono de sus declaraciones se podía deducir que la intervención rusa había sido pactada o que a Obama le había llovido una gran oportunidad del cielo, pues le servía para demostrar, a quienes le tachan de «blando» en el escenario sirio, cómo una operación militar en Siria podría terminar en desastre. EEUU se limitó a aplicar el dicho de «no interrumpas a tu enemigo cuando está cometiendo un error».

La propuesta de Vladimir Putin incluía la formación de una coalición internacional dirigida por la ONU que integrase al ejército sirio y el Gobierno de Bashar al Asad para luchar contra el terrorismo, así como la celebración de unas elecciones parlamentarias con la participación de la «oposición sana». La primera consecuencia de la jugada diplomática y militar de Putin fue hacerse con el mando de la situación de Siria y humillar a la ineficiente Coalición Internacional contra el Estado Islámico (CICEI) formada por unos 40 países y dirigida por EEUU.



Vladimir Putin recibió a Bashar al Asad cinco años después del inicio del conflicto[3], y sólo cuando decidió intervenir militarmente.

En pocos días los rusos destruyeron más posiciones de los yihadistas que la CICEI en dos años durante 7.000 bombardeos. Esta acción tuvo un impacto inmediato y complejo:

– Puso nerviosos a los rebeldes y yihadistas y dejó perplejos a sus patrocinadores regionales y mundiales.
– Hizo evidente la ilegalidad de las acciones de CICEI. Rusia había contado con el permiso del Gobierno sirio y del Parlamento ruso, por lo que su acción era conforme al derecho internacional.
– Mostraba poderío y lograba que todo el planeta estuviera pendiente de lo que hacía Rusia en Siria, recordando a la crisis de los misiles en Cuba.
– Producía brechas en la CICEI. Alemania e incluso Turquía y Arabia Saudí apoyaban el plan Putin de paz; los había convencido de que la

principal amenaza para la paz era el EI y no Asad.

– Demostraba la eficacia de la coalición formada por Rusia, Irán, Iraq y Hezbolá, al contar con el ejército sirio y los efectivos iraníes y libaneses, que luchan sobre el suelo sirio. Le avalaba el hecho de que Irán consiguiera que Turquía (patrocinador del Frente al Nusra y del Ejército Libre Sirio) aceptase un alto el fuego para seis meses en seis ciudades sirias.
– Reducía la presión sobre el régimen sirio.
– Ofrecía la dimisión del presidente sirio a Arabia Saudí a cambio de que los saudíes dejaran de financiar el yihadismo en la región.
– Empujaba al alza los precios del hidrocarburo ahora que cuatro de los productores mundiales (Rusia, Arabia, Iraq e Irán) estaban en guerra. De este modo salvaba la economía rusa, a pesar de que dichos precios se fijan en los despachos políticos de Arabia Saudí y de EEUU ignorando la ley de la oferta y la demanda del mercado.
– Desactiva o retrasa el plan de EEUU y Turquía de crear una zona de exclusión aérea en Siria para proteger a los yihadistas y desde allí empezar a desintegrar el país, como se hizo en Iraq, Yugoslavia y Libia.
– Debilitaba el papel de Irán.
– Cambiaba las alianzas de la región. Que Israel se acerque a Rusia es toda una cabriola. Además de negociar la formación de una Unión Aduanera, Israel coordina con Moscú el vuelo ilegal de los cazas israelíes en el cielo sirio y estudia la posibilidad de que Rusia dirija la explotación de gas del campo de Leviatán en el Mediterráneo. Con ello impediría la tentación de Irán o de Hezbolá de atacarlo algún día. A cambio, Moscú cortaría el suministro iraní de armas a la milicia libanesa y forzaría a Teherán a retirar sus efectivos una vez pacificado Siria.
– Ganaba ventajas respecto a Irán, mostrándole que sólo Rusia puede sostener al régimen. Y eso a pesar de que los cazas rusos están utilizando el espacio aéreo de Irán (y de Iraq) para acceder al cielo sirio. El mensaje es: «se han de tener en cuenta los intereses rusos en Irán».
– Presionaba a Tayeb Erdogan para que dejase de apadrinar a las fuerzas anti-Asad. En ese momento el dirigente turco estaba muy debilitado por los resultados electorales, soportaba el peso de cerca de dos millones de refugiados sirios y se enfrentaba a una nueva guerra civil con los kurdos.

– Conseguía el apoyo de Egipto, el principal país árabe. El general Al Sisi se apuntó a liquidar a los islamistas suníes, al tiempo que había rechazado la petición de Arabia Saudí de enviar tropas a Siria. Se hace evidente que aún existen sentimientos de hermandad entre el ejército egipcio y el de Siria, heredados de la era del panarabismo.
– Probaba los nuevos y sofisticados cazabombarderos Sukhoi Su-34 por primera vez en un campo de batalla.
– Demostraba a EEUU que se equivocaba al soñar que Siria se convertían en un «Afganistán 2» para los rusos. Para empezar no habían planeado enviar tropas terrestres y, además, gran parte de la población siria les consideraba como salvadores, al contrario de lo que sucedió en Afganistán, donde los lugareños los miraban con hostilidad.

En definitiva, Moscú había tomado consciencia de que Asad había perdido el poder sobre el país y que aquello era irreversible. Ahora lo que le tocaba era salvar la región alauita donde se ubicaba la ciudad costera de Latakia. De este modo preservaría su importantísima base naval en el puerto de Tartús.

El 24 de noviembre Turquía decide aguar la fiesta rusa y derriba un avión Su-24, que durante unos escasos 17 segundos había entrado en el espacio aéreo turco. Es obvio que, por muy sultán que se considere, Tayeb Erdogan no podía destruir un avión ruso sin la autorización de al menos una facción del Pentágono, del mismo modo que tampoco podía apadrinar a un ejército de terroristas en la estratégica región de Oriente Próximo a espaldas de la OTAN, que tiene una base militar en Incirlik. Como los futuros acontecimientos demostrarán, el objetivo principal de este acto de guerra era justificar una intervención de la Alianza para acabar con Bashar al Asad, deshacer el acuerdo Putin-Obama para una transición tranquila del poder en Siria y expulsar a Rusia de su cielo, de modo que no estuviera presente en el reparto del botín durante la posguerra. Además, se acercaba la campaña electoral para las presidenciales de 2016 en EEUU y esto incrementaba el acoso de los republicanos al presidente Obama para que «hiciera algo» o dimitiera.

El Su-24 era el segundo avión ruso caído en menos de un mes, después del atentado contra un Airbus con 224 pasajeros en Egipto. En ese momento la OTAN buscaba poner fin a las magníficas relaciones ruso-turcas, dos

países repudiados por Europa. No iba a permitir que Turquía, país ubicado entre los Balcanes, el Cáucaso, Oriente Medio y el golfo Pérsico, y entre árabes, persas, judíos y kurdos, saliera de la órbita de Occidente. Además, no fue por casualidad que el ataque sucediera horas después de la visita de Putin a Irán y su largo encuentro con los líderes iraníes. Teherán la calificó de «la visita más importante en la historia de la república islámica». Moscú había tratado de coordinar con Teherán sus políticas en lo referente tanto a Siria como al mercado de gas.

Aquella acción bélica pudo ser también una exhibición del frenesí nacional-suní-patriótico que sufre un Erdogan muy debilitado en casa. Necesitaba neutralizar las críticas del poderoso movimiento Gülen (que le acusa de coleccionar enemigos y de ser un integrista que apadrina el yihadismo) y la presión de las fuerzas progresistas turcas y kurdas. Lograba correr una cortina de humo sobre la corrupción y las políticas dictatoriales que practica.

ES ASÍ COMO SE FABRICA LA «CRISIS DE REFUGIADOS»

La imagen del cuerpo sin vida de Aylan al Kurdi, un niño sirio de tres años, yaciendo en una playa de Turquía cuando su familia intentaba alcanzar las costas de Grecia copa las portadas de los medios de comunicación occidentales del 2 de septiembre de 2015. Si millones de sirios habían huido de su tierra desde 2011 y miles habían muerto en la tierra y en el mar, ¿por qué de repente se convierten en un tema de interés? La foto es cuidadosamente elegida entre miles de fotos de niños y adultos sirios, afganos, iraquíes, libios, sudaneses… que han perdido la vida intentando huir de las guerras imperialistas: es un niño, es blanco, está bien vestido –en contraste con niños negros, desnudos y con la tripa hinchada de desnutrición–, es decir, podría ser hijo, hermano o sobrino de cualquier europeo blanco de clase media o alta. A raíz de esta imagen se organiza una ola de solidaridad con los miles de refugiados sirios que en esos momentos se están dirigiendo a Europa.

Al principio los gobiernos europeos prometieron admitir en sus tierras a 160.000 refugiados. Se trataba de hacerse con nuevos mercados (querían trasladar el negocio del ladrillo a Siria para «reconstruirla» y enriquecerse),

garantizar el acceso a las rutas comerciales internacionales y recuperar sus antiguas colonias ahora que EEUU dirigía su interés a ese eje del Pacífico que es China. Pero, de repente se tuerce algo: Alemania se siente desbordada y advierte que podría enfrentarse a la llegada de hasta un millón de refugiados ese mismo año. Hungría cierra sus fronteras y empieza una campaña contra los refugiados. Hay voces que señalan que los terroristas podrían colarse en la Unión Europea por esta vía, otras consideran que el peso del cristianismo se reduciría ante tal avalancha de musulmanes; por supuesto no faltan aquellas que se preocupan por la invasión de mano de obra barata en medio de la recesión económica. ¿Dónde estaban las voces dispuestas a decir que, en esos mismos instantes, miles de hombres «cristianos», armados y «sin papeles» invadían varios países de Oriente Próximo y cientos de ellos violaban a las mujeres, robaban a la población y les lanzaban toneladas de bombas encima?

Desgraciadamente no era la primera vez que la humanidad se enfrentaba a una crisis humanitaria de este tipo. Ron Atkey, el exministro canadiense de Inmigración, quien autorizó la entrada de cerca de 60.000 refugiados en la década de 1970, recordaba en ese momento que le alertaron de que «los vietnamitas recién llegados podrían ser comunistas infiltrados por el Gobierno de Vietnam», algo que nunca fue así.

EEUU no parecía reaccionar del mismo modo que los países europeos; quizá lo considerara un problema «regional», al fin y al cabo sus fronteras estaban lejos, un mar y un océano más allá. Tampoco sorprende a nadie; este país, que había destinado unos 50 millones de dólares para financiar a los «rebeldes» en 2011, sólo había aprobado 31 solicitudes de asilo de las 135.000 que recibió en 2013. Si Obama no derroca al presidente sirio, entre otras razones es porque Irán rompería el acuerdo nuclear y daría el paso definitivo hacia la fabricación de las armas de destrucción masiva para protegerse de una amenaza que hace tiempo que ve venir. Entonces, ¿cómo se dará la marcha atrás a esta avalancha de personas huyendo de las guerras? Manipulando las conciencias de la ciudadanía para que respaldasen la masiva expulsión de miles de seres humanos desesperados, que se convertían en una pelota con la que jugaban unos mandatarios desde sus cómodos despachos.

Por otra parte, una intervención militar en Siria, cuyo fin fuese «frenar la llegada de refugiados», ocultaría al menos cuatro hechos:

– Que EEUU, Gran Bretaña, Francia e Israel llevaban bombardeando Siria desde 2013, además de forma ilegal.
– Que un ataque militar aumentaría el número de refugiados. Después del asesinato de sus mandatarios, Iraq y Libia son ejemplos de esta manipulación de la opinión pública.
– Que la injerencia extranjera es la principal causa del conflicto sirio.
– Que el problema del país y de los 18 millones que siguen allí se agravaría con la desaparición de Asad, pues empezaría la pelea por los recursos del país entre los grupos armados, del mismo modo que ha sucedido en Iraq y en Libia.

Debería haber una ley que obligara a los países invasores a acoger a los refugiados que genera, así los cuatro millones de iraquíes, unos cinco millones de afganos, decenas de miles de yemeníes, pakistaníes y libios, y cerca de seis millones de sirios, en vez de estar en los países vecinos, estarían en suelo norteamericano, saudí o catarí, entre otros.

Miles de refugiados después, miles de naufragios y ahogados después, se filtra en la prensa la histórica amenaza de Erdogan a los líderes europeos: «podemos meter a los refugiados en autobuses e inundar Europa» si no se le pagaba 6.000 millones de euros para retener a los refugiados en Turquía. La noticia saltaba a los titulares en febrero de 2016. La primera reacción fue considerarle como un vulgar contrabandista de personas de guante blanco, pero tiene otros motivos. Entre 2011 y agosto de 2014 Turquía había acogido a 1,5 millones de refugiados sirios, otros 40.000 entraron en octubre de 2015, y a pesar de su dramática situación, permanecieron en los campos. ¿Por qué, de repente, miles de ellos no sólo deciden salir de Turquía sino que pueden hacerlo, a pesar del cerco militar de los campos? ¿Por qué se los dirige a Europa y no a las petromonarquías árabes del golfo Pérsico o Irán? Eso sí, mientras Alemania abría sus puertas, la casa de Saud ofrecía a este país la construcción de 200 mezquitas (wahabíes) ¿Es que desea que los supervivientes sirios no olviden el terror del Estado Islámico?

La frase de Tayeb Erdogan es respondida con otra frase, publicada por el diario *El País:* «La crisis de los refugiados conduce a Europa a planear bombardeos en Siria». Esto era precisamente lo que buscaban con la foto de Aylan al Kurdi un año antes, sin embargo el plan sale mal. Turquía y Arabia Saudí, al igual que sus compinches europeos, se equivocaban si pensaban

que la OTAN es una alianza con una mayoría de miembros europeos capaces de tomar decisiones en bloque, se equivocaban si pensaban que Alemania y Francia podrían lanzar una guerra contra Damasco. Craso error. Hace decenas de años que EEUU utiliza a sus socios para sus objetivos militares y no al revés.

Se prepara la segunda fase de la «operación del uso de refugiados». En las Navidades de 2016 los medios de comunicación lanzan, con varios días de retraso, la noticia de que en la celebración de Nochevieja unos mil hombres no armados «de piel oscura» que participaban en el festejo agredieron sexualmente a decenas de mujeres, incluida a una agente de policía armada, en una plaza céntrica de Colonia (Alemania), una ciudad en estado de máxima alerta antiterrorista por las amenazas de Dáesh y que encima estaba vigilada por unos 230 policías uniformados y un número indeterminado de secretas[4]. Aunque la noticia parece surrealista, la gente se lo cree a pesar de que no había ni una sola imagen de dichas agresiones. ¡Con la cantidad de móviles con cámara que habría entre los asistentes y las víctimas! y, en cambio, recibimos decenas de fotos de las guerras de Afganistán, Iraq, Siria o Sudán. Con el tiempo apareció una foto que parecía refrendar el dato, pero resultó que ¡la foto correspondía al asalto a una mujer en la plaza de Tahrir de El Cairo en 2011 durante la Primavera egipcia!

¿Es creíble que los policías alemanes –grandes como armarios y además armados– tuviesen miedo a la masa de hombres bajitos, desarmados y morenos del Tercer Mundo? Si realmente sucedió, ¿tenían órdenes de no actuar? La situación no tenía nada que ver con el informe de la policía de Colonia del 1 de enero que hablaba de un «ambiente relajado» y de «celebraciones pacíficas», afirmaban los grupos progresistas. Sin embargo, días después apareció otro informe en el que se mencionaban robos, acoso sexual e incluso violaciones. A medida que avanzaba el calendario, las mujeres de Alemania (que no tienen el mismo perfil que las de Yemen o Afganistán) se armaban de coraje hasta poner entre 200 y 500 denuncias. No se debe olvidar que, desgraciadamente, en muchos eventos de gran envergadura como los carnavales, con alcohol y drogas de por medio, hay hombres que agreden sexualmente a las mujeres. Sin ir más lejos la fiesta alemana de la cerveza, la *Oktoberfest,* tiene unas 200 denuncias cada año por este tipo de agresiones.

Días después, la prensa alemana empezaba a desmontar la historia. La adolescente alemana que afirmó haber sido violada por inmigrantes se inventó la historia, dicen los titulares de los medios de comunicación. Heiko Maas, ministro de Justicia alemán, el incidente, al parecer, había sido planeado, aunque no dice si por la delincuencia organizada o por algunos grupos políticos.

EL MAL TRAGO ALEMÁN

En medio de tanta tensión, la revista *Charlie Hebdo* echa más leña al fuego, al publicar una aberrante caricatura en la que unas alemanas huyen del cadáver del pequeño Aylan tirado en la playa, insinuando que, si hubiera sobrevivido, de adulto habría sido un violador.

Sorprende la repentina sensibilidad de algunos partidos alemanes hacia la integridad física de los ciudadanos, cuando en tantas ocasiones han mirado para otro lado. Por ejemplo, al menos 231 niños del coro religioso dirigido por el «hermanísimo» monseñor Georg Ratzinger (que no era ni refugiado, ni musulmán) sufrieron abusos sexuales durante tres décadas, quedándose el escándalo en el ámbito de la Iglesia católica. En el 70 por 100 de los orfanatos alemanes, miles de niños y niñas han vivido con esta lacra durante años.

Las fuerzas racistas en ascenso pretendían provocar xenofobia-aporofobia, dividiendo la población entre nativos y extranjeros, árabes ricos civilizados, con los que hacen grandes contratos de armas, y árabes pobres incultos. Pretendían evitar que los refugiados consiguieran en el futuro la ciudadanía alemana.

Incomprensiblemente el debate se centra en torno al origen de los supuestos agresores y no en el asalto sexual a las mujeres. Hubiera sido una gran oportunidad para señalar una herida común para las ciudadanas de aquel país. Según un informe del año 2008[5] mucho antes de la llegada de hombres no blancos, el 40 por 100 de la población femenina había sufrido abusos sexuales y violaciones, y dos de cada tres, además, en el entorno familiar. Sin embargo, lo que sucede es la criminalización de los extranjeros llegados de los países musulmanes como potencialmente violadores, amén de potencialmente terroristas.

Jakob Augstein, columnista de *Spiegel,* afirmaba que esta crisis era un *Putsch* («golpe de Estado») organizado por el ministro de Interior, Thomas de Maizière, y el de Finanzas, Wolfgang Schäuble, dos destacados racistas alemanes, contra la canciller, mientras la extrema derecha pedía la dimisión de la dirigente «excomunista». La permanencia de Merkel en el poder, que iba a ser el personaje del año por acoger a miles de refugiados, dependía ahora de su capacidad de impedir la entrada de más refugiados e incluso de reducir su número, como exigía la Unión Social Cristiana (CSU), socia de la CDU en el Gobierno, que amenazaba con romper la coalición gobernante. Las promesas de Merkel a Turquía de dejarle entrar en la Unión Europea e incluso pagarle 3.000 millones de euros por hacer de policía de las fronteras europeas a cambio de dejar de enviar a los refugiados a Europa, no parecía surtir efecto. El problema europeo se convertía en uno alemán, su intento de repartir a los refugiados entre los socios de la UE quedaba frustrado. Por otro lado, ¿hasta qué punto a las autoridades de países como Grecia les interesaba echar una mano a Merkel con todo lo que les ha hecho con su posición sobre los recortes sociales?



Indignación por la caricatura de *Charlie Hebdo* sobre Aylan[6].

La ultraderecha, que alimenta los temores del subconsciente del ciudadano para conquistar el poder, lograba así que una centrista como Merkel, que se sigue negando a sellar las fronteras alemanas (sobre todo por su inutilidad), terminara afirmando que el multiculturalismo es una farsa. De hecho, terminó reivindicando el «choque de civilizaciones», teoría elaborada por Huntington e implementada por Bush, para, a continuación, tomar medidas represivas contra los refugiados. Esta decisión daba en la línea de flotación al imperialismo alemán, que si tiene la ambición de

recuperar su peso en Oriente Próximo y el mundo, no puede ser aislacionista, ya que necesita apoderarse de nuevos mercados.

Lo que comenzó con un abrazo alemán se convirtió en todo lo contrario; el Gobierno restringía el derecho de refugio, sustituyendo el «procedimiento acelerado» por la «protección subsidiaria». Este juego de palabras eufemístico hacía que un refugiado que hasta ese momento hubiera podido permanecer en Alemania durante tres años con derecho a la reagrupación familiar y a conseguir la residencia permanente en caso de que el motivo de su huida se mantuviese, ahora tuviera que abandonar el país después de un año de estancia en el país.

Las pancartas que exhibían *«Refugees Welcome»* fueron recogidas y destruidas. Empezaba la expulsión masiva de los refugiados. Bruselas extendía esta estrategia en el resto de Europa. Se trata de demonizar a los refugiados e inmigrantes, militarizar las fronteras y externalizar el problema, sobornando a los líderes africanos y asiáticos. Antes de Erdogan, la UE había pagado a Muamar al Gadafi para que hiciera de gendarme de la región. En 2008 le gratificó con 50 millones de euros por haber impedido la salida de miles de personas de sus campos de refugiados y por acoger a las que eran expulsadas por Italia. En 2010, el coronel llegó a pedirle 5.000 millones de euros al año más para evitar que «Europa se volviera negra». Al deshacerse de un aliado como Gadafi, esta Europa cometía un error, multiplicado por el hecho de provocar otra terrible y larga guerra en la propia Libia, convirtiendo en nuevos refugiados a cientos de miles de libios.

El 18 de marzo de 2016, la Unión Europea había firmado con Turquía un pacto que ponía un orden dentro del caos, expulsando de forma colectiva a miles de inmigrantes y refugiados de Grecia a Turquía para mantenerlos lejos de las cámaras y de la indignación. De este modo se pretendía alejar el problema y ocultar ante la opinión pública europea otra crisis humanitaria engendrada por la guerra y el capitalismo más despiadado. El acuerdo se basaba en tres puntos:

– Turquía acogería a todos los solicitantes de asilo que llegasen a Europa a partir del 20 de ese mismo mes de marzo. Por cada persona recibida, los europeos se llevarían a otro refugiado de Turquía. Está por descubrir si se trata de una estúpida broma o un juego infantil entre adultos con seres humanos que son tratados como fichas en un tablero de ajedrez.

Europa le entregaría 3.000 millones de euros a Tayeb Erdogan por hacer el trabajo sucio.
– La UE aceleraría el proceso de adhesión de Turquía y dejaría de exigir visado a los ciudadanos de este país.
– Erdogan crearía una zona de exclusión en Siria donde alojar a estos individuos, convirtiéndolos en escudos humanos dentro del plan turco para la ocupación y partición de Siria. En realidad, Turquía ha querido impedir la formación de una autonomía de los kurdos sirios de izquierda…

Los solicitantes de asilo, convertidos en zombis, terroristas y violadores, daban fe del fracaso de la multiculturalidad. A pesar de que parecía un acuerdo goloso para ambas partes, terminaron por incumplir lo acordado. El pacto se desmoronaba nada más ser formulado debido a más de tres razones:

– La UE no desembolsó los fondos prometidos a Ankara, mientras Erdogan exigía el doble.
– Europa no suprimió el visado para los turcos. Necesita que Turquía siga siendo un Estado-tapón entre el continente y el convulso Oriente Próximo.
– Erdogan se niega a reformar las leyes antiterroristas turcas y adaptarlas a las normas europeas de los derechos humanos, aunque era uno de los requisitos de la UE para la exención de visados. De hecho la «ley patriota» había levantado la inmunidad a los parlamentarios de la oposición, lo que permitía que se pudiera detener a cualquier ciudadano crítico con su presidente, incluso si son sus opositores políticos en el Parlamento. Entre los últimos arrestados están los periodistas del diario *Zaman* y la modelo Merve Büyüksaraç, condenada a 14 meses de prisión por publicar un poema satírico sobre el dictador otomano. Este país es líder mundial en la persecución a periodistas y a la libertad de prensa.
– Las deportaciones en masa son ilegales, no respetan las solicitudes individuales de asilo.
– Es ilegal devolver a los solicitantes de asilo a un país tan inseguro como Turquía, sobre todo para los kurdos sirios. El ejército turco sigue bombardeando las zonas residenciales kurdas tanto en Siria como en

Turquía. La estrecha colaboración entre Ankara y los terroristas del Dáesh es otra cuestión de dominio público. Para colmo, la policía turca no escatima en balas contra los sirios: en abril de aquel año se conoció el asesinato de 16 sirios, tres de ellos niños, por parte de la guardia fronteriza. Huían de los bombardeos, aunque la prensa no señala que el cierre de las fronteras turcas era una exigencia de la UE.

– Turquía no respeta los derechos de los refugiados. Una delegación del Parlamento Europeo había podido comprobar cómo estaban retenidos en una especie de prisión y «casi sin acceso a abogados». Más tarde estalló la noticia de los abusos sexuales y las violaciones cometidos por un empleado turco a unos 30 niños sirios en el campo de Nizip, en la provincia de Gaziantep, el mismo que había sido catalogado de «ejemplar» por Merkel durante su visita al centro. Se trata de la punta del iceberg del drama que viven los desplazados sirios en este país gobernado por un régimen corrupto y autoritario.

– La incapacidad de la burocracia griega para expulsar a miles de refugiados de forma inmediata. Se necesitan leyes, recursos humanos adicionales, instalaciones, etc. Tardarán años en atender cada caso, mientras el número de los que llegan supera con creces a los que pueden ser deportados.

– Turquía se ha dado cuenta, por fin, que la UE no va a admitirla en su seno. David Cameron le invita a esperar sentado: no entrará en la UE antes del año 3000. Si es cierto, ¿por qué Ankara debería cumplir con su parte? Ironías de la historia, será Cameron quien meses después sea «expulsado» de Europa gracias al *brexit.*

– Después del acuerdo, Turquía ha enviado a otros 148.000 refugiados a las islas del Egeo de su viejo enemigo, Grecia. La UE le acusa de mandar a las personas enfermas o con poca formación, bloqueando la salida de los médicos, ingenieros y académicos sirios de Turquía.

– El último clavo al ataúd del acuerdo lo pondrá la decisión del Parlamento alemán de aprobar una resolución para conmemorar el genocidio armenio de 1915 cometido por los turcos.

A pesar de que el acuerdo no se ha cumplido, es evidente que el flujo de refugiados se reduce. Este relativo descenso se debe al cierre de la ruta de los Balcanes, aunque se trata de una recesión temporal porque nadie puede

parar la huida de seres vivos de los infiernos creados por las guerras. Si no es por esa vía llegarán por otros caminos: Italia, Bulgaria, Libia, Marruecos o España, entre otros. ¿Tiene la UE un plan b?

La importancia estratégica y económica de Turquía es innegable, por ejemplo, para el imperialismo alemán, que incluso ha instalado su contingente en la base de la OTAN en Incirlik. Para ciertos dirigentes este tipo de intereses están por encima de cualquier desavenencia sobre unos cuantos miles de seres humanos desesperados. Erdogan sabe que desafiar a Europa es una buena baza para sus estrategias populistas.

GANAR ELECCIONES EN MEDIO DE UNA GUERRA

Se acercaban las elecciones en EEUU y los dos únicos «éxitos» internacionales que Obama podía presentar a su electorado eran que había conseguido firmar el acuerdo nuclear con Irán y que el 2 de mayo de 2011 había eliminado a Bin Laden. Este segundo triunfo tampoco es que fuera muy absoluto pues ya había voces, como la de Benazir Bhuto, primera ministra de Pakistán, que afirmaban que el famoso enemigo público número uno del planeta había muerto años atrás. Bhuto hizo esta afirmación en la entrevista televisada que concedió al periodista estadounidense David Frost un mes antes de ser asesinada (el 27 de diciembre de 2007).

Obama no tenía demasiadas razones para sonreír ante las cámaras. No había cumplido una de sus principales promesas electorales, cerrar Guantánamo, ni se había hecho la tradicional foto de familia de los presidentes de EEUU con los líderes israelíes y palestinos, antes de marcharse de la Casa Blanca cedería ante los chantajes de Netanyahu por el acuerdo nuclear con Irán y aumentaría su ayuda militar, que pasaría de 3.000 millones de dólares a cerca de 4.500 millones en 2016 y encima se plantaba ante él la tentación siria. Si quería parecer un presidente de acción debía de hacer algo. Su solución fue enviar a las Fuerzas de Operaciones Especiales (SOF) al norte de Siria e Iraq y nuevos caza-bombarderos F-15 a la base aérea de Incirlik. Más que crear la ilusión óptica de ser un hombre de acción, lo que pretendía era abrir la posibilidad de entrar en guerra contra lo que quedara de Siria cuando fuese conveniente. Se trataba, pues, de mantener el estado de guerra permanente en la región.

Esta es la situación con la que se encuentran: los salafistas de Al Nusra, financiados por Arabia Saudí, eran el núcleo duro de los rebeldes, que además de ser antiisraelíes son un evidente peligro para la estabilidad de la zona hasta el punto de que Turquía pide a EEUU que no les entregue armas pesadas, pues podrían dirigirlas contra el Gobierno de Tayeb Erdogan en el futuro. En cuanto a los Hermanos Musulmanes, al contrario de los de Egipto y de Túnez, que tienen buenas relaciones con Occidente desde hace décadas, los de Siria presentan rasgos radicales y judeófobos. Hacía falta encontrar una alternativa deseable para Siria; mientras tanto, dejar que el país siguiera desangrándose serviría también para agotar a los rebeldes.

Por otra parte Rusia había movido ficha en Siria, aunque su participación apenas perjudicaba a los planes de Occidente, Israel, Turquía, Arabia Saudí e Irán, lo cierto es que su puesta en escena perjudicaba a Obama. El «asunto de Siria» y la «incapacidad» de los demócratas de salvaguardar la hegemonía mundial de su imperio formaban parte de la campaña electoral republicana de cara a las presidenciales de 2016. ¿Hasta qué punto esta intervención contribuyó al triunfo de Donald Trump en las elecciones de EEUU?

El 14 de abril del año 2016 el Partido Baaz sirio da un paso estratégico: convoca unas elecciones parlamentarias. EEUU reacciona de inmediato; junto con Francia, Alemania, Bélgica, Australia, Gran Bretaña, Italia, Egipto, Jordania, Qatar y Turquía, decide obstruir el proceso electoral. Quieren impedir que los sirios acudan a sus embajadas para votar y para ello utilizarán como argumento que los ocho millones de personas desplazadas y la propia guerra impedirían que se celebraran con garantías, lo que haría que el resultado electoral fuera un timo, pese a que en Iraq, Afganistán o Ucrania se habían organizado comicios en situaciones similares y, sin embargo, habían sido reconocidos por Occidente… evidentemente, porque salió de las urnas la persona deseada. En cuanto a la amenaza del posible fraude electoral, al menos deberían reconocer que suele suceder incluso en las mejores familias: a Bush en el año 2000 (su hermano, gobernador de Florida, eliminó sin pudor a varios miles de posibles votantes demócratas –negros e hispanos– del censo) y a Sarkozy, que ha sido imputado por la financiación ilegal de su campaña electoral de 2012.

A pesar de las presiones, el líder sirio lanza la convocatoria en un *tour de force* ante la comunidad internacional con la que pretende ganar legitimidad. En ese momento, el representante de la ONU para Siria, Lajdar Brahimi, había renunciado a su cargo por la falta de voluntad del Gobierno sirio y de la oposición en Ginebra para resolver el conflicto a través de una negociación. Aquella dimisión fue un golpe fuerte a la posible salida diplomática de la crisis, pues la propia convocatoria electoral, considerada una «provocación» por Occidente y los rebeldes, hacía que la intensidad de la lucha fuera en aumento.

Pese a la oposición internacional, miles de electores sirios portarán pancartas en apoyo de Asad. No se les escapa que su presidente ha permanecido en el país para proteger a la nación de la invasión de miles de terroristas llagados de una treintena de países, corriendo el riesgo de tener una terrible muerte parecida a la de Sadam o de Gadafi. En las mismas fechas su homólogo ucraniano, el fugitivo Viktor Yanukovich, había abandonado a su ciudadanía ante los compatriotas rebeldes de ideología neonazi. Había quienes apoyaban a Asad porque comparaban la paz y la seguridad de años anteriores con el caos que había provocado la guerra contra su Gobierno, y esto le convertía en la mejor opción. Las mujeres, las minorías religiosas y étnicas se sitúan a su lado porque conocen las políticas de segregación que aplican los islamistas allá donde gobiernan. Los hay quienes le valoran porque, a pesar de que Siria está en guerra y en medio de las sanciones económicas, la educación y sanidad seguían siendo casi gratuitas. Esto les devolvía, además, una perdida autoestima pues precisamente esos eran los servicios que estaban siendo desmantelados en los Estados de bienestar europeos y en los Estados «islámicos». Olvidaban que lo eran también en los gobiernos del despotismo modernizador de Sadam Husein en Iraq, el del sah de Irán y el de Gadafi en Libia. No se trata de aplicar el refrán conservador español de «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», sino optar por el mal menor en una situación límite.

Asad también es respaldado por el Partido Comunista Sirio, que prefieren presentarle como progresista antes de que las fuerzas reaccionarias derriben al dictador. Se trata de una trampa maniquea pues enlaza al régimen con el honor y la suerte de los comunistas. Lo honesto hubiera sido anunciar al pueblo claramente que era conveniente prestarle apoyo táctico, bajo ciertas condiciones y dentro de un proyecto político de salvación nacional que

forzosamente debía de pasar por un cambio democrático, a pesar de los graves crímenes o errores cometidos y dada la extrema gravedad de la situación.

Asad sacaba provecho de la presencia de yihadistas para debilitar a la oposición democrática y comerse su espacio político. La nueva ley garantizaba que ningún opositor consiguiera cuestionar la permanencia del clan de Asad en el poder, pues exigía que el candidato que se presentara a las elecciones debía haber residido en el país durante los últimos 10 años y contar con el apoyo de al menos 35 parlamentarios. En aquella convocatoria, Hasan Abdalah al Nori, exministro de Asuntos del Desarrollo Administrativo, y Maher Abdul al Hafiz Hajar, un jurista ayer comunista y hoy panarabista, competían con el candidato Asad por el cargo. Por limitaciones que hubiera, las fuerzas de vanguardia tenían la responsabilidad de indicar a la ciudadanía que era necesario construir una alternativa progresista, real y viable.

El resultado de la suma de las limitaciones y estrategias beneficiará al presidente. El partido de Asad ganará la mayoría de los escaños en los territorios controlados por el Gobierno. Es decir, Asad estaría al frente del Gobierno durante siete años más y esta vez en presencia de dos candidatos como figurantes. La estrategia de usar el terrorismo religioso para desmontar el último Estado secular de Oriente Próximo le ha fallado una vez más al Gobierno de EEUU. Los votantes, asustados por la barbarie, se habían puesto del lado del régimen de Asad y lo apuntalaban.

Ganar las elecciones ayuda a creer que la tormenta ha pasado. En un gesto de narcisismo propio de él, Asad se cuelga medallas por los últimos logros militares cuando, en realidad, son el resultado del sacrificio de los militares, la desgana de EEUU de intervenir con todas sus fuerzas y la ayuda inestimable de Irán y Rusia. Que un político llevase tantos años en el poder no sólo es una exhibición de su enfermiza egolatría, que le lleva a desconfiar de otros talentos y menospreciar la inteligencia de otros ciudadanos; hace evidente que su sistema estéril ha sido incapaz de generar nuevos cuadros. En vez de sostener la pantomima de las elecciones, las autoridades de Siria y sus valedores extranjeros deberían ser realistas y convocar, por ejemplo, una conferencia de los representantes de los ciudadanos sirios con los países de la región. Asad parece no haber captado el mensaje emitido por las operaciones de la OTAN en el mundo: hasta Irán,

con todo su poderío, ha tenido que ceder, aunque con dignidad e inteligencia, ante el asedio económico y las amenazas militares de EEUU, y firmó el acuerdo nuclear.

Aunque no lo reconozca, Asad se da cuenta de que no puede derrotar a sus enemigos internos y externos en solitario y por sus propios medios. A pesar de los resultados electorales, es una pieza quemada en la política siria, no podrá dirigir un proyecto de renacimiento nacional. Es el hombre fuerte de Siria y sin embargo no cuenta con ningún aliado ideológico. El destino de su país está a merced de las decisiones finales de otros.

Irán y Rusia persiguen sus propios intereses nacionales o de sus elites; en otras palabras, le abandonarían en cuanto el coste de permanecer a su lado superara los beneficios. Ambos países ya tienen una agenda propia para la era pos-Asad. Quizá en esos momentos la prioridad para Teherán sea mantener la alianza con el Hezbolá libanés. En el caso hipotético de que Asad ganara la guerra, no podrá ganar la paz social porque no posee recursos naturales suficientes para sobrevivir como una autarquía a espaldas del mundo… Además, incluso sus apoyos extranjeros torpedean cualquier salida pacífica y democrática al conflicto, que en el ámbito interno ha degenerado en una batalla entre los yihadistas y la Shabiha («fantasmas», matones paramilitares al servicio del Gobierno). Los señores de la guerra están en todas partes, dominan la vida de la gente y ya operan de forma autónoma.

UN GOLPE DE ESTADO EN BUSCA DE BANDERA

Los asesinatos de Sadam Husein y de Muamar al Gadafi ordenados por EEUU tenían un claro mensaje para los líderes de la zona: que ningún aliado de Washington piense que, por el hecho de serlo, estará a salvo. El 15 de julio de 2016 una facción del ejército turco se subleva contra el presidente en una intentona de golpe de Estado. Según algunos diarios de Oriente Próximo, los rusos interceptaron las comunicaciones de los golpistas cuatro horas antes del inicio del golpe desde su base militar en Hmeymim (Siria) y avisaron al Gobierno de Erdogan que, sin embargo, no lo frenó. Al parecer, el equipo de Erdogan dejó que el golpe sucediera, organizando apresuradamente el teatro de su fracaso: tendría tres largos

meses de estado de emergencia para difundir terror y pánico entre la población y vengarse de todas las voces críticas.

A pesar de que el régimen turco es capaz de cometer un atentado de bandera falsa, no lo haría utilizando al ejército. Había planeado destruir el mausoleo de Soliman Sah, fundador de la dinastía otomana, situado en Siria, y lanzar un misil sobre sus propios ciudadanos culpando de ambos actos al Gobierno de Bashar al Asad, como se reveló en marzo de 2014. Pero una operación con armas reales sería una estrategia demasiado arriesgada porque el presidente turco desconfía de esta institución militar. Pero también era dudoso que Fethulah Gülen, el clérigo suní turco afincado felizmente en EEUU, hubiera podido movilizar a miles de militares de un ejército profundamente laico, tal como señalaba Erdogan. El método de este clérigo era tomar el poder infiltrándose en los puestos clave del poder pero no patrocinando un alzamiento de *amateurs*.

Por otra parte, ¿es posible organizar un golpe de Estado en un país de la OTAN que no sólo está ubicado en la región más estratégica del mundo sino que, además, está en guerra? ¿Es posible que su misma base militar de Incirlik, el almacén de armas nucleares más grande de la Alianza Atlántica fuera de EEUU, se utilizaban como centro de operaciones de los golpistas, sin el conocimiento o la autorización del Pentágono? Los, al menos, 1.500 militares de EEUU presentes en las bases de Turquía deberían saber algo del plan de unos golpistas que, para más inri, actuaron como aficionados.

Esta chapuza de golpe, al igual que el atentado del Aeropuerto de Atatürk dos semanas antes, suceden justo cuando Ankara pretendía corregir, a su manera, los graves errores en política exterior que le había enfrentado con todos sus vecinos. El diálogo entre EEUU y Turquía se había roto. A las discrepancias sobre la situación de Siria, Iraq y la cuestión kurda, se había añadido la solicitud de Turquía de ingresar en la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS). Apenas un mes antes, el 29 de junio, el presidente turco había declarado en Taskent que la OCS «es mucho mejor que la Unión Europea». Si estaba claro que la Administración Obama pretendía acabar con el régimen unipersonal de Erdogan desde hacía varios años, ahora se llenaba de grandes razones: ¡no se puede ser miembro de la OTAN y acercarse al mismo tiempo a China y Rusia! Además, Erdogan estaba dispuesto a ofrecer a Rusia suculentas propuestas comerciales que rompieran las sanciones impuestas por Occidente, e incluso ingresar en la

organización de Cooperación Económica del Mar Negro (BSEC), en vez de potenciar el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP). ¡Aquello era intolerable! Lo que EEUU necesitaba era precisamente lo contrario: un socio obediente en la región que llevara adelante la estrategia de contención militar y económica de Rusia, China e Irán.

En medio de aquellas afirmaciones y estrategias algunos medios rusos habían apuntado precisamente este deseo o plan de EEUU de potenciar un «cambio de régimen» en Turquía. Barack Obama, que había empezado su mandato respaldando a los Hermanos Musulmanes, llevaba años apostando por el islamismo de corbata para alejarse de la nefasta alianza de Bush con el islamismo de turbante de los jeques wahabíes de Arabia Saudí. Había recibido con los brazos abiertos a Erdogan y su esposa, y aplaudido las conversaciones de paz con la guerrilla kurda del PKK, ignorando que el astuto dirigente turco había tendido una trampa a los kurdos. El desencanto posterior de Obama hacia el líder turco no fue por haberlo visto sin máscara, sino porque su aliado tenía su propia agenda en política exterior, y esta pasaba por salir de la órbita de EEUU. Ya lo había castigado por ello; de hecho, lo empujó al infierno de la guerra de desgaste de Siria. Y, para hacerlo evidente, el 28 de marzo de 2015, Obama rechazó recibirlo en audiencia en Washington, una jornada en la que también se había previsto que inaugurasen juntos una mezquita turca en Maryland.

Erdogan no debía de estar ahí. Por supuesto que el presidente turco y su partido eran responsables de la deriva del país, pero Turquía también era víctima de las estrategias equivocadas de Washington. En pocos años había convertido al peso pesado de Eurasia en un particular «Pakistán 2.0» (Pakistán hoy es casi un protegido de China) y, desde allí, la CIA enviaba grupos terroristas religiosos al país vecino, Siria, para desmantelar su Gobierno semilaico. EEUU tenía razones, pues, para favorecer un golpe militar en Turquía, o al menos celebrar el suceso.

Aun así, que de un ejército de medio millón de hombres y un presupuesto anual de 18.000 millones de dólares surgieran unos militares golpistas incapaces de dar los pasos más elementales a la hora tomar el poder, era una apuesta demasiado endeble. Para empezar, no contaban con el apoyo de las figuras más destacadas y de mayor rango del ejército, los comandantes de las fuerzas terrestres y marina turcos no se involucraron en la intentona. Además, deberían haber movilizado aviones y buques militares, controlar

aeropuertos y carreteras principales y no sólo no fue así, sino que ¡los golpistas fueron atacados por un cazabombardero y un puñado de tanques y helicópteros! Deberían haber detenido o asesinado al jefe del Estado o al resto del Gobierno, eso hubiera sido un gesto definitivo; sin embargo, aunque llegaron a bombardear el hotel donde estaba Erdogan, lo hicieron únicamente cuando él ya lo había abandonado.

Los errores no terminan aquí: el presidente terminó aterrizando en el Aeropuerto Internacional de Atatürk, que no había sido ocupado por los golpistas. No se hicieron con el control de todos los medios de comunicación; salvo la TRT (Televisión y Radio Turca), donde dieron una penosa imagen de golpistas sin ánimo de triunfar. Se olvidaron del resto de los medios, incluidas las redes sociales, que Erdogan suele bloquear cuando hay manifestaciones pacíficas en su contra. No presentaron ante la opinión pública a un líder decidido y firme, ni leyeron una declaración de intenciones atractiva, ni dieron la imagen de personas que iban a tomar el poder de verdad. Así, era imposible reclutar a los sectores sociales anti-Erdogan, y mucho menos a los indecisos.

Es oportuno recordar que durante años Erdogan había formado un ejército ideológico fiel con el que podía neutralizar al ejército clásico, como lo hizo el ayatolá Jomeini creando a los Guardianes Islámicos y una docena de grupos paramilitares. Erdogan había aprendido del error del egipcio Mohamad Morsi, quien no creó una fuerza armada «propia» y fiel para proteger a su Gobierno. Desde la organización juvenil del Partido de la Justicia y el Desarrollo y de las cerca de 80.000 mezquitas, cientos de miles de hombres habían formado grupos parecidos a los camisas negras de Mussolini, haciendo sus prácticas en el escenario de la guerra de Siria. Estos se integrarían en el Ejército para cambiar radicalmente su naturaleza.

Si los militares golpistas pensaban que la actual sociedad iba a apoyar un golpe de Estado, se habían equivocado. Los ciudadanos, los partidos de la oposición e incluso los kurdos que seguían viviendo una verdadera masacre, recordaban aún las dictaduras despiadadas de los uniformados y se manifestaron en contra de la asonada. El lema de los partidos de izquierda fue «ni Erdogan, ni militares». Además, los golpistas tampoco lograron hacerse con el apoyo de otros países. En las tres primeras horas que Obama mantuvo un extraño silencio, Irán y Qatar se opusieron al golpe, y Arabia Saudí lo consideró un asunto interno. Sin embargo, a pesar de todos estos

errores, el golpe fracasó gracias a que «alguien» se la jugó a los amotinados, tendiéndoles una trampa. Al menos esa fue la versión que más se compartió en los días posteriores al motín militar. Quizás aquel delator quería que fuera el propio Erdogan quien cavara su propia tumba cuando intensificara su dictadura aún más a modo de respuesta.

Si los golpistas hubieran matado o arrestado a Erdogan, habrían provocado una guerra civil nada ventajosa; en cambio, frustrar el golpe suponía alcanzar dos objetivos que también acariciaban los militares sublevados:

– Eliminar a aquellas fuerzas que en el futuro podrían ser obstáculos. El verdadero golpe lo daría el Gobierno del Partido de la Justicia y el Desarrollo bombardeando a la población kurda, retirando la inmunidad de los parlamentarios opositores, cerrando decenas de diarios y encerrando a cientos de periodistas, estudiantes, alcaldes, jueces y políticos. Un Erdogan absolutamente desatado ordenó detener o expulsar de sus puestos de trabajo, en pocos días, a cerca de 8.000 policías, 6.000 soldados, 103 almirantes y generales, 3.000 jueces y fiscales, 15.000 empleados del Ministerio de Educación y 8.777 del de Interior, 21.000 maestros, 30 de los 81 gobernadores provinciales (encarcelados) y 34 periodistas, entre otros miles de personas.
– El proceso de demonización de Tayeb Erdogan iniciado por los medios de comunicación occidentales y árabes, semejante al que sufrieron Sadam Husein, Gadafi y Asad, facilitaría su desaparición, incluso violenta, en un futuro. Parte de esa demonización girará en torno a la decisión de Erdogan de restaurar la pena de muerte. En ese momento la UE pondrá el grito en el cielo olvidando que sus dos principales socios, EEUU y Arabia Saudí, la aplican utilizando medios como la silla eléctrica o una afilada espada, respectivamente. Tampoco cuestionará la democracia de EEUU a pesar de que haya condenado a cerca de 3.000 menores a cadena perpetua o que 70 de estos niños ni siquiera hayan cumplido los catorce años.

El presidente se ofrecía como protagonista de una victoria para la que sólo necesitó el apoyo de su móvil y de la *CNN* turca. Consiguió arrastrar a miles de sus seguidores a las calles, el resto lo hicieron las mezquitas,

animando a los fieles para que fueran a la guerra contra «los enemigos del islam». Se presentaba ante el mundo como el «héroe nacional». Era evidente que no podía controlar a todos los enemigos que se había creado dentro y fuera del país, ni gobernar a una sociedad que se había encargado de fragmentar vilmente. Convertirse en el defensor de la democracia lo ayudaría a congraciarse con la población. Aquel golpe legitimaría, además, la posterior purga contra decenas de miles de personas, muchas pertenecientes a los centros del poder.

La mirada de EEUU es la opuesta. Considera que la permanencia de Erdogan en el poder podría empujar a Turquía hacia una guerra civil con las fuerzas reaccionarias de protagonistas. El «fracaso» de este golpe no impedía que Washington siguiera considerando que el ejército turco podría rebelarse (pero de verdad) en caso de que el régimen de Erdogan no pudiera desmantelarse de forma pacífica. Aun así, el jefe del Comando Central de EEUU, el general Joseph Votel, se queja en los días posteriores al golpe por la detención de sus «interlocutores» entre los altos cargos del ejército.

Paralelamente, la justicia turca solicita a EEUU la detención y la entrega del clérigo Fethulah Gülen, al que acusa de conspirar contra el Estado. EEUU podría entregarlo para complacer a los turcos, ya que no debe destruir sus relaciones, pero tiene otras opciones: alargar el proceso de la extradición alegando la «excepción política», la contaminación de las pruebas por motivos políticos, que la Oficina del Procurador General cuestione la validez de las pruebas o que el propio acusado utilice su derecho de apelar.

Lo que desea Barack Obama es castigar a Erdogan por colaborar con el enemigo ruso aunque en esta coyuntura geopolítica la preocupación principal de Ankara no sea formar un eje con Rusia, lo que sólo supondría recuperar la relación que tenían antes de la guerra en Siria, sino contener a los kurdos y evitar una guerra civil en su país. El flirteo entre Erdogan y Putin convencerá aún más a EEUU para que se lleve a cabo un cambio de régimen en Turquía y mantener al país en la órbita de Occidente. Para ello neutralizará su montaje de la «crisis de refugiados», armará a la rama siria del PKK, respaldará a organizaciones de derecha religiosa como el Movimiento Gülen… Mientras la CIA alimenta las «células dormidas» de los Lobos Grises, Ergenekon o la Contraguerrilla (la rama turca de la Operación Gladio experta en las operaciones de bandera falsa), Washington

empezará a fortalecer sus bases militares en Iraq, sobre todo en la región kurda, donde planea levantar otras cinco más.

LA REGIÓN NO ESTÁ PARA GOLPES

El primer país en condenar el golpe y ofrecer a Erdogan «todo tipo de ayuda» fue Irán, más tensión en la zona y en sus fronteras amenazaría su seguridad nacional. Con este gesto devuelve el favor al líder turco, quien había roto las sanciones económicas impuestas por EEUU y la UE sobre Irán, aunque él y sus hijos ya recibieron lingotes de oro como recompensa. Existe otra razón: la solidaridad religiosa; aunque suní, el régimen turco es islámico e iba a ser derrocado por una institución laica. Por supuesto, existe un factor estratégico: Turquía e Irán comparten la lucha contra las aspiraciones autonomistas de los kurdos y un factor económico, que Turquía pueda unirse, algún día, al proyecto del gasoducto transanatolio (TANAP).

Arabia Saudí, EAU y Egipto, que dirigen el frente internacional contra los Hermanos Musulmanes, esperaban el triunfo de la intentona. Riad, que lo consideró un «problema doméstico», tardó dos días en mostrar su «satisfacción» por el regreso del orden en Turquía, aunque no hizo ninguna mención expresa a su apoyo al presidente. Los Al Saud habían invertido millones de dólares en derrocar a Bashar al Asad para debilitar a Irán y no admiten que ahora Ankara negocie la paz con Damasco. Por su parte, el Egipto del dictador Al Sisi, miembro del Comando Central de EEUU (USCENTCOM), impidió que el Consejo de Seguridad realizara una declaración de apoyo a la democracia de Turquía.

Hamad al Zani, antiguo emir de Qatar, el único país árabe afín a los Hermanos Musulmanes, acusará a EEUU y al ministro de Exteriores saudí, Adel al Jubeir, de dirigir el golpe. En cuanto a Israel, no es un secreto que prefiera una Turquía controlable e incapaz de cuestionar su hegemonía en la región. Este país es el oculto y principal beneficiario de la destrucción de los Estados de Iraq, Libia, Sudán y Siria.

Erdogan se acercará al general Al Sisi de Egipto, a pesar de su dura política contra los Hermanos Musulmanes y otras organizaciones rivales. En cuanto a Israel, Ankara se compromete a controlar a Hamás evitando

tensiones en Gaza; a cambio, Israel pagará 20 millones de dólares de indemnización a las familias de las víctimas de la Flotilla de la Libertad, permitirá que las empresas turcas participen en la reconstrucción de la Franja de Gaza y que cooperen en el proyecto del transporte de gas al Mediterráneo.

Vladimir Putin será el primer mandatario en recibir a Tayeb Erdogan después del susto, a principios de agosto de 2016. Ahora sí que el presidente ruso podrá pedirle que bloquee el plan de EEUU de tener una flota permanente en el mar Negro; a cambio, dejará de jugar con la cuestión kurda y descongelará el proyecto del gasoducto Turk Stream. A Turquía se le abre la posibilidad de ganar millones de euros y rublos; a Rusia, de prescindir de los gasoductos de Ucrania e impedir que EEUU controle el flujo de gas que recibe Europa desde esta región.

Que ningún líder occidental fuera a verlo para solidarizarse con él fue percibido por Erdogan como otra prueba de la complicidad de la OTAN con los golpistas, lo que lo animará a adelantar su cita con Vladimir Putin y confirmar que «los Estados no tienen amigos o enemigos permanentes, sólo tienen intereses permanentes».

Nadie pensará que Putin y Erdogan se han unido en una lucha «antiimperialista» como lo hicieron, de forma intermitente, Lenin y Atatürk contra el enemigo común, el imperialismo británico; entre otras razones, porque Erdogan no tiene doctrina y podría volver a cambiar de alianza en cualquier momento. Sin embargo, en la cumbre de San Petersburgo, no se escatimaron elogios mutuos.

Los temas que pusieron encima de la mesa son:

– Relaciones económicas. Rusia levantará las sanciones a Turquía (perdía 10.000 millones de dólares anuales) por el derribo del avión Su-24. Temiendo una mayor radicalización de Erdogan, que tiene desplegados misiles Patriot en el país, dirige el segundo contingente militar más grande de la OTAN y no suele dudar en utilizarlo, el Kremlin lo perdona. Además, Rusia pondrá en marcha el proyecto de una planta nuclear y el gasoducto Turk Stream, algo que disgusta a la UE, pues pretende diversificar sus fuentes de suministro de gas mientras Turquía romperá el bloqueo occidental y enviará a Rusia productos agrícolas.

– La cuestión kurda. Erdogan habría intentado obtener promesas de Putin para impedir la desintegración de Siria y la formación de un Estado kurdo. Quiere vigilar la oficina de representación kurda, abierta recientemente en Moscú. Moscú jugará con esta carta, al igual que los demás países de la región, para conseguir ventajas políticas. En este caso, la contrapartida podría ser que Turquía, el país que posiblemente es el eslabón más débil de la OTAN, se negase a participar en ese cerco a Rusia. Paralelamente, Turquía ofrecerá permiso de residencia a miles de refugiados árabes-suníes sirios, instalándolos en las regiones kurdas, con el fin de cambiar su composición étnica.
– La guerra de Siria. El precio de una verdadera reconciliación ruso-turca sería que Ankara se involucre en el fin de la guerra en Siria. Erdogan pretende influir sobre las decisiones de Moscú en torno a Siria, pero el poco margen de maniobra le obligará a aceptar las condiciones de Putin, al tiempo que confesaba: «Sólo cooperando con Rusia podemos resolver la crisis de Siria». El diario libanés *Al Manar* publicaba que el acuerdo podría incluir el cierre de la frontera turca a los terroristas y labores de coordinación entre ambos Estados para poner en marcha el último plan de paz para Siria, elaborado por EEUU y Rusia, que prevé la permanencia de Bashar al Asad durante seis meses de transición.

Si Erdogan puede llamar al presidente ruso «mi amigo Vladimir» después de declararle la guerra en suelo sirio, también podrá estampar tres besos en las mejillas de Asad, «su viejo enemigo». Turquía dejará, así, de ser un obstáculo para la cooperación ruso-estadounidense en Siria, permitiendo a Moscú fortalecer su posición en las negociaciones con Washington. La laicidad del Estado sirio y el regreso de los refugiados formarán parte del acuerdo ruso-turco, según el diario *World Tribune,* Los estadounidenses, por su parte, deberán convencer a Arabia Saudí para que acepte el plan y la presencia de Irán en las negociaciones sobre el desenlace del conflicto.

Con el fin de recuperar la confianza de Erdogan, EEUU le permitirá bombardear la zona kurda de Yarábulus justo un día después de que los kurdos liberasen la frontera de esta ciudad del control del Estado Islámico. Bajo la clave «Escudo del Éufrates», las tropas turcas entraban en Siria, atacando las posiciones kurdas. Estos no salían de su asombro, por ingenuos. Que nadie tache a EEUU de cínico si arma a la vez a los turcos y

a los kurdos, o manda a estos a combatir contra el Estado Islámico, al que también arma.

Todo este acercamiento de posiciones no significará, a pesar de todo, un cambio en el equilibrio de fuerzas entre las potencias mundiales.

UNA HOJA DE RUTA PARA SIRIA

El 14 de julio de 2016, EEUU y Rusia presentaban una hoja de ruta para la transición política en Siria que pondría fin a las esperanzas de Bashar al Asad de seguir en el poder. El plan, que en palabras de Barack Obama estaba basado en «las revisadas estrategias de Irán y Rusia» respecto a Siria, se pondría en marcha un mes después. Consistía en redactar una nueva constitución bajo la supervisión de la ONU capaz de cambiar el modelo actual de la república presidencial a otra parlamentaria, reduciendo las facultades del presidente, y preparar unas elecciones legislativas para el año 2017.

El acuerdo muestra que el eje formado por Occidente, Turquía, Arabia Saudí e Israel, y el de Rusia e Irán han acordado dos puntos básicos: uno, separar el destino del país del futuro del presidente Asad, y dos, su salida del poder.

Es Serguei Lavrov, el canciller ruso, quien dará la puntilla al jefe del Estado sirio: «Asad no es nuestro aliado. Lo apoyamos en la lucha contra el terrorismo y para preservar la integridad del Estado sirio». Insinuará que su marcha podrá ser negociada, quizá, a cambio del levantamiento de las sanciones contra Rusia. Moscú declara su disposición a colaborar con los candidatos elegidos por el pueblo sirio y a tener reuniones con el Comité Nacional de Coordinación de las Fuerzas para el Cambio Democrático, que agrupa a partidos y personalidades de izquierda y nacionalistas en favor de un cambio no violento en el país.

Aun así, el ministro de Exteriores sirio, Walid Mualem, seguirá insistiendo en que la permanencia de Asad es la línea roja del Gobierno a la hora de negociar la situación del país con las potencias mundiales. Señalar que Moscú y Washington están negociando de forma bilateral y sin presencia de otros actores del conflicto. ¿Es otra señal de que el mundo vuelve a ser bipolar?

El 16 de agosto de 2016, por primera vez en la historia de Irán, los aviones de combate rusos pisan su territorio para, desde allí, atacar posiciones yihadistas en Siria. El ministro de Defensa de Irán, Husein Dehkan, anuncia que el Gobierno había cedido temporalmente el uso de la base militar de Hamadán a la aviación rusa para seguir bombardeando las posiciones de los terroristas en Siria. Tan sólo seis días después, ambos países tuvieron que poner fin a la peligrosa hazaña. La fuerte presión de EEUU, Arabia Saudí e Israel, así como la opinión pública iraní, han disuelto lo que iba a ser una «asociación estratégica» entre la tepública chií y el Gobierno de Putin.

Esta base aérea, creada en 1960 para neutralizar una posible «invasión soviética» desde las montañas de Zagros, está ubicada en la milenaria urbe de Hamadán, la capital antigua del Imperio persa y la ciudad que vio nacer a Avicena, «Príncipe de médicos». Hamadán ya había estado unida, de alguna manera, con los rusos el 9 de julio de 1980. Aquel día la URSS avisaba al partido comunista de Irán, el Tudeh, del plan de un golpe de Estado organizado por EEUU (parecido al del 15 de julio de 2016 de Turquía) desde esta base para derrocar a la teocracia recién instalada en Irán. El alzamiento, así, fue abortado.

Era la primera vez desde la Segunda Guerra Mundial que aviones militares extranjeros aterrizaban en Irán. El fuerte sentimiento soberanista de la nación iraní había impedido durante el reinado de Mohamad Reza Pahlevi, el sah (1941-1978), que EEUU pudiera instalar bases militares en este país (que compartía 1.600 kilómetros de frontera común con la URSS), teniendo que conformarse con colocar algunos artilugios de espionaje. La decisión había sido tomada por los militares y el jefe de Estado, el ayatolá Jamenei, a espaldas del Parlamento, porque «no le incumbía». Varios diputados cuestionaron la legalidad de la presencia de aviones de combate extranjeros en Irán y el hecho de que se hubiera autorizado a un país extranjero a usar la tierra iraní para bombardear a otro.

Entre los motivos que llevaron a ambos Estados a entrar en este peligroso juego, estaban:

Poner fin al conflicto de Siria, intensificando los ataques sobre los grupos rebeldes y terroristas. Ya no podían continuar con la pesada carga económica que les suponía participar en este conflicto. Arabia Saudí, que apoya a los yihadistas, había conseguido sus objetivos al bajar los precios

del petróleo. Rusia pasaba a la acción al ver que Obama no sólo ha aparcado el «plan de paz» que habían firmado meses antes para una transición política en Siria, sino que había vuelto a armar a los yihadistas del Frente al Nusra en los combates de Alepo. Ante tal evidencia Moscú decidió cambiar la ruta de sus aviones, trasladándolos a Irán para engañar a los satélites de las potencias, que suelen avisar a los yihadistas del despegue de las aeronaves rusas, facilitándoles la huida.

Irán se acercaba a Rusia por la decepción que se había llevado de Occidente tras la firma del acuerdo nuclear. Le acusa del incumplir su promesa de cooperación económica pues mantenían las sanciones financieras sobre los bancos iraníes.

Teherán no se podía permitir la desaparición de su aliado Bashar al Asad, lo necesitaba para disuadir a Israel en su tentación de atacar a Irán. Mientras entregaba a Tel Aviv un paquete de ayuda militar de 40.000 millones de dólares, Washington sometía a Irán a un embargo militar que podría extenderse a 20 años.

Irán cree que una estrecha cooperación militar con Moscú cohibiría a Arabia Saudí, su actual enemigo número uno, e impediría que este país entrara en conflicto directo con Teherán.

Con esta operación, Rusia pretendía fortalecer su imagen como potencia internacional, cumpliendo los objetivos de la «doctrina Putin»: que dos socios de la OTAN, Chipre y Turquía, le hayan ofrecido utilizar sus bases militares es toda una confirmación de este estatus.

La creación del triángulo Ankara-Moscú-Teherán permitirá a Vladimir Putin negociar con EEUU sobre la decisión de la OTAN de estrechar el cerco militar alrededor de su país. Esta decisión fue tomada en su última cumbre en Varsovia (julio de 2016).

Tras recuperarse del estado de *shock* en el que se encontraba por el «atrevimiento» de Rusia e Irán, la Casa Blanca los acusará, sin argumento, de haber infringido el acuerdo nuclear entre Irán y los 5+1. Que de repente Teherán y Moscú anunciaran el cese de esta controvertida fórmula de alianza antiterrorista en Siria, y además centrada en bombardear a los aliados de EEUU, se debía a la contundencia con la que Washington les había recordado que esperaba que convencieran a Asad de abandonar el poder.

Días antes, Washington perdía a Tayeb Erdogan, quien lo acusaba de organizar el intento del golpe de Estado del 15 de julio. En su encuentro con Putin, el líder turco ofrecía apoyar los planes de paz rusos para Siria a cambio de que el Kremlin impidiera la desintegración de Siria, y por lo tanto la creación de un Kurdistán autónomo. Los bombardeos de la aviación de Siria sobre las posiciones kurdas también respondían a esta nueva política de Rusia.

EEUU intentaba salvar sus propios intereses evitando una «asociación estratégica» entre ambos países, que tienen el plan de construir el Corredor Internacional Norte-Sur de Transporte marítimo y terrestre (NSTC, por sus siglas en inglés), de 7.200 kilómetros, que conectaría Irán y Rusia con la India, Oriente Próximo, el Cáucaso, Asia Central y Europa. Este corredor completaría la Nueva Ruta de la Seda china. El acuerdo de NSTC, firmado en 2000, no sólo reducirá los costos y la duración del transporte comercial, sino también competirá con el Canal de Suez, reduciendo el peso de geopolítico de los países que lo controlan. De hecho, «el gran juego» fue el nombre dado a la pugna entre las potencias mundiales por el control de estas mismas aguas del océano Índico y el golfo Pérsico entre 1837 y 1907. Fue por este mismo afán por el que la CIA y el MI6 crearon en 1978 a los yihadistas afganos, los padres del actual Dáesh. Su misión fue derribar al Gobierno marxista de Afganistán, impidiendo el acceso de la URSS a dichas rutas comerciales.

Obama, que hubiera deseado acabar su mandato inaugurando la embajada de EEUU en Teherán, dejará que su sucesor decida qué hacer con Irán, el principal botín de las guerras de Oriente Próximo.

EL JUEGO DE LAS APARIENCIAS NO TIENE POR QUÉ SER RENTABLE

El 28 de agosto de 2016 Rojava, la autonomía kurda siria, es sepultada por las bombas de la aviación turca con la excusa de combatir al Dáesh. Una semana después la prensa occidental se despierta con un titular: «Muere Asia Ramazan Antar, la "Angelina Jolie kurda" de veintidós años, una de las guerrilleras que luchaba contra el Estado Islámico». Era una de

tantas imágenes de las mujeres kurdas sirias, atractivas, sonrientes, sin velo y armadas, que ocupaban las primeras páginas de la prensa aquel año. Sus fotos contrastaban con las de las muchachas de Yihad al Nica, envueltas en la abaya y abducidas por jóvenes barbudos y aventureros que pretenden completar el triángulo de «violencia, dinero y sexo» en las míticas tierras sirias. En ambos casos, ellas no son más que la carne de cañón de intereses ajenos, al igual que los hombres que las acompañan. Los líderes masculinos kurdos, que pretenden vender este conflicto reaccionario e imperialista como una lucha por la liberación nacional con tintes progresistas, no dicen a cuántas mujeres han permitido estar en los órganos de toma de decisiones, o cuántas han sido asesinadas en los crímenes de honor y otras fórmulas autóctonas de la violencia contra ellas, o cuántas forzadas a casarse. No es feminista querer igualdad con los hombres en cuestiones de matar y morir o en desatar conflictos armados, ni es masculino organizar matanzas de poblaciones enteras: para eso están los poderes financiados por las empresas de armas y de energía, con o sin rostro humano.

Los dirigentes kurdos de Siria, Turquía, Iraq e Irán, que han vuelto a ponerse en el lado incorrecto de la historia, van a mostrar cómo la administración del espacio político en esta zona, basada en las identidades étnicas y confesionales, puede acabar en una monumental catástrofe, de la que ellos tampoco se salvarán. Si hay una coalición local-regional e internacional para repartirse el pastel de esta azotada región, también debe haber otra alianza con las mismas dimensiones para sabotear este megaproyecto y esta mini guerra mundial.

El 20 de octubre Turquía, que cree estar a tiempo de destruir la autonomía kurdo-siria, vuelve a descargar sus bombas en territorio kurdo matando a decenas de milicianos protegidos por EEUU, Francia e Israel. Una vez más, no hay que dejarse llevar por las apariencias, Erdogan no es antikurdo, de hecho se lleva de maravilla con los señores feudales suníes de la oligarquía kurda que gobierna la Región Autónoma del Kurdistán iraquí. El problema de este jefe de la organziación de los Hermanos Musulmanes de Turquía es que los principales partidos kurdos de Turquía y de Siria son representantes de los trabajadores.

Una vez aclarado este punto se entiende que el relato continúe por ciertos derroteros: además de bombardear las posiciones de los kurdos progresistas, el partido islamista suní del presidente Erdogan aumentó de forma

progresiva sus políticas de reislamización de las instituciones y los centros académicos; esto lo hizo no tanto por sus creencias como por impedir el avance de la izquierda. El mandatario turco no había aprendido de la experiencia del sah de Irán en la década de los setenta, que utilizó la religión con el fin de contener al comunismo en Irán y fue derrocado por los islamistas, cayendo en su propia trampa: seguirá utilizando a los yihadistas suníes contra Damasco y también contra los kurdos. Parece no tener miedo a que la «turquización» del Estado Islámico, de tendencia suní-wahabí, y de su imparable crecimiento en las regiones más subdesarrolladas del país pudieran volverse contra él. Esa boca a la que alimentaba podría convertirse con el tiempo en un rival político para el «hermano musulmán» Tayeb Erdogan que sueña con representar a la burguesía suní «liberal».

Con decisiones como estas Turquía se convertirá en el gran perdedor de la guerra de Siria. A la paralización de su crecimiento económico se sumará la paralización de la llegada de turistas asustados por los atentados y golpes de Estado, lo que agudizaba aún más la crisis económica. La existencia de tres millones de refugiados sirios no haría más que agravar el asunto y crear nuevos focos de tensión capaces de desestabilizar el régimen hasta el punto de «pakistanizar» Turquía. En 1978 Pakistán, Arabia Saudí y EEUU organizaron el grupo terrorista de los muyahidines afganos, invitándolos incluso al despacho oval para derrocar al Gobierno socialista de Kabul y acosar a la URSS en sus fronteras sureñas. Después hicieron lo mismo con los talibanes, para que pusieran fin al caos creado por la anterior criatura y poder construir el gasoducto transafgano. Hoy, Pakistán es uno de los países más azotados por un terrorismo que ha arrancado la vida a miles de pakistaníes.

¿Es un suicido autónomo y voluntario o es que Washington está empujando hacia el precipicio a su aliado? Al único país que le beneficiará el colapso turco es a Israel, quien después de la desaparición programada de Iraq, Siria y Libia, de un agónico Egipto y de un acosado Irán, se desharía de otro gran competidor regional. ¿Hasta qué punto esta política de Washington tiene que ver con el hecho de que Rusia y Turquía firmaron construir el gasoducto Turk Stream, con destino a Europa, que competirá con el proyecto del gasoducto transanatolio TANAP patrocinado por EEUU, la UE y Azerbaiyán?

Las disonantes políticas islamizadoras suníes del dirigente turco para tapar los problemas sociales se ejecutan con medidas extemporáneas: separar a las mujeres de los hombres en las residencias universitarias, repartir miles de ejemplares del Corán en las zonas rurales, acusar a los opositores políticos de «ateos y zoroástricos», «enemigos de Turquía y del islam» y «agentes del extranjero»… Estas decisiones no empujan al alza el crecimiento económico, ni crean empleo para millones de parados. Las consecuencias del resurgimiento del islamismo y con ello el retroceso en los derechos sociales conquistados durante el siglo pasado lo único que consiguen es obligar a las fuerzas progresistas a rescatar un lema pretérito, el de «la separación entre la religión y el poder» que había sido guardado en el baúl durante décadas.

UN OXÍMORON LLAMADO «PAZ ARMADA»

El 20 de diciembre de 2016 es asesinado el embajador ruso en Ankara Andrei Karlov. Más que dañar las relaciones entre Moscú y Ankara, lo que buscan los autores intelectuales del magnicidio es transmitir un mensaje al propio Erdogan: no será difícil acabar con él. El Estado subterráneo que domina el escenario turco (allí lo llaman «mentes oscuras») integra a miles de agentes de la CIA, el Mosad, el BND, el MIT, el Movimiento Gülen… Sus ardides están provocando una guerra civil, que apunta además al propio presidente. Días antes del atentado, Benjamin Netanyahu había visitado Azerbaiyán, vecino de Irán, al que ha vendido en los últimos años armas por valor de miles de millones de dólares. Israel, que es el único ganador absoluto de las guerras bélicas y económicas contra Iraq, Libia, Siria, Sudán, Yemen e Irán, pretende alquilar en el país azerí las cuatro bases militares de la era de la URSS, para llevar adelante el plan de EEUU contra Irán. Consciente de que el enemigo de dentro está alimentado desde fuera, Erdogan utilizará el magnicidio para endurecer aún más la represión y, en esta ocasión, restaurar la pena de muerte.

Las balas, que matan al hombre que participó en desmontar el intento del golpe de Estado contra Erdogan, también enviaban un aviso a los representantes de Ankara antes de la reunión que tenían prevista con sus homólogos iraníes y rusos en Moscú, en la que se decidirían los siguientes

pasos en Siria al margen de EEUU y Arabia Saudí. La cumbre, que fue convocada por el Kremlin tras la liberación de Alepo, quería mostrar el control de Rusia sobre la situación de Siria, por eso eligió que se organizara en la víspera de la toma de posesión de Donald Trump. Esta puesta en escena permitiría aumentar su capacidad de negociar las sanciones impuestas a Rusia y el nuevo reparto de influencias en Oriente Próximo.

El atentado ofreció ventajas a Rusia en sus negociaciones con Turquía sobre Siria, pues animará a su contrincante turco a atacar las posiciones de los rebeldes y a abandonar la idea de derrocar a Asad. Hasta la fecha, la principal preocupación del dictador turco fueron y son los kurdos sirios y los de su país, de ahí que siga patrocinando el terrorismo yihadista para destruirlos. EEUU, que sigue utilizando la «carta kurda» en la región, armando a la guerrilla kurda de Siria a pesar del malestar de Ankara, ha conseguido por primera vez dos bases militares en el país destrozado. Washington estaba preocupado por la supuesta formación de un triángulo estratégico entre Rusia, Irán y Turquía en el escenario sirio. La historia, la geografía y los intereses contradictorios de los tres hacen que su alianza sea absolutamente táctica y fruto del pragmatismo. Sabe que la alianza se romperá por el pulso de cada uno en hacerse con la hegemonía de la región.

En resumen: Turquía está sola. Si en la década de 1980 contaba con el respaldo de sus aliados en la lucha contra el «terrorismo» kurdo, hoy todo el mundo apoya a este pueblo, incluso el viejo aliado, EEUU, que no sólo arma a los kurdos sino que pretende derrocar al presidente turco. Al enviar a Turquía a la guerra contra Siria, Washington repetía la misma táctica que hizo con Iraq en 1991, incitando a Sadam Husein a invadir Kuwait, para poder anunciar el nuevo orden mundial sobre los restos de la URSS. No hay peor ciego que el que no quiere ver, y Ankara se equivocaba en una cuestión clave: la OTAN (es decir, EEUU) no está para servir a sus socios sino para que ellos le sirvan de instrumento con el fin de mantener su hegemonía global. Hoy Erdogan sabe que EEUU suele desprenderse de los aliados cuando ya no resultan rentables.

En estos momentos el Gobierno de Trump necesitará una Turquía estable y amiga para ejecutar el proyecto del gas catarí («gasoducto suní») y de ello se va a encargar el exdirector de ExxonMobil, Rex Tillerson, quien dirige la política exterior de EEUU. Erdogan no cabe en la ejecución de este gasoducto y sabe (como todo el mundo) que la «prosperidad» y estabilidad

de Turquía bajo el mandato del AKP turco fue fruto de la destrucción de Iraq, Siria y las sanciones contra Irán. El regreso de las petroleras a la primera fila de la política de EEUU augura nuevas guerras en la región más estratégica del planeta. Turquía, uno de los pilares de Eurasia, se encuentra peligrosamente en el callejón sin salida de una guerra «civil» que ya se ha puesto en marcha.

Una semana después, los representantes de Rusia, Siria y 13 facciones de la oposición armada siria vinculadas a Turquía acordaron silenciar las armas y reunirse en Kazajistán para negociar las condiciones de paz en Siria. Se opusieron a este pacto los dos grupos terroristas vinculados con Arabia Saudí (el Estado Islámico y Al Nusra) y también el Partido de la Unión Democrática (PYD), aliado de EEUU y Francia, que había elaborado una Constitución propia para gobernar la zona kurda.

Excluido de las negociaciones, la reacción de EEUU será endurecer las sanciones contra Rusia, expulsar a 35 de sus diplomáticos y cerrar dos de sus instalaciones por su «injerencia en las elecciones de EEUU» –un acto sin precedentes; ni siquiera sucedió durante la Guerra Fría– y anunciar que en el presupuesto de Defensa del nuevo año (2017) dedicaría una partida para armar a los rebeldes con misiles antiaéreos (¿para apuntar a los aviones militares rusos?) y financiar el entrenamiento en los países vecinos. Esta decisión hacía evidente que la lucha por el poder entre Rusia y EEUU amenaza con descontrolarse.

Por su parte, Arabia Saudí, Israel y Qatar, incapaces de prestar un servicio eficaz a sus patrocinados en el terreno de la guerra, harán todo lo posible para que Moscú, Ankara y Teherán paguen un alto precio por excluirlos de las negociaciones; como sustituir la táctica de conquistar ciudades por la realización de masivos atentados que provoquen el caos. Arabia Saudí, Qatar, Israel y el Pentágono abogarán por una amplia invasión terrestre, demoler el último Estado secular de la región y derrocar a Asad, para después dividir el país en varios cantones étnico-religiosos. Sin ir más lejos, en febrero de 2017, apenas alcanzar el poder, la Administración Trump encargaba al Pentágono el plan de crear una zona de exclusión en Siria, sin la autorización de Damasco, ni de la ONU, bajo el pretexto de instalar a los refugiados.

Washington no firmará el alto el fuego consciente de que Rusia es la única potencia que puede negociar sin intermediarios con Siria, Arabia Saudí,

Irán, Turquía y otros actores del escenario de forma directa. Hasta este momento Rusia había respetado la exigencia de Washington de que ninguna fuerza armada intentara conquistar nuevas zonas. Las regiones del sur y del oeste, que acogen la mayoría de la población urbana del país además de sus recursos naturales, seguirían en manos de los rebeldes. Damasco tampoco cuenta con suficientes soldados para liberarlas.

El hecho de que Turquía renunciara (aparentemente) a la «victoria» en Siria se percibe como un indicador de su voluntad de centrarse en la destrucción de los kurdos de izquierda, de su país y de Siria, de ahí que la facción dirigida por el ayatolá Jamenei, que mira la seguridad de Irán sólo desde la óptica militar, se oponga al alto el fuego y apueste por la política de «puño de hierro» contra la oposición en Siria y la permanencia de Asad a cualquier precio. Teherán no puede estar más agradecido a Rusia por haber colocado el problema del «terrorismo islámico» en el centro del escenario, apartando a la «amenaza iraní» inflada por Israel y Arabia Saudí. Obviamente, cualquier cambio en Siria perjudicaría a la influencia de Irán y su conexión con el Hezbolá libanés. Será por eso por lo que, al contrario del Kremlin, Asad se ha convertido en su línea roja.

El oxímoron «paz armada» va de boca en boca en la región. Mientras tanto, la familia Asad exigirá garantías de su seguridad a cambio de que él se comprometa a dejar su puesto después de un periodo de transición, Rusia acepte que el destino del presidente sirio no debe ser motivo para alargar aún más esta masacre, y que los grupos terroristas patrocinados por EEUU estén en las negociaciones de Kazajistán. El borrador de paz prevé la salida de todos los grupos armados extranjeros de Siria, que incluye a las milicias organizadas por Irán y a Hezbolá. Moscú se encargaría de que ambos abandonasen posiciones maximalistas sobre el hecho de recuperar la integridad territorial de Siria y acepten la cruda realidad. Del mismo modo, se ha convencido al presidente sirio de que reforme la Constitución, de tal forma que prevea un sistema «descentralizado» y parlamentario que pusiera fin a su propia presidencia.

Hasta ese momento, la relación entre Moscú y Asad no había sido fácil: el presidente sirio había hecho caso omiso de los consejos del Kremlin de realizar algunas reformas políticas y liberar a los presos políticos, de modo que Putin se negó a recibirlo hasta cuatro años después de la guerra, en octubre de 2015. Si aceptó este encuentro fue sólo para mostrar al mundo

que la intervención militar rusa era legal y estaba solicitada por Damasco; de hecho, meses antes, Rusia le había reprochado que declarara que iba a continuar la guerra hasta recuperar todo el territorio ocupado del país. Ahora, después de liberar Alepo y haber conseguido sus objetivos, Putin podía forzarlo a saltar su «línea roja» y negociar con la oposición armada.

Por mucho que se firme un documento pacificador, el destino de Siria está marcado por los temibles hombres del «arma y petróleo» del gabinete de Donad Trump, que podrían convertir la tramposa «guerra contra el terrorismo» en el centro de eternas y nuevas batallas mundiales. El nuevo equipo de gobierno estadounidense sigue la estrategia de G. Bush Jr. para militarizar el escenario político del mundo y desmantelar los logros sociales en beneficio de una supuesta seguridad. ¿Habrá un «gran pacto» con Trump para repartirse las zonas de influencia en Siria, bajo el paraguas de instalar una «fuerza de paz» conjunta? A estas alturas, merece la pena preguntarse si acaso uno de los motivos del asesinato del embajador ruso en Turquía no haya sido arrastrar a Rusia a esta estrategia bushiana de invadir a países débiles y ricos del mundo «luchando contra el terrorismo».

En el mejor de los casos, la «paz armada» convertiría Siria en otro Iraq y, a la zona, en un nuevo hervidero. El fin del último régimen no islamista de la región (que implica el aumento del cerco alrededor de Irán) presenta varios escenarios de futuro:

– Que la guerra continúe hasta que Washington encuentre a un hombre del perfil del primer presidente de la República Islámica de Afganistán, Hamed Karzai. Este afgano tuvo vínculos con la CIA y las empresas petroleras de EEUU.
– La desintegración del país y su división en mini-Estados tutelados por EEUU.
– La extensión del conflicto a otros países de la región en dirección de la ejecución del proyecto estadounidense del nuevo Oriente Medio con el cambio de regímenes y de fronteras incluidos, o, en palabras de Trump, «que haga grande a América otra vez».
– Un caos generalizado durante años, donde los señores de la guerra, jefes de grupos armados y delincuentes dominen el escenario al tiempo que el vacío político en el país propicie el envío de «fuerzas de paz».

– Otra posibilidad es que el conflicto sirio debilite a los propios aliados de Washington, como Jordania y Turquía.
– Probablemente empuje a los países de la región a una desenfrenada carrera armamentística.
– Cambiará el balance de fuerzas en Siria sin que realmente se haya resuelto el conflicto.
– Agudizará la tensión étnico-religiosa del país, incluso después de Asad.
– Fortalecerá al salafismo y al wahabismo en todo el mundo, en perjuicio de las fuerzas progresistas.
– Palestina perderá a su gran protector.
– Dañará las relaciones de Occidente con Rusia y China, y cambiará el clima político internacional.

Por el momento lo único seguro del incierto futuro sirio es que los alauitas dejarán de gobernar y el país volverá a la órbita suní. Este será el menor de los problemas de una minoría religiosa que ha sido cómplice del régimen dictatorial y corrupto de los Asad. Pero… aun así nada garantiza que realmente se alcance el final de la guerra. Cualquier «paz para Siria» que se firme entre las potencias será frágil, ya que los motivos que propiciaron la guerra siguen existiendo y tienen una difícil solución: la extrema derecha (religiosa o laica) utiliza un despiadado desorden como estrategia y seguirá moviendo sus fichas en este inquietante tablero geopolítico.

[1] Véase [https://causainfinita.blogspot.com.es/2016/05/siria-cien-anos-del-colonialista.html].

[2] Véase [https://www.rankia.com/blog/game-over/3043476-siria-petroleo-no-aprendemos-nada].

[3] Véase [http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151021_rusia_al_asad_visita_moscu_vladimir_putin_mr].

[4] Véase [http://www.eldiario.es/theguardian/adolescente-violada-inmigrantes-invento-historia_0_479803011.html].

[5] «Germany 2013 Crime and Safety Report», 3 de octubre de 2013, disponible en [https://www.osac.gov/pages/ContentReportDetails.aspx?cid=13732].

[6] Véase [http://www.eluniverso.com/noticias/2016/01/14/nota/5344777/indignacion-caricatura-charlie-hebdo-sobre-nino-sirio-muerto].

CONCLUSIÓN

A pesar de que la fisura producida en el seno del islam y su división en sunismo y chiismo tuvo lugar en el siglo VII, a ningún analista serio se le ocurría interpretar las disputas entre la monarquía iraní de los Pahlevi (1925-1979) con los países árabes o turcos de Oriente Próximo como un conflicto chií-suní.

La misma fractura del islam, lejos de tener raíces espirituales, sucedió por una cruenta lucha política por los aspirantes árabes al poder mundano, sin que ello impidiera a los fieles de ambas corrientes vivir en armonía durante 14 siglos y rezar en la misma mezquita.

Son millones los matrimonios entre personas de distintas creencias en Oriente Próximo sobre todo en el golfo Pérsico, en las «zonas mixtas», como son las ciudades frontera entre dos nacionalidades. De hecho, Abdul Karim Qasim, el primer presidente de Iraq después de la Revolución de 1958, era fruto de un matrimonio chií-suní; también lo fue Benazir Bhuto, hija de madre chií iraní y padre suní pakistaní, Zulfiqar Ali Bhuto, ex primer ministro del país.

Hoy, los debates desfasados sobre la sucesión de Mahoma, que separaron a la familia del islam, se someten a los intereses políticos de las elites de cada corriente, y el reino suní de Arabia Saudí y la chií República Islámica de Irán disfrazan sus luchas por la hegemonía regional con el ropaje religioso, acusándose mutuamente de herejes y apóstatas, mientras organizan a miles de hombres en todo el llamado «mundo musulmán» para que en nombre de Alá consoliden su posición.

Hace tres siglos que Europa reinventó la democracia y separó el poder legislativo, el ejecutivo y el judicial; hace dos siglos que proclamó la muerte de Dios. El avance de la ciencia y la Ilustración llevada a cabo por pensadores como Voltaire, Karl Marx y el mismo Schopenhauer convertían oficialmente la teología en «algo del pasado», y las guerras santas, en una fase trasnochada de la historia. Nietzsche utilizó al filósofo-profeta persa Zaratustra para proclamar a los cuatro vientos esa muerte y la ciudadanía se

instaló para siempre en una cultura que, según Freud, controla los impulsos eróticos y agresivos de cada individuo y que permite a quienes tienen derecho al voto tomar decisiones indirectas sobre la guerra y la paz.



Doble lectura de esta foto: que, a pesar del afán de los líderes religiosos en dividir a la población para gobernar gracias al odio y el miedo, las personas optan por amar, cooperar y vivir en paz con otras personas, más allá de sus credos; y que debería haber una ley que prohibiera que a los niños y las niñas se les reconociera una religión antes de llegar a la mayoría de edad[1].

El siglo XX demostró el poder de la comunicación mediática para crear nuevos enemigos que pudieran dar lugar a nuevas cruzadas laicas y neoliberales. El mercado aprendió a manejar el juego democrático y la guerra se convirtió en una industria multinacional sostenida por superhombres elegidos por la ciudadanía, capaces de hacer creíbles los argumentos falsos. La elección de un actor llamado Ronald Reagan a la presidencia de una de las potencias que más dinero invierte en el negocio bélico demostró la importancia de saber interpretar una mentira diseñada por las agencias de comunicación para mover la voluntad de la mayoría de los electores. A medida que se acercaba el siglo XXI, los inventores de relatos, que siempre sirvieron para crear unidad en los Imperios, fueron fabricando un enemigo común y convincente capaz de atemorizar a una población con derecho a voto cada vez más instalada en el bienestar, de modo que pudiera seguir multiplicando sus beneficios sin límites.

El nuevo siglo arrancó con una magnífica puesta en escena en la que el antagonista del nuevo orden mundial tenía una causa capaz de resonar en el imaginario occidental: la resurrección de un Dios «otro», un Dios en el que Occidente no podrá creer nunca porque el suyo llevaba muerto más de cien años y, sin embargo, podrían entender que existieran hordas de gentes dispuestas a morir por él.

Las discusiones en torno a Alá, una figura alejada de toda lógica en la vida política europea, pueden, sin embargo, ser consideradas como un argumento posible en boca de un enemigo al que se le supone irracional. Porque es eso, la ausencia de «razón», lo que le convierte en peligroso, inaprensible, imprevisible en el seno de una cultura que se asienta en los principios de la Revolución francesa.

La fábrica de relatos ha dado una vuelta de tuerca altamente rentable a sus argumentos. Sabe que la mentira es mucho menos eficaz que la distorsión de los datos. De lo que se trata es de intoxicar la realidad. Se trata de una estrategia que ya no se oculta. Sin ir más lejos, Stephen Bannon, miembro permanente del Consejo de Seguridad Nacional y asesor de Donald Trump, basa su estrategia en investigar la realidad para luego utilizar sus datos en beneficio de sus intereses. Lo ha dicho abiertamente a los medios: «La economía moderna de una redacción no permite que haya grandes equipos de periodismo de investigación. Hoy no podría haber un *Watergate,* unos *Documentos del Pentágono,* porque nadie puede permitirse que un reportero trabaje siete meses en una historia. Nosotros, sí».

El sunismo y el chiismo exiten, por supuesto, pero de lo que se trata es de convertir sus diferencias en una bomba de relojería lo suficientemente ruidosa como para crear conflictos a medida que permitan que el mercado de la guerra pueda mover fronteras, probar armas letales e invertir en el negocio de la seguridad, sin trabas políticas.

Este libro parte de algo tan concreto como la geografía; concretamente, fija la mirada en países pequeños (Líbano, Palestina, Baréin) o empequeñecidos (Yemen y Siria), ejes en torno a los cuales pivotan un puñado de grandes potencias. Estos cinco países tienen como elemento común el lugar estratégico en el que se levantan: son lugares de paso de las rutas alrededor del golfo Pérsico, el de Adén, el de Suez… clave para la distribución del gas y el petróleo, bienes cada vez más escasos y por tanto generadores de enormes beneficios en este mercado capitalista

internacional. El pico del petróleo ha convertido a Arabia Saudí y a Irán en potencias de enorme influencia no sólo regional sino internacional, un aspecto que pasa inadvertido habitualmente en los análisis de las guerras entabladas en la zona desde hace años. El mar de oro negro sobre el que se levantan estos países, unido a la nueva distribución del consumo energético planetario, hace que cambien las alianzas que habían sido «tradicionales» en la zona y que el equilibrio de poderes esté en constante negociación. EEUU, Europa, China y Rusia son únicamente una parte de los actores que mueven ficha en este juego.

Otro rasgo común entre Arabia Saudí e Irán es el papel de la religión en la política. El hecho de que Irán se proclamara República Islámica, en un juego de espejos único en la historia, hizo que la familia Saud se encontrara de repente con que aquellos musulmanes del mundo que buscaban mantener el código moral del siglo VII sin dejar de aspirar a la modernidad y la «justicia» pudieran contar con una alternativa algo más abierta al cerrado sistema monárquico. Por primera vez en su historia, los saudíes tenían un competidor para liderar a la comunidad musulmana a nivel mundial, una baza que Irán no iba a desperdiciar. El problema para la monarquía saudí es que el ayatolá Jomeini había usado el adjetivo «islámico» y no «chií», es decir, proclamando esta corriente como la única heredera verdadera del islam, utilizando el factor religioso en beneficio de su plan político. Así es como el reino suní de Arabia Saudí ha considerado a los chiíes una secta infiltrada en el islam con la intención de destruirlo desde dentro… El título de la «República Islámica de Irán» daba al país vecino un formidable poder, no sólo en la realidad sino también en el ámbito simbólico. Así fue como la llama se encendió y Arabia Saudí se convirtió en un reino islámico… suní.

El histórico enfrentamiento por el liderazgo entre los árabes y los iraníes se convirtió, a partir de ese momento, en la derrota de todos los pueblos de la zona, que progresivamente vieron cómo sus derechos y libertades, sus vidas y sus muertes, eran medidos por una vara que no les correspondía. No todo lo que se ve en Palestina es suní; en Líbano, las estadísticas se falsean para que el primer ministro sea suní y el presidente de la Cámara de Diputados, chií; en Baréin, una minoría suní gobierna a una mayoría chií. En Yemen y Siria, países que durante siglos han sido plurales en términos de fe, cualquier estadística es una ficción después de tantos años de guerra. Entre la población que malvive o sobrevive en estos países empobrecidos,

los artificiales enfrentamientos en nombre de la fe ahogan asuntos más inmediatos: el hambre, la paz, el derecho a la salud, a la educación, a una vida digna, el reconocimiento de pueblos sin Estado como los kurdos o de minorías étnicas… asuntos que realmente mueven urnas, cambian gobiernos, provocan revoluciones. La manera más rápida de impedir esos cambios es eliminar a sus protagonistas y dividirlos a partir del odio y del dolor causado.

Este país, España, que ha vivido una guerra, sabe hasta qué punto quienes durante un tiempo fueron hermanos, amigos o vecinos, pueden convertirse en seres feroces dominados por la sed de venganza. No hace falta más que permanecer en silencio y mirar de frente a la memoria.

Entender cómo dos familias religiosas, capaces de convivir durante siglos en el mismo territorio y con otros credos, terminan convirtiéndose en protagonistas de un conflicto inacabable al que se asiste desde Europa con el estómago encogido…

Esta paz en la que vivimos no nos representa; sin embargo, nos asimos a ella como refugio, confiando que nuestras fronteras sean lo suficientemente altas como para que ese enemigo irracional quede siempre fuera de nuestro falso jardín.

Mientras tanto, en el otro lado del velo de nuestros ojos, la industria de la guerra sigue armando a las personas vencidas por el dolor y la rabia, a las personas dispuestas a matar para sobrevivir, a las personas ciegas por el poder en sus múltiples manifestaciones, a las personas que se enriquecen con el sufrimiento ajeno… Cambiar esta rueda pasa por nombrar el mundo como toca, señalar a los verdaderos responsables de tanta injusticia y discernir sus causas. No tiene nada de «suní-chií», ni mucho menos de espiritualidad, la pugna de los dos proyectos de megagasoductos de Arabia Saudí-Qatar e Irán-Iraq.

[1] Véase [https://onsizzle.com/i/i-am-i-am-sunni-1pm-shia-sushi-sy-ah-1553544].

BIBLIOGRAFÍA

Abdul Raof, H., *Theological Approaches to Qur'anic Exegesis: A Practical Comparative-contrastive,* Oxford, Routledge, 2012.

Armanian, N. y Zein, M., *Irán, la revolución constante,* Barcelona, Flor del viento, 2011.

—, *Islam sin velo,* Barcelona, Bronce, 2009.

Bahrain Independent Commission of Inquiry, *Final Audit of the BICI Account,* 2011, disponible en [http://www.bici.org.bh/].

Council on Foreign Relations, *The Sunni-Shia Divide,* Febrero de 2016, disponible en [http://www.cfr.org/peace-conflict-and-human-rights/sunni-shia-divide/p33176#!/?cid=otr-marketing_url-sunni_shia_infoguide].

Fürtig, H., *Iran's Rivalry with Saudi Arabia Between the Gulf Wars,* Reading, Ithaca Press, 2006.

Kinninmont, J., *Bahrain: Beyond the Impasse,* The Royal Institute of International Affairs, 2012, disponible en [https://www.chathamhouse.org/sites/files/chathamhouse/public/Research/Middle%20East/pr0612kinninmont.pdf].

Mabon, S., *Saudi Arabian & Iran: Saudi Arabia and Iran: Soft Power Rivalry in the Middle East,* Nueva York, I. B. Tauris, 2013.

Matthiesen, T., «Sectarian Gulf: Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring That Wasn't», Stanford University Press, 14 de agosto de 2013, disponible en [http://www.jadaliyya.com/pages/index/13501/new-texts-out-now_toby-matthiesen-sectarian-gulf_b].

Mazyar, N., *La verdad de Baréin,* en persa, Instituto de Estudios Nacionales de Irán, 1999.

Mojtahedzadeh, P. «Baréin: la tierra de los movimientos políticos» [en persa], *Revista de Estudios Iraníes* XI, 39, Rahavard (1995).

Mundy, M., «Yemen as Laboratory: Why is the West So Silent About This Savage War?», *CounterPunch,* 23 de septiembre de 2015, disponible en [http://www.counterpunch.org/2015/09/23/yemen-as-laboratory-why-is-the-west-so-silent-about-this-savage-war/].

Nasr, V., *The Shia Revival: How Conflicts within Islam Will Shape the Future Paperback,* Nueva York, W. W. Norton, 2007.

Neumann, R. E., «Bahrain: A Very Complicated Little Island», *Middle East Policy Council* XX, 4, (invierno de 2013), disponible en [http://www.mepc.org/journal/middle-east-policy-archives/bahrain-very-complicated-little-island?print].

Shakdam, C., «Saudi Arabia's Slaughter Of Yemen Fueled By Oil Interests Not Democracy», *Mint Press News,* 30 de marzo de 2016, disponible en [http://www.mintpressnews.com/saudi-arabias-slaughter-yemen-fueled-oil-interests-not-democracy/215207/].

Shehabi, A. y Jones, M. O. (eds.), M., *Bahrain's Uprising,* Londres, Zed Books, 2015.

Tariq Al Hasan, H., «The Role of Iran in the Failed Coup of 1981: The IFLB in Bahrain», *Diario de Oriente Medio* 64, 4 (otoño de 2011), disponible en [https://www.researchgate.net/publication/236789433_The_role_of_Iran_in_the_failed_coup_of_1981_The_IFLB_in_Bahrain].



Vivimos tiempos en los que nos sentimos aplastados por tanta información; saturados de noticias en papel, en televisión, en radio, en internet. Elaboradas por los periodistas de forma precipitada para ser los primeros, breves porque saben que no tenemos mucho tiempo para dedicarle, superficiales porque con tantas tecnologías simultáneas ya hemos dejado de concentrarnos. Como resultado, en los temas de actualidad complejos, que necesitan un seguimiento y unos antecedentes, nos sentimos perdidos. Leemos noticias de apenas una columna o un titular y vemos imágenes de veinte segundos, pero no logramos abarcar la cuestión en toda su perspectiva y contexto.

Por ello nace la colección de libros *A Fondo.* Sobre asuntos que todos los días están en los medios, pero que requieren que rompamos el ritmo trepidante que nos imponen para acercarnos con la suficiente perspectiva, extensión y elaboración tranquila. Los profesionales mejor conocedores del caso, en su mayoría periodistas, se encargarán de exponer los temas en un lenguaje accesible, con el contexto y los antecedentes necesarios. El lector descubrirá la información primaria que se perdió en la dinámica de los medios, la profundidad que no permitían los diarios ni la televisión y el rigor que la precipitación del periodismo actual impide.

A Fondo incorpora al ensayo una actualidad desacostumbrada en los libros, y al periodismo, una profundidad y un rigor que estábamos perdiendo.

Pascual Serrano